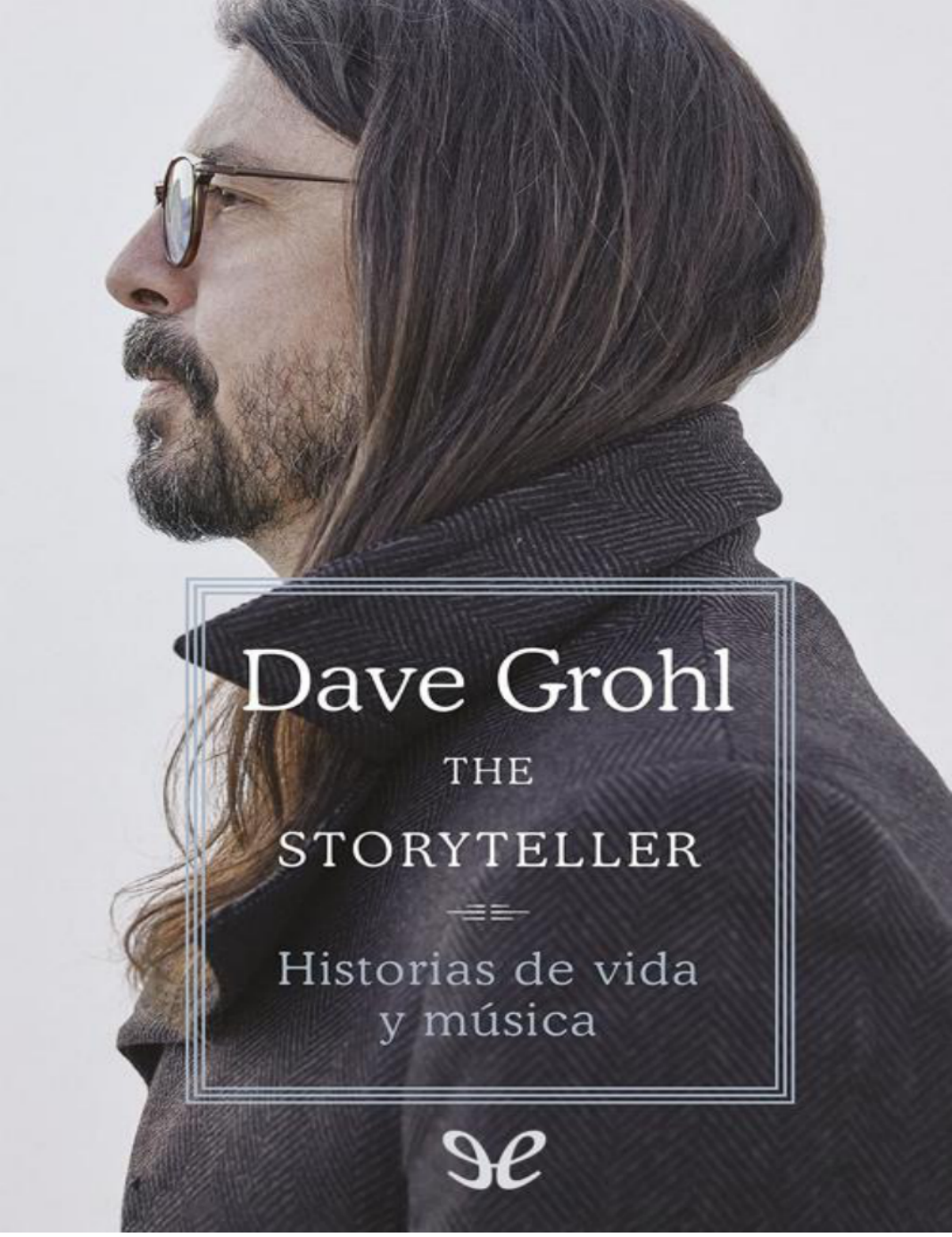

Dave Grohl
THE
STORYTELLER
Historias de vida
y música

Por suerte, mi memoria se ha mantenido relativamente intacta. Desde pequeño, siempre he medido mi vida en avances musicales, y no en meses o años. Para recordar un momento y un lugar en concreto, mi mente vuela a canciones, álbumes y bandas. Desde las emisoras AM de los setenta hasta cada uno de los micrófonos que he usado, te puedo ir diciendo el qué, el quién, el dónde y el cuándo desde las primeras notas de cualquier canción que haya saltado de un altavoz a mi alma. O de mi alma al altavoz. Para algunas personas, el detonante de un recuerdo es un sabor, para otras puede ser un olor o algo que vean. Mi detonante es el sonido, como un recopilatorio inacabado a la espera de ser enviado.

Aunque nunca he sido de los que coleccionan «cosas», sí colecciono momentos. En ese sentido, mi vida pasa ante mis ojos y a través de mis oídos todos los días. En este libro he tratado de reflejar algunos de esos momentos lo mejor que he podido. Por supuesto, esos recuerdos están llenos de música. Y a veces pueden ser ruidosos.

Sube el volumen. Escucha conmigo.

En *The Storyteller*, una colección de momentos de todas las épocas de su vida, Dave Grohl nos ofrece algo extraordinario: un retrato crudo y sincero de una vida excepcional hecha a base de momentos normales y corrientes. Cuando nos habla del amor visceral por la música y sus compañeros, de su profunda conexión con su ciudad natal, Springfield (Virginia), y del asombro con el que ve crecer a sus hijas, Dave Grohl nos cuenta sus recuerdos del mismo modo en que escribe sus canciones, desde lo más hondo de su alma. Repleto de reflexiones sobre sus giras con los Scream, su entrada en Nirvana y el desmoronamiento del grupo, la creación de los Foo Fighters cuando se encontraba en un momento decisivo de su vida y cómo ahora recorre el mundo como un padre de familia, *The Storyteller* son unas memorias llenas de vida y humor en las que Dave nos transmite su lúcida visión de la fama.

Dave Grohl

The Storyteller

Historias de vida y música

ePub r1.0
Titivillus 07.06.2023

Título original: *The Storyteller*
Dave Grohl, 2021
Traducción: Carmen Ternero
Fotografía de cubierta: Angela Boutin

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1
Aa

Índice de contenido

Cubierta

The Storyteller

Introducción

Primera Parte: Preparando la escena
- El ADN no miente
- El despecho de Sandi
- Las cicatrices se llevan dentro
- Tracey es punk
- John Bonham y la sesión mística

Segunda Parte: Expansión
- Más te vale ser bueno
- «I Wanna Be Your Dog!»
- Cada día es una página en blanco
- Algo para siempre
- Estábamos rodeados y no había escapatoria
- La distancia

Tercera Parte: El momento
- Nos ha dejado
- Los Heartbreakers
- Sweet Virginia
- Eso es lo que yo quería

Cuarta Parte: A velocidad de crucero
- El puente de Washington
- Arrestado
- La vida se estaba acelerando
- Swing con AC/DC
- Inspirado, una vez más

Quinta Parte: La vida
- Cuentos de buenas noches con Joan Jett
- El baile del colegio
- La lección de Violet
- Conclusión

Agradecimientos

Notas

The Storyteller

HISTORIAS DE VIDA Y MÚSICA

Dave Grohl

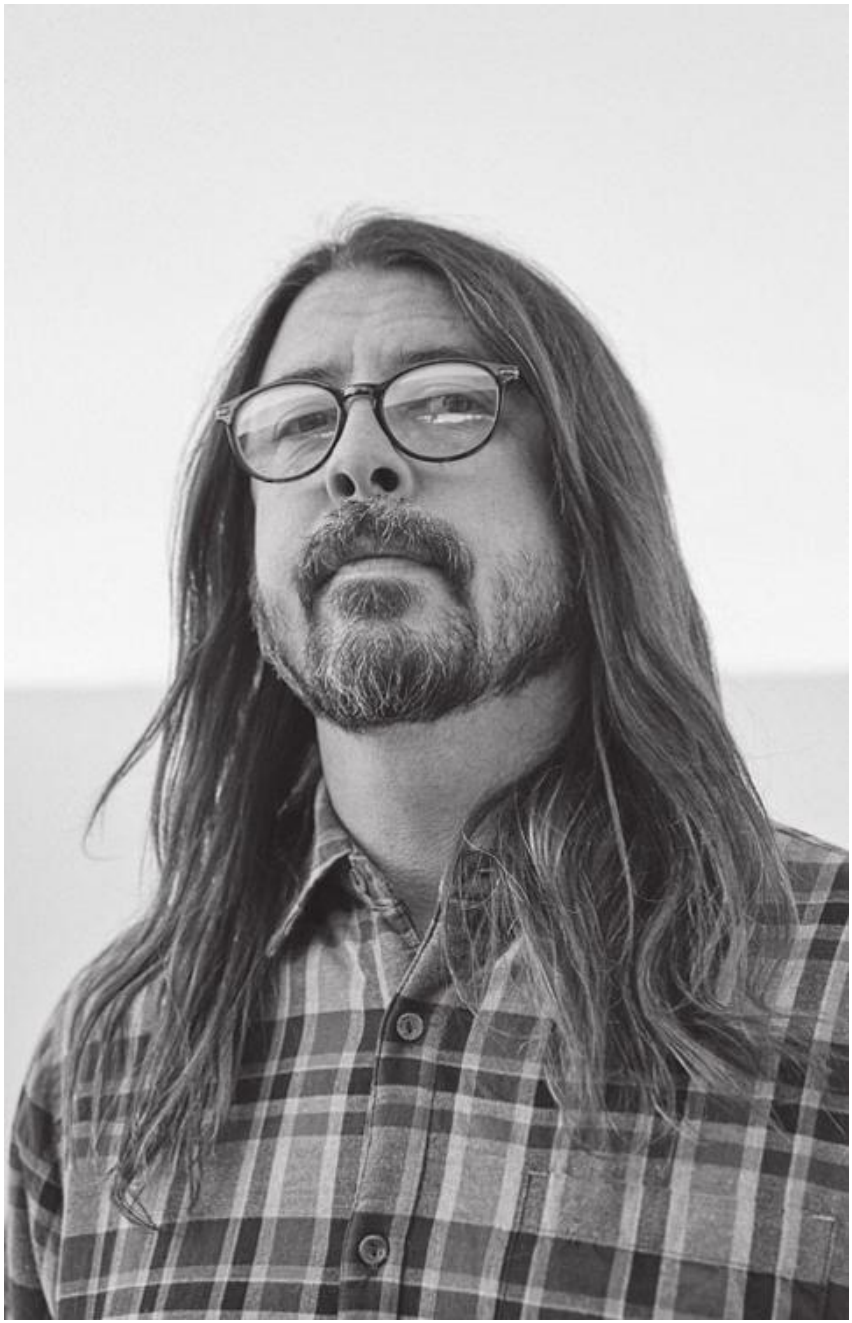
Traducción de Carmen Ternero

PARA VIRGINIA GROHL
Sin ella, mis memorias serían distintas

PARA JORDYN BLUM
Tú hiciste mi vida mucho más emocionante y bonita

PARA VIOLET, HARPER Y OPHELIA
Que vuestra historia sea tan única y asombrosa como vosotras

INTRODUCCIÓN



SUBE EL VOLUMEN

A veces se me olvida que soy mayor.

Es como si el corazón y la mente me gastaran una mala pasada, engañándome con la falsa ilusión de la juventud al saludar al mundo todos los días con los ojos idealistas y traviesos de un niño rebelde que encuentra la felicidad en las cosas más básicas y sencillas.

Pero solo tengo que mirarme al espejo para acordarme de que ya no soy aquel chico que se pasaba horas y horas practicando con una guitarra barata y una pila de discos con la esperanza de superar algún día los límites y expectativas de una vida de pan Bimbo en las afueras de Virginia. Lo que veo ahora en mi reflejo son los dientes astillados de una sonrisa más leve y agrietada, desgastada por años de micrófonos que han ido raspando su delicado esmalte. Veo las grandes bolsas que se han ido creando debajo de unos ojos cansados tras décadas de *jet lag*, de sacrificar el sueño por otra valiosa hora de vida. Veo las manchas blancas en la barba. Y me siento agradecido.

Hace años me pidieron que participara en el concierto benéfico que se organizó tras el huracán Sandy en la ciudad de Nueva York. Se celebró en Madison Square Garden y contó con el Monte Rushmore del rock and roll: McCartney, los Rolling Stones, los Who, Roger Waters y muchos más. En cierto momento se me acercó un promotor para preguntarme si quería ir al camerino para unirme a algunos de los músicos que iban a sacarse unas fotos para unos fans que habían donado enormes sumas de dinero. Halagado por que hubieran contado conmigo, le di las gracias y emboqué el laberinto de pasillos entre bastidores imaginándome una habitación cargada de historia del rock and roll, todo chaquetas de cuero y acentos británicos, con los músicos colocados como en la foto de una escuela de primaria. Al entrar, vi que solo había dos, cada uno en una esquina de la habitación. Uno tenía la resplandeciente apariencia de un coche de lujo nuevo, con el pelo perfectamente teñido, crema autobronceadora y una sonrisa recientemente renovada que recordaba a una caja de chicles (un evidente intento de defenderse del proceso de envejecimiento que al final produjo el efecto contrario, haciéndole parecer una pared vieja con demasiadas capas de pintura). El otro tenía el aspecto de un *hot rod*[1] oxidado, con el pelo áspero y gris, profundas arrugas talladas en el entrecejo, dientes que podrían haber pertenecido a George Washington y una camiseta negra que le apretaba con tal fuerza la

barriga cervecera que estaba claro que nada de eso le importaba un carajo.

Decir que fue una revelación puede parecer un cliché, pero en un instante vi mi futuro. En ese mismo momento decidí que me convertiría en el segundo. Que celebraría los años siguientes aceptando la factura que me quisieran pasar. Que aspiraría a convertirme en un *hot rod* viejo, sin importar la cantidad de veces que tuviera que usar las pinzas para volver a arrancar a lo largo del camino. Al fin y al cabo, no todo tiene por qué relucir. Si dejas una Gibson Trini Lopez Pelham Blue en su caja durante cincuenta años, te parecerá que acaba de salir de fábrica. Pero si la sacas, le da el sol, la dejas respirar, la sudas y, joder, la TOCAS, con el paso del tiempo terminará perdiendo el color. Cada instrumento envejece a su manera. Y para mí, eso es la belleza. No el brillo de la perfección prefabricada, sino la belleza desgastada de la personalidad, el tiempo y la sabiduría.

Por suerte, mi memoria se ha mantenido relativamente intacta. Desde pequeño, siempre he medido mi vida en avances musicales, y no en meses o años. Para recordar un momento y un lugar en concreto, mi mente vuela a canciones, álbumes y bandas. Desde las emisoras AM de los setenta hasta cada uno de los micrófonos que he usado, te puedo ir diciendo el qué, el quién, el dónde y el cuándo desde las primeras notas de cualquier canción que haya saltado de un altavoz a mi alma. O de mi alma al altavoz. Para algunas personas, el detonante de un recuerdo es un sabor, para otras puede ser un olor o algo que vean. Mi detonante es el sonido, como un recopilatorio inacabado a la espera de ser enviado.

Aunque nunca he sido de los que coleccionan «cosas», sí colecciono momentos. En ese sentido, mi vida pasa ante mis ojos y a través de mis oídos todos los días. En este libro he tratado de reflejar algunos de esos momentos lo mejor que he podido. Por supuesto, esos recuerdos están llenos de música. Y a veces pueden ser ruidosos.

SUBE EL VOLUMEN. ESCUCHA CONMIGO.

PRIMERA PARTE

PREPARANDO LA ESCENA

EL ADN
NO MIENTE

—Papá, quiero aprender a tocar la batería.

Sabía que esto tenía que llegar.

Y ahí estaba mi hija Harper, de ocho años, mirándome con sus

enormes ojos marrones como Cindy Lou Who de *El Grinch*, agarrando ansiosamente entre sus diminutas manos uno de mis pares de baquetas desgastadas. Mi segunda hija, mi pequeño yo, la que físicamente se parece más a mí. Sabía que algún día se interesaría por la música, pero… ¿la batería? ¡Estamos hablando de empezar!

—¿La batería? —repliqué levantando las cejas.

—¡Sí! —exclamó con una enorme sonrisa.

Me quedé un momento pensando.

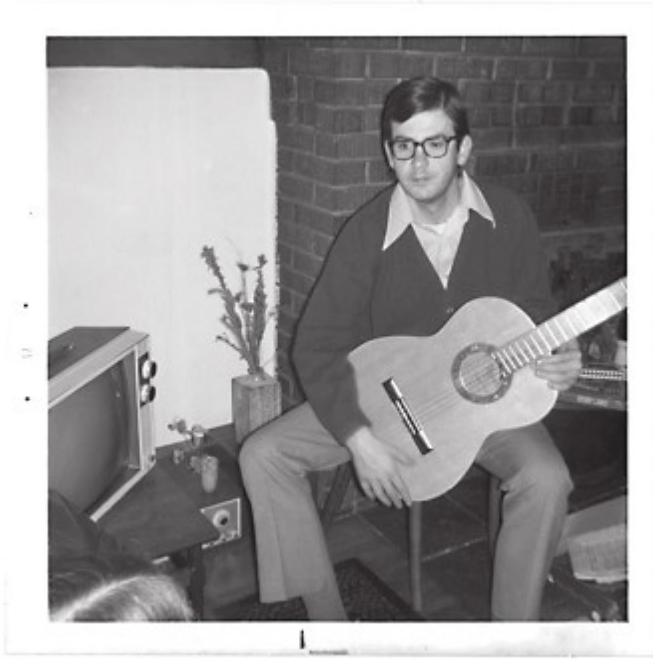
—Vale… ¿Y quieres que te enseñe yo? —pregunté cuando la emoción empezaba a hacerme un nudo en la garganta.

—Ajá —asintió tímidamente mientras se balanceaba en sus zapatillas Vans a cuadros, y en ese mismo instante una ola de orgullo paterno me embargó por completo, junto a una enorme sonrisa.

Nos abrazamos y nos dirigimos de la mano al piso de arriba, hacia la vieja batería que tenía en el estudio. Como uno de esos momentos lacrimosos de Hallmark, de los que están hechos los anuncios sensibleros de la Super Bowl (de los que son capaces de hacer que hasta el más duro de los fans de *monster trucks* se eche a llorar delante de su salsa de pollo búfalo), atesoraré este recuerdo para siempre.

Nada más entrar en el estudio caí en la cuenta de que yo nunca había recibido clases, por lo que no tenía ni idea de cómo enseñarle a nadie a tocar la batería. Lo más cerca que había estado de algún tipo de formación musical estructurada habían sido unas cuantas horas con el extraordinario batería de jazz Lenny Robinson, al que solía ir a ver todos los domingos por la tarde en el One Step Down, un club de jazz pequeño y antiguo de Washington D. C. El club, que estaba en Pennsylvania Avenue, en las afueras de Georgetown, no era solo una parada importante de las giras organizadas, sino que además albergaba todos los fines de semana un taller de jazz en el que la banda de la casa (dirigida por la leyenda del jazz del D. C., Lawrence Wheatley) ofrecía unas cuantas actuaciones ante la oscura y atiborrada sala y luego invitaba a músicos emergentes a que subieran al escenario para tocar una sesión de improvisación con ellos. Cuando yo era adolescente, en los ochenta, aquellos talleres se convirtieron en un ritual dominical para mi madre y para mí. Nos sentábamos en una mesita y pedíamos bebidas y aperitivos mientras oíamos tocar a estos maestros musicales durante horas, dejándonos llevar por la magnífica libertad de improvisación del jazz tradicional. Nunca sabías lo que te esperaba entre aquellas paredes de ladrillo visto, con el humo flotando en el aire y el único sonido de las canciones del pequeño escenario (hablar estaba estrictamente prohibido). En aquella época, yo tenía quince años y estaba sumido en la agonía de mi obsesión por el punk

rock, por lo que solo oía la música más rápida y ruidosa que pudiera encontrar, pero de algún modo conecté con los elementos emocionales del jazz. Al contrario de lo que ocurría con el pop moderno (del que reculé como el niño de *La profecía* en la iglesia), apreciaba la belleza y la dinámica del caótico tapiz de la composición del jazz, a veces estructurado y a veces no. Pero, sobre todo, me encantaba la forma en que Lenny Robinson tocaba la batería, que no tenía nada que ver con lo que veía en los conciertos de punk rock. Él lograba una expresión atronadora con elegante precisión, haciendo que pareciera fácil (ahora sé que no lo es). Fue como una especie de despertar para mí. Yo había aprendido a tocar la batería de oído, usando unos cojines sucios que guardaba en mi habitación, y nunca había tenido a nadie que me dijera lo que hacía «bien» o «mal», por lo que mi percusión estaba plagada de incoherencias y malos hábitos. YO ERA ANIMAL DE LOS TELEÑECOS, SIN SU MAESTRÍA. Estaba claro que Lenny sí tenía formación, y me sorprendía su control y la sensación que transmitía. Mis «maestros» de aquella época eran mis discos de punk rock: trozos de vinilo ruidosos, rápidos y disonantes, con baterías que la mayoría no consideraría «tradicionales», pero con una innegable genialidad sin pulir, y siempre les deberé mucho a esos héroes olvidados de la escena del punk rock *underground*: baterías como Ivor Hanson, Earl Hudson, Jeff Nelson, Bill Stevenson, Reed Mullin, D. H. Peligro, John Wright…, la lista es dolorosamente larga. Todavía se oyen los ecos de su trabajo en el mío, con su imborrable huella en temas como «Song for the Death» de Queens of the Stone Age, «Monkey Wrench» de Foo Fighters e incluso «Smells Like Teen Spirit» de Nirvana, por nombrar algunos. Todos aquellos músicos parecían estar a varios planetas de distancia de la escena musical de Lenny, pero lo que tenían en común era la capacidad de transmitir la misma sensación de caos maravilloso y estructurado con el que tanto disfrutaba los domingos en el One Step Down. Y eso era lo que yo me esforzaba en conseguir.



Una húmeda tarde de verano, mi madre y yo decidimos ir a otro de los talleres semanales del club para celebrar su cumpleaños. Aquello se había convertido en «lo nuestro», y todavía lo recuerdo con cariño. Mis amigos no salían por ahí con sus padres, ni mucho menos iban a un puto club de jazz del centro del D. C., por eso pensaba que mi madre era realmente guay y que así estábamos más unidos. En la época de la generación X, plagada de divorcios y confusión, nosotros éramos amigos de verdad. ¡Y todavía lo somos! Aquel día, después de unas cuantas cestas de patatas fritas y varias canciones del cuarteto de Lawrence Wheatley, mi madre se volvió hacia mí y me preguntó: «David, ¿quieres subir a tocar con la banda? Podrías hacerlo como regalo de cumpleaños».

No me acuerdo de qué le contesté exactamente, pero estoy seguro de que fue algo así como: «¿TE HAS VUELTO JODIDAMENTE LOCA?».

O sea, yo solo llevaba tocando la batería (los cojines) unos años y, como había estado aprendiendo de los álbumes de punk rock viejos y rayados de mi colección, estaba a AÑOS LUZ de poder subir allí arriba y tocar JAZZ con aquellos genios. Lo que me estaba pidiendo era algo absolutamente inimaginable. Era tirarme a los leones. Era un desastre asegurado. Pero… también era mi madre, y había sido tan guay como para llevarme allí, así que…

Acepté sin mucho convencimiento, me levanté de la mesa despacio y me abrí paso por la abarrotada sala de entusiastas del jazz hasta la hoja de inscripción manchada de café que había al lado del escenario.

Tenía dos columnas: «Nombre» e «Instrumento». Leí la lista de nombres de otros músicos supuestamente dotados y, con el bolígrafo temblando en la mano, garabateé: «David Grohl – Batería». Fue como firmar mi sentencia de muerte. Regresé a nuestra mesa aturdido y notando como todo el mundo me miraba mientras me sentaba, por lo que enseguida empecé a empapar de sudor los vaqueros rotos y la camiseta punk. ¿Qué había hecho? ¡Aquello no podía salir bien! Los minutos se me hicieron horas mientras iban llamando uno a uno a toda una serie de músicos capaces de deleitar los curtidos oídos que albergaban aquellas paredes sagradas. Todos eran increíbles, y yo iba perdiendo la confianza por momentos. Tenía un nudo en el estómago, me sudaban las manos y el corazón me iba a mil mientras esperaba allí sentado, intentando seguir la increíble armadura de la banda y preguntándome cómo iba a ser capaz de mantenerme a flote entre los impresionantes músicos que subían a aquel escenario todas las semanas. «Por favor, que yo no sea el siguiente —pensaba—. No, por favor…»

No pasó mucho tiempo antes de que la profunda voz de barítono de Lawrence Wheatley resonara en los altavoces con las temidas palabras que aún hoy me persiguen: «Damas y caballeros, demos la bienvenida a… David Grohl, a la batería».

Recibí avergonzado un puñado de aplausos que rápidamente se disiparon en cuanto la gente vio claramente que no era ninguna leyenda del jazz, sino un punk de la periferia con un corte de pelo gracioso, unas Converse Chucks sucias y una camiseta de Killing Joke. A juzgar por las caras de horror de la banda, más bien parecía que era la parca la que se estaba acercando. Subí al escenario, el gran Lenny Robinson me dio sus baquetas al tiempo que yo me sentaba vacilante en su trono, y por primera vez vi la sala desde su perspectiva. Ya no estaba al abrigo de la mesa llena de aperitivos de mi madre, sino literalmente en el punto de mira, petrificado ante las luces del escenario y las miradas de una audiencia que parecía decir: «Vale, chico, a ver lo que sabes hacer». Con un simple conteo, la banda comenzó a tocar lo que yo no había tocado nunca (es decir, una canción de jazz), e hice todo lo que pude por mantener el ritmo sin ahogarme en un charco de vómito. Sin solos ni focos, solo intentando seguir el tempo y no cagarla. Menos mal que todo acabó muy pronto, sin vómitos y sin incidentes. A diferencia de la mayoría de los músicos que habían actuado antes, a mí me tocó una canción sorprendentemente corta (sin duda, adrede). ¡Imagínatelo! Listo, ya podía volverme a la mesa con el alivio que se siente cuando termina una endodoncia. Me levanté y, con la boca seca y una sonrisa

nerviosa, hice una torpe reverencia ante la banda en señal de agradecimiento. Si aquella banda hubiera sabido por qué había tocado, habrían podido entender aquel acto de desesperada estupidez. Y aunque no lo sabían, aquellos músicos, con cada gramo de caridad de sus corazones, habían hecho que pudiera hacerle a mi madre un regalo de cumpleaños que no olvidaría jamás (para consternación de unos setenta y cinco clientes del club), lo que para mí significaba mucho más que cualquier ovación. Volví a la mesa humillado y avergonzado, pensando que todavía me quedaba un larguísimo camino antes de poder considerarme un verdadero batería.

Aquella tarde fatídica encendió un fuego en mí. Inspirado por el fracaso, decidí que tenía que aprender a tocar la batería con la ayuda de alguien que realmente supiera lo que estaba haciendo, en lugar de obstinarme en hacerlo yo solo tocando en el suelo de mi habitación. Y solo se me ocurría una persona que pudiera hacerlo: Lenny Robinson.

Unos domingos más tarde, mi madre y yo regresamos a One Step Down y, tras haber conseguido reunir de nuevo mi ingenuo arrojo, intercepté a Lenny de camino al baño.

—Perdone, señor, ¿usted da clases? —le susurré como en *La tribu de los Brady*.

—Sí, amigo. Treinta dólares la hora.

«¿Treinta dólares la hora? —pensé—. ¡Eso es como cortar el césped seis veces muerto de calor en Virginia! ¡O la paga de un fin de semana en la pizzería Shakey! O menos tabaco esta semana… ¡HECHO!»

Nos dimos los teléfonos y fijamos un día. ¡Ya estaba en camino de convertirme en el próximo Gene Krupa! O eso esperaba…

En nuestra casa de Springfield, de ciento veinte metros cuadrados, no cabía una batería completa (por eso había improvisado el conjunto de cojines en mi cuarto), pero para aquella ocasión tan especial fui adonde practicaba con mi banda, Dain Bramage, y me llevé las cinco piezas más importantes de la batería Tama, que estaban muy lejos del calibre de la de Lenny. Coloqué con cierta torpeza los tambores sucios frente al equipo de música del salón y los limpié con un bote de limpiacristales que encontré en la cocina debajo del fregadero mientras esperaba con ansia su llegada, deseando que muy pronto lo oyeran tocar todos los vecinos… ¡y pensaran que era yo!

«¡Está aquí! ¡Está aquí!», exclamé como si Papá Noel acabara de llegar al camino de entrada de nuestra casa. Sin apenas lograr contenerme, lo saludé en la puerta y lo invité a entrar en el salón, donde la batería lo esperaba reluciente y aún con el olor del limpiacristales, que se acababa de secar. Lenny se sentó en la banqueta, examinó el instrumento y comenzó a tocar los imposibles

riffs que tantas veces le había visto tocar los domingos en el club, un desbarajuste de manos y baquetas repartiendo redobles de ametralladora con un tempo perfecto. Yo lo miraba con la boca abierta, si poder creer que aquello estuviera sucediendo en el mismo trozo de la alfombra en el que me había pasado la vida soñando con llegar a ser algún día un batería de primera clase. Por fin se haría realidad. Era mi destino. Pronto me convertiría en el próximo Lenny Robinson, cuando sus *riffs* se hicieran míos.

«Bien —dijo cuando terminó—, vamos a ver lo que sabes hacer.»

Con todo el valor que pude reunir, me lancé a la interpretación de mis «grandes éxitos» de *riffs* y trucos que había aprendido de todos mis héroes de punk rock, aporreando y sacudiendo aquel equipo barato como un niño hiperactivo en plena rabieta hasta llegar a una explosión de gloria salvaje y sin ritmo. Lenny, que me observaba atentamente y con expresión rígida, se dio cuenta enseguida del trabajo que le esperaba. Después de unos minutos cacofónicos de desastrosos solos, me interrumpió y me dijo: «Vale… En primer lugar, estás cogiendo las baquetas al revés».

Lección número uno. Avergonzado, les di la vuelta rápidamente y me disculpé por aquel error de novato. Siempre las había cogido al revés porque pensaba que el extremo más grueso del palo produciría un sonido mucho más fuerte al golpear la batería, lo que daba buenos resultados en mi estilo de percusión neandertal. No me daba cuenta de que aquello era prácticamente la antítesis de un buen batería de jazz. Qué tonto. Entonces me enseñó la empuñadura tradicional, para lo que tenía que coger la baqueta con la mano izquierda y sujetarla entre el pulgar y el dedo corazón, como todos los grandes baterías habían hecho antes que él y, desde luego, antes que yo. Esta sencilla corrección borró por completo todo lo que creía que había aprendido sobre la batería hasta entonces y me dejó debilitado detrás del equipo, como si estuviera aprendiendo a caminar de nuevo después de una década en coma. Mientras yo me esforzaba por sujetar la baqueta con aquella empuñadura imposible, él empezó a enseñarme golpes simples en una almohadilla de prácticas. Derecha-izquierda-derecha-izquierda. Golpeando la almohadilla para encontrar un equilibrio constante, una y otra vez. Derecha-izquierda-derecha-izquierda. Otra vez. Derecha-izquierda-derecha-izquierda. Sin darme ni cuenta, la clase terminó, y entonces fue cuando pensé que, a treinta dólares la hora, me iba a salir más barato ir a la Johns Hopkins y convertirme en un maldito neurocirujano que aprender a tocar la batería como Lenny Robinson. Le entregué el dinero, le di las gracias por su tiempo y eso fue todo. Mi única clase de batería.

«Bueno…, a ver…, ese es el bombo, tienes que poner el pie aquí —le dije mientras Harper ponía una zapatilla diminuta sobre el pedal—. Ese es el charles; el otro pie va aquí.» Se acomodó en su asiento, baquetas en mano, lista para zambullirse. Sin tener ni idea de lo que estaba haciendo, me salté las desconcertantes chorradas de derecha-izquierda-derecha-izquierda que Lenny Robinson me enseñó (con todo el respeto, Lenny) y me dispuse a enseñarle directamente un ritmo. «Eh… Muy bien… Este es un patrón sencillo bombo-caja…» Después de varios intentos frustrantes, le pedí que parara un momento y, mientras salía de la habitación, le dije: «Espera, ahora vuelvo». Sabía lo que necesitaba. No era a mí. Era *Back in Black* de AC/DC.

Puse el tema principal para que lo escuchara. «¿Lo oyes? —le pregunté—. Ese es el bombo. Ese es el charles. Y esa es la caja.» Escuchó atentamente y empezó a tocar. La sincronización era muy buena, lo que cualquier batería sabe que ya es tener la mitad de la batalla ganada. Harper tenía un metrónomo incorporado, y una vez que se sintió cómoda en cuanto a la coordinación de los movimientos, comenzó a tocar con una expresividad tremenda. Me puse a saltar y aplaudir con el corazón rebosante de orgullo, moviendo la cabeza y cantando mientras Harper tocaba. Entonces me llamó la atención algo curioso: su postura. La espalda ligeramente arqueada hacia delante, los ángulos de los brazos y los codos colocados un poco hacia fuera, la barbilla levantada por encima de la caja… y lo vi: ELLA ERA MI REFLEJO TOCANDO LA BATERÍA A SU EDAD. Fue como viajar en el tiempo y tener una experiencia extrasensorial al mismo tiempo. Y no solo eso: allí estaba mi pequeño yo, mi gemela sonriente, aprendiendo a tocar la batería tal y como lo había hecho yo treinta y cinco años antes: escuchando música con sus padres. Aunque eso no quiere decir que me sorprendiera, pues siempre supe que aquel momento llegaría.

Como dije en el prólogo del libro de mi madre, *From Cradle to Stage*, creo que estos impulsos musicales no son un misterio, sino algo predeterminado, algo que reside en algún lugar recóndito del ADN y que solo espera el momento de poder manifestarse:

El ADN es maravilloso. En lo más profundo de nuestra química, todos llevamos rasgos de personas que no hemos conocido. Yo no soy científico, pero creo que mis habilidades musicales dan prueba de ello. No hay nada sobrenatural en esto. Esto es carne y hueso. Es algo que sale de dentro. El día que cogí la guitarra y toqué de oído «Smoke on the Water» de Deep Purple supe que lo único que necesitaba era ese ADN y muchísima paciencia (lo que claramente no le faltaba a mi madre). Estos oídos, este corazón y esta mente nacieron de alguien. De alguien con quien compartía ese mismo amor por la canción y la

música. Yo tenía la suerte de contar con una sinfonía genética que solo estaba esperando para actuar. Lo único que necesitaba era esa chispa…

En el caso de Harper, la «chispa» se había encendido el día anterior, cuando estaba en el club Roxy de Sunset Boulevard viendo a su hermana mayor, Violet, dar su primer concierto a la madura edad de once años.

Y sí, sabía que aquello también llegaría.

Violet era una niña muy locuaz. Con tres años ya hablaba con la claridad y el vocabulario propios de una niña mucho mayor. A menudo sorprendía a los desprevenidos camareros de los restaurantes cuando, desde su asiento elevado, les hacía una petición tan completa como esta: «Disculpe, señor, ¿podría traerme un poco más de mantequilla para el pan?». (Yo me meaba de la risa cuando veía que el camarero se paraba a mirarla dos veces como si aquello fuera una especie de truco ventrílocuo retorcido.) Una vez, cuando estaba teniendo una rabieta sentada a la mesa mientras cenábamos, intenté calmarla diciéndole: «Mira, no pasa nada, todo el mundo se enfada de vez en cuando. ¡Yo también me enfado!», a lo que ella me contestó diciendo: «¡No estoy enfadada! ¡Estoy FRUSTRADA!». (Yo todavía no he entendido cuál es la diferencia, pero Violet sí.) Con el tiempo me di cuenta de que Violet tenía una gran memoria auditiva y una enorme capacidad para reconocer patrones, por lo que se le daba muy bien imitar o repetir perfectamente las cosas de oído. No tardó en empezar a jugar a imitar los acentos, como si la que hablara fuera una persona irlandesa, escocesa, inglesa, italiana, etcétera, y todo eso cuando todavía se sentaba en el coche en su asiento infantil lleno de manchas de batido.

No pasó mucho tiempo antes de que su amor por la música le agudizara el oído en cuanto a altura, clave y tonalidad. Mientras cantaba en el asiento trasero del coche, empecé a notar cómo se concentraba en las sutiles variaciones de las voces de sus cantantes favoritos. Las armonías de los Beatles, el vibrato de Freddie Mercury y el soul de Amy Winehouse (quizá lo más memorable, ya que no hay nada como escuchar a tu hija de cinco años cantar «Rehab» palabra por palabra mientras usa el pijama de *Yo Gabba Gabba*!). Estaba claro que tenía el don. Ya era solo cuestión de tiempo antes de que encontrara la chispa.

Esa chispa fue convirtiéndose en un incendio, y la música, en su varita mágica, hasta que formó una banda de rock con sus amigos. Fue adquiriendo fuerza y seguridad con cada actuación, con un oído voraz y una capacidad inmensa para los distintos estilos musicales, desde

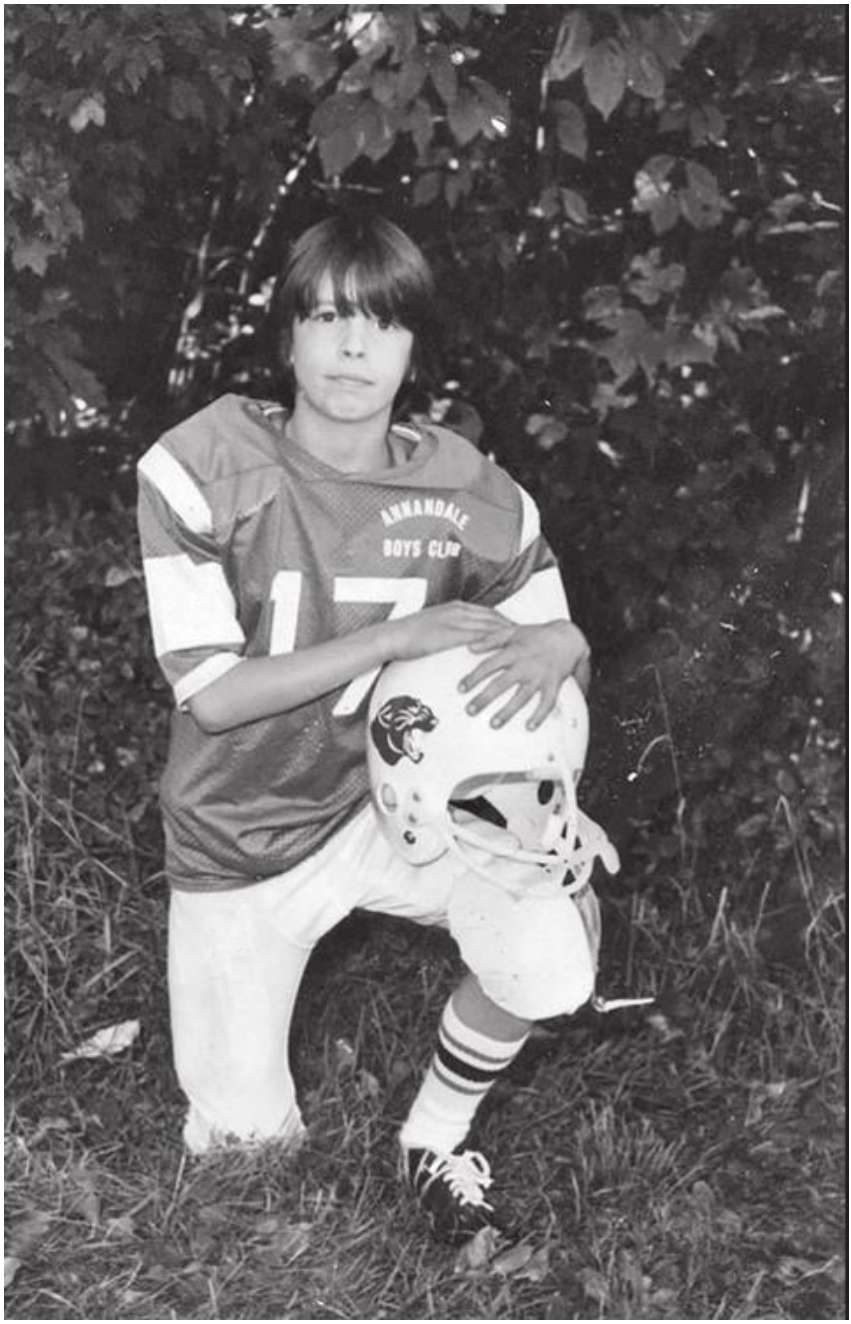
Aretha Franklin hasta los Ramones, una diversidad que fue ampliando a medida que avanzaba en su camino de descubrimiento e inspiración. Con su sinfonía genética en concierto, lo único que podíamos hacer era sentarnos y escuchar. Al fin y al cabo, esto es algo que se lleva dentro.

El día de la actuación de Violet en el Roxy de Sunset Boulevard, el primer concierto «oficial» de su banda, me senté con mi familia entre el público. «Don't Stop Believin'» de Journey, «Hit Me with Your Best Shot» de Pat Benatar y «Sweet Child O' Mine» de Guns N' Roses eran mis favoritos, aunque disfruté todo el concierto. A mi izquierda tenía a Harper, que soñaba con hacerse música algún día, y a mi derecha estaba mi madre, que contemplaba con orgullo cómo otra generación de su familia desnudaba su alma ante una sala llena de desconocidos. Fue una experiencia profunda, que se resume mejor con el mensaje que mi madre me mandó al día siguiente: «Ahora ya sabes lo que es estar sentado entre el público hecho un manojo de nervios mientras TU hija sube al escenario por primera vez para perseguir sus sueños con un corte de pelo gracioso, unos vaqueros y una camiseta». Tenía razón. ALLÍ NO HABÍA NADA SOBRENATURAL. TODO ERA CARNE Y HUESO.

Desde entonces, he actuado con mis dos hijas ante miles de personas por todo el mundo, y todas y cada una de las veces siento el mismo orgullo que sintió mi madre aquella tarde húmeda de verano en One Step Down tantos años antes. El mayor regalo de mi vida es ver la pasión y la valentía de mis hijas al dar ese salto, y espero que algún día sus hijos sientan de alguna manera esa misma alegría y se hagan eco de las últimas palabras que escribí hace años para el libro de mi madre:

Pero, más allá de cualquier información biológica, está el amor. Algo que desafía la ciencia y la razón. Y yo tengo la suerte de haberlo recibido. Puede que este sea el factor más decisivo en la vida de una persona. Sin duda, es la mayor musa de un artista. Y no hay amor como el amor de una madre. Es la mayor canción de la vida. Todos estamos en deuda con las mujeres que nos dieron la vida. Sin ellas, no habría música.

EL DESPECHO DE SANDI



Se llamaba Sandi.

Y fue mi primer desamor.

Estábamos en 1982, y, como cualquier crío desgarbado de trece

años que empieza Secundaria, estaba nerviosísimo porque iba a conocer a mis nuevos compañeros del instituto Holmes. Hasta entonces, la vida me había tenido confinado en el curioso vecindario de North Springfield, rodeado por los mismos niños con los que había crecido desde que entré en el colegio de nuestro laberinto suburbano de colinas onduladas y abarrotadas calles sin salida. A menos de veinte kilómetros al sur de Washington D. C., North Springfield no era más que un cruce de caminos rurales hasta que se subdividió entre finales de los cincuenta y principios de los sesenta y se convirtió en un conjunto de calles sinuosas bordeadas de pequeñas casas de ladrillo. El sueño americano. En la zona donde yo vivía solo había tres tipos de casas: las baratas de una sola planta; las de varios niveles distintos, como la de los Brady, y las de dos pisos, al estilo de los Foster; todas de menos de ciento sesenta metros cuadrados, plantadas en pequeñas parcelas, jardín tras jardín. Adivina en cuál vivía yo. Exacto, en una de las baratas. Con tres habitaciones y un baño, teníamos el sitio justo para que mi madre pudiera criar con comodidad a dos hijos con su escaso salario de las escuelas públicas del condado de Fairfax. Nunca tuvimos mucho, pero no nos faltaba nada. North Springfield era una comunidad muy unida formada en su mayor parte por familias jóvenes. Allí no había desconocidos. Todo el mundo sabía cómo te llamabas, en qué calle vivías y a qué iglesia asistías después de tu jugoso divorcio. Al mismo tiempo, cada manzana albergaba su propia pandilla de matones desaliñados que aterrorizaban las calles, que por lo demás resultaban agradables (incluida la mía), y allí crecí trepando árboles, masticando tabaco, saltándome las clases, encendiendo petardos, buscando cangrejos en los riachuelos y haciendo pintadas en las paredes con casi todos ellos. Un retrato de Kodachrome descolorido, así era la verdadera mierda americana de los setenta. Bicis con sillín banana y pistolas de aire comprimido. Una vida entre *Cuenta conmigo* de Rob Reiner e *Instinto sádico* de Tim Hunter.

La idea de ir a un instituto lleno de niños de diferentes barrios periféricos me parecía algo prácticamente internacional. Yo llevaba toda la vida yendo a la escuela que estaba a la vuelta de la esquina. Aunque me había preparado mucho para dar el paso. Con unas cuantas camisetas que compré en las rebajas más allá del peaje de la autopista de Pensilvania y una botella nueva de Old Spice, estaba deseando ampliar horizontes y encontrar por fin mi lugar. Incluso, tal vez, conocer a mi alma gemela bajo las luces fluorescentes de los pasillos llenos de taquillas del instituto. Nunca me había enamorado, pero sabía que esa chica tenía que estar allí, en algún sitio.

Con un gran peine de plástico metido en el bolsillo trasero de mis

pantalones de pana y los Nike sucios, todos los días cogía el autobús con la esperanza de que tocara el timbre de la salida sin que me patearan el culo ni me expulsaran. Era un estudiante horrible y, tras descubrir a los Devo y los B-52's en *Saturday Night Live* y conectar de algún modo con la estética radical y subversiva de su música, estaba dando mis primeros pasos entre las sombras: me encontraba en las primeras etapas de mi crisálida punk. POR MÁS QUE QUISIERA ENCAJAR Y QUE MI CÍRCULO DE AMIGOS ME ACEPTARA, EN EL FONDO ME SENTÍA DISTINTO. Tendrían que pasar años antes de que lograra reunir el valor de abrazar mi individualidad, y en aquel momento estaba casi enjaulado, ocultando mi afición por la cultura alternativa por miedo a que los otros niños me dieran de lado. Les seguía la corriente, supongo, pero sabía que no tenía por qué estar hecho para el Key Club o el equipo de fútbol. Me sentía un poco inadaptado, anhelaba sentirme comprendido, esperaba conocer a alguien que me aceptara por como era realmente.

Y entonces, la vi.

Sandi era la chica más guapa que había visto en la vida. Ojos azules, pelo cortado en capas y una sonrisa tan deslumbrante que con su energía habría podido cargar todos los Tesla desde Brentwood hasta Pequín, si los Tesla hubieran existido en 1982. Farrah Fawcett no tenía nada que hacer a su lado. Cheryl Tiegs, muérete de envidia. ¿Bo Derek? ¿Christie Brinkley? Ni se le acercan. Me temblaron las rodillas en el preciso instante en que nuestras miradas se cruzaron entre la multitud del pasillo y sentí lo que solo podría describir como amor a primera vista. Su belleza me dejó como si me hubieran cortado la respiración de un mazazo. Me quedé paralizado con su mirada, como un ciervo ante unos faros. Para algunos, Burnt Tortilla es el paraíso. Pero yo había encontrado un ángel con brillo de labios y vaqueros Jordache.

Yo era todo lo contrario a un casanova. Los dientes de caballo y las rodillas nudosas no eran de gran ayuda para encontrar novia. Además, era muy tímido con las chicas. Por eso, ellas solían ser simpáticas conmigo por pena o caridad, pero desde luego no me veían como un candidato al mejor chupetón en el baile de bienvenida. Es cierto que en el juego de la botella me había llevado mi parte en las fiestas de los sótanos de todo North Springfield, pero no era George Clooney. Más bien, Barney Fife con un patinete.

Fuera como fuese, había encontrado a mi otra mitad y no podía descansar hasta que Sandi fuera mía. Todos los días salía corriendo del instituto, me encerraba en mi cuarto y escribía poemas y canciones con mi guitarra Sears Silvertone, dejándome el corazón en espantosas

melodías que no oiría nadie más que ella. Se había convertido en mi musa, mi luz, y cada momento del día lo dedicaba a soñar con nuestra perfecta e inevitable unión. Estaba totalmente enamorado y mi pobre corazón no era capaz de pasar un día más sin encontrar aunque fuera una pizca de correspondencia por su parte. Todos los días ensayaba mentalmente, una y otra vez, lo que le iba a decir para declararme, y después de pasarme muchísimo tiempo detrás de ella en una especie de interminable cortejo desmañado (notitas entre clases, llamadas después de clase…, me puse muy pesado), de algún modo encontré el momento y, armado de encanto (y Old Spice), le pedí que saliera conmigo. Para mi sorpresa, me dijo que sí (de nuevo, la caridad), y muy pronto dimos el gran paso: en lugar de cruzar el pasillo juntos entre clase y clase, ahora lo cruzábamos con su mano cogida de mi mano sudorosa. Me sentía un rey. Una especie de dios. YO, DAVID ERIC GROHL, ESTABA FORMALMENTE COMPROMETIDO CON LA CHICA MÁS GUAPA DEL MUNDO... O, POR LO MENOS, DE NUESTRO CURSO. Por fin había encontrado a mi alma gemela suburbana, el amor de mi vida, la persona con la que algún día envejecería rodeado de una montaña de nietos cariñosos. Había encontrado a mi otra mitad. Y ella había encontrado a la suya.

O eso creía yo.

Para ser sincero, ni siquiera sé si llegó a durar una semana. Realmente no sé lo que pasó. Desde mi punto de vista, ¡las cosas iban estupendamente! ¡Éramos jóvenes, felices y libres! Como Burt Reynolds y Loni Anderson, David Copperfield y Claudia Schiffer, Siegfried y Roy, ¡una magnífica pareja de proporciones épicas e infinitas posibilidades! El mundo era nuestro instituto y teníamos toda una vida de amor por delante. Y entonces, sin avisar, me tiró la madre de todas las bombas en el culo… «Mira… Soy nueva aquí… Y no quiero estar atada.»

Me quedé paralizado ante un sacrilegio tan devastador. El tiempo se detuvo. La mente se me quedó en blanco. Se me hizo un nudo en la garganta y no podía respirar. Bajo mis pies se hundió el universo entero y esas palabras, como una guadaña envenenada, me lanzaron a un charco de agonía. Asentí y me encogí de hombros con una sonrisa, aunque estaba muerto por dentro. Aniquilado.

Volví a casa desesperado y, en un ceremonioso ritual, quemé todos los garabatos nauseabundamente románticos en el altar que, por supuesto, había construido para Sandi en el garaje. Sí, vale, a lo mejor solo los tiré a la basura, pero purgué mis páginas de poesías de amor para cortar el famoso cordón y tratar de seguir adelante con mi aburrida vida de preadolescente. Tendría que haber sabido que ella

nunca me amaría. Después de todo, yo no era más que un bicho raro con unos Toughskins desgarrados que escuchaba música rara y al que nadie entendería nunca.

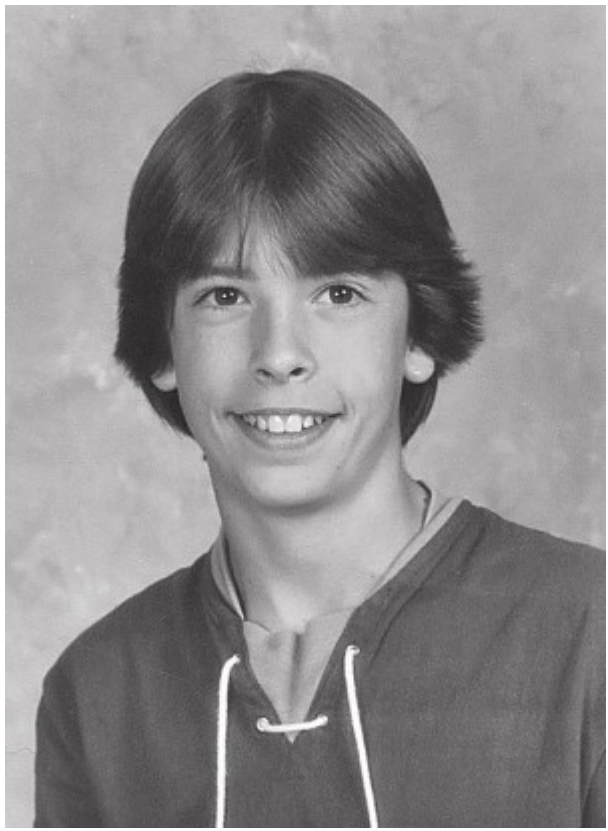
Aquella noche tuve un sueño. Estaba en un escenario gigante, inundado de luces de colores mientras tocaba un solo de guitarra triunfante en un concierto de entradas agotadas ante un estadio lleno de admiradores que me adoraban, haciendo arder el mástil de mi guitarra con una habilidad que jamás se había visto en ningún mortal. Los entusiasmados gritos del público eran tan ensordecedores que prácticamente ahogaban los alucinantes *riffs* que les estaba dedicando a aquellos cabrones. Mirando las miles de caras que gritaban mientras desgastaba las cuerdas, de pronto vi a Sandi en primera fila, con los brazos extendidos para tocarme, llorando de un modo incontrolable, claramente consumida por el arrepentimiento por haberme dejado a mí, el mayor superhéroe mundial del rock, aquel mismo día (aunque seguíamos teniendo trece años en el sueño). Me desperté de un sobresalto, y me di cuenta de que el sentimiento de desesperada tristeza y abatimiento había desaparecido y se había transformado en una sensación de inspiradora fortaleza. MIENTRAS MIRABA AL TECHO TUMBADO EN LA CAMA PENSÉ QUE, DESPUÉS DE TODO, TAL VEZ FUERA LA GUITARRA EL AMOR DE MI VIDA. Puede que no necesitara a Sandi. Tal vez mi Silvertone pudiera ayudarme a curar el corazón herido. A lo mejor podía superar todo aquello. Estaba más decidido que nunca a hacer que el sueño del rock and roll se hiciera realidad.

Puede que este sea el ímpetu que acompaña a cada una de las canciones que he compuesto. No por vengarme de Sandi, claro, sino para proteger lo más vulnerable que hay en mí usando la angustia como combustible. ¿Qué podría ser más inspirador que la angustia de un corazón herido? En cierto modo, casi aprecio más el sufrimiento que me han provocado mis numerosos desamores que el verdadero amor que los precedió, porque ese sufrimiento hace que me dé cuenta de lo que soy capaz de sentir. Créeme, el dulce aguijón de un amor rechazado es tan fuerte que puede impulsar a cualquier escritor a buscar lápiz y papel, ansioso por encontrar la belleza en el dolor de ser rechazado por alguien. Y el resultado suele ser bueno, porque es real y duele muchísimo.

A lo largo de los años, Sandi y yo hemos ido cada uno por nuestro lado. Distintos amigos, distintos estudios, distintos caminos en la vida, hasta perder el contacto por completo y quedar reducidos a un lejano recuerdo de la infancia el uno para el otro. Cuando teníamos veinte años me la encontré una vez y estuvimos riéndonos en un bar lleno de gente, pero eso fue todo. La magia había desaparecido. Nuestros

caminos se separaron una vez más y los dos regresamos cada uno a nuestra vida y a la persona en la que nos habíamos convertido. El pasado había quedado atrás.

Hasta que un día, en la gira Wasting Light de Foo Fighters en 2011, un amigo común me llamó y me preguntó si podía incluirlo en la lista de invitados del concierto que íbamos a dar en el Verizon Center de Washington D. C. Era la primera vez que se agotaban las entradas en mi ciudad, y mi lista de invitados era una especie de reencuentro de gente del instituto, con más de cien viejos amigos que vendrían al concierto para divertirse y revivir el lejano pasado. ¡Era como si por fin fuera a ir a la fiesta de bienvenida a la que nunca me invitaron! Mi amigo me preguntó si podía incluir a alguien más, y añadió: «¿Sabes quién viene conmigo? ¡Sandi!». Te cagas. No me lo podía creer. Ya habían pasado casi treinta años desde que nos conocimos y le entregué mi corazón, y aunque ella lo tiró al suelo y aplastó sus mil pedazos sangrientos delante de mí (ríete tú), estaba contentísimo porque iba a poder salir por ahí con ella y todos los amigos del barrio. Se proyectaba una noche para el recuerdo.



Tengo que admitir que estaba un poco nervioso. No por el

concierto, claro, eso era lo más fácil, sino porque iba a volver a verla. Había pasado tanto tiempo que ni siquiera creía que fuéramos a ser capaces de reconocernos después de todas las vueltas y vueltas que habían dado nuestras vidas. ¿Cómo sería? ¿Cómo hablaría? ¿Cómo vestiría? ¿Qué me pondría yo? Con un poco de suerte, alguien nos volvería a presentar y pasaríamos la noche inmersos en una ridícula nostalgia hasta que apagaran las luces y tuviéramos que terminarnos el champán y regresar cada uno a nuestras vidas. Invadido por una emoción infantil, escruté una y otra vez los atiborrados pasillos entre bastidores para ver si la veía antes de que ella me viera a mí, pero no la vi por ninguna parte. Mi inseguridad adolescente volvió a asomar su horrible cabeza después de tantos años. ¿Y si rechazaba la invitación? ¿Y si no quería verme? Pensé que mi corazón no sería capaz de soportar otro bastonazo de Sandi. Hasta las heridas más antiguas se pueden volver a abrir, ya sabes.

Y entonces la vi.

Levanté la mirada cuando entró en el vestidor y se me acercó. Fue como ver a un fantasma. Me quedé sin aliento. No podía creérmelo, estaba exactamente igual (sin los vaqueros Jordache ni el pelo a capas, claro). Nos miramos y nos dirigimos una sonrisa más amplia que el horizonte antes de lanzarnos a un abrazo que llevábamos siglos esperando. La sensación era claramente muy distinta de las palpitaciones que sentía delante de las taquillas del pasillo de luces de neón del instituto, pero hay una alegría que solo se siente cuando vuelves a encontrar a alguien de tu pasado, como una especie de confirmación de que todo aquello realmente ocurrió. Nos sentamos y nos pasamos un rato hablando de parejas, hijos y familia, riéndonos de los líos en los que solíamos meternos y pasando lista de dónde estaban ahora nuestros viejos amigos. Los minutos fueron pasando y muy pronto llegó el momento de que me preparara para el concierto, así que le pedí a Sandi que por favor se quedara después del concierto para seguir poniéndonos al día mientras nos tomábamos un par de cervezas. Salí corriendo para escribir la lista de las canciones que íbamos a tocar y esperé a que las luces se apagaran.

Cuando subimos al escenario, el rugido del público aquella noche era como el que solo se puede dar en un concierto en tu ciudad: estaba muchos decibelios por encima de cualquier otro, lo cual me llenó de emoción y orgullo. Había pasado la infancia allí, trepando árboles, masticando tabaco, saltándome las clases, encendiendo petardos, buscando cangrejos en los riachuelos y haciendo pintadas en las paredes, así que me conocía aquellas calles, a aquella gente, y ellos me conocían a mí. Aquella noche toqué con cada fibra de mi ser para

agradecerles toda una vida en Kodachrome, devolviéndoles la ola de amor que se apoderaba de mí en cada canción que cantábamos juntos. En un momento determinado, mientras tocaba un solo triunfal en el borde del escenario ante aquella marea de caras que gritaban, desgarrando el mástil con una respuesta entusiasta, miré hacia abajo y vi a Sandi de pie… exactamente en el mismo lugar en el que la había visto en mi sueño el día que me rompió el corazón. Me di cuenta de que treinta años antes me había imaginado vívidamente este momento como un niño de trece años, como una premonición, ¡y ahora lo estaba viviendo de verdad! POR LOCO QUE PAREZCA, MI SUEÑO ADOLESCENTE DE ROCK AND ROLL SE HABÍA HECHO REALIDAD. Con una sola diferencia: Sandi no estaba llorando descontroladamente, consumida por el arrepentimiento por haberme dejado.

No.

Estaba dirigiéndome una de esas sonrisas suyas, con los ojos celestes brillantes y el dedo corazón levantado mientras gritaba esas palabras inmortales…

«¡Que te follen, gilipollas!»

LAS CICATRICES SE LLEVAN DENTRO

—¿No te duele la cabeza, David?

Hecho una bola en el suelo frío y húmedo, vi cómo mis dos vecinos me miraban horrorizados mientras se oía caer con un ruido sordo el palo de golf ensangrentado sobre el césped recién cortado de su patio trasero.

—Eh, creo que sí… —dije apenas consciente del golpe mientras me tocaba la parte de atrás de la cabeza, sin darme cuenta de que ya tenía el pelo enmarañado y empapado por la sangre que brotaba de la enorme herida que el palo de golf de su padre me había hecho en el cráneo con tan solo nueve años.

—D-d-deberías irte a casa… —tartamudearon al mismo tiempo.

Un poco mareado, pero sin que me doliera nada, reuní fuerzas, me levanté del suelo y eché a andar, dispuesto a recorrer los ciento cuarenta metros que me separaban de casa. Era una soleada tarde de sábado y, como casi todos los fines de semana, nuestro idílico callejón rebosaba de actividad. Ya fuera por el ruido de los cortacéspedes en la distancia, los timbres de bicicleta resonando al unísono o los gritos que acompañaban a una patada perfecta al balón, nuestro barrio siempre sonaba como un coro de niños jugando alegremente al aire libre. Era el tipo exacto de mierda americana que inspiró series de televisión como *Días felices* y *La tribu de los Brady*. Al fin y al cabo, North Springfield era una comunidad diseñada, después de la Segunda Guerra Mundial, exactamente con esa estética: hileras de casitas de ladrillo lo suficientemente grandes como para que la generación del *baby boom* pudiera mantener a una familia de cuatro con sus magros salarios federales; unas hileras que se extendían en kilómetros de cuadrículas de césped bien cuidado, aceras agrietadas y altos robles blancos. A unos minutos de la capital del país, en la parada de autobús de la esquina siempre había una larga fila de hombres calvos con gabardinas y maletines marrones que leían el *Washington Post* mientras

esperaban a que los llevaran al Pentágono u otros edificios federales monolíticos y anónimos para afrontar un día más detrás de una mesa. La vida consistía en esa monotonía de nueve a cinco que nunca falla. Una carrera de ratas del día de la marmota con poco más que un reloj de oro esperándolos en la meta. Para los que tenían el cerebro lavado por el síndrome de la «casita de vallas de madera blanca», esa era la cómoda recompensa de la seguridad y la estabilidad. Para los chicos traviesos e hiperactivos como yo, era el patio del diablo.

Los sábados por la mañana solían comenzar con unos dibujos animados y un tazón de cereales antes de mirar por la ventana del salón para ver qué estaba pasando en la calle. Si creía que podía encontrar algo de acción, me ponía mis Toughskins (unos vaqueros baratos de Sears, de toda una serie de colores repulsivos) con la prisa de un bombero ante una emergencia y salía de casa despidiéndome a voz en grito: «¡Adiós, mama! ¡Luego vuelvo!». Lo de ser un niño casero

no iba conmigo. Yo prefería las innumerables aventuras que siempre me estaban esperando al aire libre, como arrastrarme por las tuberías húmedas de un desagüe, saltar desde los tejados o lanzarles manzanas a los coches desde los arbustos que bordeaban la carretera (una broma desaconsejable que solía terminar en una persecución frenética que me obligaba a cruzar por los patios de las casas saltando vallas metálicas a una velocidad olímpica para escapar de algún tipo de castigo por maleante). Desde muy temprano hasta que se encendían las luces de la calle, deambulaba por las aceras en busca de emociones hasta que acababa con agujeros en mis zapatillas especiales, que me habían modificado con un alza en el pie izquierdo para corregir una desviación de columna.

Pero aquel día, mis dos mejores amigos, Johnny y Tae, estaban metiendo los palos de golf en el maletero del coche de su padre. «¿Golf? —pensé—. Nosotros no jugamos al golf. Esa mierda es para niños ricos y burgueses.» ¡Nosotros teníamos palos, piedras y ríos llenos de langostas! ¿Qué íbamos a hacer nosotros con sombreros tontos y pantalones de cuadros? Me vestí muy rápido y salté a su jardín para ver qué pasaba, y descubrí que tenían planeado pasar el día en familia en el campo de golf, con lo que me dejaron tristemente abandonado a mis cosas. Me despedí decepcionado, me di media vuelta y volví a mi casa enfurruñado, donde esperé con impaciencia a que regresaran mientras me dedicaba a las temidas tareas de rastrillar las hojas y ordenar mi cuarto (lo que siempre resultaba ser completamente inútil, puesto que no tenía ningún sentido del orden o la limpieza en aquella época; ahora he mejorado un poco, pero solo un poco).

Las horas fueron pasando muy despacio hasta que por fin vi su Cadillac azul subiendo por la calle. Dejé inmediatamente lo que estaba haciendo y corrí a su casa, donde los encontré en el patio de atrás, golpeando violentamente la bola de golf con una cuerda y un poste que habían clavado en el suelo como en el juego de la pelota atada. ¡Qué chulo! Cuando me acerqué, me quedé flipado al ver cómo le daban leñazos a la bola levantando puñados de tierra que salían disparados por el patio. Como nunca había probado suerte con este nuevo deporte, esperé pacientemente mi turno al tiempo que reunía toda la disciplina de la que era capaz, hasta que por fin me dieron el palo viejo y oxidado. «Esto pesa un montón», pensé mientras levantaba los brazos para balancearme lo más fuerte que podía. Al aire. Nada. Al aire. Nada. Trozos gigantes de césped salieron disparados por todas partes como metralla, hasta que por fin acerté y, con un golpe perfecto, la bola dibujó un círculo alrededor del poste, dejándome con una sensación de satisfacción indescriptible. Mi corazón se llenó de orgullo. «¡Me toca!», gritó Tae mientras me quitaba el palo de las manos y ponía la bola en su sitio. «Le he dado muy fuerte. Voy a ver si el poste sigue bien clavado…», pensé, me

agaché para asegurarlo en la tierra húmeda y…

¡ZAS!

Si te has dado alguna vez un golpe en la cabeza con mucha fuerza, seguramente recuerdas el sonido del impacto cuando resuena en el cráneo. Se parece al rebote de un balón de baloncesto o el golpe de un melón poco maduro (el mío). Una vez que la has experimentado, es una sensación que no te abandona. Y el silencio que sigue, normalmente acompañado por unas cuantas estrellitas, es ensordecedor. A mí me acababa de golpear con todas sus fuerzas un niño con un palo de adulto diseñado para producir «un tiro de alta trayectoria» en el campo. En la cabeza de un niño de nueve años, el golpe produce un efecto muy distinto: un puto Helter Skelter.

Yo no sabía que me habían abierto la cabeza como una calabaza mucho después del día de truco o trato. No sentía nada. Nada de nada. Johnny y Tae me dijeron que sería mejor que volviera a casa, así que me fui silbando un poco intranquilo y pensando: «En qué lío me he metido», sin darme cuenta de la gravedad de lo que acababa de ocurrir. Aquel día llevaba mi camiseta preferida, una Ringer blanca con la S de Superman en el pecho. Mientras cruzaba la calle, me miré el logo rojo y amarillo, y me sorprendí al ver que aquella había dejado de ser mi preciosa camiseta de Superman. Ahora estaba llena de una masa pegajosa y coagulada de sangre, cuero cabelludo y pelo. Cuando llegué al jardín, aceleré el paso nerviosísimo. Todavía no me dolía nada, pero sabía que una gota de sangre en la alfombra sería un quebradero de cabeza (no me he podido resistir). Al subir los pequeños escalones que llevaban a la casa, oí que mi madre estaba pasando la aspiradora, así que en vez de entrar por la puerta como una exhalación empapado de sangre y gritando, me paré y llamé a la puerta suavemente, haciendo todo lo posible por disipar la histeria inminente.

—Mamá, ¿puedes salir un momento? —le pedí con la voz más tranquila y dulce del «niño que esta vez la ha cagado de verdad».

—Un momento… —contestó ajena al terror que la esperaba fuera mientras terminaba de pasar la aspiradora en otra habitación.

—Eh…, creo que es importante —gimoteé.

La cara que puso mi madre cuando apareció y se encontró a su hijo pequeño en la puerta cubierto de sangre se me ha quedado grabada en la memoria. Aunque no me dolía nada, sentía su dolor.

Pero, a decir verdad, no era la primera vez.

Siempre bromeábamos diciendo que los médicos del hospital público del condado de Fairfax me conocían por mi nombre de pila. Como si fuera el Norm de *Cheers*, todos gritaron: «¡David!», mientras

me metían en urgencias sentado en la silla de ruedas con otra herida que necesitaría otro montón de puntos negros. Con el paso del tiempo, dejó de impresionarme el pinchazo de una nueva inyección de novocaína y la sensación de que la piel se estiraba cuando un médico tiraba con fuerza de un hilo fino de nailon para cerrar una herida. Se convirtió en una costumbre. Por ahora, nunca me he afeitado la cabeza por completo, pero imagino que debajo de mi mata de pelo oscuro tiene que haber algo parecido a un mapa del metro de Londres, con un montón de líneas que se entrecruzan en una maraña de cicatrices. Manos, rodillas, dedos, piernas, labios, frente…, sea lo que sea, si está conectado con mi cuerpo, han tenido que arreglarlo como una vieja muñeca de trapo. Pero, no te creas, yo siempre le encontraba el lado positivo, porque una herida significaba perderse un día de colegio. Y yo habría hecho cualquier cosa por tener un día libre.

Por ejemplo, una vez me rompí el tobillo en un partido de fútbol que estábamos jugando en un parque cerca del lago Accotink, un lugar pintoresco que estaba a menos de dos kilómetros de mi casa. Todos los de sexto habían quedado aquella tarde para jugar en una zona de césped y enseguida estalló un partido furioso, ya que la mayoría llevábamos toda la vida jugando con el club de atletismo del barrio. (Dato curioso: en todos los deportes a los que jugara, siempre me ponían de portero, lo que imagino que denota un perfil psicológico prematuro, pero esa es otra historia.) En un momento dado, alcancé el balón en el preciso instante en que lo hacía otro jugador y el tobillo se me torció de un modo horrible, en una dirección para la que no estaba hecho. Al caer al suelo supe que me había hecho daño de verdad. ¿Y qué hice? Me volví andando a mi casa, pensando durante casi dos kilómetros qué le iba a decir a mi madre para que aquella lesión me sirviera para no tener que ir al colegio, sin darme cuenta de que realmente me había roto el tobillo. Para mi sorpresa, al día siguiente me desperté con un gigantesco pie morado. «¡BIEN! ¡UN DÍA SIN COLE!», me alegré. Y sí, «¡David!», exclamaron los médicos cuando llegué.

La lista es larga. El huevo de Pascua congelado que decidí cortar con el cuchillo más afilado del cajón hizo que casi me amputara el dedo índice de la mano izquierda. Luego está la esquina del pasillo que lleva al cuarto de mi hermana, contra la que me estampé de cabeza no una, sino dos veces, con lo que se sumaron unos cuantos puntos más al intrincado bordado que ya tenía en la frente. Las caídas con la bici. Los accidentes. Aquella vez que un coche me arrolló con cuatro años (¿Qué dije? «¡Pero si no me he hecho nada, mami!») Mi infancia fue una serie demasiado larga de visitas a urgencias que

terminaban en una nueva cicatriz, un día sin colegio y una buena historia que contar.

Al mirar atrás me doy cuenta de que mi reacción era curiosa. Cuando me hacía daño, no temía las consecuencias físicas, pero sí las emocionales. A pesar de todas esas heridas graves, no recuerdo ningún momento en el que sintiera dolor físico. Ninguno. Siempre volvía andando a casa; siempre ponía cara de estar jugando para no hacer sufrir a mi madre más de lo que la vida la había hecho sufrir ya, y siempre le decía que cualquier herida que me hubiera hecho no era más que un rasguño, sin importar la cantidad de puntos que necesitara. Puedes llamarlo como quieras, mecanismo de defensa, desconexión neurológica o lo que sea, pero creo que es algo que aprendí de los sacrificios que tenía que hacer mi madre para criar a dos niños felices, sin importar el dolor que tuviera que soportar. AL FIN Y AL CABO, EL ESPECTÁCULO DEBE CONTINUAR.

Hay un dicho que afirma que «el límite de tu felicidad es la de tu hijo más infeliz». Nunca entendí realmente lo que quería decir hasta que tuve que llevar a mi hija Violet al pediatra para que le pusieran una inyección. Hasta entonces, sus llantos no habían sido más que señales de que tenía hambre, estaba cansada o había que cambiarle el pañal. Se había pasado la mayor parte de sus primeros seis meses sentada en mis rodillas, sonriendo y soltando risitas cuando yo la movía arriba y abajo, apreciándola como el milagro que es mientras me miraba con sus enormes ojos azules, desarmándome con cada gritito. Pero aquel día, el médico me pidió que me la sentara en las rodillas mientras él preparaba la inyección, así que la puse mirando hacia mí como habría hecho cualquier día en el salón de mi casa, sonriéndonos los dos y comunicándonos con los ojos en lugar de hacerlo con palabras. Sin embargo, esta vez era distinto. Yo sabía que lo que iban a hacer le iba a doler. Hice todo lo que pude para que estuviera contenta y se riera, pero cuando la aguja larga y afilada se le fue hundiendo en el bracito, su expresión de felicidad y alegría cambió rápidamente a la de un inmenso dolor. Sus ojos, que seguían clavados en los míos, se abrieron de par en par y se llenaron de lágrimas como diciendo: «Papá, ¿por qué dejas que me hagan daño?». Yo estaba destrozado. El corazón se me rompió en mil pedazos, y en ese momento no solo sentí el dolor de Violet, sino también el de mi madre.

Al volver a casa (sus lágrimas se secaron en cuanto salimos de la consulta, claro), llamé a mi madre y le dije que no podía quitarme de encima ese sentimiento tan horrible, explicándole que era la primera vez que oía a mi hija llorar de dolor y que eso me había destrozado

por dentro. Su respuesta fue tan profunda como esperaba: «Dios quiera que nunca aparezca por la puerta cubierta de sangre… Entonces sí que lo entenderías…».

Menos mal que mi madre no estuvo presente la noche del 12 de junio de 2015 en Gotemburgo, en el estadio Ullevi de Suecia.

Era verano, una noche escandinava preciosa. Cielos despejados, brisa cálida y cincuenta mil seguidores de Foo Fighters esperando ansiosamente un concierto de dos horas y media con la lista de veinticinco canciones que ya habíamos cantado en otros conciertos y sabíamos que gustaba. Para entonces, nuestra pequeña banda ya había pasado al nivel de estadios tras convertirse en una máquina bien engrasada que lanzaba canción tras canción con pocos descansos, y yo me sentía más que cómodo cantando ante una audiencia de esa magnitud, viviendo mis más íntimas fantasías a lo Freddy Mercury todas las noches: escuchar el eco retardado de la gente que se desgañita desde los más recónditos rincones de un estadio de fútbol es una sensación extrasensorial que se vuelve extrañamente adictiva con el tiempo, resonando en un coro de conectividad sublime; el aire libre, con las ráfagas de viento que te alcanzan removiéndote el pelo con una perfecta explosión a lo Beyoncé mientras inhalas el olor a sudor y cerveza que de vez en cuando se eleva de la multitud con una condensación similar a la de la niebla; el rugido de los fuegos artificiales que resuenan sobre ti mientras haces tu última reverencia y sales corriendo hacia la pizza de *pepperoni* que te espera fría en el camerino. Créeme, es todo lo que te esperas y mucho más. Nunca me gustó del todo el rock de estadio hasta que lo experimenté desde el borde del escenario, y hasta ahora nunca he dado por sentado ni un solo momento. Es una experiencia de otro mundo, algo que solo se puede describir con dos palabras: absolutamente increíble.

Poco antes de la actuación, un promotor de la ciudad asomó la cabeza por la puerta del camerino para desearme suerte y recordarme que tenía el listón muy alto, ya que en aquel estadio tan solo había tocado el único e inimitable Bruce Springsteen, y que la gente estaba tan eufórica que «había tirado la casa por la ventana». ¡Sin presiones! Ni por un momento se me habría ocurrido elevarme al nivel del Boss, pero tengo que decir que aquella pequeña charla me incendió por dentro. «Esta noche les voy a dar caña», pensé, y seguí con mi ritual de siempre, que suele consistir en tres ibuprofenos, tres cervezas y un montón de risas. Lo confieso, siempre me ha dado vergüenza hacer los ejercicios vocales de calentamiento, sobre todo teniendo en cuenta que mi actuación consiste en gritar como un poseso, y no en soltar magníficos gorgoritos melódicos. Unas cuantas carcajadas y nuestra

versión de «oración de la banda» (un momento profano en el que nos tomamos un trago de Crown Royal mirándonos a los ojos) funcionan siempre.

El sol aún brillaba en el cielo cuando subimos al escenario aquella noche, y cuando abrimos con los primeros acordes de «Everlong» (sin duda, nuestra canción más famosa), la gente se volvió loca. Esta canción, que solemos reservar para el cierre, fue la elección perfecta para comenzar lo que resultaría ser nuestro concierto más inolvidable, y la tocamos con la intensidad de una banda en llamas. Sin dudarlo, rápidamente nos lanzamos al ritmo acelerado de «Monkey Wrench» mientras yo corría de un lado al otro del escenario, sacudiendo la cabeza y haciendo solos como un niño con una raqueta de tenis delante del espejo de su cuarto. Los escenarios de los estadios no solo son enormes, sino que también son muy altos para que el público pueda ver a los artistas desde cientos de metros de distancia, con lo que cada movimiento es una carrera de más de cuarenta metros que te deja sin aliento para la siguiente estrofa cuando llegas al micrófono.

A mitad de la canción, salté hacia delante para lanzarme a otro punto ciego del escenario (me encantan esos trucos), pero el pie se me enganchó en un cable del suelo y acabé a pocos centímetros del borde. El impulso del tropezón me hizo perder el equilibrio y, viendo los cuatro metros de altura que me separaban del suelo, pensé: «No pasa nada, solo es un salto». Como había hecho tantas veces al saltar desde los tejados cuando era niño, eché el pie hacia delante (¿te lo imaginas?) y esperé que todo saliera bien. Pero aquello no era un tejado que sobresalía sobre un césped bien cuidado. No. Aquello era puro hormigón, el cemento compacto e implacable con tiras de plástico duro que se usan para proteger el campo de fútbol. Me estrellé contra el suelo con un espantoso ¡PAM!, y una gigantesca ola de pánico y adrenalina se apoderó de mí. «¡Qué vergüenza!», pensé. Rápidamente me puse de pie, como si fuera otra pequeña caída de la infancia, nada que temer, pero en cuanto puse el pie en el suelo supe que algo no iba bien. Al poner el peso sobre el tobillo derecho, lo noté caliente y entumecido, con la repugnante consistencia de un calcetín lleno de puré de patatas. Estaba… machacado. Me caí al suelo otra vez, sujetándome la pierna mientras los guardias de seguridad del estadio me rodeaban. Totalmente ajena a lo que estaba pasando, la banda seguía tocando desde lo alto del escenario. De algún modo conseguí llamar la atención del guardia de seguridad de la banda, Ray, que estaba a unos treinta metros, y, articulando las palabras de un modo exagerado, grité: «¡ME ACABO DE ROMPER LA PUTA PIERNA!».

Vi como el cuerpo enorme de Ray se abalanzaba hacia mí en el mismo momento en que la banda dejaba de tocar y se detenía la canción.

Pedí un micrófono y, desde el estrecho camino del sofocante pasillo de seguridad, declaré con toda tranquilidad: «Señoras y señores, creo que me acabo de romper la pierna. Sí, creo que me la he roto…».

Un silencio de estupor se abrió paso entre el público al ver que la banda se asomaba desde el borde del escenario absolutamente desconcertada, viendo cómo me rodeaban un montón de paramédicos y pedían una camilla. Yo no paraba de pensar qué podría decir para calmar o remediar una situación tan ridícula. Allí estaba yo, apenas en la segunda canción de una lista de dos horas y media, a punto de que me sacaran del campo como a un jugador lesionado ante cincuenta mil seguidores. Toda aquella gente había viajado desde muy lejos, gastándose el dinero que había ganado con su trabajo para verme actuar aquella noche. Iba a darles un concierto a la altura del Boss, joder. Me lo pensé un momento y dije lo primero que se me ocurrió: «Os prometo que los Foo Fighters… volveremos y terminaremos este concierto…». LEVANTÉ LA MIRADA HACIA NUESTRO BATERÍA, TAYLOR, MI MEJOR AMIGO Y CÓMPLICE, Y DIJE: «¡¡¡SEGUID TOCANDO!!!».

Mientras me llevaban a un lado del escenario, las primeras notas de «Cold Day in the Sun», de nuestro quinto álbum, comenzaron a resonar en el estadio ante una audiencia estupefacta. Un joven médico sueco, Johan Sampson, me cortó los cordones de las zapatillas de caña alta y, cuando me lo quitó, el pie me cayó flácido hacia un lado. Me había dislocado el tobillo, se me habían roto todos los ligamentos que mantienen la articulación en su sitio, y también me había roto el peroné con un corte tan limpio como el de una navaja. El médico me miró y, con su fuerte acento sueco, dijo: «Lo más seguro es que te hayas roto la pierna, y se te ha dislocado el tobillo, así que tendremos que volver a ponerlo en su sitio».

En ese momento llegaron corriendo, preocupados y horrorizados, mi mujer, Jordyn, y mi mánager de gira, Gus Brandt, pero a mí lo único que se me ocurría era reírme por lo absurdo que era todo aquello. Le dije a Gus que me trajera un vaso de Crown Royal y me incliné hacia mi mujer, le cogí la manga de la chaqueta de cuero y la puse entre mis dientes. «Hazlo», le dije al médico mientras mordía la tela negra y salada, sintiendo una presión extraña mientras intentaban poner el tobillo en su sitio como si fuera una llave vieja en una cerradura oxidada.

«Stay with me, stay with me, tonight you better stay with me…»

(«Quédate conmigo, quédate conmigo, esta noche mejor quédate conmigo…»), cantaba Taylor. El clásico de los Faces que llevábamos años tocando se oía en la distancia mientras otra paramédico me ponía una de esas mantas térmicas de alpinismo suponiendo que me encontraba en estado de *shock*. No me puedo quejar, la verdad. A lo mejor tenía razón. Estaba tumbado, riéndome con un vaso de plástico hasta arriba de *whisky*, sin dar muestras de que acababa de destrozarme la pierna con una caída enorme. Pero yo lo único que sentía en aquel momento era la responsabilidad de terminar el concierto ante miles de personas que habían venido para vernos echar el estadio abajo con nuestra máquina de rock bien engrasada. Me imaginaba filas y filas de personas dirigiéndose hacia la salida, con los brazos caídos por la decepción, maldiciéndonos y jurando que jamás volverían a un concierto nuestro. Me volví hacia Johan, que me estaba sujetando el pie en su sitio, y le pregunté:

—Oye, ¿puedo subir y terminar el concierto si me siento en una silla?

—Necesitarías una férula —me dijo.

Cuando le pregunté si tenían alguna, me dijo que tendríamos que ir al hospital para ponerla allí y después volver.

—¿A cuánto está el hospital de aquí? —le pregunté.

—Treinta minutos —dijo.

«A tomar por culo», pensé. No estaba dispuesto a salir de aquel estadio sin darle a la gente el concierto por el que había pagado.

—¿Y si tú vas a por ella mientras yo sigo dando el concierto sentado y, cuando vuelvas, me la pones? —propuse.

Johan me miró con frustración y, con mucha educación, me dijo:

—Si te suelto el pie, se saldrá de su sitio.

En un momento de pura obstinación, exclamé sin dudar:

—¡Muy bien, pues entonces te subes al escenario conmigo, joder!

«Pressure… pushing down on me…» («La presión… aplastándome…»), se oía decir en el tono ronco y perfecto de Taylor, que estaba cantando el clásico de Queen y David Bowie mientras el médico me vendaba el tobillo con fuerza y sin perder nunca el control de la articulación, hasta que un puñado de hombres fuertes se coordinaron para levantarme y llevarme a la silla que me esperaba en el escenario, donde antes había cantado de pie.

La vida tiene su forma de regalarte momentos poéticos y fortuitos. En cuanto puse el culo en la silla y agarré la guitarra, irrumpí en el puente de «Under Pressure» como siempre lo había hecho, cantando en mi mejor falsete: *«Chippin' around, kick my bratins around the floor! These are the days it never rains but it pours…»* («Dando vueltas, ¡patea

mi cerebro por el suelo! Estos son los días en que las desgracias nunca vienen solas…»), y el rugido ensordecedor de la multitud confirmó que aquella canción y su letra no podrían haber sido más apropiadas para aquel momento inolvidable. No te lo puedes ni imaginar. Era la felicidad completa. Un triunfo. Pura supervivencia.

Cuando pasé a la siguiente canción, «Learn to Fly», miré a Johan, que estaba arrodillado delante de mí, haciendo todo lo posible por estabilizarme el pie mientras yo sacudía la guitarra cargado de adrenalina, y entonces me di cuenta de que había perdido el gesto rígido de preocupación y estaba moviendo la cabeza al ritmo de la música, así que le sonreí y le dije:

—Esto está muy bien, ¿eh?

—¡Síííí! —me dijo. Yo no tenía ni idea de que él también era músico de rock, y que la emoción de estar en un estadio seguía corriéndole por las venas.

La ambulancia no tardó en llegar con la férula, que resultó ser un gran aparato ortopédico que me pusieron con la velocidad de un equipo de boxes de Nascar, y seguimos adelante con el concierto. Pasaron las horas y las canciones, y hubo un momento en el que conseguí abrirme camino con muletas hasta el centro del estadio para cantar «My Hero» y «Times Like These». La forma en que el público me demostró su pasión y su apoyo al cantar toda la canción conmigo con un entusiasmo sin límites hizo que se me saltaran las lágrimas. Cuando llegamos a las últimas notas de «Best of You» sabía que acabábamos de vivir un momento decisivo en nuestra carrera. La banda, que había surgido a raíz del dolor y la tragedia de un pasado roto, era la celebración del amor y la vida, y la obstinación de encontrar la felicidad cada día. Y ahora, más que nunca, representaba la curación y la supervivencia.

Enseguida me acompañaron a un coche que me esperaba al lado del escenario y salimos a toda velocidad hacia el hospital rodeados de una escolta policial con las sirenas a todo trapo. Por el camino me di cuenta de que mi hija de seis años, Harper, que había visto todo lo que había pasado, estaba llorando en silencio. Entre las luces de las sirenas que le iluminaban la cara, le pregunté: «¿Qué te pasa, cielo?». No me contestó. «¿Estás asustada?». Asintió lentamente con la cabeza mientras le rodaban las lágrimas por las mejillas, y se me encogió el corazón. Aunque no sentía mi dolor, sentía el suyo. «¡No pasa nada! Me están llevando al hospital para hacerme unas fotos de los huesos… ¡Es muy chulo!», dije con una alegría forzada.

Ella intentó sonreír y reunir algo de valor, pero percibía el miedo y la empatía de su corazoncito inocente y al instante me concentré en su

bienestar. Después de todo, el límite de tu felicidad es la de tu hijo más infeliz. Al llegar al hospital me dieron una silla de ruedas, y yo me la puse en el regazo para el viaje hasta la sala de rayos X, haciendo todo lo posible por que aquello pareciera divertido.

Afortunadamente, se rio.

Cuando me tumbé en la mesa helada de los rayos X, me pidieron que me quedara quieto mientras me quitaban la férula para hacer una radiografía lo más limpia posible de la lesión. Como en una abducción extraterrestre, la luz blanca llenó la habitación, y allí estaba yo, solo, a una ventana de distancia de mi mánager de giras. Silencio. Un zumbido resonó varias veces, y al mirar a Gus, vi su cara de preocupación a través del cristal. No era lo que esperaba ver. Él me miró a los ojos y, gesticulando, susurró la palabra «operar». Mierda.

El dolor por fin se había instalado cuando regresé a mi hotel aquella noche, y, acostado en el sofá con el yeso levantado, la mente se me fue a aquellos días de verano que pasé como un niño hiperactivo y travieso, vagando por las calles en busca de aventuras hasta que me salían agujeros en los zapatos, sin temer las consecuencias físicas. Solo las emocionales. Y mientras leía los innumerables mensajes que me llegaban al teléfono, se me saltaron las lágrimas por todo el amor y la preocupación que me estaban demostrando mis amigos al enterarse de la noticia. Sabía lo que había que hacer.

HAY QUE LEVANTARSE. IRSE A CASA. EL ESPECTÁCULO DEBE CONTINUAR.

TRACEY ES PUNK

—¡Tracey, ya están aquí!

En el extravagante vestíbulo de la casa de finales de siglo que mi tía Sherry tenía en Evanston (Illinois), esperé al pie de la larga y sinuosa escalera el ansiado abrazo de Tracey. Aunque técnicamente no estábamos emparentados, la familia de Tracey era parte de nuestra familia. Nuestras madres se conocieron en el instituto y se hicieron amigas para toda la vida. En la década de los cincuenta incluso formaron un grupo de canto a capela llamado Three Belles que actuó en varios lugares de su localidad, Boardman (Ohio); clubes Kiwanis, varios clubes de mujeres y funciones escolares (por no mencionar un programa matutino de cocina que echaban por televisión en el que mi madre salió bebiendo leche para un anuncio y casi echa la pota allí mismo). Junto a su querida amiga Jeralyn Meyer, el trío cantó «Tea for Two», «Bewitched» y «Alexander's Ragtime Band» en perfecta armonía; todo sonrisas y atuendos a juego. Sin aspiraciones profesionales reales, la suya era una pasión sincera, una forma de pasar el tiempo y compartir con amigos su amor por la música. Después de graduarse, mi madre y Sherry siguieron caminos distintos, pero prometieron volver a verse todos los veranos, y eso hacíamos, sin importar la distancia que separara a nuestras familias. El trayecto de más de mil cien kilómetros desde Springfield (Virginia) hasta Evanston no era moco de pavo. Mi madre, mi hermana y yo embutíamos las maletas, almohadas, mantas y bocadillos en el Ford Fiesta celeste de 1981 para un viaje de once horas. De camino, solíamos pararnos para pasar unos días con mis abuelos en Youngstown (Ohio), no muy lejos de la pequeña ciudad de Warren, donde nací. Aquel era el punto culminante del año, conducir por la autopista de Pensilvania hacia uno de los rincones más hermosos de Estados Unidos, serpenteando por colinas onduladas y largos túneles de montaña. A mí me encantaba, sobre todo cuando mi madre, desde el asiento delantero, cantaba con nosotros las canciones de la radio; cuando nos parábamos en las áreas de servicio para comprar recuerdos, y cuando nos

comíamos los bocadillos que habíamos preparado. Aquellos fueron mis primeros viajes, y aun entonces apreciaba el cambio gradual del paisaje mientras cruzábamos el país hacia el Medio Oeste en nuestro diminuto automóvil, apretujados como astronautas durante horas y horas. Estoy seguro de que el placer que encontraba al ver el largo camino que nos quedaba por delante me inspiró para seguir esas mismas carreteras más adelante en la vida.

Tras abandonar nuestro tranquilo vecindario de las afueras de Virginia, pasar por las colinas de Pensilvania y cruzar los enormes y llanos campos de maíz de la zona rural de Ohio, la vista de la metrópolis en expansión de Chicago ante nuestro parabrisas era decididamente triunfal. Como la Ciudad Esmeralda de *El mago de Oz*, ver la torre Willis en la distancia siempre me llenaba de asombro y entusiasmo, mientras me preguntaba qué me depararía el viaje del verano. Me encantaba Chicago. Su laberinto multicultural de vagones de metro y edificios de ladrillo parecía una zona de juegos cargada de oportunidades, mucho más emocionante que el tranquilo entorno suburbano de mi casa de Virginia. Además de mi prima Tracey, la más aventurera de mis «primos», estaban sus hermanos mayores Trip, Todd y Troy, que siempre me acogían bajo su ala y me enseñaban el mundo que se extendía más allá del mío, y que de otra forma no habría podido conocer; con ellos salía a visitar la ciudad o me pasaba las horas jugando en las cálidas playas del lago Míchigan. Aquella era mi isla de la fantasía, mi Club Med, mi Copacabana. Y también fue lo que me brindó mis primeros momentos de verdadera independencia, ya que con el tiempo empecé a coger el metro sin la supervisión de mi

madre para salir a explorar los infinitos rincones de la ciudad, al tiempo que en mi interior se desvelaba una sensación de identidad personal que iba mucho más allá de lo que me habían hecho creer que podría llegar a ser. Sin darme cuenta, estaba viviendo un periodo de cambio en la adolescencia que recordaba a los clásicos de John Hughes de los ochenta, tanto estética como emocionalmente.

Mientras esperaba a que Tracey apareciera como siempre, con sus pantalones cortos y un polo, oí algo raro en el piso de arriba, el sonido metálico de unas cadenas, el crujido del cuero y el ruido sordo de unas botas a cada paso, como un vikingo que se acerca lentamente a su víctima. ¿Un intruso en la casa? ¿Un Hells Angels? ¿Un fantasma de la Navidad pasada? Conforme se acercaban los pasos, se me aceleraba más y más el corazón. Ya estaba en lo alto de la escalera. Bum. Cling. Bum. Cling. Bum. Cling. Y entonces apareció…

TRACEY SE HABÍA HECHO PUNK.

Con unas botas Dr. Martens relucientes, pantalones *bondage* negros, camiseta Anti-Pasti y la cabeza rapada, era la encarnación aterradora y gloriosa de la rebelión. Atrás quedaron los pantalones cortos y las zapatillas del verano anterior; Tracey se había convertido en algo que yo solo había visto en la tele, en series como *Chips* o *Quincy*. Pero en aquel momento no estaba delante de un villano con pelos puntiagudos que se dedica a aterrorizar en una comedia tonta haciendo el loco al ritmo de una banda sonora. No. Aquello era real. La miré como si me hubiera encontrado cara a cara con un extraterrestre, observando cada uno de los clavos, cada imperdible y cada correa de cuero con alegre desconcierto. Sin embargo, mi conmoción y sorpresa se calmaron en el instante en que nos saludó con su alegre sonrisa de siempre. Seguía siendo Tracey, que había cumplido los once convertida en un superhéroe postapocalíptico. Decir que estaba entusiasmado sería uno de los mayores eufemismos de mi vida. Estaba eufórico. Algo se había despertado en mí, solo que todavía no sabía lo que era.

Después de la habitual puesta al día, Tracey y yo subimos a su habitación, donde me enseñó la enorme colección de discos que tenía al lado de la cadena estéreo con tocadiscos. Filas y filas de sencillos y elepés de siete pulgadas, todos meticulosamente cuidados y ordenados, con nombres de grupos de los que nunca había oído hablar: los Misfits, Dead Kennedys, Bad Brains, Germs, Naked Raygun, Black Flag, Wire, Minor Threat, GBH, Discharge, los Effigies…, la lista es demasiado larga para nombrarlos a todos. Era un verdadero tesoro del punk *underground*, algo que yo ni siquiera sabía que existiera. Nos sentamos en el suelo mientras ella iba poniendo un disco tras otro con el entusiasmo de un profesor que instruye a un alumno hambriento de

conocimientos. «¡Escucha este!», me decía, y ponía el disco con mucho cuidado en el tocadiscos. «¡Ahora este!», decía después, y así seguía una y otra vez, haciendo que mi mente volara al espacio exterior con cada pista. Tenía muchas preguntas, muchas. ¿Cómo era posible que no supiera que aquello existía? ¿Lo conocía todo el mundo? ¿Era legal? Examiné la carátula de cada disco con los ojos muy abiertos, mirando las crudas obras de arte, las fotos y los créditos, mientras Tracey ponía a todo volumen aquella música poderosa plagada de ritmos de latigazos y gritos espeluznantes. Las horas fueron pasando, y todo lo que sabía de música hasta aquel momento se fue por la ventana.

AQUEL FUE EL PRIMER DÍA DEL RESTO DE MI VIDA.

Tras una inspección más detenida, noté una diferencia evidente con todos los álbumes de rock clásico que tenía en mi casa: ninguno de aquellos álbumes era de ninguna compañía discográfica de la que hubiera oído hablar. Por el contrario, la mayoría de ellos parecían prácticamente caseros. Tenían carátulas fotocopiadas con fotos oscuras y pixeladas; letras y créditos escritos a mano; logos y gráficos serigrafiados, y todos estaban torpemente embutidos en fundas de plástico de las que se venden a tres o cuatro dólares. Era una especie de red *underground* que de algún modo existía totalmente fuera de la estructura corporativa convencional, desafiando la forma en que normalmente se fabricaba y distribuía la música. Aquella gente lo estaba haciendo POR SÍ MISMA, me explicó Tracey. Estaba fascinado, estimulado e inspirado. Había dejado de considerar la música como un inalcanzable acto de brujería que solo estaba a la altura de los que fueron bendecidos con la habilidad sobrenatural de Jimi Hendrix o Paul McCartney. De pronto me daba cuenta de que lo único que se necesitaba eran tres acordes, una mente despierta y un micrófono. Y la pasión y el arrojo de convertirla en realidad.

SIDE 1 SURF COMBAT GEAR

SIDE A LIBIDO

ENGINEERED BY IAIN BURGESS
ASSISTANT ENGINEER JOHN PATTERSON

LYRICS & MUSIC © ℗ 1983 NAKED RAYGUN

NAKED RAYGUN WORLD H.Q.
PO BOX 578382
CHICAGO ILLINOIS 60657 8382

RUTHLESS RECORDS
PO BOX 1458
EVANSTON ILLINOIS 60204

Aquella noche, Tracey tenía pensado coger el metro para ir a ver a los Naked Raygun, una banda de rock punk que tocaba en el Cubby Bear, un bareto que había frente al Wrigley Field. Después de haber oído su canción «Surf Combat», me moría de ganas de experimentar su estilo de vida radical, pero ni se me pasó por la cabeza que Tracey estuviera dispuesta a llevarme con ella, cuando yo tenía toda la pinta de ser un niño de trece años que acababa de caerse de la parte trasera de un autobús escolar. Más parecido a Opie Taylor que a Sid Vicious, ya me imaginaba lo mal que lo pasaría Tracey si tuviera que meterme con ella en un bar lleno de *mohawks* y chaquetas de cuero con pinchos. Pero mi tía Sherry insistió, y al final Tracey aceptó. Aquel era un terreno inexplorado, totalmente ajeno a mi mundo, y nada más que de pensar cómo sería se me hacía un nudo en el estómago.

Además… yo nunca había ido a un concierto.

Después de tantos años viendo la MTV y los pósteres de Kiss y Led Zeppelin que tenía en mi cuarto, estaba convencido de que las bandas solo actuaban en escenarios gigantes con máquinas de humo y un montón de láseres y trucos de pirotecnia. Para mí, eso era el rock and roll. Lo último que me esperaba era que solo se necesitaran cuatro paredes y una canción.

En el metro, me imaginaba el caos y la locura que aguardaban en el sórdido bar del centro como una tormenta eléctrica de peligrosas premoniciones. Unas pocas horas antes se había desencadenado algo en mi interior y me moría de ganas de vivir todo aquello. Ahora me identificaba con algo, pero era algo que no había visto en mi vida. Las carátulas asimétricas y las grabaciones de garaje distorsionadas que salían del tocadiscos de Tracey habían abierto una ventana en mi alma, y por fin había encontrado algo con lo que me identificaba y que me hacía sentir comprendido. Siempre me había sentido un poco fuera de lo que se consideraba normal, nunca había tenido ningún sitio ni ninguna persona a la que acudir para sentirme comprendido y a gusto entre mis compañeros. Era un niño de un hogar roto, un niño de mamá, un estudiante que en el mejor de los casos llegaba a un cinco. Una bola de energía perdida que buscaba su nicho, su tribu. Necesitaba desesperadamente una transformación existencial. Y sabía que se estaba acercando.

Cuando llegamos al Cubby Bear, vi a unos cuantos punks en la puerta del bar y me sorprendió que fueran tan jóvenes. Eran adolescentes como yo, no como las caras amenazadoras que había visto en las carátulas de los discos de Tracey. La mayoría, con vaqueros, camisetas y zapatillas Converse, parecían *skaters* que se subían por las paredes con toda su energía e hiperactividad, como yo.

Me sentí aliviado al verlos, y enseguida Tracey y yo entramos y me presentó a su pandilla de rebeldes. Enseguida me di cuenta de que todos se conocían, aquello era una comunidad de amigos unidos por su amor por la música subversiva y la expresión de su personalidad. Desde luego, había pinchos, cuero, pelos de colores y *piercings* por todos lados, pero no me pareció amenazador. Me sentía como en casa.

Como una bomba a punto de explotar, se masticaba la tensión nerviosa mientras Naked Raygun se preparaba para subir al escenario. Cuando las luces se apagaron, me impresionó la intimidad del concierto. Al contrario de lo que veía en los pósteres de mi cuarto, yo estaba hombro con hombro con todos los demás, a centímetros del escenario en el que el cantante estaba agarrando el micrófono para empezar. Y cuando lo hizo, todo el bar explotó como un barril de pólvora que lanzaba brazos para todas partes a un volumen atronador. Unos encima de otros, la gente bailando y dando patadas, algunos lanzándose desde el escenario y todos cantando con los puños en el aire como un ejército de soldados leales a la música. Me pisaron, me empujaron, me golpearon, me arrojaron como una muñeca de trapo en el tumulto, y me encantó. La música y el baile desenfrenado desataron una energía que llevaba muchos años reprimiendo, como un exorcismo contra todos los traumas de la infancia. ERA LA SENSACIÓN DE LIBERTAD QUE LLEVABA TODA LA VIDA ESPERANDO, Y AHORA QUE ME HABÍAN BAUTIZADO CON SALIVA, SUDOR Y CRISTALES ROTOS, NO HABÍA VUELTA ATRÁS. Durante toda la sucesión de canciones estruendosas me mantuve cerca del escenario, inmerso en la gloria distorsionada de la música. Hay quienes consideran que Naked Raygun es la banda más importante de la historia del punk de Chicago, y su estilo era una especie de versión extrema del surf rock de Dick Dale. Yo, desde luego, en aquel momento no me daba cuenta de nada de esto. Yo lo único que sabía era que aquella música me estaba llenando la cabeza y el alma de algo de lo que iba a necesitar mucho más. Con ninguna canción que durara más de tres minutos y medio, cada explosión se recibía con un caos impetuoso, y las pausas entre canción y canción parecían una eternidad mientras esperaba a que el caos volviera a estallar. Todo terminó demasiado pronto, y en cuanto se encendieron las luces, me acerqué al mostrador y me compré mi primer disco de punk rock: el sencillo de siete pulgadas *Flammable Solid* de Naked Raygun. Uno de mil.

Después del concierto, cogimos el metro y volvimos a Evanston con zumbidos en los oídos y el corazón renovado. En un solo día de verano cambié para siempre. De pronto supe que no necesitaba la pirotecnia, los láseres ni la imposible habilidad de un virtuoso instrumentista para

ser músico. El concierto de Naked Raygun me hizo entender cuál era el elemento más importante del rock and roll: el sonido crudo e imperfecto de los seres humanos sacando a voces lo más íntimo de sí mismos para que todos lo oigan. Ahora tenía todo esto a mi alcance, y estaba deseando volver a Virginia para difundir la palabra entre mis amigos, esperando que ellos también vieran la luz.

Resultó que Tracey era la vocalista de una banda de punk rock, los Verboten, que habían grabado algunas canciones originales y ya habían dado varios conciertos en Chicago. Con una media de trece años, el grupo estaba compuesto por cuatro chicos que lo hacían todo solos, desde componer y practicar en el sótano de la casa de Tracey hasta reservar las salas y hacer las camisetas que venderían en los conciertos. El guitarrista Jason Narducy no podía tener más de once años, y el tamaño de su Gibson SG lo hacía parecer aún más pequeño mientras tocaba los poderosos acordes de canciones como «My Opinion» y «He's a Panther». Aquello me inspiró aún más, al ver a un niño todavía más pequeño que yo que se lanzaba a perseguir su sueño. Sabía que la guitarra que me esperaba en casa sonaría de lujo en cuanto la cogiera. Joder, si aquellos niños podían, yo también.

Las vacaciones pasaron volando, sumergido en la colección de música de Tracey, estudiando cada uno de sus álbumes y hasta descubriendo entre ellos a unas cuantas bandas de mi ciudad: Minor Threat, Faith, Void y la que más me gustaba, Scream, que tenía un apartado de correos en Baily's Crossroads, ¡a pocos kilómetros de mi barrio! A-lu-ci-nan-te. Scream era un poco distinto de los otros grupos, que eran algo más crudos. Con melodías fuertes y algunos toques de rock and roll clásico, sus canciones rápidas y agresivas parecían un poco más elaboradas que el resto de las que había oído en aquel viaje. Y tampoco se parecían necesariamente a los punks que había visto en las carátulas y las revistas de fans que Tracey tenía en su cuarto. Con el pelo desaliñado, vaqueros y franela, parecían… de Virginia. Puse su álbum una y otra vez, y mientras lo escuchaba contento y orgulloso de mi ciudad, fui memorizando cada palabra y golpe de batería.

Nos pasamos el resto de las vacaciones yendo a conciertos, comprando álbumes de Wax Trax! Records y quedando con otros punks, al tiempo que yo iba aprendiendo el nuevo lenguaje de discos y cintas que circulaban entre ellos. Estaba descubriendo una escena *underground* compuesta por toda una red de jóvenes amantes de la música, como yo, que se mantenían felizmente alejados de lo que se consideraba una «carrera» convencional en el mundo de la música. Como las Three Belles muchos años antes, apenas había ninguna aspiración profesional entre ellos, sino más bien una sincera pasión

por compartir el amor por la música con los amigos. ¿La recompensa? Por lo general, la sensación de poder hacer lo que te gusta sin depender de nadie. Y eso merecía cada gota de sangre, sudor y lágrimas. Allí no había estrellas de rock. Allí había gente real.

El largo camino de vuelta a Virginia fue como un viaje del pasado al futuro. Había dejado algo en Chicago. Atrás quedó el niño que no podía imaginar que sus canciones, sus letras y sus pasiones podrían residir algún día en lo más profundo de los oscuros surcos de un vinilo. Atrás quedó el niño que temía acabar condenado al ostracismo por parecer diferente a sus compañeros. Armado con un disco de los Germs, una camiseta de Killing Joke y el sencillo *Flammable Solid* que había comprado en el concierto de Naked Raygun, estaba decidido a comenzar mi nueva vida de roquero punk. Por fin me había despojado de esa capa de frágil inseguridad adolescente y me empezaba a crecer una nueva piel, la que se convertiría en mi verdadero yo, y estaba deseando enseñársela al mundo.

They'll rip your skin off
They'll flay you alive
You try to keep breathing
On this ride of your life
I got gear
I got gear
I got gear
I can use it… **[2]**

JOHN BONHAM Y LA SESIÓN MÍSTICA

El altar estaba listo. Las velas, encendidas. El ritual, preparado. Me senté en el suelo, frente al santuario casero que había montado con restos de madera y pintura, aparté todas las preocupaciones de la mente y empecé a rezar. No sé exactamente a quién le estaba rezando, pero hoy tengo lo que pedí.

Éxito.

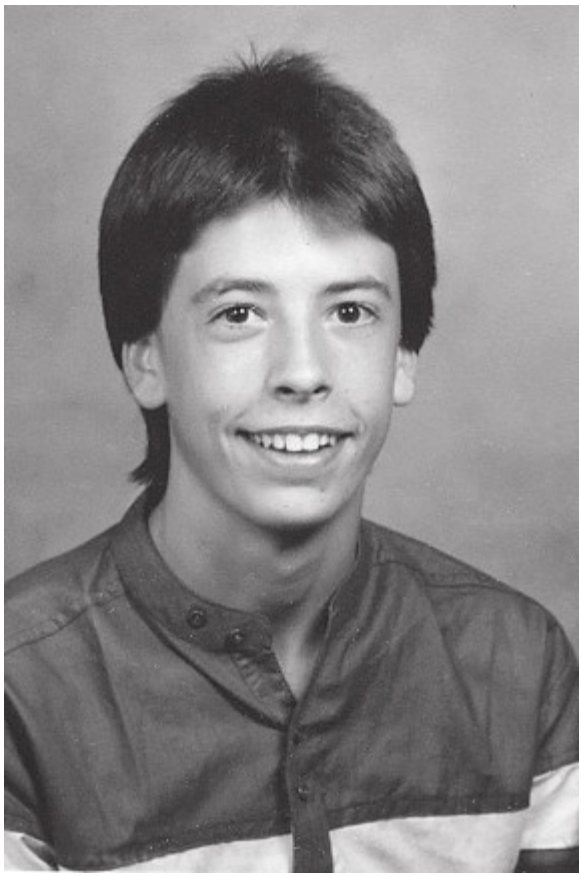
Me senté en silencio y medité, intentando abrirme al universo y recibir algún tipo de intervención sobrenatural, imaginando que cada célula de mi cuerpo se transformaría y empoderaría, dotándome de las habilidades sobrenaturales que mis héroes debieron de tener para transcender el tiempo y el espacio con su música. Tenía que existir algún elemento místico e intangible, pensé, y deseaba con todas mis fuerzas poder acceder a él, de modo que llevé a cabo aquel rito primitivo con la intensidad y convicción de un joven de diecisiete años sin nada que perder.

Las velas parpadeantes de las esquinas de la mesa derramaron su luz amarillenta sobre el suelo frío del garaje, iluminando los símbolos que había dibujado para invocar a los espíritus que me guiarían hasta mi destino: el logo de tres círculos de John Bonham y el número 606, dos símbolos muy importantes en mi vida. Con mi telepatía personal, expuse mis deseos más profundos con la esperanza de que alguien o algo, en algún lugar, me escuchara y oyera mis ruegos a tiempo. No estaba muy puesto en manifestaciones, pero estaba convencido de que si puedes percibir algo, puedes lograrlo. Con la ayuda del universo, esa era mi intención. O, acercándonos a lo místico:

Lo que piensas, lo serás.
Lo que sientas, lo atraerás.
Lo que imaginas, lo crearás.

Es lo que algunos llaman la «ley de la atracción», que consiste en la

idea de que el universo crea para ti aquello en lo que tu mente se concentra. De niño no sabía nada de todo esto, pero desde muy pequeño había creído con todas mis fuerzas que todo era posible si me dedicaba por completo a ello. En aquel momento, mis opciones en la vida eran, como mucho, escasas. Sin un título de bachiller ni una familia con dinero, estaba destinado a vivir con lo puesto, dejándome guiar por la música, que por lo menos me mantenía el espíritu con vida. Lo único que podía hacer era soñar, y eso hacía. Pero ya no me limitaba a fantasear con llegar a «triunfar» como músico. Estaba decidido a invocar al universo para conseguirlo.



¿Qué me llevó a tomar unas medidas tan drásticas y extremas?

Existe la teoría de que la mayoría de los músicos deciden su camino creativo entre los once y los trece años. Esta es la ventana dorada de la oportunidad, donde se entrecruzan la independencia y la identidad, una fase delicada en la vida de cualquier niño, cuando te conviertes en ti mismo y dejas de ser un mero accesorio de tus padres. Es el momento en el que descubres quién eres, y si resulta que tienes algún tipo de inclinación musical y ganas de sacarla adelante, es muy

posible que decidas dedicar el resto de tu vida a ello. Ser músico. Yo creo en esta teoría, porque es exactamente lo que me pasó a mí.

Hubo un tiempo en el que para mí la música solo era un sonido, canciones infantiles y de anuncios que cantaba cuando las ponían en la radio, que me entraban por un oído y me salían por el otro. Las canciones no eran más que melodías y ritmos intermitentes que iban y venían como el viento sin tocarme realmente el corazón, un mero movimiento del aire que ocupaba el tiempo que sobraba entre otros momentos más importantes de la vida. HASTA QUE UN DÍA SE CONVIRTIERON EN EL AIRE QUE RESPIRABA.

Es difícil explicarle este sentimiento a alguien que no lo haya experimentado. Es algo así como estar poseído, me imagino, aunque de eso no tengo ninguna experiencia personal todavía. Cuando el corazón, la mente y el alma no pueden rechazar ni controlar el deseo de crear un sonido, una canción o un ritmo, y tú estás indefenso ante el fuego de ese impulso, incapaz de expulsar a esos demonios interiores, no te queda más remedio que pasar la vida entera a la caza de la siguiente canción. Si no fuera un sentimiento tan sublime, muy bien podría considerarse una maldición.

Para cuando la música se apoderó de mí, vivía tan desesperadamente preocupado por cada aspecto de su construcción que todos los demás intereses infantiles se esfumaron. No había nada capaz de fascinarme y estimularme como lo hacía la composición y el arreglo de una canción, y todas las horas del día las dedicaba a desentrañar el misterio. Al no tener una verdadera formación musical, no me refería a los sonidos como «notas» en un papel; para mí eran formas que veía en la cabeza al escuchar atentamente las múltiples capas de instrumentos. Como coloridos bloques de construcción apilados unos sobre otros, la música se convirtió en algo que era capaz de «ver», un fenómeno neurológico conocido como sinestesia, en el que la activación de un sentido (oído) provoca la activación de otro sentido que no está relacionado (vista). Mi incapacidad de leer partituras me llevó a agudizar la memoria musical, porque la única forma que tenía para retener la información era hacerle una fotografía mental, lo que a su vez agudizó mi capacidad de concentración. La desventaja de no haber recibido clases ni tener una batería de verdad con la que aprender fue lo que me empujó a esforzarme aún más para conseguirlo. Ahora lo sé.

Siendo aún muy pequeño empecé a tocar la batería con los dientes, deslizando la mandíbula hacia delante y hacia atrás y chocando los dientes arriba y abajo para simular el sonido de una batería en la boca, haciendo redobles y adornos musicales como si estuviera usando

las manos, y todo sin que nadie se diera cuenta. De camino al colegio, todos los días tarareaba melodías e interpretaba partes de batería con los dientes, tocando mis canciones favoritas e inventando composiciones originales hasta que entraba por la puerta y dejaba la mochila en la taquilla. Era mi secreto mejor guardado, y al pasarme casi todo el día tocando la batería en la cabeza, se me ocurrían nuevos trucos que quería intentar cuando me sentara delante de una batería de verdad. Una de las veces que fui al dentista, el médico me miró los dientes, retrocedió y preguntó:

—¿Masticas mucho hielo?

—Eh…, creo que no —contesté desconcertado.

Me dijo que los tenía muy desgastados y que tenía que haber algo que me los estaba deteriorando, e inmediatamente supe qué era.

—¡Toco la batería con los dientes! —exclamé con orgullo.

Me miró como si estuviera loco, así que le pedí que se acercara, y él se inclinó y puso el oído a unos centímetros de mi boca. Entonces empecé a interpretar el «Tom Sawyer» de Rush para él, moviendo la mandíbula hacia delante y hacia atrás a la velocidad del rayo, al tiempo que el calcio y el esmalte se desprendían como un bailarín de claqué quebraría un escenario frágil. Cuando se echó para atrás, perplejo y con los ojos muy abiertos, me dijo que a lo mejor debería pensarme si quería seguir manteniendo esa costumbre tan extraña y que tanto daño me hacía en los dientes. Pero no había vuelta atrás. Estaba condenado a una vida de percusión dental.

Solo he conocido a una persona que también lo hacía, Kurt Cobain. Se nota mucho en la actuación que hicimos para *MTV Unplugged* en Nueva York en noviembre de 1993. En ella se ve cómo Kurt aprieta la mandíbula y la mueve de lado a lado en ciertos momentos del programa, porque le servía como una especie de metrónomo mientras rasgueaba la guitarra. Para mí tenía mucho sentido, ya que cada músico crea su «sensación» personal. Cada uno sigue un ritmo interno, y no hay dos iguales. Como escribí en el prólogo de la biografía de John Bonham de Chad Kushins, *Beast*, es un concepto difícil de definir:

> *Todos los músicos tocan de forma distinta, esto lo sabemos, pero tiene que haber algo intangible para que la música escrita en una partitura se convierta en algo distinto según lo toque un batería u otro. ¿Es la forma en que cada uno interpreta un patrón? ¿El reloj interno que define la visión física y emocional de cada uno? ¿La forma en que ven el espacio entre las notas? He visto a muchos músicos intentando explicar y crear una «sensación», pero estoy convencido de que intelectualizarlo en exceso no tiene*

sentido. Es algo divino que solo el universo puede crear, como un latido o una estrella; un diseño único que hay en cada músico y que es solo suyo. Me gusta «sentir» al ritmo de la poesía, que a veces es reconfortante y otras inquietante, pero es siempre una ofrenda de un alma a otra. Un romance entre el que da y el que recibe, y que sirve de puntuación para la verdad de cada uno.

Y la «sensación» de John Bonham fue lo que me llevó aquella noche transcendental ante el altar improvisado del garaje.

Llevaba escuchando a Led Zeppelin desde que era niño, porque sus canciones estaban todo el día en las emisoras de radio de rock and roll, pero fue al hacerme batería cuando percibí el desconcertante misterio del sonido de John Bonham y me enamoré de todas sus canciones. Cuando lo escuchaba, oía literalmente voces que me hablaban, a veces en un susurro y a veces a gritos. Era algo que nunca me había pasado al escuchar la música de ningún otro batería, y a veces casi me asustaba. Había algo en los espacios entre las notas que hacía que los impulsos eléctricos de mi cerebro tartamudearan, y el tiempo se ralentizaba en milisegundos antes de cada golpe de tambor, como si me estuviera precipitando por un agujero negro desolador una y otra vez. El peso de su ritmo era más que físico, era espiritual, y por más que intentara imitarlo, al final me daba cuenta de que no tenía sentido, porque aquello era más que tocar, era un lenguaje en sí mismo, su ADN personal recogido en un vinilo.

Aunque era fascinante desde un punto de vista técnico, a mí no me interesaba tanto el cómo, sino por qué tocaba lo que tocaba. ¿Cuál era su intención? ¿Por qué su ritmo parecía mucho más natural que el de cualquier otro batería, como la marea del océano, a veces estrellándose contra imponentes acantilados y otras lamiendo suavemente la orilla? ¿Qué había en la sensación que él transmitía, que me hablaba directamente a mí? ¿Y yo también tenía una sensación que transmitir? Al final deduje que todo era obra del universo, y que iba a tener que llegar al fondo de la cuestión ofreciéndome en sacrificio.

En aquella época estaba explorando el misticismo y la noción de hacerse uno con Dios o el absoluto, por lo que estaba abierto a investigar cómo se podría conseguir (en aquel momento también estaba explorando los alucinógenos), pero no seguía ninguna creencia en particular en mi ambiciosa búsqueda. Y aunque entendía el concepto básico de una religión organizada, yo no había crecido en un ambiente religioso, y solo iba a la iglesia episcopal de mi padre una vez al año, en Nochebuena, cuando oíamos misa en la iglesia de San

Juan de Washington D. C. Y aunque conectaba con el aspecto espiritual y la ceremonia me parecía bonita e inspiradora, aquel conjunto de creencias no habían arraigado en mi interior de pequeño, por lo que todo seguía pareciéndome un misterio. Hasta que me mandaron a un instituto católico (para reformarme, no por religión), y entonces fue cuando estudié el concepto de la fe y empecé a entender lo que significaba.

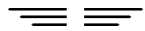
Entre las muchas clases de religión católica que nos dieron, como el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y las Sagradas Escrituras, había una que era la que más me gustaba, que se llamaba Entender la Fe. Más que memorizar listas de salmos y versículos, lo que hacíamos era explorar el concepto de la fe, la creencia incondicional en algo que desafía la lógica y guía tu vida. Y eso sí, eso era algo con lo que podía identificarme, aunque en un contexto totalmente distinto. HABÍA CIERTAS COSAS EN MI VIDA EN LAS QUE CONFIABA INCONDICIONALMENTE Y EN LAS QUE TENÍA UNA FE INQUEBRANTABLE: EL AMOR DE MI MADRE, MI AMOR POR ELLA Y EL AMOR QUE ME LLENABA EL CORAZÓN CON LA MÚSICA. Y así, sin las estructuras ni las reglas que suelen ir de la mano con este tipo de cosas, consideré la música mi religión; las tiendas de discos, mi iglesia; las estrellas de rock, mis santos; y sus canciones, mis himnos.

Esta era la fe incondicional en la que meditaba delante de las velas parpadeantes de mi tabernáculo punk.

¿Era brujería? He estado en una ceremonia wicca y he visto que se parecía bastante a mi inocente experimento juvenil de hace tantos años, pero solo puedo llamar a mi pequeña ceremonia por lo que era en aquel momento para mí, una invocación al poder del universo para alcanzar mi mayor deseo. Es fácil decir que todo fue una coincidencia, pero mientras escribo esto ahora, después de haberme tatuado el logo de los tres círculos y el gótico 606 en la piel, me inclino a pensar que manifesté mi destino aquella noche a través de la ley de la atracción, invocando al universo, aprovechando un poder superior o lo que sea. Yo lo único que sé es que hoy el éxito por el que recé aquella noche en el garaje me ha encontrado.

¿O tal vez vendí mi alma por el *rock and roll*?

SEGUNDA PARTE



EXPANSIÓN

MÁS TE VALE SER BUENO

—Vale, entonces ¿quieres tocar Led Zeppelin, AC/DC o algo así?

Delante de mí, reclinado en la silla, estaba Franz Stahl, el legendario guitarrista de la mejor banda de *hardcore* punk de Washington D. C., Scream. Como megafan de diecisiete años, apenas podía contener la emoción sentado en la banqueta de mi batería, temblando y agarrando las baquetas desgastadas con las manos callosas y los nudillos blancos, a punto de tocar para mi héroe. Estaba dolorosamente claro que no era una emoción correspondida. Franz parecía estar tan entusiasmado con la audición como lo estaría por una endodoncia.

—¡No, hombre, mejor canciones de Scream! —exclamé casi a gritos.

Algo sorprendido, levantó los ojos de la guitarra, me miró con sus enormes ojos azules y dijo:

—Ah, ¿sí? ¿Cuáles conoces?

Ese era el momento que había estado esperando. Miré a Franz directamente a los ojos y, con mi mejor tono a lo Clint Eastwood, contesté descaradamente:

—Las conozco todas.

Muy pronto, el lúgubre sótano de la *grow shop* de Arlington (Virginia) explotó en una furia de lamentos de guitarra y pulsaciones por minuto astronómicas. Franz y yo repasamos todo el catálogo, álbum tras álbum, incluso tocando algunas canciones que no se habían lanzado aún (sí, puede que tuviera alguna que otra cinta pirata). Franz se iba animando con cada canción, al ver que apenas necesitaba decirme nada para orientarme a través de todos aquellos versos, estrofas y finales. Él no sabía que llevaba sus canciones grabadas a fuego en la memoria. Al fin y al cabo, aparte de mi única clase con un batería de jazz de mi ciudad («estás cogiendo las baquetas al revés»), prácticamente había aprendido a tocar la batería con las canciones de

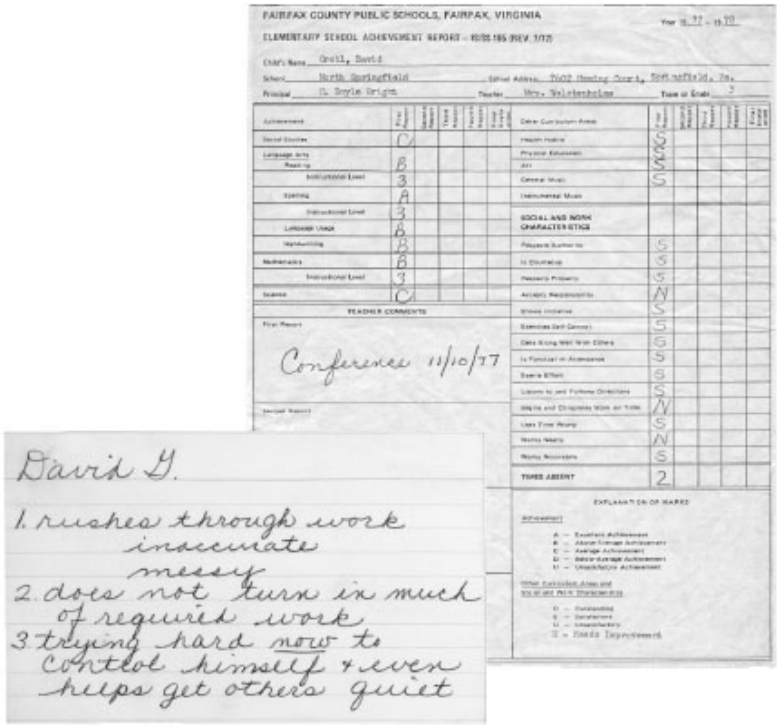
Scream.

Desde que descubrí el punk rock unos años antes empecé a coleccionar discos con el fervor voraz de un adicto al *crack*, gastándome todo el dinero que tanto me costaba ganar en cualquier álbum que pudiera encontrar en la sección *hardcore* de Olsson's Books and Records de Georgetown, una de las pocas tiendas de discos donde encontraba música *underground*. Me dejé hasta el último centavo de lo que ganaba en la pizzería Shakey y con mis trabajos de jardinería en reunir una colección de álbumes ruidosos, rápidos y hermosamente primitivos que compraba con billetes arrugados y monedas cuidadosamente contadas, para luego salir disparado a casa, ponerlos en el tocadiscos e inspeccionar cada uno de los detalles, desde la carátula hasta los créditos, mientras los reproducía en bucle al volumen del concierto. Mi madre era una mujer muy tolerante y me dejaba escuchar cualquier tipo de música que me gustara (incluida una banda de *death metal* satánico).

Pero Scream era otra cosa. Su sentido de la musicalidad y la dinámica era un poco más profundo y amplio que el de la mayoría de las bandas de *hardcore*, al sumergirse en el rock clásico, el *metal*, el *ska* y hasta el *reggae* con facilidad. Y lo que era aún más importante, sus canciones estaban llenas de melodías increíblemente pegadizas que parecían despertar al fan de los Beatles que había en mí, lo que otras bandas de punk rock tenían que sustituir con ruido atonal por pura incapacidad para componer. Además, la tosca batería de Kent Stax era una fuerza de la naturaleza. Estaba claro que tenía un conocimiento más profundo de la batería que muchos otros punks autodidactas, puesto que su velocidad y precisión eran incomparables. Como un Buddy Rich con unos Dr. Martens y una chaqueta de cuero, se notaba que el tío había practicado sus *paradiddles*.

Con mis cojines y unas enormes baquetas de banda de marcha, me sentaba a tocar con mis discos de Scream hasta que el sudor chorreaba literalmente por las ventanas de mi habitación, haciendo todo lo posible por imitar la percusión rápida como el rayo de Kent, lo que no resultaba nada fácil. Yo no tenía ninguna banda en aquella época, y mucho menos una batería, pero daba igual. Cerraba los ojos y me imaginaba que era el batería de Scream mientras golpeaba al ritmo de mis canciones favoritas como si fueran mías. Scream, que se formó en 1979 después de ver tocar al legendario Bad Brains en un pequeño local del centro llamado Madam's Organ, era un grupo de amigos de toda la vida que se conocieron en el instituto y acabaron montando una de las bandas punk más influyentes de Estados Unidos, y eran mucho mayores que yo. Con los años se convirtieron en unos héroes,

respetados por todos los músicos del sector, y yo iba a verlos cada vez que se presentaba la oportunidad. El vocalista Pete Stahl acechaba el escenario vagando como un Jim Morrison poseído; el bajista Skeeter Thompson mantenía los ritmos con un tempo perfecto, y los guitarristas Franz Stahl y Harley Davidson (sí, lo has leído bien) eran un dúo que deslumbraba con sus solos y ritmos crepitantes. Por morboso que pueda parecer, a menudo fantaseaba con estar entre la multitud en un concierto de Scream y que de pronto se oyera un mensaje por el sistema de megafonía: «Perdonad, pero debido a una emergencia con el batería, Scream no podrá actuar esta noche…, a no ser que haya alguien entre el público que pueda sustituirlo», y entonces llegaría yo, saltaría a la batería y salvaría el concierto. Muy infantil, ya lo sé, pero un niño puede soñar…


FAIRFAX COUNTY PUBLIC SCHOOLS, FAIRFAX, VIRGINIA

ELEMENTARY SCHOOL ACHIEVEMENT REPORT

Child's Name Grell, David

School North Springfield

Principal C. Doyle Bright

Teacher Mrs. Walstenholme

Conference 11/10/77

David G.

1. rushes through work
inaccurate
messy
2. does not turn in much
of required work
3. trying hard now to
control himself + even
helps get others quiet

Con el tiempo, mi destreza como percusionista de cojines superó los límites de mi habitación de nueve metros cuadrados y comencé a tocar una batería de verdad con bandas de verdad, como Freak Baby, Mission Impossible y Dain Bramage. Mis habilidades estaban creciendo de modo exponencial, al tiempo que mejoraba todos los trucos que había aprendido tocando con mis discos favoritos y daba a conocer las versiones que yo hacía de mis baterías preferidos. Me sentía raro al ponerme delante de una batería real después de mi

entrenamiento con cojines, como un atleta que se entrena en la arena. Rompía pieles y platillos a un ritmo alarmante y terriblemente caro, hasta el punto de convertirme en uno de los clientes habituales de la tienda de música del barrio, donde iba a comprar las piezas de recambio y los satisfechos empleados se quedaban con mi dinero tan contentos, semana tras semana.

Un día estaba en la puerta de la tienda, mirando el tablón abarrotado de anuncios que tenían colgado en la pared, cuando vi con el rabillo del ojo un folio fotocopiado que decía:

«SCREAM BUSCA BATERÍA. LLAMAR A FRANZ».

«No puede ser», pensé. Primero, ¿qué sentido tenía que Scream, una banda conocida internacionalmente, anunciara unas audiciones en una tiendecita de música de Falls Church (Virginia)? Y, segundo, ¿cómo iban a encontrar a alguien que fuera capaz ni de acercarse a la forma de tocar de Kent Stax en sus increíbles discos? Anoté su número con incredulidad y decidí que llamaría, aunque solo fuera para poder decirles a mis amigos que había hablado por teléfono con el mismísimo Franz Stahl. En aquel momento yo tenía diecisiete años, seguía en el instituto y tocaba con dos de mis mejores amigos en una banda que se llamaba Dain Bramage, así que no estaba ni cualificado ni preparado para la responsabilidad que supone el unirse realmente a una banda tan famosa como los Scream, pero no quería perder la oportunidad de tocar con ellos una vez, aunque solo fuera para fardar. Puede que mi fantasía ridícula e infantil de ponerme a la batería y salvar el concierto se hubiera manifestado en este inesperado giro del destino. En el fondo sabía que tenía que dejar que el universo siguiera su curso.

Volví rápidamente a casa y con gestos nerviosos marqué el número en el teléfono del escritorio de mi madre mientras echaba a un lado las tareas del colegio que le quedaban por corregir. Para mi sorpresa, Franz contestó, y después de soltarle con frases entrecortadas todo un currículo imaginario (mentiras), me dijo que en aquel momento la banda no tenía un sitio para practicar, pero que se quedaría con mi número y me llamaría cuando pudieran tocar. Me pareció buena señal y esperé a que me llamara. En aquella primera llamada le conté ciertas cosas un poco inexactas. ¿Lo más flagrante? Mi edad. Me parecía imposible que quisieran hacerle una audición a un niño de diecisiete años que todavía iba al instituto y vivía con su madre, así que hice lo que cualquier joven roquero ambicioso hubiera hecho: mentir como un cosaco y decirle que tenía veintiuno.

Pasaron semanas sin noticias de Franz, por lo que decidí darle otra oportunidad llamándole a aquel número con la esperanza de que a él se le hubiera perdido el mío. Me contestó su novia, y después de pasarnos un buen rato hablando, me prometió que le pediría que me llamara. (Como me ha enseñado la sabiduría de los años, si quieres algo de un músico, pídeselo a su novia.) Funcionó, y al cabo de unas horas me devolvió la llamada. Quedamos un día a una hora, en el lúgubre sótano de Arlington.

Le pedí a mi hermana que me dejara su Escarabajo blanco de 1971 y, como treinta payasos jugando al nivel experto del Tetris, logré meter en el coche toda la batería. Allí dentro apenas quedaba espacio para respirar, y mucho menos para mover la palanca de cambio, pero nada en el mundo iba a impedir que hiciera la audición. Estaba entusiasmadísimo mientras me precipitaba hacia Arlington por la autopista, imaginándome ya EN LA MISMA HABITACIÓN que Pete, Skeeter, Harley y Franz, volviéndolos locos con mi música de última generación, viviendo mi fantasía de rock and roll.

Cuando llegué, me recibió Franz y solo Franz. Con las pocas expectativas (o ninguna) que podía tener basándose en la voz sabionda y claramente menor de veintiún años que había oído al teléfono, estoy seguro de que les habría dicho a los demás que mi audición sería una pérdida de tiempo y les ahorró la tortura. Mis sueños de tocar una noche con los todopoderosos Scream se hicieron añicos, pero eso no me impidió tocar como si mi vida dependiera de ello.

Porque así era.

Cuando terminamos, Franz parecía impresionado, y me preguntó si quería volver para tocar con ellos alguna vez. No me lo podía creer. Había pasado la primera ronda. Sintiéndome como si acabara de ganar la lotería, acepté con mucho gusto, volví a meter la batería en el Escarabajo y regresé a casa con el corazón lleno de orgullo.

A la siguiente audición fueron todos. Por lo visto, Franz había dicho que valía la pena verme tocar, y los demás se unieron, curiosos por ver a ese chico flaco y desconocido de Springfield que se sabía todas sus canciones y aporreaba su batería barata Tama como si estuviera en un estadio lleno de gente. Estaba entre los grandes, rodeado de caras que solo había visto en carátulas de discos o desde la multitud mientras bailaba con el corazón y cantaba a todo pulmón. Aquel sótano temblaba con el impresionante sonido de Scream, aunque a la tosca batería de Kent la había sustituido mi implacable golpe neandertal, fortalecido tras años de correr por la arena.

Tras otro ensayo triunfal empecé a darme cuenta de que mi intención de tocar con los Scream para fardar se estaba convirtiendo en algo más serio. Acordaron por unanimidad que yo era el batería que estaban buscando, con lo cual se me presentaba la oportunidad real de unirme a una banda consolidada, que se había hecho un nombre por sí misma con un catálogo impresionante, que había acumulado muchísimos seguidores leales y que salía de gira no solo por el país, sino por el mundo entero. Mi sueño se estaba haciendo realidad.

ESTABA EN UNA ENCRUCIJADA. El instituto no me estaba llevando a ningún sitio. Con cada boletín de notas se iba haciendo cada vez más claro que mi futuro solo podía consistir en una vida de trabajo manual y monotonía suburbana. Mi corazón estaba totalmente entregado a la música, mi única pasión, por lo que mis notas (y asistencia) habían caído hasta un punto sin retorno. Un trago amargo, teniendo en cuenta que mi madre era una profesora muy querida en el instituto del barrio, mientras que yo, su único hijo, iba lanzado por un callejón sin salida que me llevaría de boca al orientador escolar en el mejor de los casos, y a la expulsión en el peor. Luego estaban mi padre y sus sueños de que me convirtiera en un honrado empresario republicano, el más inverosímil de todos los escenarios. Estoy seguro de que para entonces ya había perdido la esperanza de que mi futuro estuviera en Capitol Hill, pero seguía siendo mi padre, y me había inculcado el miedo a decepcionarlo desde el primer día de mi vida. Después estaban mis buenos amigos de la banda Dain Bramage. Conocía a Dave Smith y Reuben Radding desde hacía años, y nuestro pequeño trío hacía un

ruido del demonio. Todavía no habíamos podido salir de gira, y tampoco habíamos reunido una verdadera base de fans en los alrededores, pero éramos una banda muy joven y nos esforzábamos al máximo. Volviendo la vista atrás, me gusta pensar que nos habíamos adelantado a nuestro tiempo, ya que nuestro sonido habría encajado perfectamente en la explosión *underground* de principios de los noventa, mezclando la energía punk con las melodías de R.E.M., Mission of Burma y Hüsker Dü. Pero en aquel momento estábamos como flotando en el aire.

Darle un vuelco a mi vida y unirme a Scream significaría abandonar los estudios, para consternación de mi madre, profesora de un instituto público; sacrificar del todo la tensa relación que tenía con mi padre, que no estaba de acuerdo, y dejar la banda que había montado con mis dos amigos. Era un salto gigantesco sin saber si tendría red. Eran las putas naves quemadas. Después de mucho pensarlo, no me atreví. Tal vez porque no tenía mucha fe en mí mismo. Así pues, rechacé la oferta educadamente, les di las gracias, y mi vida siguió adelante mientras aceleraba por un callejón sin salida.

Al cabo de unos meses me enteré de que Scream iba a tocar en el 9:30 Club, un hito de la música *underground* de Washington D. C. Era un club oscuro y deslucido con capacidad para 199 personas, pero era nuestra iglesia, había visto decenas de conciertos allí y hasta había dado alguno. Decidí ir a verlos, porque ya los consideraba mis amigos, aunque sabía que lo pasaría fatal viendo a una banda a la que podría haberme unido pero no lo hice, simplemente por miedo. Miedo al cambio. Miedo a lo desconocido. Miedo a crecer.

Las luces se apagaron, cada uno ocupó su lugar y Kent Stax comenzó a golpear la caja en la impresionante introducción de

«Walking by Myself», una canción reciente que reunía el fuego de los Stooges y los MC5 en un muro de guitarras y ritmos pesados. La energía del club abarrotado era como un torbellino a punto de reventar, y cuando la banda completa entró en acción, la sala explotó…

Hey you!
Well take a look at me
Have you forgotten what's real or what started our scene
I'll tell you what I mean
Am I Screaming
For something to be?
Have all my Friends
Turned their backs on me?
I'm out here walking by myself
I'm out here talking to myself… [3]

Canté estas palabras a todo pulmón y de repente todo cobró sentido. Lamenté inmediatamente mi decisión de no formar parte de algo tan catártico. Como si lo hubiera lanzado un cañón, el corazón se me puso en la garganta, y en ese mismo instante supe que aquel era mi destino, aquella era mi banda, aquel era mi futuro y aquella era mi vida. La encrucijada de mi vida suburbana sin salida se desvaneció de pronto y decidí dar el salto, dejando todo atrás por el impulso que me había recorrido las venas cuando las doscientas personas de la sala irrumpieron en una oleada de caos y alegría.

Cuando terminó el concierto le dije a la banda que había hecho una estupidez y que quería unirme a ellos. Tras convencerlos de que esta vez estaba seguro al cien por cien, me recibieron con los brazos abiertos. Kent acababa de ser padre y quería dedicar la vida a su familia. Su decisión de seguir un nuevo camino abrió otro para mí.

Ya lo único que tenía que hacer era poner mi vida patas arriba.

La que más me preocupaba era mi madre, la mujer que había sacrificado tanto por mí, dedicando cada segundo de su vida a mi bienestar y demostrándome su amor desde el día en que nací. No quería decepcionarla, porque además de ser mi madre, era mi mejor amiga. No podía defraudarla. Da gusto decir que me educó con la libertad de explorar, descubrir mi camino y encontrarme a mí mismo. No quería traicionar su confianza, y por eso siempre la respeté y mantuve la calma en todo momento. Sabía que al dejar los estudios tan joven le rompería el corazón, pero también sabía que seguir con ellos rompería el mío.

Nos sentamos a su mesa y, con la cabeza gacha por la vergüenza, le

expliqué que quería dejar el instituto y recorrer el mundo. ¿Qué me dijo?

«MÁS TE VALE SER BUENO.»

Creo que después de veinticinco años dándoles clase a alumnos de bajo rendimiento como yo, en el fondo mi madre sabía que yo no estaba hecho para la universidad. Pero creía en mí. Ella veía la luz que tenía dentro y sabía que el corazón, el alma y el empuje no eran cosas que se pudieran aprender en una pizarra o un libro de texto bajo el hipnótico zumbido de las luces de un aula. Solía decir que no siempre es el niño el que falla en la escuela, sino que a veces es la escuela la que le falla al niño. Y así, como siempre había hecho, me dio la libertad de explorar, descubrir mi camino y encontrarme a mí mismo.

Mi padre es otra historia.

Sentado en la oficina del director, con mi padre a un lado y mi madre al otro, mi padre y el orientador del instituto me cantaron las cuarenta y me hicieron un pronóstico de vida sumido en la pobreza y la desesperación. Para ellos, yo no era más que un punk inútil, un pobre diablo que lo único que podía hacer era llenarles el tanque de gasolina o sacarles brillo a sus zapatos en el aeropuerto mientras esperaban a coger su avión, pero aguanté allí sentado y lo soporté como Rocky Balboa, pensando: «Que os den a los dos. Estáis muy equivocados y os lo voy a demostrar». Lo mejor fue:

—Seguro que haces todo lo que un niño de tu edad no debería hacer, como fumar y tomar café.

—¿Café? ¿Desde cuándo se considera el café una droga dura? —les confesé con orgullo a los dos.

En el aparcamiento, mientras cada uno se dirigía a su coche, mi padre aprovechó para lanzarme otra pulla antes de repudiarme oficialmente. «¡¡¡Y NO TE DROGUES!!!», gritó con la furia republicana más quisquillosa que he visto hasta hoy, muy al estilo de Bob Dole.

Tuve que reírme. Sus humillaciones ya no me hacían daño. Por fin me había liberado, y él también (creo recordar que conducía un Plymouth Volare nuevo, de color verde, poco después de que yo dejara el instituto, por lo que solo puedo deducir que el escaso fondo que había reservado para la universidad fue retirado inmediatamente y destinado a algo mucho más pomposo). El cordón se había cortado y ya podía salir corriendo.

«MÁS ME VALE SER BUENO», PENSÉ.

En cuanto a mis amigos de Dain Bramage, bueno…, se cabrearon. Les hice una putada, e imagino que habrá habido muñecos de vudú con mi cara empalados sobre montañas de discos de Scream en llamas durante años, pero me alegra decir que todos seguimos siendo amigos

e intentamos quedar cada vez que podemos. Nuestro único elepé, *I Scream Not Coming Down*, lo grabamos durante una tormenta eléctrica de proporciones bíblicas en Crofton (Maryland), en julio de 1986, y es una rabieta de ritmo espasmódico y hermosa melodía. Siempre estaré orgulloso de él, y no solo porque fuera mi primer álbum, sino porque posee unas cualidades únicas. No había nadie como nosotros.

Para estrenar mi nueva vida, acepté un trabajo en un almacén, cargando camiones con muebles de salón y sillones reclinables, y empecé a ensayar con Scream de forma regular. Nos pasamos meses componiendo y perfeccionando nuestro sonido antes de debutar con la nueva formación el 25 de julio de 1987 en un concierto benéfico a favor de Amnistía Internacional que tuvo lugar en la Johns Hopkins, al que seguiría una marcha con velas en silencio por delante de varias embajadas para denunciar el abuso de los derechos humanos en todo el mundo. Nunca me había puesto tan nervioso tocando, y no solo por la cantidad de público (todo lo que superara las doce personas lo consideraba rock de estadio), sino porque asistieron mis héroes de la zona. Todos los miembros de Minor Threat, Fugazi y Rites of Spring estaban observándome, viendo a ver si tenía lo que había que tener para ponerme en el lugar del gran Kent Stax, y sentía que era mi responsabilidad el que la banda se sintiera orgullosa. Después de todo, los Scream también eran sus héroes.

Luego nos concentramos en la gira de otoño por Estados Unidos. Scream ya había hecho esta gira de cerca de diez mil kilómetros muchas otras veces, pero aquella era mi primera vez, y era algo con lo que había soñado desde la primera vez que cogí un instrumento. La idea de viajar de ciudad en ciudad sin más responsabilidad que tocar rock todas las noches parecía demasiado buena para ser verdad.

El itinerario previsto era como la parte de atrás de la camiseta vieja de un concierto de Grand Funk Railroad, con veintitrés conciertos en poco más de un mes, siguiendo un trayecto que nos llevaría por toda la Costa Este, a través del Medio Oeste, por encima de las Montañas Rocosas hasta la Costa Oeste y de regreso a casa por el sur. Lo más lejos que había estado de casa hasta aquel momento era Chicago, en nuestros grandiosos viajes familiares, por lo que ver ciudades como Kansas City, Des Moines, San Francisco, Austin, Tacoma y Los Ángeles en el itinerario me dejó boquiabierto. Aquello era como ir a la Luna, y además hacerlo en una furgoneta Dodge.

La furgoneta.

Históricamente, las furgonetas siempre han sido el medio de transporte preferido y más barato para las bandas jóvenes e independientes que necesitan ir de un punto A a un punto B con poco

o ningún dinero. Desde los Beatles hasta Bad Brains, todas las bandas empiezan por ahí, o al menos deberían hacerlo. La furgoneta no solo sirve para meter todo el equipo (amplificadores, guitarras y baterías), sino que se convierte en un hogar lejos del hogar; un lugar donde dormir cuando no hay una habitación de hotel (nunca la hay), y un lugar en el que se establecen vínculos de por vida con los compañeros de banda en esos viajes épicos y apretados a lo largo y ancho del país. No es para todos, eso también es verdad. Hay que ser un cierto tipo de persona y tener un cierto tipo de disposición para sobrevivir meses enteros en lo que parece un submarino en miniatura con ruedas, pero si puedes con ello, se convierte en una experiencia que te servirá para toda la vida.

Con cinco personas en la banda (además de un encargado del equipo, nada menos que mi amigo de toda la vida Jimmy Swanson), tuvimos que organizar metódicamente todo el espacio de la furgoneta para aprovechar hasta el último centímetro. Los Scream eran veteranos de esta ciencia del bricolaje, por lo que diseñar una distribución en la que cupiéramos todos más el equipo no era imposible. Solo se necesitaba un buen trabajo de ingeniería (cortesía del vocalista Pete Stahl) y varios viajes a la ferretería. El diseño requería la construcción de una plataforma de dos por cuatro y láminas de madera contrachapada que sería la zona para dormir, mientras que el equipo encajaría cómodamente debajo. No es que fuera una distribución muy glamurosa, pero era práctica. Cuando por fin encontramos la forma de meterlo todo debajo de la plataforma, esa configuración ya no podía desviarse ni un milímetro, pues de otro modo el dichoso puzle no encajaría. Aunque hayan pasado más de treinta años de aquella gira, todavía me acuerdo perfectamente de cómo cargar aquel trasto herrumbroso con la velocidad y eficacia de una estación de bomberos de guardia.

Cuando por fin llegó el día de embarcarnos en nuestro viaje por todo el país, la furgoneta estaba aparcada en el camino de entrada de la vieja casa de Bailey's Crossroads en la que habíamos estado ensayando durante meses, y uno a uno fueron llegando todos los miembros del equipo con su bolsa de lona y su saco de dormir, listos para partir. Yo era el miembro más joven de la banda, con casi diez años de diferencia, e iba a ser mi primera gira, por lo que decir que estaba muy verde es quedarse corto.

«¡Oye! —me ladró Harley desde el asiento delantero mientras subíamos a la furgoneta—. No me pidas que te pase cosas de atrás cada diez segundos, ¿me oyes?» El Further de Ken Kesey se estaba convirtiendo rápidamente en la lancha patrullera de *Apocalypse Now*, y

ni siquiera habíamos terminado de dar marcha atrás por el camino de entrada. Mierda.

Hacía unos meses, se me había escapado en una entrevista que en realidad no tenía veintiún años, sino dieciocho, sin acordarme de que le había mentido a Franz sobre mi edad la primera vez que hablamos por teléfono. Los demás me miraron atónitos, pero para entonces ya éramos una máquina de rock bien engrasada por tantos ensayos sudorosos en el minúsculo sótano, y aquello no cambió nada. No había vuelta atrás. El único problema que supuso mi mentira era que no tenía la edad suficiente para poder entrar legalmente en algunos de los clubes que habíamos reservado para tocar, así que mantuvimos la boca cerrada, y, si alguien se enteraba, tenía que esperar en la furgoneta hasta que llegara la hora de subir al escenario, dejarme la piel allí e inmediatamente volver a la furgoneta, empapado en sudor.

Como una fila de sardinas malolientes en una lata, nos tumbábamos sobre la plataforma chirriante y temblorosa en nuestros mohosos sacos de dormir, y leíamos, escuchábamos música, nos reíamos, nos tirábamos pedos y pasábamos el tiempo como podíamos en esos largos viajes. Estar confinado en un espacio tan pequeño con tanta gente durante tanto tiempo en realidad es muy bueno para el poco tiempo que tienes en el escenario, porque cuando por fin sales y lo conectas todo lo único que quieres es explotar. Cualquier angustia, frustración, nostalgia o tristeza que puedas sentir te la arranca tu instrumento con un arrebato de rabia primitiva en esa hora fugaz de actuación, y si lo que estás tocando es rock and roll, no puede ir mejor.

Una de las primeras paradas de la gira fue en el CBGB de Nueva York. Como solo había estado en Nueva York una vez, en un viaje que organizó mi madre al aceptar un trabajo extra como entrenadora de un equipo juvenil femenino de fútbol por cuatrocientos dólares (fue un malabarismo de vales y bufets libres), estaba hirviendo de ganas de volver, ¡e íbamos nada menos que al legendario CBGB! Aquella era la zona cero del punk rock, el epicentro de la banda sonora de mi juventud, y pronto estaría en lo alto de aquel escenario, tocando con todo mi ser por los fantasmas de los que allanaron el camino de los punks antes que yo. Los Ramones, Cramps, Talking Heads, Television, Patti Smith, Bad Brains… Era un lugar sagrado, y fue el mayor logro de mi vida el haber llegado tan lejos.

Al llegar y ver el icónico toldo sobre la puerta principal, me entraron escalofríos. Me sentí abrumado por su belleza, desgastada y deteriorada por años de suciedad del Bowery, tal y como lo había visto en décadas de fotos en blanco y negro. La calle ya estaba llena de

punks y, tras encontrar un cómodo (e increíble) aparcamiento delante del club, salimos de la furgoneta como Jeff Spicoli después de horas y horas de humo y confinamiento. Nos recibió el infame Harley Flanagan, bajista de la banda más famosa de Nueva York, los CroMags. Estaba deslumbrado. Su álbum *The Age of Quarrel* figuraba en mi lista de los diez mejores álbumes de punk de todos los tiempos. Y allí estaba, ante el punk más aterrador que había visto jamás. Solo hace falta verlo un momento para saber que es alguien al que no deberías molestar. Nunca. Además, llevaba un *pitbull* con una correa que parecía tan aterrador como él. Por eso, al verlos a los dos preferí mantener las distancias, hasta que vio a Skeeter y Pete, y de pronto aquello se convirtió en una reunión de viejos amigos, todo sonrisas, apretones de manos y respeto mutuo. Me lo presentaron, y debí de parecer una colegiala en un concierto de los Beatles conociendo al que consideraba una «estrella del rock». Le preguntamos a Harley si quería unirse a nosotros en el concierto, pero dijo que no podía porque no tenía dónde dejar al perro, así que le dijimos que podía dejarlo en la furgoneta mientras tocábamos y problema resuelto. Y enseguida nos pusimos a montar el equipo para nuestro espacio en el programa.

Mientras estaba colocando nerviosamente mi batería ante una sala llena de gente esperando a que empezáramos, no encontraba por ningún sitio la llave de afinación (que es fundamental para afinar, tensar y ajustar todas las piezas), hasta que me di cuenta de que me la había dejado en la furgoneta. «¡Necesito la llave de la furgo, rápido!», le grité a Pete. Me lanzó un manojo de llaves desde el otro lado del escenario y me dijo que empezaríamos en cinco minutos, así que me abrí paso a codazos entre la multitud y corrí a la furgoneta. Después de rebuscar la llave como si estuviera desactivando una bomba contrarreloj, por fin la metí en la cerradura, le di una vuelta, cogí la manija para abrir la puerta y… «¡¡¡GRRRRRGGRRRRRGGRRRRRR…!!!».

La cara del *pitbull* más demoniaco y sanguinario llenó la ventana con un ataque de furia asesina y casi me cago encima. «¡Mierda!», pensé. Había un club lleno de gente esperando a que empezáramos de un momento a otro, y lo único que me separaba de la puñetera llave era una horrible masa de veintitrés kilos de músculo y dientes. Tenía que encontrar a Harley, y rápido. Volví a entrar corriendo en el club y recorrí con la mirada toda la sala oscura buscando su inolvidable mueca de desprecio hasta que lo vi y le pedí ayuda. Cuando abrí la puerta de la furgoneta con Harley a mi lado, no me recibió la bestia de Satanás, sino un adorable cachorro que movía la cola con entusiasmo al ver a su mejor amigo, lanzando gritos y lamiéndole la cara hasta

que encontré la llave del tambor. Volví a cerrar la furgoneta y conseguí llegar al escenario a tiempo para cagarme en las castas del CBGB. Si no hubiera sido por Harley Flanagan no solo no habría habido concierto, sino que ahora seguramente me faltarían los labios y la nariz.

A continuación nos dirigimos hacia el Medio Oeste para dar conciertos en Chicago y Detroit. Yo había estado en Chicago, claro, pero consideraba Detroit un territorio exótico e inexplorado. Todo el mundo conoce la riqueza de su historia musical, pero mucha gente no se da cuenta de que fue la capital del crimen los dos años anteriores a nuestra visita (solo igualado por Washington D. C.), por lo que no había mucho que ver, a menos que fuera desde la seguridad que nos proporcionaba la furgoneta. Con todo, Detroit no era solo una de las ciudades más duras de Estados Unidos, sino también el hogar de algunas de las bandas más duras del país: no es una coincidencia que los MC5 y los Stooges fueran los dos de allí. Nuestro concierto fue con los héroes locales Laughing Hyenas, en un bar llamado Paycheck's de Hamtramck, un barrio predominantemente polaco que estaba a unos ocho kilómetros del centro de Detroit. Un concierto difícil, pues los Hyenas eran tan abrasivos y depravados como cabía esperar teniendo en cuenta cuál era su ciudad natal, pero fueron tan amables que nos invitaron a quedarnos en su casa después del concierto. Vivían en una casa del grupo en Ann Arbor, que estaba a una hora al oeste de Detroit, y como nosotros también íbamos en esa dirección, aceptamos su generosa invitación.

Nos pusimos en marcha, y cuando nos paramos en una gasolinera desolada y llena de agujeros de bala para echar gasolina, yo estaba en el séptimo cielo porque aquella noche había conocido a otro de mis héroes del *hardcore*, el vocalista de Laughing Hyenas, John Brannon, que había sido el cantante de mi banda preferida de Detroit, Negative Approach. Estaba viviendo mi sueño punk y no solo conociendo a los personajes que salían en las carátulas de mi colección de discos, sino también durmiendo en sus putos suelos.

La fiesta empezó nada más llegar, y enseguida estábamos todos bebiendo (entre otras cosas) como locos mientras veíamos películas en super-8 en una pequeña pantalla del salón. Agotado por el concierto, preferí retirarme temprano y pasar la noche en la furgoneta, que habíamos aparcado delante de la casa, para poder dormir en algún lugar tranquilo en vez de estar toda la noche dando vueltas en la cama en aquella casa de los horrores. De todas formas, dormir en la furgoneta era de lo más normal, aun en el caso de tener la suerte de encontrar una casa donde pasar la noche, porque siempre cabía la

posibilidad de que alguien robara el equipo y nos dejara sin sustento tan lejos de casa. Así pues, me ofrecí voluntario para salvaguardar nuestro medio de vida, me metí en la furgoneta y enseguida me quedé como un tronco en mi cómodo saco de dormir Kmart.

Me desperté horas después con la sensación de que la furgoneta estaba traqueteando por la carretera. Desorientado, me levanté del saco de dormir y miré a mi alrededor, pero no había nadie, aparte de Pete, que estaba conduciendo en silencio mientras las luces le iluminaban la cara cada vez que pasábamos por delante de una farola.

—Tío, ¿dónde están los demás? ¿Adónde vamos? —pregunté mientras me frotaba los ojos.

Pete me miró y, con su acento sureño, dijo:

—¿Crees en los milagros?

Unas horas antes, cuando estábamos llenando el tanque para dirigirnos hacia el oeste, Pete se dejó nuestra «bolsa flotante» (una bolsita con todo el efectivo que teníamos, unos novecientos dólares) encima del surtidor de la desolada gasolinera acribillada a balazos, que estaba en una de las peores zonas de la ciudad. Al darse cuenta de que no la teníamos, se metió en la furgoneta y volvió a Detroit a toda velocidad para ir a por ella en el improbable caso de que todavía estuviera allí.

Milagrosamente, allí estaba, y pudimos salir adelante. Empecé a darme cuenta de que, en cualquier momento, todo podría desmoronarse.

La sensación de seguridad suburbana a la que estaba acostumbrado se perdió en el espejo retrovisor, y la emoción de esta nueva libertad me quedaba como un guante. Después de varios conciertos, logramos cruzar el río Misisipi, que era lo más lejos de casa que había estado jamás. Estaba empezando a acostumbrarme a esta nueva vida de paradas de camiones y casetas de peaje. Para ver Estados Unidos de verdad, hay que recorrerlo kilómetro a kilómetro, porque al hacerlo no solo te das cuenta de la inmensidad de este hermoso país, sino que vas viendo cómo van cambiando el clima y la geografía al cruzar los límites de cada estado. SON COSAS QUE NO SE PUEDEN APRENDER EN VIEJOS LIBROS DE TEXTO BAJO LAS FRÍAS LUCES DEL AULA: ESTAS COSAS HAY QUE VERLAS, OÍRLAS Y SENTIRLAS EN PERSONA PARA PODER APRECIARLAS DE VERDAD. La educación que estaba recibiendo en la carretera estaba resultando mucho más valiosa que cualquier examen de matemáticas o biología que hubiera suspendido, porque estaba descubriendo lo que era la vida de primera mano, aprendiendo toda una serie de habilidades sociales y de supervivencia por las que aún me guío (por ejemplo, saber cuándo hablar y cuándo

cerrar la boca).

Aunque por fin tenía la libertad de perseguir mi sueño, todavía seguía llamando a mi madre de vez en cuando para tranquilizarla y decirle que había tomado la decisión correcta al dejarme marchar. Incluso a miles de kilómetros de distancia, estaba más cerca de ella que de ninguna otra persona y quería que supiera que la apuesta que me había dejado hacer estaba dando resultado.

Kansas City, Boulder, Salt Lake City… Las ciudades pasaban volando en nuestro camino hacia la Costa Oeste, dejando un rastro de latas de cerveza y escenarios enardecidos a nuestro paso. En cuestión de semanas atravesamos la fría llovizna y los altísimos árboles de hoja perenne del noroeste del Pacífico y nos dirigimos hacia Tacoma para nuestro concierto en el Community World Theater de Washington, donde tocaríamos con una banda joven llamada Diddly Squat [4]. Gran nombre, pero un bajista todavía mejor, al que me uniría años más tarde para formar nuestra propia banda. Sí, el bajista de Foo Fighters, Nate Mendel, era un joven punk como yo, y nuestros caminos se cruzaron varias veces sin que nadie nos presentara, pero así son las cosas. Lo único que hay que hacer es dejar que el universo se encargue, y yo se lo agradezco.

Tengo que decir que el noroeste del Pacífico no me pareció muy atractivo a primera vista, por decirlo de algún modo. La opresión del manto de nubes grises bajas que ocultaban permanentemente el sol en esa época del año me dejaba sin ánimo ni energía, y eso por no hablar del «aroma de Tacoma», un olor que emanaba de las fábricas de papel, impregnado de sutiles flatulencias de brócoli hervido y excremento de perro, y se desplazaba por la ciudad guiado por un viento cambiante. Un encanto. El que alguien fuera capaz de pasarse toda la vida en un lugar tan deprimente era algo que no me cabía en la cabeza, pero, como ya he dicho, era una zona del país de la que no sabía absolutamente nada… todavía. Aunque, eso sí, la hierba iba mejorando conforme avanzábamos kilómetro a kilómetro hacia el oeste.

Mi fama de fumeta empedernido estaba en pleno apogeo: si tenía, estaba fumando; si no, estaba buscando. Puede que este fuera el mayor reto de la vida en la carretera, ya que, por una parte, tenías que meterlo en tu presupuesto de siete dólares con cincuenta al día (tabaco, Taco Bell, maría); pero, por otra parte, también tenías que mantener el radar activado para saber quién tenía y quién no. Jimmy y yo estábamos siempre ojo avizor, a la caza de algún metalero con un parche de Slayer en la chaqueta de cuero o un *hippy* punk con las rastas embutidas en un gorro de punto que estuviera merodeando por

los alrededores del concierto. Cuando, raramente, hacíamos diana, volvíamos corriendo a la furgoneta e inspeccionábamos la hierba, maravillándonos de su superioridad comparada con los cogollos marrones que solíamos fumar en casa, y enseguida nos elevábamos como dos pinos de Georgia justo antes de la actuación.

Por fin llegó la hora de ir a California, un lugar que ni en mis mejores sueños se me hubiera ocurrido que podría llegar a ver. Para mí, estar ante el letrero de Hollywood, a más de cuatro mil kilómetros de mi pequeño e idílico vecindario, tenía tanto sentido como plantar una puta bandera en Plutón. Impensable. Todo lo que sabía del estado más glorificado de Estados Unidos era lo que había visto por la televisión y en las películas. Me imaginaba que todos los policías parecerían sacados de Village People, que todos los niños serían como en *Una pandilla de pelotas* y que todas las mujeres serían como en *Los ángeles de Charlie* (y resultó que tenía razón).

Con cinco días para el siguiente concierto, decidimos dirigirnos a la siguiente parada, Santa Cruz, otra ciudad de la que no sabía absolutamente nada, aparte de que era donde se había rodado la obra maestra de vampiros *Jóvenes ocultos*. Unos años antes, los Scream se habían hecho muy amigos de una banda de Santa Cruz, los Bl'ast, y como todos formábamos parte de esta comunidad *underground*, nos ofrecieron un lugar donde dormir hasta el siguiente concierto, que sería en San Francisco. El viaje de más de mil kilómetros fue mortal, pero el paisaje compensó la claustrofobia. Cruzamos los pasos montañosos de las prehistóricas cadenas costeras del Pacífico hasta que por fin cogimos la ruta estatal 1, donde serpenteamos entre inmensas secuoyas mientras olas gigantes se estrellaban contra los acantilados. Estaba embelesado. Después de ver cómo evolucionaba el paisaje durante largas y arduas semanas y miles de kilómetros hasta alcanzar toda esa belleza natural, me sentí recompensado. Afortunado, vivo, libre.

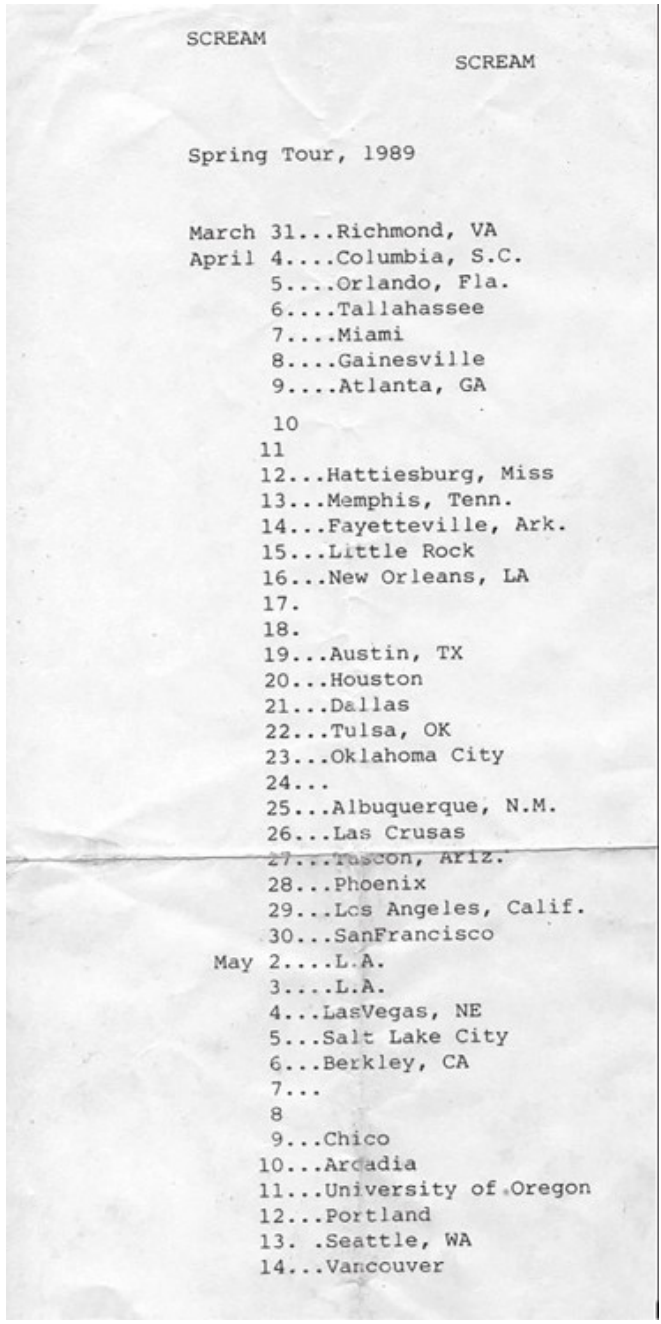
Cuando ya faltaba poco, nos paramos en una cabina y Pete llamó a nuestro anfitrión de los Bl'ast, Steve Isles, para decirle a qué hora pensábamos llegar. Volvió a la furgoneta con muy buenas noticias: la madre de Steve, Sherri, estaba preparándonos una gran cena a base de pasta y nos alojaríamos en la maravillosa casa de techos inclinados que tenía justo al final de la calle de la playa los siguientes cuatro días. Esto ya no era una gira, sino el Club Med. Le compramos a Sherri un ramo de flores y una botella de vino en un supermercado y nos dirigimos rápidamente a nuestro nuevo alojamiento, listos para liberarnos de los confines de nuestra furgoneta y celebrarlo como reyes.

Nos recibieron como si fuéramos de la familia, y en nada de tiempo ya nos habíamos devorado las montañas de pasta y nos estábamos pasando por la mesa unos canutos gordísimos de la marihuana más increíble que había visto en la vida mientras contábamos batallitas de la carretera entre el humo espeso y dulce que flotaba en el aire. ¡Hasta Sherri estaba fumando! Y ahora sí, ESTO era California. Yo pensaba que mi madre era guay, pero que Sherri acogiera a un grupo vagabundo de roqueros punk desaliñados y nos ofreciera comida, maría y un lugar agradable donde dormir alcanzaba el nivel de la santidad. Era el grado de hospitalidad más desinteresado que hubiera experimentado nunca. Me metí en mi saco y me dormí con una sonrisa brumosa y el estómago lleno.

Al día siguiente, Sherri se iba de la ciudad, pero nos dijo que la comida que había sobrado estaba en el frigorífico y la hierba en el armario. Jimmy y yo nos miramos y nos fuimos inmediatamente para el armario, donde encontramos un bote grande de cristal lleno del tipo de hierba que solo se ve en la página central del *High Times*. Cogimos un buen cogollo de cannabis repleto de hojas verdes fluorescentes y nos fuimos a la playa con dos vespas que encontramos en el garaje…, y allí estaba, el océano Pacífico. Caminé por la arena hasta llegar a la orilla y dejé que el agua helada corriera libre sobre mis pies mientras contemplaba la puesta de sol en el horizonte. Lo había conseguido. DE UN OCÉANO AL OTRO, HABÍA CRUZADO EL PAÍS CON NADA MÁS QUE EL AMOR POR LA MÚSICA Y LAS GANAS DE SOBREVIVIR.

Jamás podría superarlo.

«I WANNA BE YOUR DOG!»



SCREAM

SCREAM

Spring Tour, 1989

March 31...Richmond, VA
April 4....Columbia, S.C.
5....Orlando, Fla.
6....Tallahassee
7....Miami
8....Gainesville
9....Atlanta, GA
10
11
12...Hattiesburg, Miss
13...Memphis, Tenn.
14...Fayetteville, Ark.
15...Little Rock
16...New Orleans, LA
17.
18.
19...Austin, TX
20...Houston
21...Dallas
22...Tulsa, OK
23...Oklahoma City
24...
25...Albuquerque, N.M.
26...Las Crusas
27...Tuscon, Ariz.
28...Phoenix
29...Los Angeles, Calif.
30...SanFrancisco
May 2....L.A.
3....L.A.
4...LasVegas, NE
5...Salt Lake City
6...Berkley, CA
7...
8
9...Chico
10...Arcadia
11...University of Oregon
12...Portland
13. .Seattle, WA
14...Vancouver

Toronto, 22 de junio de 1990. Era una tarde soleada en Canadá. Los Scream habíamos zarpado para otra gira por Norteamérica en nuestra fiel (y original) furgoneta, y, para comenzar, habíamos cruzado la

frontera con la idea de dar unos cuantos conciertos en dos de las ciudades que más me gustan del mundo, Montreal y Toronto. A lo largo de los años, los Scream nos habíamos hecho con una pequeña base de seguidores leales en el Gran Norte Blanco, y contábamos con toda una serie de amigos estupendos que nos hospedaban en *lofts* y pisos compartidos cada vez que íbamos de visita (mucho más cómodo que otros alojamientos a los que estábamos acostumbrados). Desde mi primera gira, con dieciocho años, siempre me encantó ir a Canadá. El hachís era bueno; las chicas, guapas y los conciertos, salvajes, por lo que solíamos vender entradas suficientes como para llegar a la siguiente parada sin muchos problemas. Pero lo que de verdad hacía que el camino mereciera la pena eran las fiestas de después de los conciertos con nuestros amigos canadienses, con los que nos reíamos como nadie. Porque, admitámoslo, los canadienses son absolutamente increíbles. Relajados, genuinos y muy divertidos. Apuesto a que no es posible cruzar una manzana en Canadá sin hacerse rápidamente un amigo. Allí siempre nos recibía con los brazos abiertos nuestra extensa familia de bichos raros, con los que siempre nos lo pasamos genial, ya fuera vagando borrachos por las calles de Montreal hasta pasada la medianoche en busca de sándwiches de carne ahumada y *poutine* o colocándonos hasta el amanecer mientras veíamos *Night Ride*. (Esta película, que sigue siendo una de mis favoritas, era literalmente una cámara montada en el parabrisas de un coche que conduce por la ciudad durante una hora con banda sonora de jazz con fiscorno. Forma parte de un género al que se conoce como «televisión lenta», y si se acompaña con algo de beber y fumar, se convierte en una meditación surrealista. Es muy popular entre los presos…, o eso he oído.)

This 1936 Studebaker bowling pin car was created by a Cleveland, OH, proprietor. National Bowling Hall of Fame & Museum, St. Louis, MO

OKLAHOMA CITY OK 731 PM JUN 93

HOWDY MOM – JUST HANGIN OUT AT THE BOWLING HALL OF FAME, EATING HOT DOGS AND BUYING T-SHIRTS. WE PULLED INTO ST. LOUIS AROUND 11:00 LAST NIGHT AFTER DRIVING FOR ALMOST 12 HOURS. THIS IS WHERE JENNIFER AND I SORT OF BECAME AN ITEM, SO ITS OUR LITTLE WALK DOWN MEMORY LANE. TODAY WE DRIVE TO OKLAHOMA CITY, PROBABLY ANOTHER 10-12 HOUR DRIVE. I'LL CALL YOU THIS WEEKEND.

XXXXOOOOO
XXXXOOOOO

LOVE
DAVID

#3041 Art Grossmann Photo © 1989

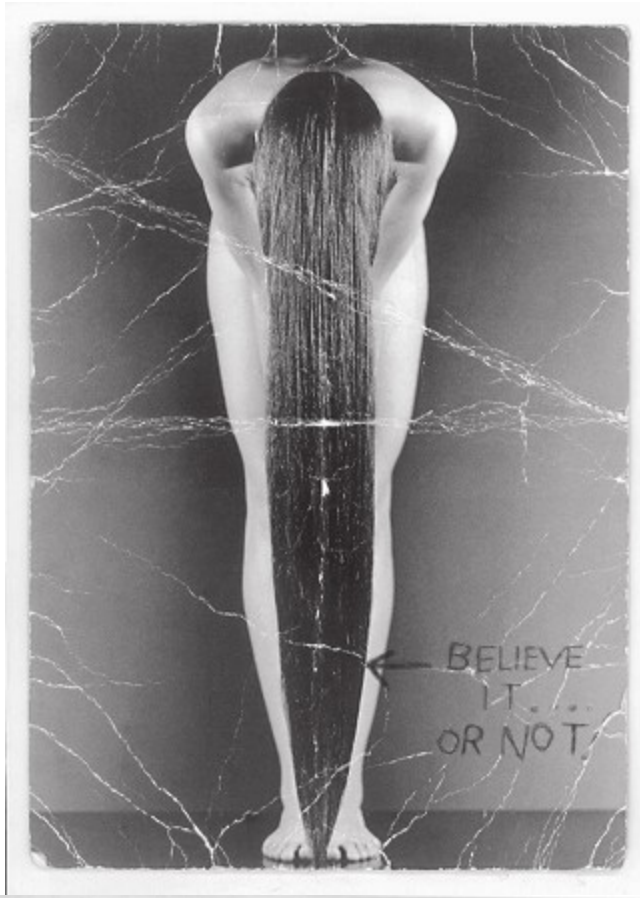
MADE IN U.S.A. ART GROSSMANN PHOTO MARKETING

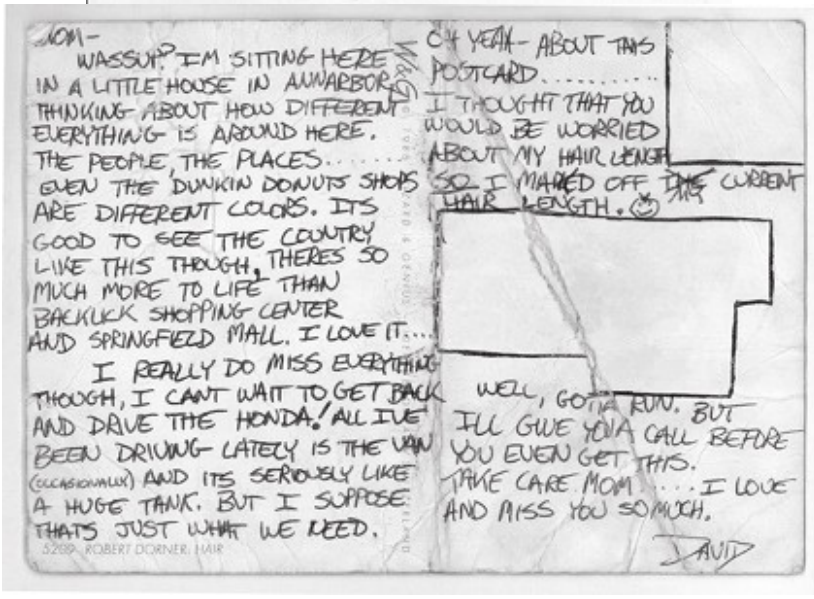
USA 29 I pledge allegiance...

POST CARD

HOUSE OF MOM

0 277315 5





De todos los clubes de Toronto, puede que el mejor fuera el Rivoli

de Queen Street West. Famoso por albergar a las bandas más *hippies* del circuito de giras *underground*, y con capacidad para doscientas cincuenta personas, tal vez no fuera el Royal Albert Hall, pero era perfecto para una banda como la nuestra, y estábamos dispuestos a conquistarlo. Mientras sacábamos el equipo y lo montábamos para la prueba de sonido, vi que un camarero estaba poniendo carteles del nuevo álbum de Iggy Pop, *Brick by Brick*, por las pegajosas paredes llenas de manchas de nicotina. «Qué raro», pensé, pero como no tenía nada que ver con nuestro concierto de aquella noche, cada uno siguió a lo suyo, enchufando y preparando nuestro punk rock de alto octanaje, ajustando lo mejor que podíamos el sistema de sonido. En aquel momento, nuestro equipo de giras consistía en un técnico, Barry Thomas (muy canadiense), así que el proceso de ensamblar los amplificadores recaía principalmente en nosotros. Ni ingenieros de sonido ni ingenieros de iluminación, solo estábamos nosotros cuatro y Barry. En los clubes, las pruebas de sonido solían hacerse a primera hora de la tarde, nada más abrir, porque los horarios para los conciertos eran por la noche. Sin embargo, por alguna razón, aquella vez nos pidieron que llegáramos mucho antes, a mediodía, para un concierto que íbamos a dar a las nueve. Un poco raro. Pero así lo hicimos. Mientras afinaba la batería y veía como las paredes seguían llenándose de más y más pósteres de Iggy, pensé que allí tenía que estar pasando algo, de modo que me fui al camarero y le pregunté:

—Eh, amigo, ¿por qué hay tantos carteles?

—La fiesta de lanzamiento del álbum es antes de vuestra actuación —me dijo como si nada—, y va a venir a tocar.

Me iba a explotar la cabeza. ¡Aquello era un milagro del destino musical! ¡Lo que se dice estar en el lugar y el momento adecuados! ¡Dentro de nada iba a estar en la misma sala pequeña y sombría que el padrino del punk, EL PUTO IGGY POP! El que antes se conocía como James Newell Osterberg Jr. era el Adán y la Eva de lo que ahora llamamos punk rock, ¡y estaba a punto de convertir aquel cuchitril en un jardín sónico del Edén! El término «leyenda viviente» ni siquiera da una ligera idea de su verdadera importancia y relevancia. Quiero decir, a este tipo se le atribuye la invención del salto desde el escenario. ¡Supera eso!

«Pero vosotros tenéis que recoger después de la prueba de sonido. Es solo para la discográfica.»

En un instante se desvanecieron mis esperanzas de conocer a este enigma musical. Le rogué. Le supliqué. Contuve las lágrimas de miles de fans y rebusqué furiosamente en la cabeza cualquier excusa por la que debiéramos quedarnos.

—Pero… ¿qué pasa con nuestro equipo? ¡Tenemos que quedarnos para asegurarnos de que nadie nos robe nada! —le solté, esperando que mordiera el anzuelo y nos diera un pase.

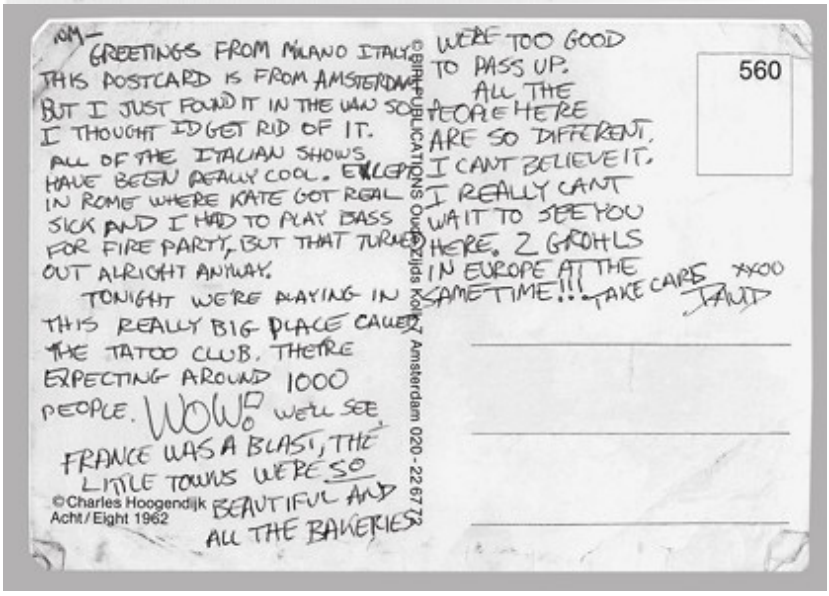
—Nadie os va a tocar el equipo —dijo—. Es solo un puñado de tíos de la discográfica.

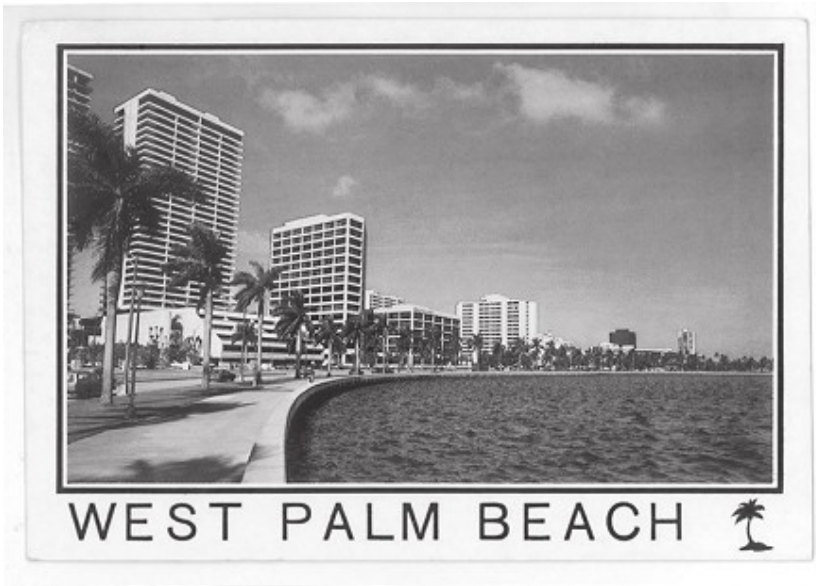
Ahogados en la decepción, acabamos la prueba de sonido y nos retiramos al armatoste oxidado que teníamos aparcado en el callejón, lamiéndonos las heridas y mandando las fiestas corporativas a las llamas del infierno. El destierro de esta experiencia única nos dejó con una sensación de angustia y rechazo que solo podía igualarse a una vez que una chica rompió conmigo en un baile del último año (que era en un barco, lo que quiere decir que me quedé atrapado en el purgatorio adolescente hasta que atracamos unas horas más tarde). Si el término FOMO[5] hubiera existido en 1990, habría sido definitivamente perfecto. Las únicas opciones que nos quedaban eran ponernos a dar vueltas por la ciudad buscando algo que beber o sentarnos en la furgoneta nueve putas horas comiendo pizza y escuchando la radio. Como todavía tenía una ligera resaca de la noche anterior, opté por la opción B.

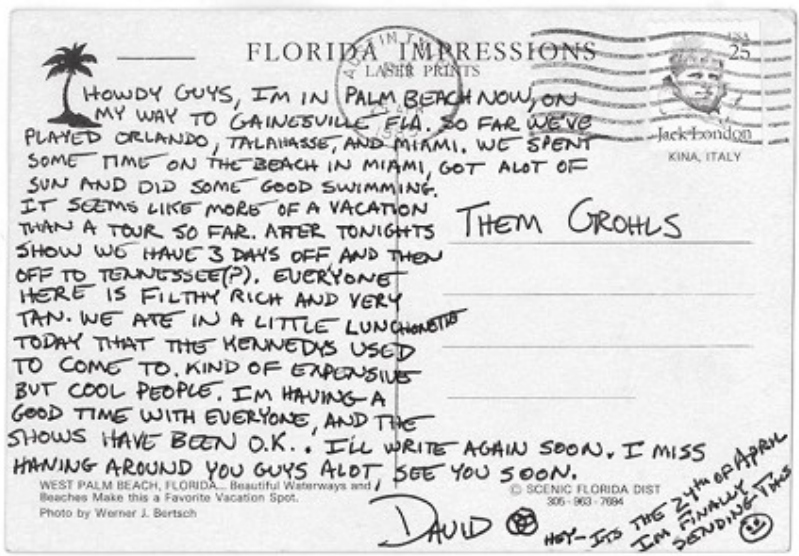
Poco después, mientras nos relajábamos en la furgoneta, apareció una limusina negra. Como una operación del servicio secreto del rock and roll, embocó sigilosamente el callejón, se paró y abrió el maletero al tiempo que se abría la puerta del club, donde un guardia de seguridad esperaba la valiosa carga del chófer con la ensayada atención a los detalles que se le dedicaría a un presidente. Desde la comodidad de nuestro refugio sobre ruedas para vagabundos, estiramos el cuello con entusiasmo para ver a nuestro héroe en persona. Y entonces, como en la visión del ángel de Daniel…, apareció. A poca distancia de nosotros, salió del coche, con su metro setenta de realeza rock embutido en unos vaqueros viejos y una camiseta. Se fue al maletero, cogió la guitarra y entró en el club. ESTO ERA LO MÁS CERCA QUE HABÍA ESTADO NUNCA DE UNA VERDADERA ESTRELLA DEL ROCK. Su bella y torcida imagen se me había quedado grabada después de tantos años estudiando su trabajo, pero esto no era la portada unidimensional de un álbum ni un póster colgado en una habitación. Esto era la encarnación de la genialidad, la excelencia en carne y hueso. E igual que se había abierto, la puerta se cerró.

Me he puesto poético muchas veces al hablar sobre la emoción de la interacción humana, sobre todo por lo que se refiere a la música en vivo, porque nos lleva de la experiencia virtual unidimensional a la experiencia tangible tridimensional, confirmándonos que la vida es

real y que no estamos solos. Hasta el encuentro casual con una persona, cuando has crecido escuchándola, observando las carátulas de sus álbumes durante horas y aprendiendo a tocar la batería estudiando cada uno de sus irregulares ritmos tribales, puede hacer rotar la matriz. Aquello era lo único que necesitaba. Mi fe en la música quedó recompensada con solo ver que Iggy salía de un coche y entraba por la misma puerta oscura por la que antes había salido yo. Ahora mi mundo era un poco más luminoso. Y ahí quedó la cosa.







Un poco más tarde, llamaron a la ventanilla de la furgoneta. «¿Cuál de vosotros es el batería?»

Si he aprendido algo en mis treinta y tres años como músico profesional de gira, es que de esa pregunta no puede salir nada bueno. La mayoría de las veces, lo que sigue son unas esposas, una citación o un puñetazo en la boca. Digamos que no es el tipo de pregunta que quieres oír cuando estás aparcado en un callejón lleno de basura, a mil trescientos kilómetros de casa, en otro país. Saqué inmediatamente la cabeza de mi mohoso saco de dormir de la parte trasera de la furgoneta con los ojos abiertos de par en par, esperando el implacable

castigo de no se sabe qué crimen. Paralizado por la conmoción y con la mente a mil, empecé a pensar en todas las lamentables posibilidades que hubieran podido llevarme a aquella situación. ¿Me había dejado un cigarro encendido en la tarima de la batería y eso había provocado un incendio infernal con Iggy Pop dentro? ¿Habría hecho algún comentario estúpido sobre alguna banda de por allí para alguna revista de fans y había un músico cabreado con ganas de pelea? ¿O a lo mejor había algún tío que estaba esperando a este momento desde que su chica lo dejó para liarse conmigo? (Eso era lo menos probable, ¡si vivía en una puñetera furgoneta!) Levanté tímidamente la mano y, con un gemido tembloroso, contesté:

—Eh… soy yo.

—¿QUIERES TOCAR CON IGGY?

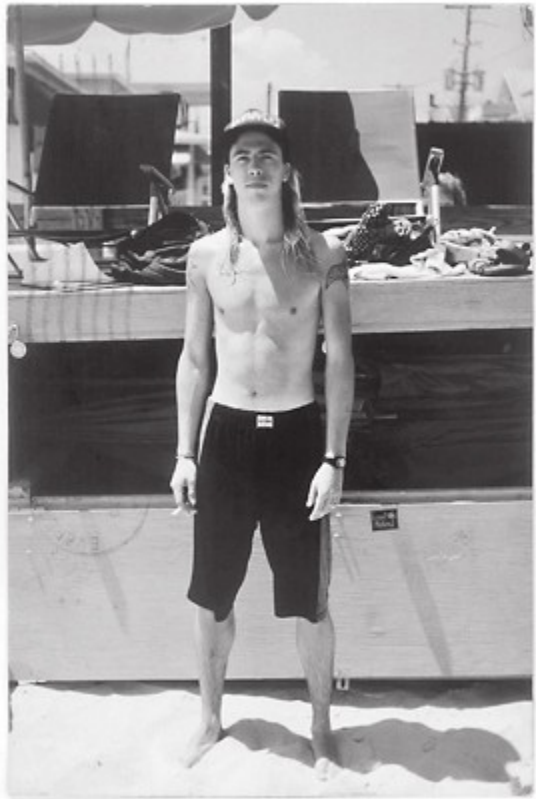
Eso llevó lo de estar en el lugar y el momento adecuados a otro nivel.

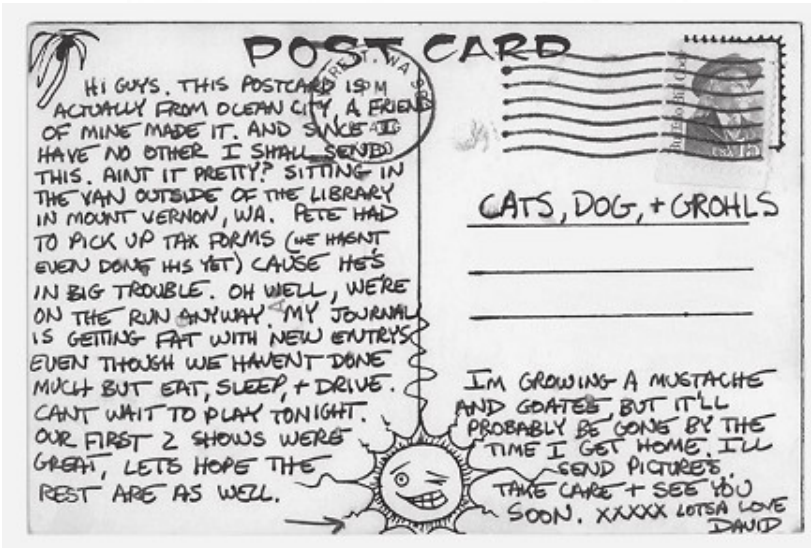
Lo que me estaba proponiendo era tan impensable que por un momento me quedé sin palabras. Como todos los músicos, había fantaseado con que un día mi banda favorita me llamara al escenario para sustituir a su batería, que por algún motivo no podía tocar. Ya me había imaginado que pasara algo así con los Scream mucho antes de unirme a ellos. Y estaba pasando de verdad. Como aprendí a tocar escuchando los discos de mis músicos preferidos, era capaz de tocar cualquiera de sus álbumes nota por nota, los de Iggy y los Stooges incluidos. Aquella oportunidad era, ni más ni menos, un sueño hecho realidad. «¡JODER, SÍ!», grité saltando de aquella cama improvisada en cuanto se me desató el nudo en la garganta.

Intenté recobrar la compostura mientras mis compañeros se miraban sobrecogidos, se bajaban en tropel por la puerta lateral y echaban a correr hacia la puerta del club como si yo me hubiera prendido fuego.

Dentro, los rasgueos primitivos de una guitarra eléctrica invadían la sala a todo volumen. Doblé una esquina y allí estaba Iggy, guitarra en mano, frente a una torre de amplificadores Marshall que se elevaba por encima de él como un monolito de *2001: una odisea del espacio* mientras tocaba acordes tintineantes y disonantes y jugueteaba con los botones para encontrar su tono. ¿La primera impresión? Que llevaba gafas. Pero no unas gafas chulísimas de gran estrella de rock, no: estoy bastante seguro de que eran unas gafas de leer. «Uf, menos mal», pensé al tiempo que se disipaba un poco la terrible tensión que había acumulado de camino al escenario. Antes de que me diera tiempo a presentarme como se debe, el hombre que me había sacado de la comodidad del saco de dormir dijo:

—Aquí está el chico de la batería para esta noche.
Iggy se volvió con la mano extendida.





—Hola, soy Jim —dijo, y le estreché la mano, la misma mano que había escrito las letras de clásicos como «Lust for Life», «No Fun»,

«Search and Destroy», «I Wanna Be Your Dog» y muchos otros.

—Hola, yo soy Dave —le dije como un niño que se presenta a su profesor el primer día de colegio.

—¿Conoces mi música? —me preguntó con su familiar acento del Medio Oeste.

Desde que era niño, siempre me habían dicho que no existen las preguntas tontas, pero ningún nivel de humildad pudo evitar que le contestara con el gesto ridículo del que piensa que aquella sí que era una pregunta obvia.

—Claro —sonreí.

—¿Improvisamos? —me soltó.

Segundo *strike*.

—¡SÍ! —contesté, obviamente.

Me dirigí a la banqueta y, con el mismísimo Iggy Pop a quince centímetros de la batería amarilla Tama que me había comprado con el dinero que había ganado pintando casas y cortando el césped, comenzó la improvisación. El *riff* de «1969» llenó la sala vacía y enseguida me uní con su famoso *tom-tom*, nota a nota, exactamente igual que en el álbum. Solo con la guitarra y la batería, nuestra versión simplificada de la canción quedaba aún más cruda que la versión clásica del álbum (ya podéis moriros de la envidia, White Stripes). La siguiente fue la diabólica «I Wanna Be Your Dog», tal vez mi canción favorita del debut de los Stooges en 1969. Y luego, la sorpresa: empezó a enseñarme la canción de su nuevo disco, que yo todavía no había escuchado, «I Won't Crap Out». Con la pasión del que está actuando en un concierto de estadio con las entradas agotadas, cantó:

> *I'm standin' in a shadow, hating the world*
> *I keep a wall around me, block out the herd*
> *It's a nerve-wreck place to be, it kills real quick*
> *You gotta scrape the concrete off your dick*… [6]

Como nunca había oído esa canción, lo seguí lo mejor que pude, aunque no entendía por qué se tomaba tantas molestias para enseñarme algo que nadie escucharía. ¿Es que estaba solo y tenía ganas de tocar? ¿O a lo mejor era que quería hacer realidad el sueño de un chico desconocido, sabiendo que me pasaría el resto de la vida contándolo? Por raro que me pareciera, seguí concentrándome en sus rasgueos, tocando como si estuviéramos en aquel estadio de entradas agotadas. Terminamos al unísono de un modo triunfal.

—Genial —dijo al acabar—. Seguimos a las seis.

Espera, ¿qué? ¿Nosotros? ¿Esto? ¿Esta noche? Eso no era en

absoluto lo que me esperaba. Ni por un momento imaginé que quisiera tocar esas canciones con PÚBLICO. Yo creía que aquello era una sesión improvisada, algo que hacer para pasar el rato, igual que yo había hecho miles de veces con amigos en sótanos y garajes polvorientos llenos de latas de gasolina y herramientas de jardinería. ¡No sabía que fuera una maldita audición! Un poco más y se me cae la mandíbula al suelo.

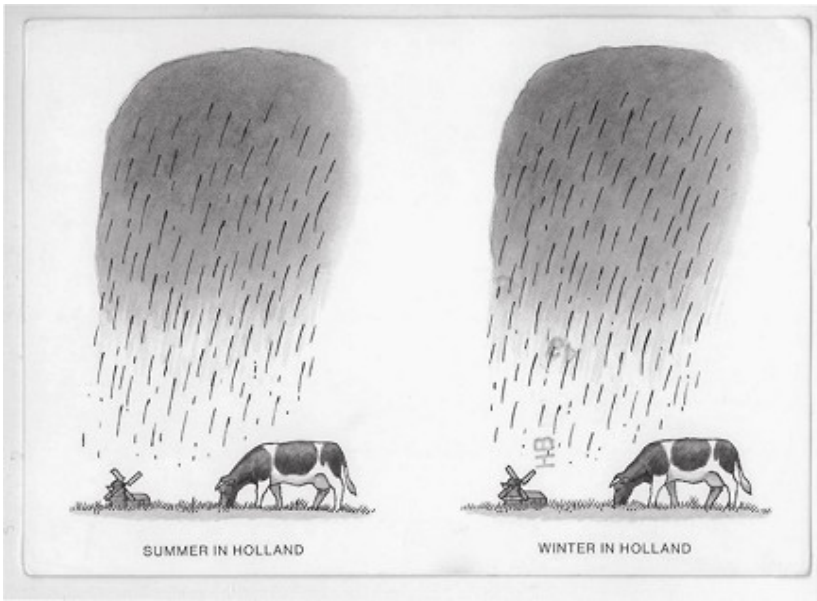
—¿Quieres que toquemos esto esta noche? —le pregunté con mirada incrédula.

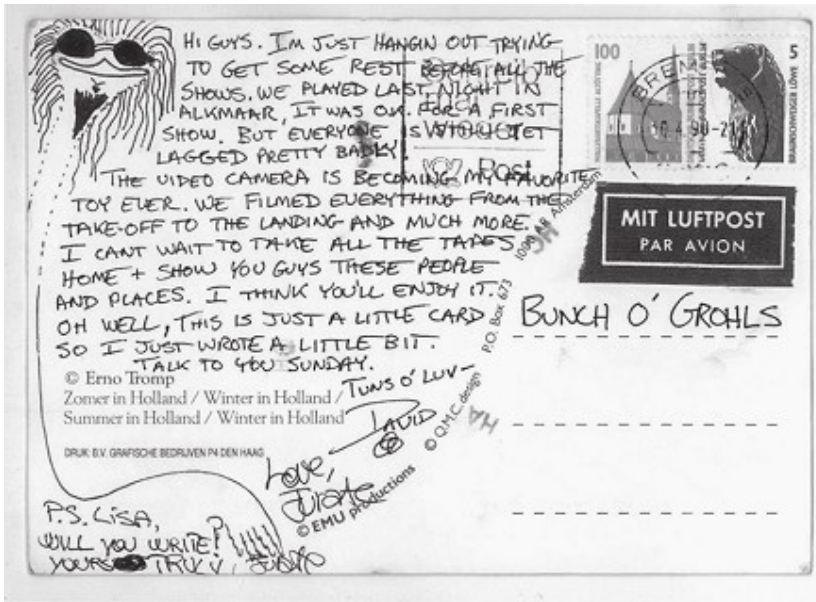
—¡Claro, hombre!

—Eh…, ¿necesitamos a un bajista?

—¿Tienes uno? —me preguntó sorprendido.

Salí corriendo a la furgoneta para llamar a nuestro bajista, Skeeter. Me moría de ganas de compartir una experiencia que me cambiaría la vida con otro compañero de banda, sabiendo que él la apreciaría tanto como yo. Skeeter también era un gran fan de Iggy y los Stooges (además de un bajista fenomenal con un tempo y sensación perfectos). Estuvimos ensayando los tres y enseguida estuvimos listos. Era oficial: éramos la sección de ritmo de Iggy Pop, al menos por una noche en Toronto.





Mientras llegaban los de la compañía discográfica, pasamos el rato con Iggy en el diminuto camerino fumando y escuchando historias de su legendaria carrera. DESCUBRIMOS QUE ESTE LOCO, FAMOSO POR LOS CONCIERTOS EN VIVO EN LOS QUE SE UNTABA MANTEQUILLA POR TODO EL CUERPO, SE CORTABA CON TROZOS DE CRISTAL Y SE EXHIBÍA DELANTE DEL PÚBLICO, ERA EN REALIDAD UN CABALLERO, AMABLE, ACOGEDOR Y CON LOS PIES EN LA TIERRA. ¡Nada de todo aquello podía ser más raro! Él hizo que nos sintiéramos bienvenidos de verdad, y muy pronto todos nuestros nervios se convirtieron en entusiasmo. De vez en cuando, alguien llamaba a la puerta y algún representante del sello preguntaba si necesitábamos algo. ¡Skeeter y yo nos dimos cuenta enseguida de que aquella gente pensaba que éramos DE VERDAD de la banda! Así que, sin dudarlo, nos pusimos a ver cuánto podíamos sacar de aquella experiencia inimaginable. «¿Un paquete de cigarrillos?» Hecho. «¿Una caja de cerveza?» Desde luego. «¿Un cartón de tabaco?» Por supuesto. Y entonces lo entendí: esto es lo que se siente cuando se consigue el éxito. Nada de dormir en una furgoneta helada con cuatro tíos alineados como sardinas sobre una plataforma de madera contrachapada, racionando siete dólares con cincuenta al día para el Taco Bell y hierba. Nada de volver a casa y suplicar que me devuelvan el trabajo que dejé para salir de gira y esperar con paciencia a que otra me saque mi realidad de abandono escolar. Nada de pasar el tiempo en asquerosos callejones esperando un estrellato imaginario. Sabía que aquella sensación de éxito era fugaz, así que, en vez de probarlo, le arranqué un trozo.

En cuanto subimos al escenario nos recibió un aplauso de los que

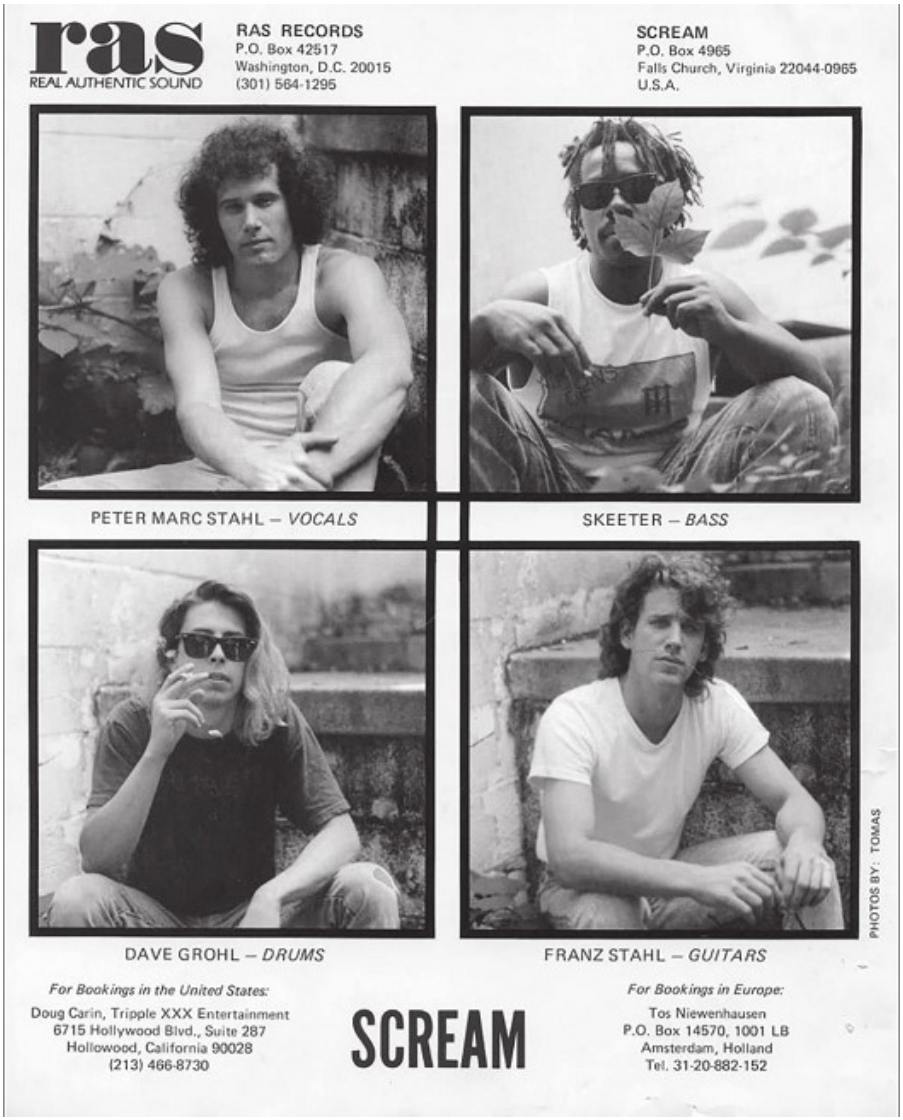
no había recibido jamás: un aplauso del tamaño de Iggy Pop. *«FUUUUCK YOOOOU!»*, gritó al micrófono al tiempo que comenzábamos la primera canción, «1969», y la gente enloqueció.

Inmediatamente dejó de ser el caballero acogedor y sensato al que había conocido en el camerino y se transformó en el Iggy que conocen y aman los seguidores de punk de todo el planeta. Pasando rápidamente de una canción a otra, apenas tuve tiempo de reflexionar sobre la naturaleza del círculo completo de este increíble giro del destino, así que, con la cabeza gacha, me rendí al momento y le di una paliza a ese gran tambor amarillo como si fuera mi última noche en la Tierra. De vez en cuando levantaba la mirada entre el pelo grasiento para ver su silueta cincelada y torcida acechando el escenario como en los vídeos y fotos unidimensionales que había visto miles de veces, solo que ahora era tridimensional y me estaba diciendo que la vida es real y que no estoy solo. Todo terminó demasiado pronto, no fueron más que minutos, y, con nuestros cigarrillos y cervezas gratis, le dimos las gracias a Iggy y nos separamos. POR FIN LO HABÍA CONSEGUIDO, AUNQUE SOLO FUERA POR UNA NOCHE, Y FUE COMO SIEMPRE HABÍA SOÑADO QUE SERÍA. Algo increíble. Y así, sin la menor decepción, supe apreciarlo como la fantástica experiencia que había sido. Lo que sí parecía imposible era esperar que pudiera volver a estar alguna vez en el lugar y el momento adecuados. ¿Cuántas probabilidades tenía?

Nuestra gira continuó, aunque no exenta de complicaciones. Los conciertos que íbamos a dar por todo el Medio Oeste para llegar a la Costa Oeste se cancelaron, lo que significaba que tendríamos que hacer el viaje de seis mil cuatrocientos kilómetros hasta Olympia (Washington) nada más que con los cigarros que nos habían dado y el dinero que llevábamos en el bolsillo. Sin nada que perder, nos lanzamos a ello. Después de todo, habíamos llegado muy lejos. ¿Qué más daba otro largo viaje por Norteamérica?

Lo que no nos podíamos imaginar es que iba a ser el último.

CADA DÍA
ES UNA PÁGINA
EN BLANCO



«¿Alguien ha visto a Skeeter?»

Con un poco de resaca de otra noche salvaje en Laurel Canyon, todos empezamos a levantarnos de los sacos de dormir que atestaban el suelo de la casa que estábamos compartiendo con unas cuantas luchadoras de barro del Hollywood Tropicana e hicimos recuento. Pete, sí. Franz, sí. Barry, sí. Pero Skeeter no estaba por ninguna parte. «Queda tiempo», pensé, porque todavía quedaba bastante para la prueba de sonido que teníamos que hacer para el concierto de aquel día, de forma que volví a meterme en mi cómodo capullo para dormir unas cuantas horas más. Cerré los ojos y crucé los dedos. Esperaba, sobre todo, que Skeeter estuviera bien, pero también que no nos hubiera dejado varados en una gira a miles de kilómetros de casa, sin dinero y sin forma de volver; y era una preocupación legítima, porque ya había desaparecido alguna vez.

Para 1990, mis viajes con Scream me habían llevado de Luisiana a Liubliana, de Memphis a Milán, de San Francisco a Estocolmo… Para entonces ya era un veterano de giras, mucho más endurecido y conocedor de crisis o conflictos ocasionales, por lo que el hecho de que faltara un miembro del grupo no era más que otro día cualquiera en la carretera. Lo que en su día fue un curso intensivo sobre cómo sobrevivir con menos de diez dólares al día en una furgoneta se había convertido en una rutina cómoda y familiar. Me había hecho a la vida de vagabundo errante con bastante facilidad.

Las giras por Europa eran especialmente emocionantes. Visitábamos países que solo había visto en el telediario o de los que solo había leído en los libros de texto que tan dolorosamente aparté de mi vida. Pero, en vez de los lugares turísticos que la gente suele visitar al salir al extranjero, yo estaba descubriendo el mundo desde lo más sórdido de la escena del punk *underground*. Como los Scream ya habían hecho una gira por Europa antes de unirme a ellos, la banda contaba con toda una red de amigos que nos acogió como a uno más de la familia, dándonos comida y un lugar donde dormir, además del equipo que utilizaríamos en los conciertos de la gira, porque no teníamos dinero para embarcar los instrumentos desde Estados Unidos. Muchos de ellos también eran músicos, y la mayoría eran okupas que vivían en edificios abandonados que estaban llenos de punks y anarquistas, a menudo pirateando los servicios de la red pública de la ciudad para vivir. Estas comunidades de radicales no solo eran intrigantes para mi mente joven e impresionable, sino también inspiradoras, ya que la vida en estas comunas improvisadas se basaba en los elementos humanos más básicos, y en la renuncia a las trampas de la existencia convencional (materialismo, codicia y

estatus social) en favor de una vida de protesta y libertad, sabiendo que todos nos necesitábamos los unos a los otros para salir adelante. Todo aquello me parecía muy bonito, y estaba a mundos de distancia del síndrome de la casita de vallas blancas que había dejado en mi barrio. El simple intercambio de una cama cálida por una canción puso las bases de lo que significa para mí ser músico, y de un aprecio por la profesión que mantengo y aún me guía cuando me siento perdido en el tsunami de una vida mucho más complicada que la de entonces.

Ámsterdam se convirtió en nuestra base por muchas razones, algunas obvias (hierba) y otras meramente logísticas (proximidad al norte de Europa). Por lo general, ahorrábamos el dinero que tanto nos costaba ganar con nuestros trabajos de baja categoría en casa y luego volábamos en lista de espera con la aerolínea Martinair por noventa y nueve dólares cada uno, llegábamos al aeropuerto internacional Schiphol, robábamos una bicicleta la primera noche y nos pasábamos las siguientes semanas preparándonos para la gira, para lo que hacíamos llamadas con una tarjeta telefónica pirateada, reuníamos el equipo y alquilábamos una furgoneta que pudiera convertirse en nuestra casa durante unos meses. Para conseguir un dinero extra, devolvíamos botellas a una tienda nocturna, probábamos suerte en las máquinas de juego de los bares y hasta buscábamos algún que otro trabajo ocasional para llegar a fin de mes. (Una vez trabajé en Konkurrent, un pequeño sello que atendía pedidos por correo, llenando cajas de álbumes para enviarlos a todo el mundo, solo para poder mantener mi hábito de consumir marihuana hasta que empezara la gira.) Vivíamos con lo mínimo, pero la hospitalidad, amabilidad y camaradería de nuestros amigos nos hacían sentir como si estuviéramos inmersos en el lujo, y acabé enamorándome tanto de la ciudad que hasta intenté aprender neerlandés, un idioma que estoy seguro de que es imposible hablar si no has nacido en los Países Bajos.

PERO, SOBRE TODO, ERA LIBRE, Y LAS AVENTURAS NOS ESPERABAN A LA VUELTA DE CADA ESQUINA.

Una noche, en Ámsterdam, mientras estábamos todos bebiendo en la acera, delante de nuestro bar de punk rock preferido, De Muur, hubo un repentino estallido de energía al otro lado de la calle, en el Vrankrijk, uno de los edificios de okupas más infames de Holanda. Un ejército de cabezas rapadas y fascistas habían organizado un ataque al edificio, y mientras subían por la calle, los residentes de Vrankrijk se prepararon para la batalla. En los balcones se encendieron unos focos cegadores y alambradas de gallinero cayeron desde las ventanas mientras los punks empezaban a salir del edificio con armas y escudos

improvisados. Estalló una verdadera revuelta, a la que enseguida nos unimos lanzando al aire vasos de cerveza que llovieron sobre la multitud de fascistas cabreados creando explosiones de cristales rotos como catapultas que lanzan granadas de malta. En cuestión de minutos, los intrusos se rindieron y huyeron, y nosotros seguimos a lo nuestro, ya celebrando la rebelión como vikingos después de la guerra. Esto no era rock and roll. Esto era mierda medieval.

Y solo era un martes por la noche.

Viajar por los hermosos campos de Europa se convirtió en mi actividad favorita, más que rodar por las largas y monótonas autopistas de nuestros viajes por Estados Unidos, pero venía acompañada con su propio conjunto de desafíos únicos. Al saltar de un país al otro, nos enfrentábamos a un idioma nuevo cada semana, y la comunicación se redujo a una versión primitiva del lenguaje de signos que rayaba en la mímica ridícula. Dicho esto, también es cierto que estaba aprendiendo sobre idiomas y culturas de las que nunca habría aprendido nada en el colegio, y el encontrarme físicamente en aquellos lugares profundizó mi conocimiento del mundo como comunidad, que es mucho más pequeña de lo que muchos se imaginan. Por otra parte, el cruce de las fronteras siempre era interesante… Imagínate el deleite de un funcionario de aduanas cuando una banda de jóvenes punks aparecía con una furgoneta con matrícula de los Países Bajos (bandera roja) y a rebosar de guitarras y amplificadores (bandera roja más grande). Estaba cantado. Nos alineaban como presos en la acera y destrozaban la furgoneta buscando todo tipo de contrabando. (Tengo que admitir que me han sometido a unos cuantos registros en cavidades corporales a lo largo de los años.) Sin embargo, después de haber visto un montón de veces la película de 1978 *El expreso de medianoche*, todos éramos lo suficientemente responsables como para fumarnos toda la hierba o el hachís antes de llegar a una frontera, no fuera a ser que termináramos pudriéndonos en alguna cárcel húmeda y oscura. Aparte de eso, también teníamos otras formas de despistar al funcionario de turno, ya fuera llenando las cajas de los altavoces con las camisetas de Scream que vendíamos en los conciertos (nuestro sustento en la carretera) para evitar los impuestos al pasar de un país al otro o escondiendo pequeñas chinas de hachís en las rastas de Skeeter para tener algo que fumar en los largos viajes de un concierto a otro (no había nada como ver jugar a nuestro bajista con el perro antidroga en la frontera, sabiendo muy bien que llevaba la maraña de pelo llena de gramos de picadillo negro). Hacíamos lo que teníamos que hacer para sobrevivir. Aunque también nos llevamos unos cuantos sustos.

Una vez iba por un callejón de Ámsterdam con mi viejo amigo Marco Pisa —un tatuador italiano que conocí en Bolonia cuando le pinté el salón de tatuajes a cambio de una preciosa marca en el hombro izquierdo— y se nos acercaron dos yonquis intentando vendernos heroína. A ninguno de los dos nos gustaba la heroína, por lo que Marco declinó con un educado «¡iros a la mierda!» y seguimos andando. Pero ellos insistieron, siguiéndonos de cerca y tocándonos el hombro, con lo que de pronto Marco sacó una navaja a la velocidad de un ninja y repitió: «¡QUE OS VAYÁIS A LA MIERDA!».

Aturdido, me di la vuelta para alejarme, pero con el rabillo del ojo vi que uno de los yonquis estaba a punto de darme en la cabeza con todas sus fuerzas con un tubo de metal que había recogido de una obra por la que estábamos pasando. Marco y yo echamos a correr, perseguidos por una pareja de zombis gritando, y por un pelo conseguimos despistarlos justo antes de ir a disfrutar de un agradable almuerzo tailandés en los pintorescos canales.

Aquello era suficiente para que cualquiera quisiera hacer las maletas y regresar a la comodidad de una cama calentita en casa, pero el peligro era precisamente lo que a mí me empujaba a hacer lo contrario. DESDE EL ALQUILER DE VEHÍCULOS POCO FIABLES PARA ATRAVESAR POR LA NOCHE LAS TORMENTAS DE NIEVE APOCALÍPTICAS DE ESCANDINAVIA, HASTA LOS ROBOS DE PASAPORTES EN TU PROPIA HABITACIÓN MIENTRAS DORMÍAS, PASANDO POR PELEAS A PUÑETAZOS CON GILIPOLLAS BORRACHOS QUE INTENTABAN ROBARTE EL EQUIPO O LA ROPA DE LA FURGONETA, CADA DÍA ERA UNA PÁGINA EN BLANCO ESPERANDO A ESCRIBIRSE.

Ni sumido en lo más profundo de la frustración y el hambre pensé ni una sola vez en rendirme. ¿Qué iba a hacer si volvía? ¿Rogarle al jefe del almacén de muebles que me dejara retomar las jornadas de diez horas recubriendo sofás cama chillones con productos químicos tóxicos de 3M? ¿Afrontar toda una vida de tráfico paralizante en hora punta, contando los centros comerciales y los restaurantes de comida basura en cada esquina? Prefería quedarme en un diminuto piso español temblando en un charco de sudor por una gripe delirante mientras el sonido del bullicioso paseo de Las Ramblas de Barcelona resonaba en la calle; dormir en el frío escenario de un club nocturno de Liköping (Suecia) después del concierto mientras los paramédicos entraban como una exhalación para salvar a alguien que estaba muriendo de una sobredosis; ponerme a tocar en una casa de okupas en Italia en la que estaban quemando las sábanas después de un brote de sarna, o que alguien me avisara para que no me comiera la pasta

que había preparado un promotor que estaba intentando envenenarnos para vengarse por un inodoro roto.

Hasta la muerte, como dicen por ahí.

Pero tal vez fue la inestabilidad de esta vida la que hizo que Skeeter nos abandonara la primera vez. En la que sería mi última gira europea con Scream, en la primavera de 1990, por alguna razón decidió que no podía más y volvió a casa, dejándonos encallados en otro continente. Menos mal que teníamos a nuestro buen amigo Guy Pinhas, que se hizo cargo de algunos conciertos para que pudiéramos terminar la gira con el dinero suficiente para poder coger un vuelo de lista de espera con El Al Airlines, aunque empecé a pensar que a lo mejor Skeeter no le ponía tanta dedicación a la banda como hacíamos Pete, Franz y yo. Nosotros habríamos hecho cualquier cosa para evitar que el barco se hundiera.

Aunque ninguno de nosotros era irremplazable, la química entre los cuatro era innegable, y Skeeter y yo teníamos un cierto ritmo juntos, algo que me había enseñado años antes en uno de nuestros primeros ensayos y que echábamos mucho de menos cuando tocábamos con un bajista suplente. Yo era como un poni salvaje cuando me uní a los Scream. Tocaba lo más rápido y fuerte que podía, colocando rellenos de batería sin sentido al final de cada frase para impresionar a todo el que nos tuviera al alcance del oído. Un día, Skeeter me sentó, enrolló un porro enorme con el envoltorio de papel de un tampón que encontró en el baño y me hizo pillar tal subidón que apenas veía bien. «Vale, pues ahora vamos a tocar un *riff*, el mismo *riff* durante treinta minutos, y no vas a hacer ningún redoble», dijo. «Qué fácil», pensé. Me senté a la batería y él empezó a tocar su suave línea de bajo, en parte *reggae*, en parte Motown, y yo me uní con mucha seguridad. No habían pasado ni cuarenta y cinco segundos cuando sentí la necesidad de hacer un redoble de batería, pero él negó con la cabeza y seguí con el ritmo. Al cabo de un minuto volví a sentir la insaciable necesidad de hacer un redoble loco, casi como una forma de Tourette musical o como contener un estornudo, pero Skeeter volvió a limitarse a negar con la cabeza. En la práctica, lo que Skeeter estaba haciendo era domar al poni salvaje, enseñándome a respetar la simplicidad y el poder de un ritmo, y a abstenerme de fanfarronadas sin sentido. A los treinta minutos, era un batería completamente distinto. Puede que esta haya sido la lección musical más valiosa de mi vida, y siempre estaré en deuda con él por eso.

Los pocos bajistas que lo sustituyeron en las siguientes actuaciones eran grandes músicos, pero cuando Skeeter dijo que quería volver, resultaba difícil decirle que no, por más que nos preocupara que pudiese desaparecer de nuevo. En aquel momento parecía que las cosas nos iban mejor, porque acabábamos de grabar un nuevo lote de canciones que le habían llamado la atención a un compañero punk, que se había abierto camino en la industria musical y se había ofrecido a ayudarnos a encontrarle un hueco en un sello mucho más grande. Amigo de un amigo, y muy respetado en la escena punk como un hombre de gran integridad, nos ofreció un contrato que le permitiera enseñar la cinta y llegar a un acuerdo. Podría ser nuestra oportunidad, pensamos. Podría ser el billete que nos sacara de los callejones llenos de yonquis y los edificios con sarna de los okupas a los que nos habíamos acostumbrado con los años. Pero, por muy tentador que pareciera, en lugar de firmarlo sobre la marcha, decidimos tomarnos un tiempo para pensárnoslo bien antes de ponernos en manos de un completo desconocido.

No fue hasta meses después, un día sofocante que nos quedamos varados en el estacionamiento de un Denny's en Spokane tras haberse cancelado muchos conciertos por todo el país, cuando sacamos el contrato y lo leímos en la parte de atrás de la furgoneta, pensando que no teníamos nada que perder. Porque, a aquellas alturas, era verdad.

Se nos estaban cerrando todas las puertas y, por más fuerte que empujáramos, nada parecía suficiente. Sin nadie que nos asesorara legalmente, firmamos el contrato por pura desesperación, en un evidente acto de ingenuidad. Un acto cuyas consecuencias me perseguirían un año más tarde, cuando aquel «punk de gran integridad» me demandó, a mí, un joven de veintiún años, por haberme unido a Nirvana, básicamente alegando que él era mi dueño. Y esta fue, damas y caballeros, mi entrada en la industria de la música.

Al menos, aún teníamos la esperanza de Los Ángeles.

Los Ángeles siempre fue el punto culminante de las giras no solo por la evidente parafernalia que acompañaba a unos días en el paraíso, sino porque teníamos familia allí: Sabrina, la hermana de Pete y Franz. Sabrina era la mujer más divertida y guapa que te puedas imaginar, y había cambiado los somnolientos suburbios de Virginia por el *glamour* de Los Ángeles de finales de los ochenta. Cada vez que íbamos a la ciudad, nos quedábamos en su casa, y como una carabina de las películas de los ochenta, nos enseñaba los alrededores, desde las luces brillantes de Sunset Strip hasta el sitio en el que trabajaba: el Hollywood Tropicana.

Sabrina se dedicaba a la lucha libre en barro.

Para los que no estén familiarizados con este deporte bastante marginal, diré que es una lucha libre entre dos personas en un *ring* de barro, que tal vez no sea barro real, sino algo que se parece a espuma de carnaval con aceite de cocinar (no me lo preguntéis a mí, nunca he tenido el placer). No necesariamente aprobado por el comité olímpico (aún), consiste en un encuentro bastante informal, que suele ser entre una mujer en bikini y un empresario borracho que malgasta la parte del presupuesto de ocio que le corresponde de su empresa en que le dé una paliza una supermodelo de metro ochenta con un bañador fluorescente. Estas mujeres golpean alegremente a estos tipos, que suelen salir del *ring* agarrándose los genitales rotos y gritando de dolor mientras la multitud ruge con la ferocidad de los romanos en el Coliseo. Por muy difícil que les resultara a Pete y Franz ver entrar a su hermana pequeña en un cuadrilátero de barro con un perfecto desconocido, todos disfrutábamos de unas cuantas bebidas gratis y nos moríamos de la risa cuando, una por una, iban sacando de allí a sus víctimas. Y después de la despiadada masacre, volvíamos a la casa de Laurel Canyon que Sabrina compartía con otras cuantas luchadoras y lo celebrábamos durante toda la noche. «Suburbio» no es precisamente la palabra que se me viene a la mente.

Los Ángeles me fascinaba, casi tanto como los siglos de historia de

Europa, pero de una manera muy distinta. Todo parecía… increíble. Por mucho que Washington D. C. pueda considerarse una ciudad en transición, con unas dinámicas sociales que cambian drásticamente con cada administración, Los Ángeles parecía cambiar minuto a minuto. Como la estación de autobuses Greyhound más grande del mundo, la gente iba y venía por la puerta giratoria de la oportunidad y su fin, dejando la suciedad atrás para que los siguientes visitantes la cruzaran con la esperanza de ser la próxima gran novedad. Había una tristeza que parecía estar enmascarada por el exceso y la indulgencia excesiva, lo que hacía que las resacas fueran un poco más difíciles de llevar a la mañana siguiente, pero nada podía sacarte mejor de una resaca que despertarte en un saco de dormir en la casa de una luchadora de barro esperando que un miembro de la banda no te hubiera dejado tirado. Otra vez.

A las seis de la tarde seguíamos sin tener noticias de Skeeter, por lo que lamentablemente tuvimos que llamar y cancelar el concierto de aquella noche. La realidad empezó a imponerse: sin Skeeter no había concierto; sin concierto no había dinero; sin dinero no había comida, y sin gira no había forma de volver a casa, con lo que ya me imaginaba un mundo de pesadilla, al tener que pasar el resto de mi vida en la lúgubre desesperación de la ciudad más glamurosa de Estados Unidos, vagando entre la suciedad como su última víctima. Habíamos caído en innumerables agujeros a lo largo de los años, pero aquel parecía especialmente profundo.

Pasaron los días, y gracias a la ayuda de nuestras compañeras luchadoras, que llegaban todas las noches con los bolsillos llenos de billetes de un dólar y los vaciaban en grandes montones sobre la alfombra del salón, logramos sobrevivir como los vagabundos que éramos. La comida escaseaba y pronto empezamos a pasar hambre. A nuestro técnico, Barry el canadiense, le llegaban los cheques de la seguridad social, y los utilizaba para que no nos muriéramos de hambre, pero solo duraron un tiempo. Jamás he vuelto a usar la expresión «eso no vale una lata de alubias», porque recuerdo un día que encontré una lata de alubias en la cocina y realmente me salvó la puta vida. Era un momento difícil, pero como había tenido que hacerme a la vida en la carretera durante tantos años, intenté mantener la cabeza alta. No fue fácil.

Encontré un trabajo como alicatador en una cafetería de Costa Mesa, pero a medida que pasaba el tiempo se fue haciendo cada vez más evidente que no íbamos a poder volver a casa pronto. Al final, Barry regresó a Canadá, y era comprensible, porque se dio cuenta de que nuestra situación no tenía arreglo. Yo estaba empezando a perder

la esperanza y necesitaba algo, por pequeño que fuera, que me diera un poco de alivio y me rescatara de nuestro lento naufragio. El equipo estaba acumulando polvo en el garaje de la planta baja de la casa de Sabrina, pero, al cabo de una semana o así, me di cuenta de que había otra cosa acumulando polvo: una Honda Rebel de 250 centímetros cúbicos negra de 1985. Como una versión de Fisher-Price de una Harley-Davidson, era una máquina pequeña y gloriosa, solo un paso por encima de una motocicleta, pero perfecta para salir a dar vueltas por ahí. Como siempre había soñado con tener una moto (literalmente, un sueño recurrente a lo largo de mi vida), corrí escalera arriba y pregunté de quién era aquella estupenda minimoto. Resultó ser de una de las compañeras luchadoras de Sabrina, que dijo: «¡Claro, cógela! ¡Ponle gasolina y es toda tuya!».

POR FIN CALÓ MI BOTE SALVAVIDAS.

Sin permiso de conducir ni casco (el casco no era obligatorio entonces), esperé a que se pusiera el sol, llené el diminuto tanque de la Rebel y me dirigí hacia las colinas, evitando las carreteras principales por temor a que me detuvieran y, bueno…, porque no sabía conducir una puñetera moto. Dejé todos mis problemas detrás de la puerta del atestado salón y estuve vagando horas y horas por los alrededores de la casa de Laurel Canyon de Sabrina, deambulando por el sinuoso laberinto de las prósperas colinas de Hollywood Hills mientras veía las luces de la ciudad abajo y las maravillosas casas enclavadas entre los árboles arriba, soñando con vivir algún día entre tanto lujo. Estaba seguro de que en todas vivía alguna estrella de rock o de cine, o un productor o director que persiguió sus sueños y de algún modo logró triunfar, y me preguntaba cómo sería alcanzar el éxito, cómo sería vivir con tanta comodidad, cómo sería saber de dónde te llegaría el dinero para tu próxima comida. El abismo entre esta fantasía y mi realidad era tan grande que no valía la pena ni pararse a pensarlo. Así que me limité a conducir. Esa fue mi vía de escape. Mi rescate temporal. El bote salvavidas de un barco que se estaba hundiendo en la distancia. Y al tiempo que aceleraba en la noche, hice un balance de todo lo que me había llevado hasta allí, volviendo sobre mis pasos para tratar de planear el próximo. Noche tras noche seguí la misma rutina, para despertar al día siguiente en un saco de dormir tirado en el suelo del salón con los ojos hinchados por el polvo de las calles de Canyon y darme cuenta de que no era más que la mascota callejera de unas luchadoras de barro.

Y ENTONCES OÍ LAS CINCO PALABRAS QUE CAMBIARON MI VIDA PARA SIEMPRE: «¿HAS OÍDO HABLAR DE NIRVANA?».

Fue al teléfono; un viejo amigo que se había criado con los chicos

de Nirvana en la pequeña ciudad de Aberdeen, Washington, me llamó para decirme que estaban buscando a un batería. Según me contó, habían estado en uno de los conciertos de Scream de aquella desafortunada gira y les había impresionado mi forma de tocar, así que me dio su teléfono. Pues claro que había oído hablar de Nirvana. Su álbum debut, *Bleach*, era un hito en la escena *underground*, con su mezcla de *metal*, punk y melodía *beatlera* recogida en una obra maestra de once canciones que alcanzaría el récord de la música «alternativa» (y, casualmente, su producción había costado seiscientos seis dólares). Rápidamente se convirtió en uno de mis favoritos, aunque lo puse aparte de todos los demás discos de punk ruidosos de mi colección, porque tenía CANCIONES. Y la voz…, nadie tenía una voz así…

Al cabo de unos días de más frustración y hambre, decidí lanzar los dados y llamar al bajista de Nirvana, Krist, para preguntar sobre el tema del batería. Como no lo conocía, me presenté y le dije que un amigo común me había dado su número. Estuvimos charlando un rato, hasta que Krist me informó de que lamentablemente el puesto de batería ya estaba cubierto. Lo había ocupado un amigo del grupo, Dan Peters, de Mudhoney. Había valido la pena, pensé, y tampoco era el fin del mundo. Le di mi número de Los Ángeles a Krist y le dije que me avisara si pasaban por aquí alguna vez, ya que desgraciadamente parecía que esta «ciudad de ángeles» se estaba convirtiendo en mi residencia habitual.

Aquella misma noche sonó el teléfono. Era Krist. Según parece, se lo había pensado mejor. «A lo mejor podrías hablar con Kurt», me dijo. Aunque Danny Peters era un batería increíble, tenía un estilo muy diferente al mío, que transmitía una sensación más rudimentaria de los sesenta, mientras que mi dinámica neandertal y simplista parecía estar más en línea con Nirvana. Además, Krist y Kurt se sentían incómodos por sacar a Danny de Mudhoney, que era una de sus bandas favoritas de toda la vida. Por lo tanto, llamé inmediatamente a Kurt y pasamos un rato hablando de música. Así descubrimos que en cuanto a gustos musicales teníamos mucho en común, desde NWA hasta Neil Young, desde Black Flag hasta los Beatles, desde Cramps hasta Creedence Clearwater Revival, y pensamos que valdría la pena hacer una audición. «Bueno, si puedes venir, avísanos», terminó diciendo despreocupadamente con el acento que hoy conoce el mundo entero. Nos despedimos, y yo me quedé ante una de las decisiones más difíciles de mi vida.

Desde el día en que me uní a Scream, me sentí parte de una familia. Aunque era mucho más joven que Pete, Franz y Skeeter, ellos

siempre me trataron como a un igual y nos convertimos en los mejores amigos, unos amigos que pasaban casi todos los días juntos, hubiera gira o no. He pasado los años más importantes de mi formación con ellos, descubriendo la música, descubriendo el mundo y, por tanto, descubriéndome a mí mismo. Por eso, el seguir adelante, dejándolos atrás en un barco que se hundía, me dolió más de lo que nunca me había dolido nada, incluso más que despedirme de mi padre cuando me repudió por dejar el instituto. Siempre habíamos estado juntos en esto, uno para todos y todos para uno, y habíamos superado mucha mierda. Pero había un carácter definitivo en aquella nueva crisis que hizo que me cuestionara mi futuro. Así que, como siempre había hecho cuando me cuestionaba mi futuro, cuando necesitaba una voz sensata o unas palabras sabias, llamé a la única persona que jamás en la vida me había dado un mal consejo…

Mi madre.

En una llamada a cobro revertido desde el aparcamiento de una tienda de discos del condado de Orange, le expliqué mi dilema entre lágrimas, y ella lo comprendió perfectamente, porque en el fondo sentía lo mismo por Pete y Franz. Con el tiempo, nos habíamos convertido TODOS en una familia, y ella los consideraba mucho más que mis compañeros de banda; ellos eran mis hermanos. Nunca olvidaré el sonido de su voz cuando me dio el consejo que dirigiría mi vida en su dirección definitiva.

«David, sé que quieres mucho a tus amigos, pero a veces tienes que anteponer tus necesidades a las de los demás. Tienes que cuidar de ti.» Esto, dicho por una mujer cuya vida había sido exactamente lo contrario, me sorprendió muchísimo, pero como era la persona más sensata que conocía, colgué el teléfono y decidí seguir su consejo, independientemente de las consecuencias.

Metí la bolsa de lona, el saco de dormir y la batería en una caja de mudanzas y me fui a Seattle, una ciudad donde solo había estado una vez y en la que no conocía absolutamente a nadie, dejando atrás una vida para empezar otra. Tenía una sensación de pérdida que no había sentido jamás. Echaba de menos mi casa. Echaba de menos a mis amigos. Echaba de menos a mi familia. Estaba totalmente solo, de vuelta a la casilla de salida, recomenzando de nuevo. Pero todavía tenía empuje y, como nunca he sido de los que se rinden, tenía que seguir adelante. Al fin y al cabo, seguía siendo libre, y las aventuras seguían esperándome a la vuelta de la esquina.

Todavía sigo pasando por delante de aquel barco hundido de Laurel Canyon casi todos los días, y con el paso de los años se ha ido derrumbando lentamente por su propio peso, desapareciendo bajo la

superficie del tiempo. Pero los recuerdos y las lecciones que aprendí en aquella época aún perduran, y ahora tengo mi propio bote salvavidas para salir a dar una vuelta por la noche cada vez que necesito hacer balance, volver sobre mis pasos mientras trato de planificar el siguiente.

PORQUE CADA DÍA SIGUE SIENDO UNA PÁGINA EN BLANCO ESPERANDO A ESCRIBIRSE.

ALGO PARA SIEMPRE

«¿Te importa que paremos un momento? Es la primera vez que hago un tatuaje tribal.»

Créeme, esto no es lo que te gustaría que te dijera un hombre que te está perforando la piel con una aguja llena de tinta negra mil veces por segundo mientras tú intentas aguantar el dolor de ser marcado permanentemente sin gritar como un recién nacido. Pero las gotas de sudor que le caían por la frente y los ojos enrojecidos no eran buena señal, así que, tras una rápida y dolorosa limpieza con un pañuelo de papel, me levanté de la silla y salí a fumarme un cigarro. El intrincado dibujo que había diseñado personalmente (basándome en el logotipo de los «tres círculos» de John Bonham) tenía que ser nítido, con líneas seguras y uniformes, y círculos perfectamente entrelazados, de manera que el conjunto me envolviera la muñeca derecha como un amenazador brazalete celta. No era una tarea fácil, ni siquiera para un profesional con tanta experiencia, y su cansancio y frustración no eran muy tranquilizadores. Pero tenía que salir bien, y ya no había vuelta atrás.

DESPUÉS DE TODO, ERA ALGO PARA SIEMPRE.

Era el otoño de 1990, estábamos en Olympia (Washington) y acababa de recibir mi primer cheque como miembro de Nirvana: la friolera de cuatrocientos dólares, que era mucho más de lo que me habían pagado jamás. Este anticipo que tanto necesitábamos llegó de manos de la discográfica Gold Mountain, en un momento en el que los mayores sellos se habían declarado una guerra total por Nirvana y, sin embargo, Kurt y yo nos estábamos muriendo literalmente de hambre y viviendo en la más completa miseria. Irónicamente ubicado frente a la sede de la lotería de Washington, nuestro piso del 114 de la calle Pear era la parte trasera de una casa de 1914 en ruinas, y constaba de una habitación, un baño, un pequeño salón y una cocina del tamaño de un

escobero. Desde luego, no era Versalles. Describirlo como algo «inmundo» ni siquiera da una somera idea de la cochambre que era por dentro. Hacía que el Chelsea Hotel pareciera un Four Seasons. El cuarto de baño de Whitney Houston estaba ordenado a su lado. Aquello eran más bien los restos de una caravana después de un tornado de ceniceros y revistas. La mayoría de la gente no se atrevería a meter los pies en un agujero tan desastroso, pero era nuestra humilde morada, y lo llamábamos casa. Kurt ocupaba el dormitorio, mientras que yo dormía en mi saco de dormir, que ponía en un viejo sofá marrón lleno de quemaduras de cigarrillos que se quedaba muy corto para mi metro ochenta y tres. Al lado del sofá había una mesa vieja en la que Kurt tenía una tortuga en un terrario pútrido. Kurt era un verdadero amante de los animales y tenía un aprecio intrigante y tal vez metafórico por las tortugas, porque los caparazones, lo que más las protege, son en realidad bastante sensibles. «Es como tener la espina dorsal fuera del cuerpo», me dijo una vez. Pero, por muy bonito y anatómicamente poético que pueda parecer, a mí no me aportaba nada, porque el dichoso reptil se pasaba las noches dándole golpes al cristal con la cabeza durante horas y horas, intentando escapar de nuestra guarida de inmundicia. No puedo culpar a la pobre criatura por ello. Muchas veces yo sentía lo mismo.

En aquella época aprendí a sobrevivir con las tres salchichas empanadas por noventa y nueve centavos de la gasolinera Ampm, que estaba al otro lado de la calle. El truco era comerme una para desayunar (a mediodía) y reservar las otras dos para cenar después de los ensayos, agarrándome a eso hasta que las punzadas de hambre aparecieran de nuevo y tuviera que volver a presentarme vergonzosamente ante las luces fluorescentes de la tienda con otro billete de dólar arrugado en la mano. (Todavía me estremezco al ver una salchicha ensartada en un pincho de madera.) Por pura supervivencia, aquello era suficiente para mantener funcionando mi metabolismo de veintiún años, aunque por desgracia careciera de todo tipo de aporte nutricional. Esta dieta malsana, sumada a mi afición de tocar la batería cinco noches por semana con cada fibra de mi escuálido ser, me redujo a la viva imagen de una marioneta delgaducha incapaz de rellenar la ropa vieja y sucia que guardaba en una bolsa de lona en el suelo en una esquina del salón. Aquello era más que suficiente para hacer que cualquiera volviese a la comodidad de la comida casera de su madre con el rabo entre las piernas, pero yo estaba a cuatro mil quinientos kilómetros de Springfield (Virginia). Y era libre.

«Ojalá hubiera sabido lo que sé ahora cuando era joven», cantó Ronnie Wood en el éxito de 1973 de los Faces, «Ooh La La»; Ronnie, si tú supieras…, nunca se ha dicho nada tan cierto. ¡Aquel anticipo de cuatrocientos dólares era mucho más de lo que había visto en toda mi vida! ¡Me sentía como un puto Warren Buffett! Como hijo de una maestra de un colegio público del condado de Fairfax, mi infancia fue de todo menos lujosa, y aprendí a vivir bien dentro de mis posibilidades, trabajando para llegar a fin de mes lo mejor que podía y encontrando la felicidad en las cosas más sencillas de la vida: la música, los amigos y la familia. Nunca había ganado tanto cortando el césped, pintando casas, cargando muebles para camiones de reparto ni ocupándome de la caja en una Tower Records del centro de Washington D. C. Aquel era mi gran momento. Por fin había ganado el premio gordo, pero en vez de ahorrar aquella inmensa recompensa y utilizarlo para asegurarme la supervivencia (¡imagínate la montaña de salchichas empanadas!), hice lo que casi todos los jóvenes músicos hacen con su primer cheque: me lo gasté en chorradas.

Al mirar atrás, ahora entiendo por qué me fui directamente a los grandes almacenes Fred Meyer a comprar una pistola de aire comprimido y una consola Nintendo. Me estaba entregando a los lujos de la niñez con los que siempre había soñado. No es que fuera un niño infeliz o con carencias, pero cualquier dinero que sobrara en casa se

ahorraba para cosas más prácticas, como unos zapatos nuevos o un abrigo (una vez tuve una minimoto de cincuenta dólares, pero esa es otra historia). Mi inagotable madre compaginaba muchos trabajos para llegar a fin de mes: profesora durante el día; empleada de unos grandes almacenes por la noche, y tasadora para una empresa de limpieza de alfombras, Servpro, los fines de semana. Como madre soltera con dos bocas que alimentar, hacía todo lo que podía para que creciéramos sanos y felices, y lo éramos. Y como una auténtica altruista en todos los sentidos de la palabra, me crio enseñándome a necesitar muy poco y a dar mucho. Su ética del trabajo está profundamente arraigada en mí y, sin duda, tengo que agradecerle el haber llegado hasta donde estoy hoy. La persistente sensación de que tengo que ser productivo, que me mantiene tanto tiempo despierto por la noche y me despierta por la mañana, está directamente relacionada con las largas noches que ella se pasaba corrigiendo exámenes en el escritorio del salón bajo la luz de una lámpara vieja, para luego levantarse antes que el sol y asegurarse de que mi hermana y yo saliéramos por la puerta bañados, vestidos y desayunados. Desde luego, mi trabajo no se puede comparar con la carrera de un maestro, pero gracias a ella entiendo la importancia de trabajar al máximo. Así que, ¿cuatrocientos dólares por tocar un rock and roll ruidoso y disonante? ¡Dinero gratis!

Muy pronto empezamos a pasar las tardes en Olympia disparando a cartones de huevos en el patio trasero de la vieja casa y jugando a Super Mario World hasta el amanecer (puede que algún tiro llegara al edificio de la lotería en nombre de la revolución). Nuestra escuálida cueva de inmundicia se convirtió en un centro recreativo de adolescentes del infierno. Para mí, aquello sí que era Versalles. Sin embargo, como no tenía sentido de la previsión ni consideración con los gastos, el dinero fue menguando rápidamente hasta que solo me quedó lo suficiente para el último y ridículo capricho: un tatuaje. Pero no era el primero, que conste. El primero fue uno que me hice yo solo con una aguja de coser, un poco de hilo y un bote de tinta negra con catorce años. Después de ver la cruda escena de tatuajes caseros de la obra maestra del cine *Yo, Cristina F.*, de Uli Edel, decidí adornarme el brazo izquierdo —siguiendo su mismo estilo casero— con el logo de la que entonces era mi banda favorita, Black Flag. Tras reunir todo lo necesario rebuscando por los cajones de casa, esperé a que todos estuvieran dormidos, monté un salón de tatuaje en mi cuarto y comencé mi nefasta operación. Como en la película, esterilicé la aguja de coser con el fuego de una vela, envolví el hilo alrededor de la punta con mucho cuidado y lo sumergí en el bote de tinta, viendo

como las fibras absorbían el denso líquido negro. Y, con mano firme, empecé. Pinché. Pinché. Pinché. Pinché. Los pinchazos de la aguja en la piel me provocaban escalofríos en la espalda, una y otra vez, y de vez en cuando me paraba para limpiar el exceso de pigmento borroso y examinar los daños. No era Kat Von D, pero seguí adelante, clavando la aguja con tanta profundidad como me permitía mi umbral de dolor para estar seguro de que aquella imagen tan significativa no se borrara jamás. Si conoces el icónico logotipo de Black Flag, sabrás que se trata de cuatro barras negras, verticales y gruesas, colocadas en una sucesión escalonada. Una tarea difícil para un niño con el estuche de costura que su madre raras veces usa. De algún modo me las arreglé para hacerme tres de las cuatro barras antes de mandarlo todo a la mierda y dejarlo tal cual. No era lo que me esperaba, pero me sentí orgulloso. Era algo para siempre.

Con el paso de los años he reunido una gran colección de recuerdos por todo el cuerpo. Una pequeña marca por aquí, una pequeña marca por allá, hasta que por fin tuve la suerte de que me tatuara legítimamente un artista italiano, Andrea Ganora, que vivía en un legendario edificio de okupas de Ámsterdam que se conocía como Van Hall. A finales de 1987, un pequeño grupo de punks de toda Europa tomaron y ocuparon una antigua fábrica de dos plantas. Había holandeses, alemanes, italianos… Era una comunidad de amigos muy unida que convirtió el frío y cavernoso edificio en su hogar, reservando en la planta baja una zona dedicada a la música en vivo (donde casualmente hice mi primer disco en vivo, *SCREAM Live! at Van Hall*, en 1988). Cuando tenía dieciocho años, sirvió de base de operaciones para los Scream. Andrea era el tatuador residente, y la mayoría de los ocupantes de Van Hall lucían orgullosamente su trabajo. Era un verdadero artista, pero en lugar del ambiente estéril de los establecimientos de tatuaje autorizados, Andrea trabajaba en su dormitorio con una vieja máquina de timbrar. Nos fumamos un porro tras otro escuchando música punk y *metal* al tiempo que nuestras risas y el zumbido de la máquina llenaban la habitación. Todavía recuerdo vívidamente la emoción de aquel tatuaje, el primero «de verdad», y me acuerdo de su marcado acento italiano y del dulce olor del hachís cada vez que veo en el espejo el regalo que me hizo aquella noche. Treinta y tres años después, su color no se ha desvanecido.

En poco tiempo, mi luna de miel al estilo de *Lifestyles of the Rich and Famous* en Pear Street terminó y volví al racionamiento de las salchichas y a maldecir el incesante golpeteo de la tortuga noche tras noche, con la cabeza enterrada entre los cojines sucios del sofá. Aprendí la lección. La estación se hizo más sombría y la nostalgia, más

profunda. Había dejado atrás a mis amigos, mi familia y mi querida Virginia por… esto. El riguroso invierno del noroeste del Pacífico y la falta de luz agudizaron la tristeza que acechaba en las sombras, pero todavía tenía una cosa que me impedía volver a casa: la música. Por muy disfuncional que pudiera ser Nirvana a veces, teníamos un enfoque tácito cada vez que nuestros instrumentos y amplificadores comenzaban a sonar. QUERÍAMOS SER GRANDES. O, como Kurt le dijo una vez al titán de la industria musical Donnie Ienner cuando este trataba de llegar a un acuerdo con él en su oficina de un rascacielos de la ciudad de Nueva York, «¡queremos ser la banda más grande mundo!» (pensé que estaba bromeando). Ensayábamos en una especie de almacén convertido en estudio de grabación a treinta minutos al norte de Olympia, en las afueras de Tacoma. Era poco más que un sótano viejo y húmedo, pero tenía calefacción y un pequeño sistema de sonido (por no mencionar las alfombras de pelo largo, de aspecto bastante dudoso), de forma que cubría nuestras necesidades. Kurt y yo recorríamos aquel trayecto con entusiasmo cinco días a la semana en un Datsun B210 —que de algún modo le había regalado una anciana —, con el que apenas lográbamos llegar a la Interestatal 5 sin que se le cayeran las ruedas (una se cayó una vez, dejando un montón de tuercas esparcidas por el camino de grava en la oscuridad). La música era lo único que me hacía olvidar las carencias de la nueva vida que había elegido, lo único que hacía que todo valiera la pena. Cada ensayo comenzaba con una «sesión de ruido», que era una especie de ejercicio de improvisación sobre dinámica, lo que perfeccionaba nuestro instinto colectivo y hacía que no fuera necesario verbalizar los arreglos de la estructura de la canción, que simplemente fluía, más o menos como las hipnóticas fluctuaciones de una bandada de estorninos sobre el campo en invierno. Este método fue fundamental para la dinámica silenciosa/ruidosa que nos hizo famosos, aunque realmente no la inventamos nosotros. El mérito es de nuestros héroes, los Pixies, de los que recibimos una enorme influencia al adoptar sus sencillas características en un buen puñado de canciones: versos sencillos y ajustados que explotan en gigantescas oleadas de gritos, una yuxtaposición sonora con resultados feroces, como en «Smells Like Teen Spirit».

Cuando el largo invierno se tornó primavera, nos pasamos muchísimas horas en aquel estudio casero preparando canciones para lo que llegaría a ser el álbum que ahora se conoce como *Nevermind*. A diferencia de las bandas con las que había estado hasta entonces, Nirvana no solía dar conciertos, por temor a quemar la audiencia local, por lo que casi todas nuestras energías se concentraban en estar

listos para grabar cuando nos decidiéramos por un sello y un productor. Kurt era muy prolífico, capaz de presentarse con una idea nueva casi todas las semanas, y eso hacía que siempre tuviéramos la impresión de estar avanzando, de no quedarnos nunca atascados o estancados creativamente. Por la noche, cuando cerraba la puerta de su cuarto, yo me quedaba oyendo el rasgueo de una guitarra en su habitación mientras esperaba a que apagara la luz desde la comodidad de mi viejo y sucio sofá. Todos los días estaba deseando saber si tenía algo nuevo cuando llegábamos al estudio y conectábamos todo para los ensayos. Ya fuera escribiendo canciones o sus (ahora conocidos) diarios, su necesidad de crear era asombrosa, aunque prácticamente lo llevaba en secreto. Sus canciones se te acercaban sigilosamente, te pillaban por sorpresa. Nunca iban precedidas de un «¡eh, he escrito algo genial!». Simplemente… aparecían.

Cuando me uní a Nirvana en septiembre de 1990, la banda ya había grabado un nuevo lote de canciones con su anterior batería, Chad Channing, que estaban destinadas a formar parte de su siguiente lanzamiento con Sub Pop. Algunas canciones, como «In Bloom», «Imodium» (que se convertiría en «Breed»), «Lithium» y «Polly», ya se habían grabado a principios de año con un joven y prometedor productor de Madison (Wisconsin) llamado Butch Vig. Como prueba de la habilidad y constante evolución compositora de Kurt, estas canciones tenían un nuevo y más maduro sentido de la melodía y la lírica, con lo que superaban el material anterior y pronosticaban un gran futuro. En pocas palabras, Nirvana se estaba convirtiendo en Nirvana. Junto con el sonido *megarrock* de Butch, este álbum fue el responsable de la mayor parte del «alboroto» de la industria alrededor de la banda, que con el tiempo llegó a despertar un inmenso interés. Entre estas canciones, la mayoría de las bandas no habría sabido cuáles elegir, y, sin embargo, Kurt no paraba de componer, con lo que seguían saliendo nuevas canciones continuamente. «Come As You Are», «Drain You», «On a Plain», «Territorial Pissings» y, por supuesto, «Smells Like Teen Spirit». Normalmente empezaban con un *riff* de Kurt, y Krist Novoselic y yo lo seguíamos con nuestra practicada intuición, que servía como sala de máquinas para su atronadora visión. ¡Joder, mi trabajo era muy fácil! Siempre sabía cuándo tenía que entrar al ver como la sucia zapatilla Converse de Kurt se estaba acercando al pedal de distorsión y, justo antes de que lo pisara, yo explotaba en un redoble simple con todas mis fuerzas, como la mecha que se quema rápidamente hacia una bomba que señala el cambio. La siguiente erupción solía provocarme escalofríos, ya que el innegable poder del grupo se estaba haciendo demasiado grande para un espacio

tan diminuto. ESTAS CANCIONES NO SEGUIRÍAN SIENDO NUESTRO SECRETO DURANTE MUCHO TIEMPO. Muy pronto se acercarían sigilosamente a todos y pillarían al mundo por sorpresa.

La decisión de firmar con la David Geffen Company fue una obviedad. Siguiendo los pasos de los legendarios héroes del ruido de Nueva York, Sonic Youth, contratamos a su representante, John Silva, y confiamos en que cualquier discográfica importante que hubiera sido lo bastante valiente como para respaldar la marca experimental *no wave* de Sonic Youth fuera una apuesta segura para una banda como la nuestra. La última pieza del rompecabezas era encontrar a un productor que les hiciera justicia a las nuevas canciones, alguien que pudiera llevarlas al siguiente nivel, pero manteniendo la energía bruta que llenaba nuestro pequeño local de ensayos noche tras noche. Pensamos en David Briggs, del famoso Neil Young, ya que siempre nos había gustado su trabajo, y la capacidad de David de capturar la esencia bruta e imperfecta de la interpretación humana estaba muy en línea con nuestro sonido irregular. También pensamos en Don Dixon, que había producido muchos de nuestros discos favoritos de REM y los Smithereens, y su catálogo de álbumes conceptuales demostraba una innegable atención a la composición, los detalles y los arreglos. Era perfecto para las melodías y las letras en continua evolución de Kurt. Pero al final nos decidimos por Butch Vig. En primer lugar, porque no hay nadie con un trato más agradable. Decir que es «tranquilo» ni siquiera da una somera idea de su comportamiento zen del Medio Oeste. Es espectacular. Cómo se las arregla para multiplicar cada elemento musical por diez sin que parezca que cuesta trabajo es algo que no puedo entender, pero si la magia que capturó en Smart Studios en su primera sesión de Nirvana era indicativa, estábamos camino de hacer algo que iría mucho más allá de todas las expectativas, incluida la nuestra.

Con la ayuda de nuestro nuevo socio, John Silva, y la maravillosa gente de DGC, empezamos el proceso de reservar una sesión de grabación. En aquel momento, Butch estaba trabajando en un álbum con una banda joven de Chicago, los Smashing Pumpkins, así que, mientras esperábamos a que estuviera disponible, seguíamos yendo al almacén día tras día para tocar toda nuestra colección de material y estar lo mejor preparados posible para cuando nos llamaran. No teníamos tiempo (ni dinero) como para perderlo en el estudio, tal vez unos doce días, así que era importante que esas canciones se grabaran rápido. Quiero decir, afrontémoslo, no estábamos grabando un álbum de Genesis. Y para capturar toda la energía de la banda en una sola toma teníamos que sentar cabeza. Así que eso hicimos. Por muy

frustrante que resultara esperar —más salchichas, más noches en el sofá con la maldita tortuga—, ahora veíamos luz al final del túnel.

Luego llegó el momento de centrarse en la elección del estudio, que, aunque no sea el elemento más importante, es sin duda un factor decisivo para el resultado de cualquier álbum. Los estudios de grabación son como los amantes. No hay dos iguales y ninguno es perfecto. Algunos no te gustan y otros no deberían gustarte. El truco está en encontrar uno que te saque de ti mismo. Seattle tenía muchos estudios buenísimos, por supuesto, pero se hablaba de uno de Van Nuys (California) que tenía una sala de batería increíble, una consola de grabación clásica y (lo más importante) era muy barato: Sound City. Famoso por décadas de álbumes legendarios, parecía perfecto con su áspera y sensata estética analógica; por no mencionar que estaba cerca de la sede de Geffen en Hollywood, y estoy bastante seguro de que quería vigilarnos para asegurarse de que no estábamos haciendo otra gran estafa del rock and roll, al estilo de los Sex Pistols (lo que realmente consideramos en un momento dado). No puedo culparlos, la verdad. El factor riesgo fue quizá un poco más alto que con nuestros compañeros de sello Edie Brickell & New Bohemians, pero ellos no sabían que íbamos tan en serio.

Una vez fijadas las fechas (del 2 al 19 de mayo), comenzamos los preparativos finales para nuestro camino de mil seiscientos kilómetros a Los Ángeles. Tras hacer unos cuantos ensayos más y grabar con nuestro equipo portátil un puñado de ideas para nuevas canciones, ya estábamos listos para salir. Bueno, casi. Necesitábamos dinero para la gasolina. Así pues, reservamos un concierto de último minuto en un club del centro de Seattle, OK Hotel, con la esperanza de sacar dinero suficiente para llenar el tanque y llegar a Sound City sin quedarnos tirados en el arcén. Era el 17 de abril de 1991 y, por suerte, la pequeña sala estaba llena de chicos sudorosos esperando para escuchar sus canciones favoritas de Nirvana. «School», «Negative Creep», «About a Girl», «Floyd the Barber»… Los acérrimos fans del primer álbum de Nirvana, *Bleach*, conocían bien todas estas canciones, así que nos entregamos con nuestro habitual abandono frenético, llevando nuestros instrumentos hasta el borde de sus vidas mientras ellos nos acompañaban palabra por palabra. Como todos los demás conciertos que toqué con Nirvana, era algo transcendente. Pero, en lugar de limitarnos a las canciones que ya conocían, aquella noche decidimos probar una nueva canción que nadie en aquella sala había oído jamás, una canción que habíamos compuesto aquel invierno en el frío almacén de Tacoma. Kurt se acercó al micrófono y anunció: «Esta canción se llama “Smells Like Teen Spirit”».

Silencio.

En cuanto Kurt lanzó el *riff* y Krist y yo nos unimos, la sala explotó. Cuerpos saltando unos encima de otros, un mar de vaqueros y franela sudada ante nosotros. Tranquilizador, por decir algo, y mucho más de lo que esperábamos (aunque la esperanza la teníamos, claro). NO ERA UNA CANCIÓN CUALQUIERA. Esto era otra cosa. Y tal vez, solo tal vez, todos aquellos meses pasando hambre, muerto de frío, echando de menos a los amigos y la familia de Virginia, y aguantando el invierno opresivo y gris del noroeste del Pacífico en aquel piso enano y asqueroso, habían sido una prueba para medir mis fuerzas y perseverancia, con la música como único consuelo y recompensa. Quizá aquello fuera suficiente. Quizá aquel mar de vaqueros y franela sudada al borde del escenario era todo lo que necesitaba para sobrevivir. Si todo hubiera terminado ahí, tal vez habría vuelto felizmente a Virginia convertido en un hombre distinto.

Mientras Kurt y yo cargábamos el viejo Datsun para el viaje a Los Ángeles, en lo más hondo de mí sabía que no volvería. Con mi bolsa de lona al hombro, observé por última vez lo que durante siete meses había llamado casa, intentando grabar en la memoria cada uno de sus detalles para no olvidar jamás lo que aquel sitio había significado en mi vida. Porque todo lo que siguiera se había construido allí. Y, mientras cerraba la puerta, el corazón me volvió a arder con esa sensación definitiva, como la aguja que se clava en la piel y te deja el recuerdo de unos momentos que nunca se desvanecerán. Una pequeña marca por aquí, una pequeña marca por allá, recuerdos permanentes de momentos del pasado.

DESPUÉS DE TODO, ES ALGO PARA SIEMPRE.

ESTÁBAMOS RODEADOS Y NO HABÍA ESCAPATORIA

ESTÁBAMOS RODEADOS Y NO HABÍA ESCAPATORIA.

Con mirada aterrorizada, nuestro mánager de gira y técnico de sonido, Monty Lee Wilkes, asomó la cabeza sudorosa por la puerta del camerino y, hecho un manojo de nervios, exclamó: «Hay un montón de tíos ahí fuera que quieren mataros, así que cerrad la puerta y quedaos aquí hasta que vuelva. Abridme cuando oigáis mis golpes en la puerta y os llevaré a un taxi que os estará esperando en el callejón».

Bienvenido al otoño de 1991.

El club nocturno Trees, del distrito Deep Ellum del centro de Dallas (Texas), no era más que otra parada en la etapa norteamericana de nuestra gira Nevermind, que consistía en una serie de treinta conciertos agotadores en solo cuarenta días. Con capacidad para unas seiscientas personas, este club, relativamente nuevo, era parecido a casi todos los demás locales que habíamos reservado para la gira: estrecho, con un escenario bajo, un sistema de luces y sonido limitado, y un pequeño camerino en la parte de atrás donde pudiéramos prepararnos y recuperarnos de otro espectáculo catártico. Por pequeño que el Trees nos pueda parecer ahora, en realidad era uno de los espacios más grandes que habíamos reservado para aquella gira, ya que nosotros estábamos acostumbrados a sitios mucho más pequeños, como el Moon de New Haven (Connecticut), donde tan solo unas semanas antes habíamos apiñado a cien personas en una diminuta sala de techo bajo, o el J. C. Dobbs de Filadelfia, donde vendimos ciento veinticinco entradas unos días después, o incluso el 9:30 Club del D. C., donde sin duda superamos su capacidad oficial de ciento noventa y nueve personas unos cuantos días después. Acostumbrados a los garitos sudorosos de los sábados por la noche, estos clubes apretados eran la normalidad para Nirvana, por lo que el repentino salto a espacios mucho más grandes, capaces de albergar de seiscientas a mil

personas, como el Masquerade de Atlanta, el St. Andrews de Detroit y ahora el Trees de Dallas, era como meterse en los calzones de André el Gigante: un pelín espaciosos alrededor de las partes sensibles.

En nuestra furgoneta recién alquilada, que tenía un remolque en el que llevábamos nuestro equipo, la banda y tres miembros de la gira nos pasamos casi todos los días conduciendo, leyendo, escuchando música e intentando echar una cabezada en nuestros apretujados asientos, totalmente agotados por el concierto de la noche anterior. Por suerte, esta vez teníamos habitaciones de hotel por el camino. Menos mal. Aquello era un paso de gigante desde los días de Scream, cuando dormíamos en la furgoneta, hacinados en la casa de alguien que habíamos conocido en el concierto o a veces en los sacos de dormir, tirados en el suelo empapado de cerveza en el que acabábamos de tocar (sí, me he acurrucado muchas veces junto a la batería). También ganábamos bastante más. ¡El doble, en realidad! El cambio de los siete dólares con cincuenta al día a los quince dólares de Nirvana me hizo sentir más rico que en mis sueños más locos. No es que fuera suficiente para el anticipo de una casa en los Hamptons todavía, pero por fin había pasado del tabaco genérico a los Marlboro de verdad, y eso me hizo sentir como un puto rey. Con veintidós años, por fin había alcanzado un ansiado hito en mi vida: viajar cómodamente por el mundo con una banda que iba dando concierto tras concierto con excelentes críticas y ganando popularidad a toda velocidad. Aunque tal vez demasiada.

Nevermind de Nirvana se lanzó el 24 de septiembre de 1991, solo unos días después del primer concierto de la gira, y en tan solo una

semana ya noté un cambio. No solo en el tamaño de la multitud que atraíamos a los conciertos, sino en el tipo de multitud. Ya no estaba formada por seguidores del Sub Pop y adictos a las radios universitarias que venían a escuchar sus canciones favoritas del primer disco de la banda, *Bleach*, sino que de pronto hubo una afluencia de personas que parecían un poco más… convencionales. Al habitual uniforme de franela de Salvation Army y Dr. Martens se sumaron los vaqueros de marca y las camisetas de deporte, más al estilo de como se vestían los niños con los que me crie en Springfield. El sencillo «Smells Like Teen Spirit», que se lanzó dos semanas antes que el álbum, se abrió rápidamente camino más allá de nuestro territorio natal y fue a dar con una audiencia mucho más amplia, lo que hizo que cada vez más gente quisiera venir a ver de qué iba todo esto. La audiencia estaba aumentando a marchas forzadas. Muchas veces había más gente fuera que dentro del local. EL SECRETO HABÍA SALIDO A LA LUZ.

Como portavoz en el discurso de apertura del festival South by Southwest de 2013 abordé este dilema ético:

> *¿Adónde vas desde ahí? Como artista que se ha criado en el éticamente sofocante punk* rock underground*, en el que tienes que rechazar la conformidad y resistirte a toda influencia y expectativa corporativa, ¿adónde vas? ¿Cómo lidias con ese tipo de éxito? ¿Cómo defines el éxito ahora? ¿Sigue siendo el sentirte bien por tocar una canción de principio a fin sin cometer ningún error? ¿Sigue siendo encontrar ese nuevo acorde o escala que te hace olvidar todos tus problemas? ¿Cómo afrontas el pasar de ser uno de «nosotros» a ser uno de «ellos»?*

Sentí un cierto tira y afloja en mi interior. De pequeño descubrí el rock and roll en la radio AM del coche de mi madre, cantando con los *top* 40 de la década de los setenta, pero ahora tenía que enfrentarme a la idea de ser uno de ellos. Todos aquellos años de punk, renunciando a la corriente principal y gritándole que se había «vendido» a cualquier banda que diera un mínimo paso hacia el éxito convencional, habían hecho de mi corazón amante de la música un bulto confuso y calloso que llevaba en un pecho cínico. Me había convertido en un hombre hastiado y crítico, a menudo sin saber qué debía «gustar» o «no gustar» en función de las reglas de la cultura de la escena punk (sí, había reglas, por muy ridículo que pueda parecer para una cultura que defendía la libertad expresiva). Pero, por otra parte, también me alegraba el hecho de que cada vez más personas

compartieran conmigo la música que amaba y que tanto me enorgullecía componer y tocar. Era un dilema ético, un dilema que resultaría ser tan inspirador como destructivo para la banda.

A Kurt le resultaba mucho más difícil que a mí. El mismo chico que había exclamado «¡queremos ser la banda más grande mundo!» en las oficinas de un rascacielos de Nueva York ante el ejecutivo de una discográfica tenía que afrontar la aterradora idea de que se estuviera haciendo realidad. Desde luego, nunca habíamos esperado que el mundo cambiara para nosotros (porque nosotros no íbamos a cambiar para él), pero cada día nos daba más la impresión de que eso era precisamente lo que estaba pasando. Y era abrumador. Hasta los más estables pueden desmoronarse bajo una presión como esta.

Un problema era que estábamos atrayendo a las mismas personas que solían patearnos el culo en el instituto por ser diferentes, los que nos llamaban «maricones» por cómo vestíamos y la música que oíamos. Nuestra base de fans estaba cambiando, y ahora incluía a machos homófobos del tipo *monster truck* y deportistas universitarios cabezas huecas cuyos mundos giraban en torno a la cerveza y el fútbol. Nosotros siempre habíamos sido los marginados. Siempre habíamos sido los bichos raros. Entonces, ¿cómo podrían convertirse en uno de nosotros?

Y luego salió el videoclip.

El 29 de septiembre, solo unos días antes del lanzamiento del álbum, el videoclip de «Smells Like Teen Spirit» se estrenó en *120 Minutes* de la MTV. Este programa nocturno dedicado a la música alternativa se consideraba el trampolín de muchas bandas *underground*, y emitió la música de algunos de nuestros héroes, como los Pixies, Sonic Youth, Dinosaur Jr. y Hüsker Dü. Para una banda como nosotros, el que nos incluyeran en unos rangos tan altos era increíble. Era un punto de inflexión, no solo desde un punto de vista personal, sino también profesional, y mentiría si dijera que no estábamos encantados. Una noche que teníamos libre entre los conciertos de Nueva York y Pittsburgh, nos sentamos todos en las habitaciones del hotel para ver la primera emisión del videoclip. Kurt y yo compartíamos habitación en aquella gira, y me acuerdo de que estábamos tumbados uno al lado del otro en nuestras camas gemelas con el televisor encendido, viendo los vídeos de Morrissey, Wonder Stuff y Transvision Vamp durante lo que nos pareció una eternidad, al tiempo que la expectación se hacía más y más dolorosa conforme los segundos iban pasando. Los Damned, Red Hot Chili Peppers, Nine Inch Nails, videoclip tras videoclip, hasta que… ¡ahí estábamos! Lo primero era un breve vídeo promocional que habíamos rodado entre

bastidores en el Reading Festival de Inglaterra un mes antes, donde exclamamos sin mucha soltura: «¡Estás viendo *120 Minutes*!» desde la carpa de *catering*, mientras Kurt llevaba el brazo en cabestrillo por haberse zambullido como loco en mi batería aquel día. En ese momento grité en la rígida cama Best Western, al tiempo que me asaltaba una sensación de euforia y la impresión de estar teniendo un viaje con demasiado ácido (que no se excluyen mutuamente). «¡Joder! —pensé—. ¿Así es como nos ven?» Y después, sin más preámbulos, aquellos acordes que nos eran tan familiares y que una vez resonaron en nuestro pequeño y sombrío estudio de Tacoma salieron por los diminutos altavoces del televisor Magnavoz de la cómoda. Estaba pasando. Me estaba viendo en la MTV. Ni Michael Jackson ni los Cars. Ni Madonna ni Bruce Springsteen. No. Éramos Krist, Kurt y yo tocando una canción que compusimos en un puto almacén. Los relojes derretidos de Dalí no eran nada comparado con un momento tan surrealista.

Levantamos eufóricos el teléfono que había junto a la cama y llamamos de habitación en habitación gritando: «¡Lo están echando! ¡Lo están echando ahora mismo!», como niños en una fiesta de pijamas, mientras el pobre operador del hotel pinchaba de un lado a otro, con todas las líneas comunicando. En parte incredulidad, en parte celebración, en parte conmoción…, fue un momento que nunca olvidaré. Desde la sucia alfombra marrón hasta los muebles de madera astillada, si cierro los ojos todavía recuerdo vívidamente cada detalle, porque aquello fue algo que no solo cambió mi vida, sino el mundo de la música de aquella época.

Creo que fue ese videoclip lo que provocó el tsunami que no tardaría en llegar. Inspirado en el largometraje *En el abismo* de 1979, de Jonathan Kaplan, protagonizado por Matt Dillon, el videoclip de «Teen Spirit» era un oscuro retrato de la rebelión juvenil rodado con seguidores reales de un concierto que habíamos dado la noche antes en el Roxy de Hollywood. Con el director Samuel Bayer, Kurt imaginó una reunión de motivación en un instituto que se convertía en una revuelta, echando abajo el gimnasio con un triunfante *mosh pit* de chicos marginados, animadoras tatuadas y jóvenes punks que dejan atrás su angustia y frustración en una pila humeante de escombros y cenizas. ERA UN SENTIMIENTO CON EL QUE EVIDENTEMENTE TODOS CONECTAMOS, PERO NO PODÍAMOS IMAGINAR QUE TODA UNA GENERACIÓN SE SINTIERA ASÍ. Al principio, el videoclip solo se emitía por la noche, porque la MTV lo consideraba demasiado controvertido como para ponerlo en el horario de máxima audiencia, pero muy pronto entró en el turno normal. Una vez ahí, se extendió

como la pólvora y comenzó a quemar todo nuestro mundo hasta los cimientos.

Nirvana se estaba convirtiendo en un nombre conocido. En cuestión de semanas, el alboroto que despertaba la banda se convirtió en una locura, con todos los ojos puestos en el insondable misterio que suponían tres frikis de poco más de veinte años armados con canciones que hasta tu tío y tu tía guais podrían cantar. Sorprendentemente, el mundo de nuestra pequeña furgoneta de alquiler maloliente había cambiado muy poco: bolsas de lana, cintas de casete, envases de comida rápida y paquetes de tabaco vacíos. Lo normal para una banda como nosotros. Lo que sí estaba cambiando muy rápido era el mundo que se extendía más allá de nuestra pequeña burbuja: autógrafos, entrevistas de radio, locales a reventar y numerosos altercados. Tan solo unos días antes del concierto en el Trees tuvimos que abandonar el escenario del Mississippi Nights de St. Louis después de que la multitud se precipitara sobre el escenario debido a la reacción de Kurt, que se sentía frustrado por el hecho de que los guardias de seguridad fueran tan duros con los fans, como suele pasar en los sitios que no están acostumbrados al *slam dancing* y el *stage diving*. Fue un caos total. En aquel momento, yo estaba usando una batería que me había prestado el grupo telonero, Urge Overkill, porque Kurt y yo habíamos destrozado la mía en Chicago. Mientras oleadas de chicos empezaban a trepar por la barrera y a subirse al diminuto escenario, cogiendo el equipo y gritando por los micrófonos, salí corriendo al camerino de Urge Overkill.

—¡Hay un puto motín ahí fuera! —les dije alegremente.

—¡Mierda! ¡La batería! —exclamó Blackie, su dueño.

Cuando llegamos a Dallas, ya no sabíamos qué esperarnos. Pero aquella noche flotaba una electricidad especial en el ambiente, que, junto a la humedad inusualmente pantanosa, aumentó aún más la tensión en la sala, como una mecha corta en una bomba casera. Nada más subir al escenario, la multitud se abalanzó sobre los monitores de suelo y las guitarras de Kurt y Krist aun antes de que nos diera tiempo a tocar ni una sola nota. Imagínate estar aplastado contra la pared por una avalancha de seiscientos fans borrachos esperando para arremeter contra ti y destrozarlo todo, multiplícalo por diez, y empezarás a hacerte una idea de lo que era ser Nirvana aquella noche. Además, aquel día habíamos tenido muchísimos problemas técnicos, así que, mientras esperábamos a que nuestro equipo funcionara, nos pusimos a tocar una versión desastrosa de «L'amour est un oiseau rebelle» mientras nuestro técnico de guitarra, Nic Close, corría de un sitio a otro del escenario haciendo todo lo que podía por arreglar una

situación que parecía desesperada. Cuando nos dimos cuenta de que al final tendríamos que tocar así, Kurt dijo unas palabras y empezamos la primera canción, «Jesus Don't Want Me for a Sunbeam», una versión de una de nuestras bandas preferidas, los Vaselines, de Escocia.

La gente se volvió loca y la energía pura y psicótica fue creciendo exponencialmente minuto a minuto. Para cuando llegamos a «School», la sexta canción, había tanta gente enloquecida en el escenario que Kurt ni siquiera podía cantar delante del micrófono sin que le dieran golpetazos en la cara y los dientes. Yo sabía que se estaba enfadando, y sabía muy bien lo que pasaba cuando se enfadaba. DESTROZARÍA ALGO. Podía ser su guitarra, el micrófono o mi batería, pero algo iba a caer. Comenzó la cuenta atrás…

Tocamos cuatro canciones más, y después de una versión ruidosa y plagada de dificultades técnicas de la que tendría que haber sido una «Polly» acústica suave, Kurt explotó. Se volvió hacia la izquierda, se quitó la guitarra y empezó a hacer pedazos el mezclador de audio del técnico, dándole guitarrazos una y otra vez, mientras botones y pomos salían volando por el escenario como metralla. Kurt no podía más. No solo por el concierto, sino por todo lo que nos había llevado hasta allí. Semanas y semanas de caos hirviendo acabaron por derramarse, y la frustración de Kurt explotó en una exhibición furiosa de rabia. La multitud vitoreó encantada, como si todo formara parte del espectáculo. No tenían ni idea. Kurt no estaba actuando. Aquello era real.

Podía pasar cualquier cosa. Sentado a la batería, viendo la anarquía que me rodeaba, solo podía pensar: «¿Dónde está la puta salida de emergencia?». No es algo en lo que suelan pensar la mayoría de los artistas, pero tampoco es que nosotros fuéramos como la mayoría. No había un manual para lo que nos estaba pasando. Aquello era el salvaje oeste, y la única forma de sobrevivir era seguir la luz del final de un túnel largo y oscuro. Por caóticos que hubieran sido mis días con Scream —durmiendo en edificios de okupas, con *skins* y yonquis persiguiéndonos por los callejones y sin saber nunca de dónde llegaría la siguiente comida—, no tenían nada que ver con la magnitud de todo esto. Esto era peligroso.

A pesar de todo, seguimos tocando, mientras el técnico ponía muerto de risa un palé de madera sobre la mesa de mezclas, seguro de que le lloverían más porrazos. Ya nada podía salvarlo. El tren aceleraba a toda velocidad fuera de los carriles, arrollando todo lo que se encontraba a su paso. Pasamos a otra versión, «Love Buzz» de Shocking Blue (el primer sencillo de Nirvana), y el caos continuó. Cuerpo tras cuerpo, seguía lloviendo gente sobre el escenario, el

ambiente seguía calentándose con cada acorde distorsionado, cada milímetro de la piel se empapaba con la condensación de seiscientos desconocidos. Después del segundo estribillo, Kurt se lanzó sobre el público, guitarra en mano, y tocó por su cuenta mientras surfeaba sobre una masa de pelo graso y brazos tatuados que no paraba de girar. Cuando lo lanzaron de nuevo hacia el escenario, mientras se agitaba en un baile extasiado y espasmódico, aterrizó sobre un vigilante gigantesco que habían puesto allí para impedir que los chicos se subieran. Para intentar quitárselo de encima, aquella mole usó toda su fuerza bruta contra el pequeño cuerpo de Kurt, y en un instante decisivo de lucha o huida, como reacción defensiva, Kurt le estampó la guitarra en la cabeza, abriéndole heridas en la piel de las que manaron chorros de sangre que inmediatamente empezaron a empaparle la aterradora cresta. El vigilante, que se había quedado aturdido, de pronto se dio cuenta de que le había cortado y, en cuanto Kurt se puso de pie, le endiñó tal puñetazo en la mandíbula que volvió a tirarlo al suelo. Sin dudarlo, Krist y yo soltamos los instrumentos y salimos corriendo para ayudar a nuestro amigo, con lo que la canción se detuvo abruptamente. Krist intentó hacer razonar al vigilante, y hasta se quitó la camiseta para ayudarlo a detener la sangre mientras un coro de «¡PUTA MIERDA! ¡PUTA MIERDA! ¡PUTA MIERDA!» resonaba por el club. Kurt se alejó al otro lado del escenario medio mareado mientras yo me dirigía hacia la salida, creyendo que todo había acabado.

Pero no.

Después de que un empleado del club nos suplicara por temor a una revuelta inminente, decidimos terminar el repertorio con el escenario aún lleno de sangre. La guitarra de Kurt estaba muy desafinada por el golpe que le había dado al vigilante en la cabeza, pero, joder, eso nunca nos había detenido. El sonido disonante y desafinado excitó aún más el ambiente. Tras cerrar la actuación con nuestra canción más rápida y punk, «Territorial Pissings», por fin soltamos los instrumentos y nos fuimos al camerino, algo traumatizados por lo que había pasado. Estábamos acostumbrados al caos y el desorden, pero allí había algo más. Aquello no era diversión. Tenía un lado oscuro. Por lo menos ya había terminado.

No sabíamos que el vigilante y su pandilla de amigos inadaptados estuvieran fuera esperándonos para matarnos por el caos que habíamos llevado a la ciudad. Querían vengarse con sangre. Cuando los cientos de clientes iban saliendo, alguien se enteró de su plan y se lo contó a un miembro del equipo, que enseguida subió para avisarnos mientras nosotros descansábamos en un charco de sudor. Monty se dio

cuenta de que estábamos atrapados, y ahora tenía que encargarse de idear un plan de fuga. Llamó a un taxi para que nos esperara en la puerta trasera y nosotros salimos corriendo del camerino hacia la puerta del callejón como ratas en una cocina, Kurt delante, luego Krist y después yo. Esperamos la señal y, cuando la puerta trasera se abrió, vi como Kurt se metía en el taxi, y después Krist.

De pronto, alguien gritó: «¡Son ellos! ¡A por esos hijos de puta!». Eran el vigilante y sus amigos, corriendo hacia nosotros por el callejón con fuego en los ojos y muerte en la mente. Alguien cerró la puerta del coche de un golpe antes de que me diera tiempo a entrar, y el taxi se alejó a toda velocidad, perseguido en la noche por el variopinto grupo de matones sedientos de sangre, que por lo visto lo alcanzaron en el tráfico de los sábados por la noche en Elm Street y destrozaron la ventanilla delantera del lado del pasajero de un puñetazo. Yo esto no lo sabía, porque me quedé solo en el club y sin forma de volver al hotel (creo que me llevó una chica muy guapa y tuvimos un accidente por el camino).

De algún modo logramos sobrevivir un día más, y nuestro circo ambulante continuó avanzando hacia la siguiente ciudad. Todavía quedaban doce días para el final de la gira y todo podía hundirse en cualquier momento, pero por lo menos íbamos en la dirección correcta: hacia casa.

Para cuando regresamos a Seattle para dar el último concierto en nuestra ciudad en Halloween, estábamos completamente agotados, tanto mental como físicamente. Habíamos dejado nuestra huella, y habíamos vuelto con las cicatrices para demostrarlo. En apenas

cuarenta días pasamos de ser tres chicos desaliñados sin nada que perder a ser tres chicos desaliñados con un disco de oro. Nuestro mundo había cambiado para siempre, y el tuyo también. Y no era más que el principio.

ESTÁBAMOS RODEADOS. NO HABÍA ESCAPATORIA.

LA DISTANCIA

—Adivina adónde vamos hoy —dijo entusiasmado mi buen amigo Bryan Brown al teléfono.

Yo estaba en la casa abarrotada de gente y sin aire acondicionado de Pete Stalh del Valle de San Fernando.

—Ni idea, ¿adónde? —le contesté desde la habitación sofocado.

—A la casa en la que la Familia Manson asesinó a Sharon Tate.

Me quedé en silencio, con el teléfono en la mano, mientras procesaba la siniestra invitación por un momento.

—¿A Cielo Drive? ¿Va en serio?

Sabía perfectamente de lo que me estaba hablando, ya que estaba bastante versado en la ola de asesinatos más infame y espantosa de Estados Unidos desde que me convertí en un adolescente inmerso en el mundo de lo macabro. Ya me imaginaba la larga y sinuosa subida hasta la verja, la carretera que bordeaba la casa con vistas al centro de Los Ángeles, el camino que llevaba a la puerta principal, que una vez profanaron con la palabra «PIG»[7] escrita en sangre, el salón en el que tres personas inocentes tuvieron una muerte horrible junto a la chimenea que había debajo de un pequeño desván y la piscina con forma de riñón que separaba la casa principal de la de los invitados, donde se alojó Abigail Folger antes de que la mataran despiadadamente en el jardín. Prácticamente, era capaz de imaginarme un plano de la escena del crimen desde la época que pasé leyendo *Helter Skelter* y viendo los documentales granulados sobre la «familia» *hippy* de Charles Manson en el rancho Spahn. Era una propuesta bastante tétrica.

—Vale.

El año 1992 comenzó con una tremenda resaca (que me había ganado a pulso) cuando me desperté en una desastrosa habitación de hotel tras celebrar la Nochevieja con los Red Hot Chili Peppers, Nirvana, Pearl Jam y otras dieciséis mil personas en el Cow Palace de San Francisco. Nirvana había terminado aquel año histórico y tumultuoso con una breve gira por los estadios de la Costa Oeste,

todos llenos hasta los topes, con miles de jóvenes punks deseosos de ver a estas tres bandas prometedoras en lo que se estaba convirtiendo en una revolución musical. El público crecía exponencialmente, y, por lo que veía desde el escenario cada noche, estaba clara la inminencia de un cambio cultural radical, a juzgar por la energía y la forma de vestir de los fans que cantaban con nosotros cada una de las letras a un volumen ensordecedor. Aquello ya no era el sonido de una radio universitaria nocturna o *underground*; aquello era un puto ariete que arremetía contra las puertas que protegían la cultura popular dominante, y nuestras tres bandas encabezaban el asalto.

Más allá de las agitadas mareas del panorama musical, la vida desde mi diminuta habitación de West Seattle era incierta, pues cada día traía un nuevo y escandaloso cambio en el pequeño y caótico mundo de Nirvana. Me aferraba a ella con fuerza mientras el raquítico carnaval que una vez fue nuestro pequeño grupo comenzaba a moverse cada vez más rápido y nuestro intento no planeado de cambiar el mundo cobraba fuerza, pero era inútil. Para entonces, ya no estaba en nuestras manos, y por más que quisiéramos controlarlo, no había manera de detenerlo. Se estaban vendiendo trescientas mil copias por semana del álbum que habíamos hecho en solo doce días en Sound City, el estudio pequeño y sombrío de Los Ángeles. Y la noticia de que habíamos desbancado a Michael Jackson del número 1 en el *Billboard* llegó el mismo día que íbamos a tocar en *Saturday Night Live* por primera vez, el 11 de enero de 1992.

Creo que aquel fue el momento en el que de verdad me di cuenta de que la vida nunca volvería a ser igual. *Saturday Night Live* había

sido mi programa de televisión preferido desde niño, cuando me quedaba despierto en pijama para verlo todos los fines de semana con la ilusión de ver a mis héroes por la noche en la tele, y no me refiero solo a genios del humor como Dan Aykroyd, Gilda Radner, John Belushi, Laraine Newman, Bill Murray, Steve Martin y Andy Kaufman, sino también a la amplia gama de personas del mundo de la música que invitaban cada fin de semana. Esta era mi educación como joven músico, una clase magistral de interpretación en vivo de algunos de los artistas más innovadores del mundo. Pero si hubo una que destacó del resto y dirigió mi vida hacia un nuevo rumbo, fue la de los B-52's con su éxito «Rock Lobster» en 1980.

PARA MÍ, AQUELLOS TRES MINUTOS NO FUERON LOS DE UNA BANDA QUE SE LIMITA A TOCAR UNA CANCIÓN, SINO UN LLAMAMIENTO A TODOS LOS QUE SE AHOGABAN EN LA CONVENCIONALIDAD, TEMIENDO DESPLEGAR SU BANDERA FRIKI Y CELEBRAR LAS HERMOSAS EXCENTRICIDADES DE LA VIDA. Con diez años, no pensaba en algo tan complejo; ahora lo sé. Pero, incluso en aquel momento, de algún modo me sentí fortalecido por el orgullo que demostraban por sus rarezas. Mientras veía su baile peculiar e hiperactivo, pensaba que yo también quería hacer eso. Quería salir de lo común. Quería escapar de la manada como los B-52's y vivir lejos del rebaño. Hay un momento en la vida de todo niño en el que la independencia y la identidad se cruzan, guiándote hacia tu dirección final, y aquel fue el mío. Sería un inadaptado con una guitarra que adoraba la música y la comedia, imagínate.

Pero la oportunidad de tocar en *Saturday Night Live* llegó en un momento complicado para Nirvana. No nos habíamos vuelto a ver desde que terminamos la gira por la Costa Oeste con los Red Hot Chili Peppers y Pearl Jam, y cada uno había tirado para su lado, agotados tras los setenta y cinco conciertos que habíamos dado hasta entonces. Yo me había ido a Virginia, Krist había vuelto a Seattle y Kurt se había ido a su nueva casa de Los Ángeles. Cuando volvimos a vernos en Nueva York para la actuación, se notaba un cierto cansancio, sobre todo en Kurt, y lo que esperaba que fuera un reencuentro triunfante para la banda, reunida para tocar en el programa de televisión que me había cambiado la vida, parecía un poco… fuera de juego. Estaban empezando a aparecer grietas en nuestros ya inestables cimientos, y unos cimientos inestables no es lo que quieres cuando estás a punto de ofrecer una actuación en vivo por televisión, frente a millones de personas que están esperando ver por primera vez a la banda que salió de la nada para derrocar de su trono al «rey del pop».

«Damas y caballeros…, ¡Nirvana!»

Kurt empezó a tocar la introducción de «Smells Like Teen Spirit» y, aunque ya había tocado esa canción muchas noches en salas repletas de gente por todo el mundo, en aquel momento vi pasar toda mi vida ante mí. Allí habían estado los B-52's. Allí habían estado los Devo. Allí había estado Bowie. Allí habían estado todas las leyendas vivientes, desde Bob Dylan hasta Mick Jagger, para tocar sus canciones para millones de jóvenes músicos como yo, que se quedaban despiertos mucho después de la hora de acostarse para ver tocar a sus héroes los temas que daban forma a sus vidas. Me iba a dar algo. Quería vomitar. Quería esconderme. Pero me lancé a aquella introducción con todas mis fuerzas y… rompí una baqueta.

Mierda.

Estaba llevando la canción con una rueda pinchada, con un motor de tres pistones, con un tornillo menos. Me volví hacia mi amigo de toda la vida, Jimmy, que estaba trabajando como mi técnico de batería para el programa, y nos miramos horrorizados. Una cosa era que nos pasara esto en un concierto de Scream delante de setenta y cinco personas, y otra muy distinta que el mundo entero estuviera mirando. «Tú sigue tocando», me dije a mí mismo mientras tocaba con todas mis ganas. En un breve intervalo entre golpes de batería, cogí otra baqueta a la velocidad del rayo y terminé la canción con una descarga de adrenalina como para matar a un caballo, pero con un orgullo capaz de durar toda la vida, imaginando que a lo mejor nuestra actuación era un llamamiento a toda una nueva generación que se ahogaba en la convencionalidad, temiendo desplegar su bandera friki, por fin libre para celebrar las hermosas excentricidades de la vida.

Ah, y Weird Al llamó al camerino aquella noche para pedir personalmente permiso para tocar «Smells Like Teen Spirit». Era oficial, habíamos triunfado.

Después de pasar por *Saturday Night Live*, cada uno volvió a su casa, hasta que dos semanas más tarde volvimos a encontrarnos en Los Ángeles para rodar el videoclip de «Come As You Are» antes de dirigirnos hacia Australia y Japón para una gira de tres semanas y media, otra experiencia inimaginable para la lista de cosas que nunca pensé que llegaría a vivir. En Los Ángeles, el primer día de la grabación, me di cuenta de que Kurt no se encontraba bien. Parecía frágil y algo desinflado, y por la mirada que tenía estaba claro que se había estado colocando el tiempo que había pasado lejos de la banda.

En enero de 1991, yo estaba en Los Ángeles, hospedándome en casa de un amigo, cuando me enteré de que Kurt estaba consumiendo heroína. Como nunca había conocido a nadie que lo hiciera y sabía

muy poco sobre esa droga, aquello me sorprendió. Me había unido a la banda tres meses antes y había estado viviendo con Kurt en un piso minúsculo, y, quizá ingenuamente, pensaba que él no era de los que hacían ese tipo de cosas. Para mí, la heroína era una droga sucia de la calle que solo consumían las prostitutas y los yonquis en los lúgubres callejones del centro, pero no los artistas tan queridos, encantadores y amables, con el mundo a sus pies. Había leído las mitológicas historias de legendarias estrellas de rock que se ponían hasta arriba en muchísimas biografías que casi glorificaban ese comportamiento como una especie de insignia de honor, pero nunca imaginé que llegara a formar parte de mi mundo. Sin embargo, mientras que Washington D. C. no destacaba especialmente por esa droga, Seattle era la capital de la heroína.

Kurt me aseguró que la heroína no era algo a lo que estuviera todo el tiempo enganchado, que solo había sido una vez: «Odio las agujas», me dijo tratando de convencerme de que no había renunciado a mi vida y cruzado el país para vivir con un perfecto desconocido que resultó ser un yonqui. Y como yo no sabía nada de esa droga, lo creí. De todas formas, no podía ocultarme algo así. O eso pensaba yo.

Una noche en Olympia, mientras estábamos tomándonos unas copas con unos amigos, alguien sacó unas pastillas. «Tómate una con unas cuantas cervezas y ya verás cómo te pones», me dijeron. Hasta eso me puso nervioso, de modo que me limité a las copas, pero vi cómo Kurt se tomaba dos o tres con su bebida. Aquello me asustó. Siempre había sido bastante reacio a tomarme nada por miedo a pasarme, pero tenía amigos en Virginia a los que les gustaba superar los límites para ver hasta dónde eran capaces de llegar. Empecé a pensar que Kurt era así, en todos los aspectos.

CON EL TIEMPO, NOTÉ LA DISTANCIA. Estaban los que hacían y los que no hacían. Nuestros mundos se expandían, y con ellos la distancia. Nirvana estaba formada por tres individuos distintos, cada uno con su idiosincrasia y excentricidades, que eran los responsables del sonido específico que hacíamos cuando cogíamos nuestros instrumentos, pero fuera de la música cada uno vivía su vida, y cada vida era distinta de la de los otros dos.

Cuando rodamos el videoclip, la fragilidad de Kurt me impresionó, pero no solo me preocupaba su salud, sino también la gira que estábamos a punto de comenzar, que nos llevaría a la otra punta del planeta, muy lejos de las personas a las que queríamos y a las que necesitábamos más. No sabía cómo íbamos a sobrevivir a otro programa vertiginoso, concierto tras concierto, aeropuerto tras aeropuerto, hotel tras hotel, sobre todo por como él estaba, pero

seguimos adelante. Aún hoy me resulta difícil ver «Come As You Are» sabiendo cómo estaba Kurt en aquel momento. Por más que las imágenes se vean borrosas por los efectos de la cámara y la película en super-8 proyectada en superficies difuminadas, yo veo claramente la imagen de tres personas entrando en lo que se convertiría en un periodo de turbulencia que sentiríamos durante años.

El cálido sol del verano en Australia y la acogida aún más cálida de los australianos fue el descanso que necesitábamos tras el oscuro invierno (en todos los sentidos) que habíamos dejado en casa. Eran definitivamente el momento y el lugar adecuados, y por un tiempo pareció que las ruedas volvían a encontrar los raíles. Yo ya había recorrido toda Norteamérica y toda Europa, pero no tenía ni idea de qué esperar en este lado del mundo, y me lo pasé como una mosca en una barbacoa. Hicimos de todo: surfeamos en Bondi Beach, abrazamos koalas, acampamos con canguros, montamos en motos de agua, hicimos *puenting* y hasta compartimos escenario con los Violent Femmes, quizá el punto culminante de todo el viaje. Kurt seguía un poco débil, pero parecía ir saliendo de la niebla conforme avanzábamos por ocho conciertos desgarradores en sitios que se quedaban pequeños para la creciente popularidad de la banda, algo a lo que nos estábamos acostumbrando rápidamente. Empecé a albergar esperanzas de que lo íbamos a conseguir. De que Kurt lo iba a conseguir. Para cuando nos fuimos a Japón, pensé que a lo mejor lo peor había quedado atrás.

Si Australia era otro hemisferio, Japón era otro planeta. Cada aspecto de la vida era un choque cultural tremendo. Me sentí como si de verdad estuviera a un millón de kilómetros de casa. Y me encantó. Nosotros nunca habíamos visto nada como Japón, y Japón nunca había visto nada como nosotros. En el primer concierto en Osaka, actuamos en un sitio que se parecía más al Kennedy Center que a los clubes pringados de cerveza y fregados con lejía a los que estábamos acostumbrados. Unas lámparas de araña colgaban del techo sobre hileras de hermosos asientos de terciopelo y el escenario estaba tan limpio como una patena, sin una mancha por ninguna parte, lo que me chocó mucho. A la audiencia se le permitía ponerse de pie, pero la gente no podía moverse de sus asientos, y en los pasillos había filas de lo que parecían policías militares con guantes blancos listos para abalanzarse contra el primero que se alejara un paso del lugar que se le había asignado. Eso hizo que tocáramos todavía con más fuerza aquella noche, para intentar provocar una reacción desenfrenada al interpretar las canciones como nunca lo habíamos hecho, y cuando miraba al público desde la batería, veía que la gente quería estallar,

gritar y ondear su bandera friki. A las pocas canciones, un fan por fin perdió el control y echó a correr hacia el escenario, pero lo único que consiguió fue que uno de los policías de guantes blancos lo interceptara y lo echara del concierto. Éramos nosotros contra ellos, pensé, y toqué todavía con más ganas.

Para cuando llegamos al final, sabíamos exactamente lo que teníamos que hacer…: destrozar el equipo (lo que a estas alturas ya se ha convertido en una firma). Mientras la gente seguía mirándonos, Kurt, Krist y yo destrozamos por completo los instrumentos, como tres niños en plena rabieta después de que uno de sus padres le diga: «Te quedas sin postre». Pero nosotros les dimos el postre. Dejamos el escenario con una montaña de tambores y amplificadores hechos pedazos, y se me acercó un joven japonés temblando como una hoja, al borde de las lágrimas.

—¿No te gustaba la batería? —me preguntó con un susurro tembloroso.

—No, no, no…, ¡era genial! —le dije, un poco confundido.

En cualquier otro lugar del mundo, aquel concierto se habría considerado todo un éxito. Pero estábamos en Japón, un país enraizado en la cultura del respeto y la urbanidad, y el nuestro había sido un acto de rebelión poco común allí. Además, aquel tipo era el representante de las baterías Tama y estaba aterrorizado pensando que no me gustaba el equipo que había preparado para mí, así que me senté con él y le expliqué que nuestra rebelión no tenía nada que ver con la preciosa batería que había tenido el honor de tocar, y que aquello era un acto de celebración.

Antes de volver a casa, hicimos una última parada en Hawái para dar un concierto en un club de Honolulu, el Pink's Garage, otro sitio que se había quedado muy pequeño para la banda, que estaba en la cumbre de su fama. Como sabía que aquel sería el último concierto antes de un largo descanso en casa, decidí quedarme una semana más, de forma que alquilé un ridículo Mazda Miata azul descapotable para pasear de playa en playa como un turista molesto (lo que era) y disfrutar de los frutos del año más loco de toda mi vida. El que este capítulo de la banda hubiera tocado a su fin me dejó un regusto amargo, ya que prácticamente me había enamorado del caos cotidiano que nos rodeaba allá donde fuéramos. Además, sentaba genial haber llegado tan lejos. Habíamos visto las grietas que empezaban a formarse, pero logramos taparlas simplemente tocando con el corazón, como siempre habíamos hecho. De todas formas, yo también estaba cansado, así que pensé que ya había llegado la hora de regresar, volver a los orígenes y recordar cuáles son las cosas más importantes

para sobrevivir: la familia, los amigos y el hogar. Necesitaba tomarme un respiro y recapacitar sobre lo que me acababa de pasar.

«Señor Grohl, hay un paquete para usted.»

En cuanto llegamos al hotel de Honolulu, la maravillosa recepcionista con su colorido vestido tropical me entregó un sobre de FedEx, y yo lo abrí con curiosidad, sorprendido de que alguien me mandara algo fuera de Estados Unidos, y mucho más de que hubiera podido localizar mi paradero mientras zigzagueábamos alrededor del planeta en una gira interminable. ¿Una carta de mi madre? ¿Una nota de felicitación de mi mánager? ¿Una citación por delitos menores cometidos por el camino? No. Mucho mejor.

Mi primera tarjeta de crédito.

A mis veintitrés años, yo nunca había tenido una tarjeta de crédito ni de débito, ni siquiera una cuenta bancaria con más de cien dólares (gracias, abuela). Desde luego, aquello cambiaba las reglas del juego. Me había pasado los últimos cuatro años sobreviviendo con miserables dietas que al final del día ya me había gastado en tabaco, comida basura y cerveza. ¡No me lo podía creer! Aunque la banda ya hubiera vendido más un millón de discos, todavía tenía que medir cada centavo que ganaba, sin saber cuánto podría ser. Y estaba a punto de descubrirlo.

Miré a la izquierda de la recepción y vi una tienda de regalos. Con ganas de probar esta fresca ración de dinero del Monopoly, crucé el vestíbulo corriendo, con la guirnalda hawaiana ondeando al viento, y me fui derecho al estante de las gafas de sol, donde elegí unas de tonos azules reflectantes (a juego con el Miata, por supuesto). Se la di nerviosamente a la cajera. Los segundos se me hicieron horas mientras ella pasaba la tarjeta y esperaba la aprobación, pero en cuanto arrancó el ticket para que lo firmara, sentí un cambio radical. No más latas de alubias frías. No más salchichas empanadas de tres dólares. No más «mierda pinchada en un palo» para cenar (atún de lata, pimienta y harina en una tostada, la especialidad de Kurt). Con flamantes tonos nuevos orgullosamente posados sobre la nariz que muy pronto me quemaría al sol, miré hacia el otro lado del aparcamiento, donde estaba el restaurante Benihana, al final de la calle.

«Jooooder —pensé—. Esta noche vamos a celebrarlo…»

El resto, como dicen por ahí, es historia.

Con la barriga llena, moreno y feliz, volé directamente a Virginia después de mi semana con el señor Roarke y Tattoo en la isla de la fantasía, mis primeras «vacaciones» desde que era niño, aunque con esta nueva libertad económica llegaron nuevas responsabilidades. Por fin había ocurrido lo inimaginable. Tenía dinero. Después de una vida

entera viendo como mi madre hacía malabarismos con varios trabajos y contando cada penique, por fin tendríamos un alivio. Sin ser consciente aún de cuánto me llegaría, seguí manteniendo una vida relativamente frugal, ya que mi padre (que había anulado el repudio) me advirtió enseguida: «Sabes que esto no va a durar, ¿verdad? Tienes que pensar en cada cheque como si fuera el último que vayas a recibir». Este es, quizá, el mejor consejo que haya recibido jamás. Y aunque eso no impidiera que me fuese directamente al concesionario de motos y comprara una Yamaha V-Max para Jimmy y otra para mí, sí que me infundió el temor a la bancarrota desde el principio, por lo que, en general, mi vida se mantuvo relativamente igual.

Como solíamos hacer, cada uno salió disparado para un lado: Krist volvió a Seattle y se compró una casa cálida y acogedora en la zona de Green Lake, al norte de la ciudad; Kurt se marchó a Los Ángeles y alquiló un piso pequeño y muy bonito en un antiguo edificio de Hollywood, y como yo no me sentía preparado para comprometerme a vivir de modo permanente en Seattle, me compré una casa muy cerca de la playa en Corolla (Carolina del Norte). A pocas horas del norte de Virginia, Outer Banks era el lugar perfecto para invertir en una propiedad, no solo por su belleza natural, con las grandes dunas y los caballos salvajes que corrían a lo largo y ancho de las playas, sino también por su cercanía a la casa de mi madre, lo que me permitía compartir el alivio económico con ella y con mi hermana.

PERO «LA PEREZA ES LA MADRE DE TODOS LOS VICIOS», O ESO HE OÍDO.

En cuanto nos acomodamos cada uno en nuestras nuevas vidas, la distancia se hizo patente otra vez. Ahora que no teníamos que vivir apretujados en furgonetas ni compartir habitaciones de hotel durante meses interminables, todos teníamos la libertad de vivir la vida que habíamos soñado, para bien o para mal. Habíamos visto cómo el mundo cambiaba a nuestro alrededor: recuerdos borrosos y alborotos a cada paso, pero una vez que desapareció el huracán de la locura, ya podíamos crear nuestra propia realidad, cada uno como quisiera. Al ser el batería sin rostro de la banda, yo podía vivir mi vida sin que casi nadie me reconociera; rara vez me paraban, normalmente para preguntarme: «¿Eres Dave Navarro?». Era como verlo todo desde fuera, como si todo eso le estuviera pasando a otra persona; yo podía disfrutar de los beneficios del «éxito» sin tener que pagar nada a cambio, pero, desde luego, no podía decirse lo mismo de Kurt, ya que su cara estaba en todas las revistas y en cada emisión de *MTV News*, y su voz resonaba en todas las emisoras de radio FM de una costa a otra: una cadena perpetua para la que no todo el mundo está preparado.

Cada uno se retiró a su rincón, nos lamimos las heridas y pasamos la página del año del punk.

Sin nada que hacer hasta la siguiente gira de Nirvana, tenía todo el tiempo del mundo para surfear por las cálidas aguas de Carolina del Norte; visitar los lugares de siempre con los amigos de toda la vida en el D. C.; grabar mis canciones neandertales en el sótano con Barrett Jones en Seattle, e ir a Los Ángeles para estar con mis viejos amigos Pete y Franz de Scream, que se habían quedado allí para empezar una nueva vida (y una nueva banda, los Wool) tras el final de Scream. Lo que se suponía que iba a ser una semana en el suelo de su casita en el Valle se convirtió en un mes, como mínimo, despertando todas las mañanas en el abrasador calor del verano. Sin aire acondicionado, a mediodía la casa era un horno de pizza al rojo vivo, así que lo único que se podía hacer para escapar del calor del desierto era encontrar una piscina y pasar la tarde nadando en el oasis de otra persona, y esa era la especialidad de mi colega Bryan Brown.

De camino a la casa de Cielo Drive, sentí que mi emoción se entremezclaba con inquietud al darme cuenta de que la macabra fascinación que un día tuve por aquella casa estaba a punto de convertirse en la escalofriante realidad de encontrarme entre sus paredes malditas. Llamamos al timbre de la verja, embocamos el camino de entrada, nos bajamos del coche y allí estaba, exactamente igual que en todas las fotografías de la escena del crimen que mis ojos jóvenes y curiosos habían observado. Nos dirigimos hacia la puerta principal —ESA puerta principal— y llamamos. Nos acompañaron al interior, aunque yo no necesitaba ningún guía que me enseñara la distribución de la casa; casi me sentía como si hubiera estado allí antes. Doblé la esquina en dirección al salón y me invadió una oleada de terror. La chimenea de piedra, las vigas de madera, el pequeño desván…, todo estaba exactamente igual que aquella noche horrible del 9 de agosto de 1969. Excepto una cosa: había una gran consola de grabación en el centro del salón.

Los Nine Inch Nails estaban grabando un disco allí.

Aunque no conocía a los Nine Inch Nails personalmente, los había visto actuar en vivo. Me gustaba la música industrial, y los Throbbing Gristle, los Psychic TV, los Einstürzende Neubauten y los Current 93 habían formado parte de mi banda sonora de la adolescencia. El primer álbum de los Nine Inch Nails, *Pretty Hate Machine*, me gustó mucho y, con la tensión electrónica y los temas oscuros de la banda, me pareció que tenía sentido que hubieran elegido la casa Manson para hacer el siguiente álbum. A pesar de todo, era perfecta para ellos, y sus canciones más poderosas las grabaron allí: «March of the Pigs»,

«Hurt» y «Closer». Siempre he estado convencido de que el ambiente en el que se graba dicta el resultado de la música, y cada vez que oigo una de esas canciones, pienso que es verdad. En esos temas hay un dolor y una desesperación que seguramente les infundió algún tipo de osmosis espiritual. O el dolor y la desesperación de Trent Reznor. No lo conocía bien, pero me parecía un hombre amable y un gran artista, parecido a otro hombre amable y gran artista que conocía, que usaba su música para identificar a los demonios que le acosaban el alma.

Al cabo de un rato, el ambiente penetrante de la casa ya empañaba la energía que la rodeaba, de un modo con el que no podía conectar ni encajar en absoluto. Conocía bien lo que eran la oscuridad, la fragilidad y el dolor, así que me tiré a la piscina, no solo para escapar del calor, sino para quitarme de encima la sensación de estar en aquel salón.

El lado más oscuro de la música siempre me había atraído desde el punto de vista del sonido, pero empecé a darme cuenta de que no encajaba conmigo como persona. Para mí, la música siempre había representado la luz y la vida. Incluso la alegría. Quería celebrar que habíamos encontrado la forma de salir del túnel. Quería ondear mi bandera friki. No quería esconderme. Entendía que hubiera quienes tomaran la dirección opuesta, tal vez volviendo a los traumas no superados del pasado, pero yo por fin me sentía liberado de los míos, y era una buena sensación. Ya fuera en las dunas de arena de Carolina del Norte o la tranquilidad de los somnolientos suburbios de Virginia, necesitaba encontrar paz, y estaba dispuesto a dedicar todo mi tiempo a buscarla con la nueva libertad que me había brindado el éxito.

El resto de los días en Los Ángeles me los pasé dando vueltas por la ciudad en un Volkswagen Cabriolet descapotable (sí, me encantaban los descapotables), nadando en piscinas de desconocidos, tocando con los amigos y llamando cada dos por tres a la compañía aérea para cambiar el billete de vuelta a Seattle, intentando alargar un poco más el verano y la distancia antes de regresar a los grises cielos del norte. Creo que, en el fondo, sabía lo que me esperaba allí.

Hasta que un día, en el último momento, decidí que ya era hora de irme, metí todas mis cosas en el maletero del Cabriolet a toda prisa y salí disparado para el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, esperando llegar a tiempo para coger el avión. Yo no tenía ni idea de cómo era la enmarañada red de carreteras que cruzaban la ciudad con tanto tráfico, así que me lancé a toda velocidad por el Valle, con la esperanza de estar dirigiéndome en líneas generales hacia alguna de las entradas del aeropuerto. Llegué berreando a un desvío y vi una de las entradas a unos pocos metros, así que di un volantazo a la derecha

y… ¡BAM!

Me estrellé contra un bordillo alto a más de setenta kilómetros por hora, lo que no solo destrozó el eje delantero del coche, sino que hizo saltar el *airbag* (que no sabía que tenía), que me explotó a veinticinco centímetros de la cara como un cartucho de dinamita. Salí del coche, magullado y maltrecho, tosiendo por el polvo humeante que había salido disparado cuando me golpeó la cara como un bate de lona, y llamé a una grúa. (Damas y caballeros, no se dejen engañar por esos anuncios sobre la seguridad; un *airbag*, aunque te salve la vida, no es una almohada suave y sedosa, esa mierda te deja tan jodido como un gancho de Mike Tyson). Cuando llegó la grúa y el técnico examinó los daños —mientras el moratón del ojo se me empezaba a hinchar como un globo gigante—, declaró siniestro total.

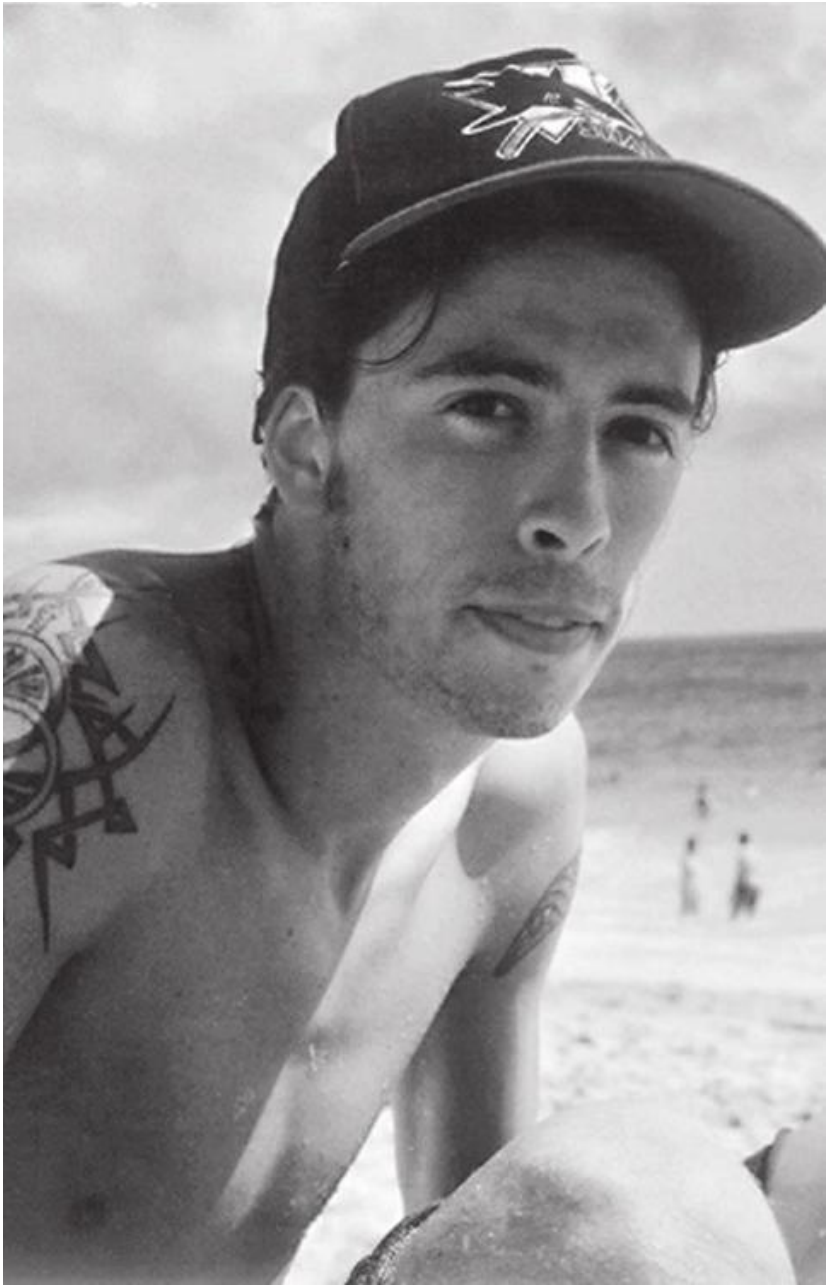
Llamé a un taxi y volví a la casa de Pete con un ojo morado y el rabo entre las piernas, para pasar con él otra semana, después de haber destrozado un Cabriolet descapotable perfecto que solo costaba doce dólares al día. Aquella semana extra en Los Ángeles no solo me brindó el tiempo suficiente para cuidarme el ojo morado, sino también para pensar en lo que tenía por delante. El mundo había abierto sus oídos a Nirvana. Éramos los extraños frikis a los que el mundo estaba mirando. ¿Podríamos sobrevivir?

Llegó la noticia de que Kurt estaba en un centro de rehabilitación en Los Ángeles. Aunque me preocupó, no me sorprendió. Me lo tomé como una buena señal. Igual que yo estaba al otro lado de la ciudad retomando la relación con mis viejos amigos, puede que él también estuviera encontrando algo de luz y de paz. Como nunca había conocido a nadie que hubiera estado en rehabilitación, fui tan ingenuo como para pensar que sería una solución rápida, como cuando te quitan el apéndice o las anginas. Aparte de la lucha de mi padre contra el alcohol, no sabía nada de adicciones. No tenía ni idea de la profundidad e intensidad de la lucha de Kurt. Todavía no sabía que la curación necesaria para liberarse de las garras de ese tipo de enfermedad es un proceso que dura toda la vida, suponiendo que uno sea capaz de aguantar sin volver a sumergirse en la oscuridad.

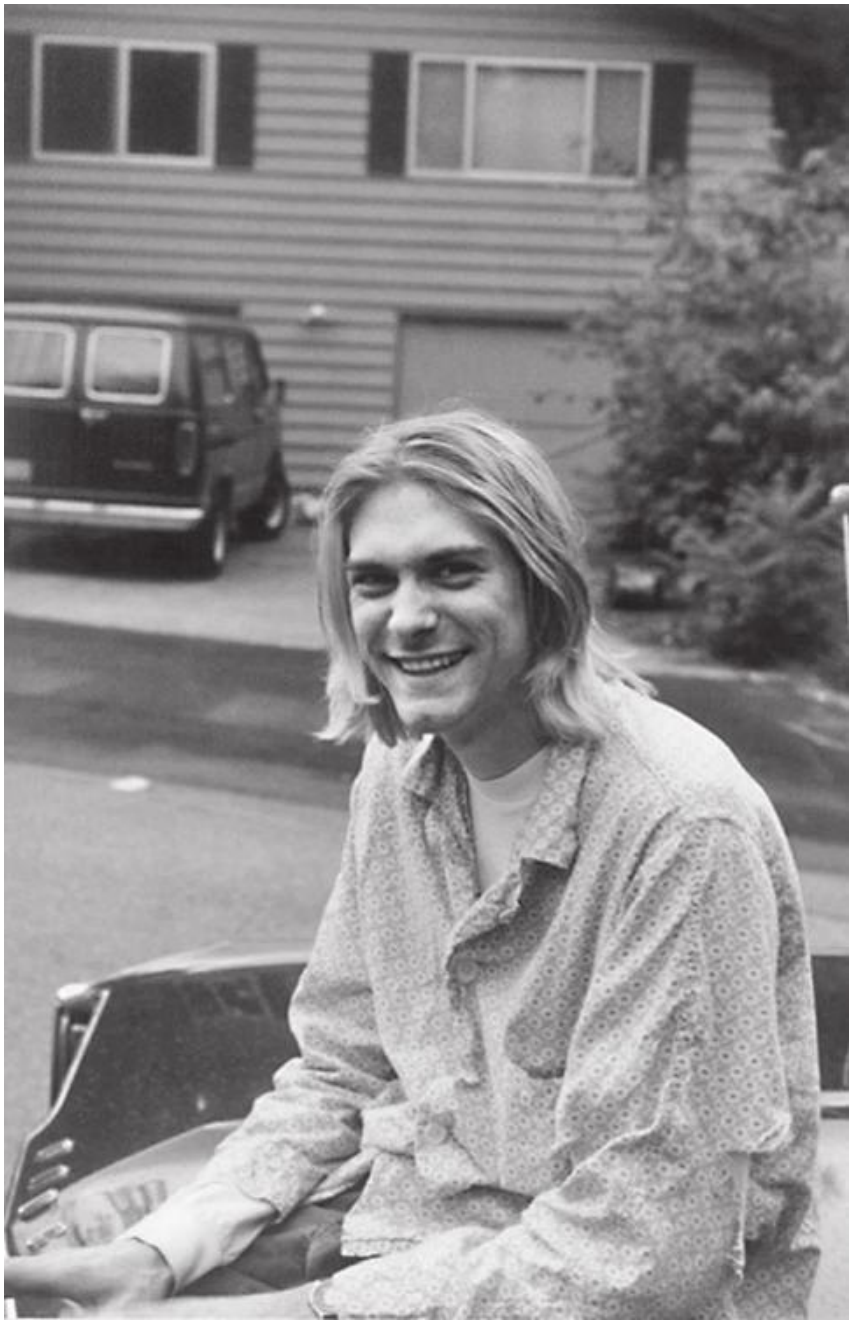
TODAVÍA TENÍAMOS MUCHOS DESEOS POR CUMPLIR. NO HABÍAMOS HECHO MÁS QUE EMPEZAR.

TERCERA PARTE

EL MOMENTO



NOS HA
DEJADO



«Nos ha dejado, Dave.»

Se me doblaron las rodillas y me derrumbé en el suelo de mi cuarto, solté el teléfono y me llevé las manos a la cara, llorando. Nos

había dejado. El chico tímido que me ofreció una manzana cuando nos conocimos en el aeropuerto de Seattle nos había dejado. Mi compañero de piso en Olympia, callado e introvertido, nos había dejado. El padre cariñoso que todas las noches jugaba con su preciosa niña detrás del escenario antes de cada concierto nos había dejado.

Me invadió una tristeza más profunda de lo que jamás habría podido imaginar. No podía hablar. No podía pensar. No podía mantenerme en pie. No podía respirar. Solo podía imaginarme su cara, sabiendo que nunca la volvería a ver. Nunca volvería a ver sus dedos, tan extraordinarios y planos, ni sus codos huesudos, ni sus penetrantes ojos azules. Porque nos había dejado. Para siempre.

Al cabo de un momento volvió a sonar el teléfono. Lo cogí, todavía en el suelo, aunque apenas podía hablar con el llanto.

—Espera…, no está muerto. Todavía está vivo…

Pegué un salto en la moqueta con el corazón acelerado.

—¿Qué…? ¿Estás seguro? —pregunté frenético.

—Sí…, todavía está en el hospital, pero ¡se salvará, Dave! ¡Se salvará!

En cinco minutos, pasé del peor día de mi vida a sentirme vivo otra vez. Colgué. Estaba aturdido. Estaba paralizado. Quería reír. Quería llorar. Una crisis nerviosa. Un limbo emocional. No sabía qué sentir.

Era mi primer roce con la muerte y estaba completamente perdido. Me había aplastado el dolor devastador de la pérdida y enseguida me lo habían quitado de encima como una broma horrible. Mi proceso de duelo cambió para siempre. Desde aquel día, perder a alguien cercano se convirtió en el complejo proceso de esperar esa llamada en la que me digan que todo ha sido un error, que no ha pasado nada, y luego desear que aflore el dolor cuando el teléfono no suena.

No se puede predecir el fallecimiento repentino de alguien, pero hay algunas personas en la vida que sabes que vas a perder y de algún modo te preparas para su muerte, por el motivo que sea. De un modo estúpido, tratas de levantar un muro que te proteja el corazón, como una especie de mecanismo de defensa para cuando recibas esa llamada. Como una vacuna emocional, te creas una inmunidad para su inevitable pérdida.

Pero nunca funciona.

El 3 de marzo de 1994 me desperté en Seattle con la noticia de que Kurt había sufrido una sobredosis en la habitación de un hotel de Roma. Puse inmediatamente las noticias y vi las imágenes en las que aparecía atado a una camilla mientras se lo llevaban al hospital en ambulancia, así que empecé a llamar como loco a todos los miembros

del equipo para preguntar qué estaba pasando, esperando que solo fuera otra sobredosis accidental. Había mucha confusión e informes contradictorios, algunos dolorosamente espantosos y otros alentadores. Por más que deseara estar allí, estaba a más de ocho mil kilómetros de distancia, sintiéndome totalmente inútil. Hacía solo dos noches que había estado con él en Múnich, dando el que trágicamente se convertiría en el último concierto de Nirvana.

Desde aquel día, levanté unos muros más altos.

Y treinta y seis días después, se me cayeron encima.

La noticia de la muerte de Kurt llegó por la mañana temprano, el 8 de abril. Pero esta vez era verdad. Nos había dejado. No hubo una segunda llamada para decir que había sido un error. No había vuelta atrás. Era el final. Colgué y esperé a que me aplastara el dolor devastador que me doblara las rodillas…, pero no llegó. Estaba atrapado en lo más hondo de mí mismo, bloqueado por el trauma del mes anterior, cuando lo dejé en un estado de conflictiva confusión emocional. No recuerdo mucho de aquel día, aparte de poner las noticias y oír su nombre una y otra vez. Kurt Cobain. Kurt Cobain. Kurt Cobain. Cada vez que se decía su nombre, cedían un poco más los muros que había levantado para protegerme el corazón. Kurt Cobain. Kurt Cobain. Kurt Cobain. Esperé a que mis defensas se derrumbaran, mandándome de nuevo al suelo, pero no se lo permití. Luché, por miedo a sentir aquel dolor otra vez. Kurt era mucho más que un nombre para mí; era un amigo, era un padre, era un hijo, era un artista, era un ser humano, y con el tiempo se había convertido en el centro de mi universo, ese punto alrededor del cual gira todo nuestro mundo, y era un hombre joven que todavía tenía muchos deseos por cumplir. NOSOTROS teníamos muchos deseos por cumplir.

Aquella noche fuimos todos a su casa para intentar consolarnos unos a otros, pero era un consuelo difícil de encontrar, porque, independientemente de cuántos roces hubiera tenido con la muerte, nadie se esperaba algo así. Yo, por lo menos, no. Se pasaba de la conmoción a la desesperación, a los recuerdos y de nuevo a la conmoción. Tenía a mi alrededor un salón lleno de gente, todas las vidas que había tocado, cada una de un modo distinto. Familiares, amigos de toda la vida, amigos más recientes, todos llorándolo, cada uno a su manera. La vida no volvería a ser igual para ninguno de nosotros, y ahora todos estábamos unidos para siempre por este hecho devastador, una herida que ciertamente dejaría su cicatriz. Durante años no pude pasar a un kilómetro de aquella casa del lago Washington sin que me asaltara una ansiedad devastadora al recordar el sonido de aquellos llantos.

Al día siguiente, me desperté, me fui a la cocina, empecé a preparar el café… y de pronto lo entendí. «No va a volver. Nos ha dejado. Pero… yo sigo aquí. Yo tengo que despertarme y vivir otro día, para bien o para mal.» No tenía sentido. ¿Cómo puede alguien… desaparecer? Parecía irreal. E injusto.

Muy pronto la vida se convirtió en una larga serie de primeras veces. Mi primer café desde que se fue, mi primera comida desde que se fue, mi primera llamada por teléfono, mi primera salida en coche… Era como si cada paso que daba fuera un paso más que me alejaba del tiempo en el que estuvo aquí, una sucesión de momentos en los que tenía que volver a aprenderlo todo. TENÍA QUE APRENDER A VIVIR OTRA VEZ.

«¡Empatía!», escribió en su nota de suicidio, y hubo momentos en los que le rogaba a mi corazón que sintiera el dolor que él debió de haber sentido. Le pedía que se rompiera. Intentaba que salieran las lágrimas mientras maldecía los muros que había levantado tan altos, porque no me dejaban sentir lo que tan desesperadamente necesitaba sentir. Maldije aquella voz que una vez me dijo por teléfono que había muerto antes de tiempo, dejándome en este estado de confusión emocional, sin vía de acceso a la tristeza que necesitaba purgar. Estaba atrapado bajo su peso, sabiendo que el dolor me estaba comiendo vivo, aunque estuviera enterrado tan hondo que no podía llegar hasta él. Me anestesiaron, cuando yo lo único que quería era sentir la cirugía que necesitaba para curarme.

A veces me avergonzaba por no poder sentir, pero con el tiempo entendí que no había una forma correcta o incorrecta de vivir el duelo. No hay un libro de texto, no hay ningún manual al que acudir cuando necesitas una guía emocional. Es un proceso que no se puede controlar, que te deja por completo a su merced, así que tienes que rendirte y someterte a él cuando enseña sus horribles garras, sin importar el miedo. Con el paso del tiempo, he aceptado que es así. Actualmente, todavía me siento abrumado a menudo por la misma tristeza infinita que me tiró al suelo la primera vez que me dijeron que Kurt había muerto.

¿Es el tiempo lo que dicta la intensidad del dolor cuando se pierde a alguien? ¿La intensidad emocional la determina simplemente el número de días que has pasado con esa persona? Aquellos tres años y medio que pasé con Kurt, un periodo relativamente pequeño en la cronología de mi vida, moldeó y de algún modo sigue definiendo a la persona que soy hoy. Siempre seré «el de Nirvana», y me siento orgulloso por ello.

Pero sin mi mejor amigo de la infancia, Jimmy Swanson, nunca

habría ido a Seattle, y su muerte abrió un agujero en mi vida totalmente distinto.

Me enteré de la muerte de Jimmy por el teléfono que tenía junto a la cama en la habitación de un hotel de Oklahoma City la mañana del 18 de julio de 2008. Había fallecido mientras dormía en la misma casa de North Springfield en la que descubrimos la música de niños, en el mismo sofá en el que veíamos la MTV durante horas soñando con tener algún día la vida de los músicos famosos a los que admirábamos.

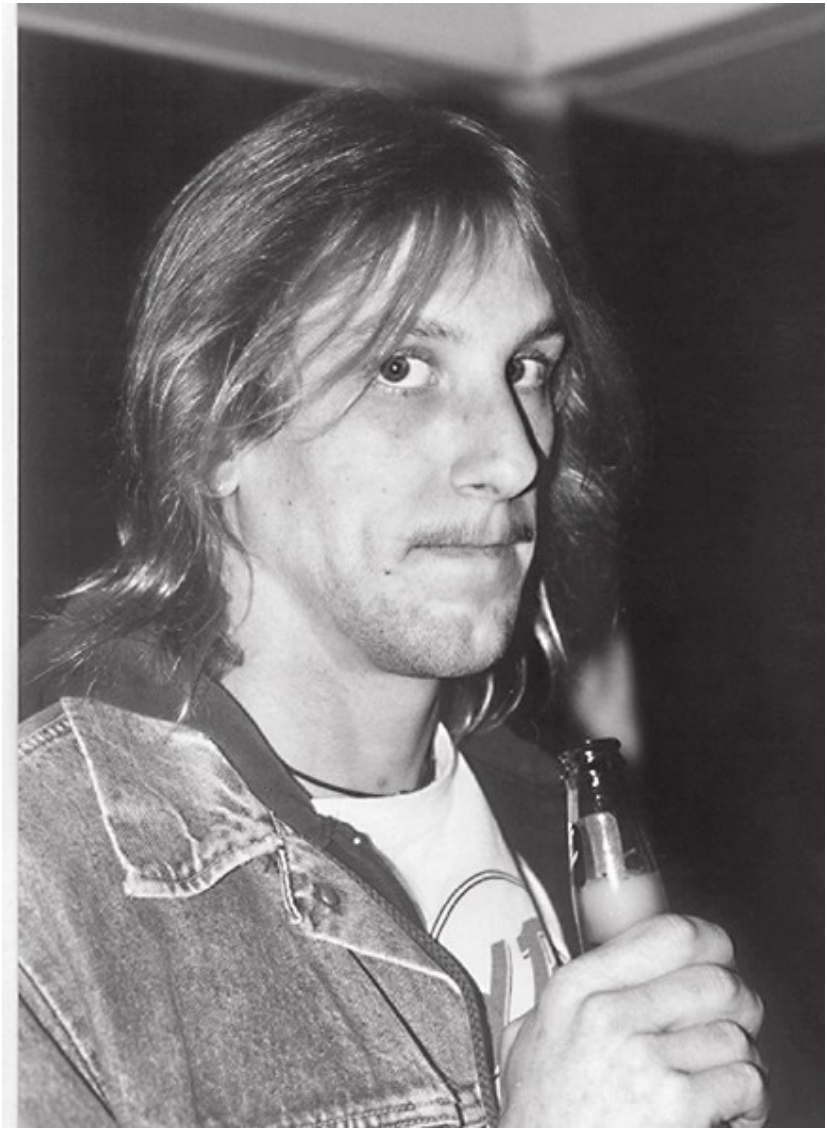
Colgué el teléfono, abrí las persianas de la habitación, miré al cielo y le hablé. Mientras que una vez nos pasábamos notas en los pasillos del instituto entre una clase y otra, ya solo podíamos comunicarnos a través del espíritu y la oración.

Una parte de mí murió con Jimmy. Él era mucho más que un ser humano para mí, él era mi hogar, y aunque nunca pueda dejarlo ir, tuve que dejar ir a la persona que era yo cuando él murió. Y así empezó otro proceso de primeras veces, pero esta vez fue más difícil, porque Jimmy y yo habíamos compartido muchas primeras veces. Como si hubiéramos sido dos gemelos siameses a los que separan después de muchos años compartiendo el cuerpo, me sentía solo y sin saber quién era, ahora que era independiente. Yo lo miraba, lo seguía y envidiaba su capacidad de vivir la vida exactamente como él quería, siendo completamente él mismo. A Jimmy lo quería todo el mundo, porque no había nadie en el mundo como él. Los dos descubrimos la individualidad juntos, pero cada uno la abrazó a su manera. Por más que a los dos nos gustara la música (y Jimmy también intentó tocar), nunca se sintió inclinado a seguir mi camino; él prefirió quedarse entre bastidores, aplaudiendo desde fuera.

Sentí la ausencia de Jimmy hasta en lo más profundo de mi ser. Cuando Kurt murió, yo solo tenía veinticinco años, y no estaba preparado para los retos que siguieron. Pero cuando Jimmy murió, yo tenía treinta y nueve, y para entonces ya entendía mejor la vida, por lo que también entendí mejor la muerte. Para entonces, ya era un hombre casado, y padre, y el líder de una nueva banda, y había aceptado las innumerables responsabilidades que todo ello conlleva. Ya no era un chico huesudo que se escondía detrás de una montaña de pelo y una batería gigante. Las emociones, conforme fueron madurando, también se volvieron más nítidas e intensas. Ya no podía limitarme a tragármelo todo para no sentir. Sabía que no habría ninguna llamada mágica por teléfono. Sabía que la muerte era definitiva. Sabía que el duelo era un camino largo e impredecible. EN CIERTO SENTIDO, PERDER A KURT ME PREPARÓ PARA PERDER A JIMMY CATORCE AÑOS DESPUÉS. Aunque fueron dos amistades

completamente distintas, las dos me formaron por igual, y las dos hicieron que llegara a ser la persona que soy hoy.

Aunque Kurt y Jimmy no eran «familia», los invité a serlo, y esa invitación a veces puede ser más íntima que cualquier lazo de sangre. No había ninguna obligación biológica; estábamos unidos por otras razones: espíritus paralelos, amor por la música y respeto mutuo. No puedes elegir a tu familia, y cuando pierdes a la familia, hay un imperativo biológico que implica un cierto tipo de duelo. Pero con los amigos eres tú el que configura la relación, lo que a su vez da forma a tu dolor, que puede ser aún más profundo cuando nos dejan. ESAS RAÍCES PUEDEN SER MUCHO MÁS DIFÍCILES DE ARRANCAR.



Estas muertes siguen resonando como un eco a lo largo de mi vida, y no hay día que pase sin que piense en Kurt y en Jimmy. Hay cosas muy sencillas que me los recuerdan: una canción en la radio que Jimmy acompañaba con una batería imaginaria mientras conducía su viejo y destartalado Renault; el batido de fresa que Kurt pedía a veces en la gasolinera para darse un capricho; el olor de la colonia Brut que Jimmy se ponía todas las mañanas, para su propio disfrute y de nadie más; el gorro a lo Elmer el Gruñón que solía ponerse Kurt para esconderse del público y las gafas Jackie O de montura blanca que se convirtieron en su firma. Es como si hubiera un recordatorio adondequiera que mire, y ha llegado un momento en el que ya no me rompen el corazón; me hacen sonreír.

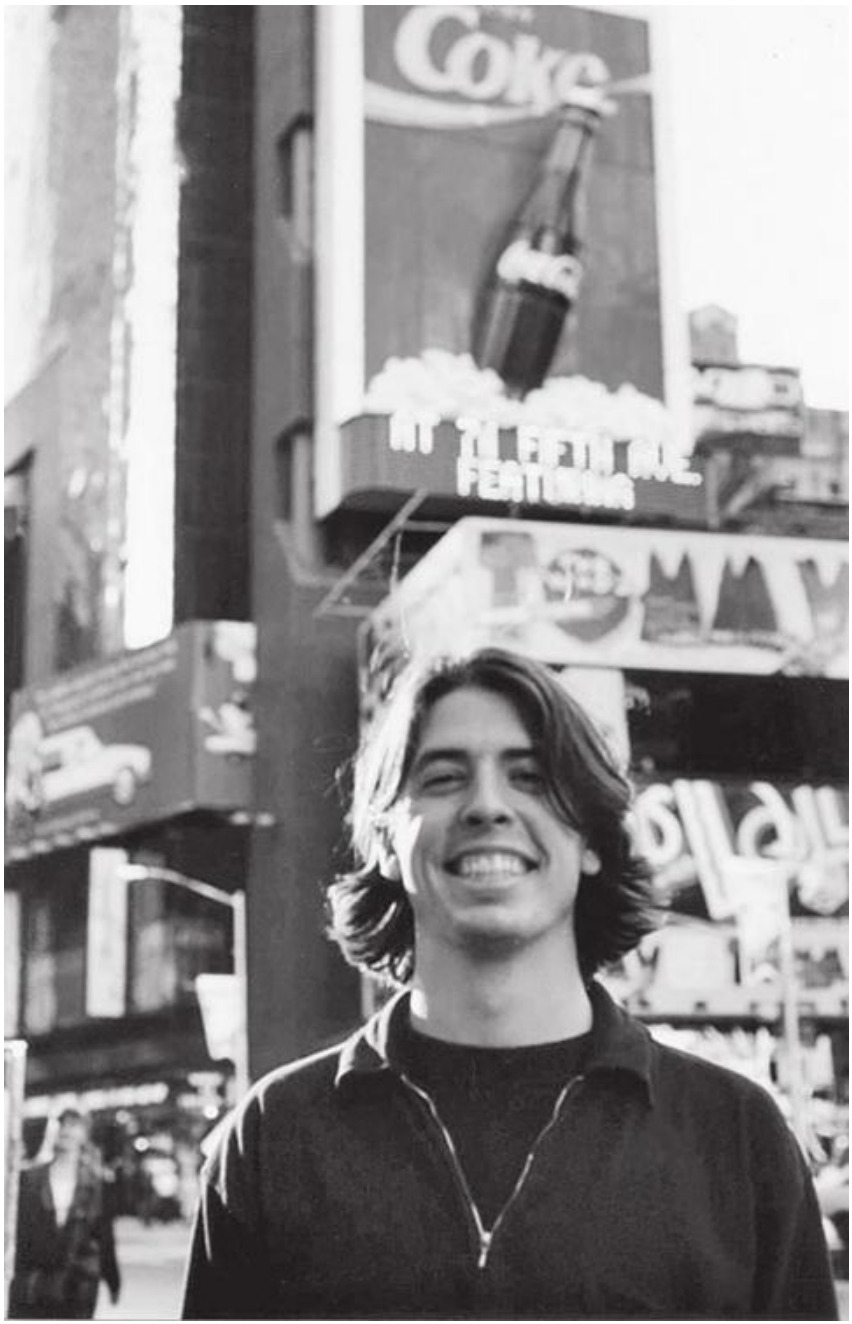
Pero al sentarme a la batería es cuando más cerca siento a Kurt. No es que suela tocar las canciones que tocábamos juntos, pero cuando me siento en la banqueta, todavía me lo imagino delante de mí, luchando con su guitarra mientras se desgañitaba delante del micrófono. Igual que mirar fijamente al sol te deja una quemadura en la retina, su imagen se ha quedado estampada en la mía cuando miro desde detrás de los tambores a la audiencia que tengo ante mí. Él siempre estará ahí.

Y cada vez que vuelvo a Virginia, siento muy cerca a Jimmy. Está en los árboles que trepábamos de niños, entre las grietas de las aceras por las que íbamos todas las mañanas al colegio y en cada valla que saltábamos para acortar por el barrio. Hay veces que hablo y son sus palabras, aunque la voz sea mía. Y cuando lo veo en sueños, no ha cambiado ni una pizca. Sigue siendo mi mejor amigo.

Aunque ya no estén con nosotros, los llevaré para siempre conmigo.

Los muros cayeron por fin.

LOS HEARTBREAKERS



—Dave, te llaman.

El ingeniero del estudio me pasó el auricular que había al final del largo cordón rizado y, para mi sorpresa, el que me llamaba no era otro que Ron Stone, un socio de mi mánager al que solíamos llamar «Old School» por el tiempo que pasó trabajando con artistas legendarios como Bonnie Raitt y Neil Young. Técnicamente, nunca habíamos trabajado juntos, por lo que era raro que me llamara a mí directamente, pero todavía más extraordinaria era la noticia que quería darme.

—Tom Petty quiere saber si estarías dispuesto a tocar con él en *Saturday Night Live*…

—Espera, ¿qué? ¿Por qué yo? —pregunté desconcertado—. Ese hombre puede llamar a cualquier batería del mundo, ¿y me llama a mí?

A ver, estamos hablando de Tom Petty, el floridano favorito de Estados Unidos, la encarnación de las bases de lo más genial de la clase trabajadora, la voz de décadas de éxitos del rock, como «Breakdown», «American Girl», «Refugee» y «Free Fallin'».

Su música era la banda sonora de miles de chupetones, canciones que rezumaban sensaciones y ritmos, ¿y estaba llamando al hombre que solo sabía tocar la batería de dos formas, encendida o apagada? No tenía sentido.

En aquel momento, Tom se estaba preparando para lanzar el que llegaría a ser uno de sus discos en solitario más famosos, *Windflowers*, pero acababa de separarse del batería de los Heartbreakers, Stan Lynch, por lo que necesitaba a alguien que ocupara la banqueta para una actuación promocional en *Saturday Night Live*. Cualquier invitación a los legendarios estudios de ese programa era un honor (dato curioso: hasta ahora me han invitado catorce veces, más que a cualquier otro músico), pero seguía sin entenderlo. Petty era uno de mis artistas favoritos, un héroe musical para millones de jóvenes inadaptados de las áreas suburbanas como yo, y el simple hecho de que conociera mi nombre ya era mucho que asimilar. Y eso sin tener en cuenta que apenas había tocado la batería, y mucho menos en vivo, desde el final de Nirvana. Desconcertado por una propuesta tan halagadora, le pedí que me dejara un par de días para considerarlo detenidamente. En ese momento, tenía la cabeza en otra parte. TENÍA QUE PENSAR MUY BIEN QUÉ QUERÍA HACER.

Sabía que tenía que llegar el día en que tuviera que dar ese salto, seguir con mi vida después de un año de luto, pero no estaba preparado para que el catalizador fuera algo así. Colgué el teléfono de la sala de control del estudio de grabación en el que había estado hablando con la guitarra colgada al cuello y retomé lo que estaba haciendo: grabar lo que, sin ser consciente de ello, se convertiría en el primer álbum de Foo Fighters.

Tras la muerte de Kurt, estaba perdido. Todos estábamos perdidos. El mundo se nos había hundido bajo los pies de un modo traumático y era difícil encontrar una dirección o faro que nos guiara por la niebla de una pérdida y tristeza tan tremendas. El que Kurt, Krist y yo estuviéramos unidos por la música hizo que la música adquiriera un sabor amargo. Lo que un día fue la mayor alegría de mi vida se había convertido en mi mayor tristeza, de modo que guardé mis instrumentos y apagué la radio, temiendo que hasta la más suave melodía pudiera dejarme paralizado por el dolor. Era la primera vez en mi vida que rechazaba la música. Pero no podía dejar que me volviera a romper el corazón.

Durante los meses que siguieron a su pérdida me sentí como un pez atrapado en una pecera de cristal, nadando todo el día de un lado a otro pero sin ir nunca a ningún sitio. Solo tenía veinticinco años y toda la vida por delante, pero me sentía como si mi vida también hubiera terminado. La idea de poner mi batería en el escenario detrás de otra persona, más que desalentadora, era absolutamente deprimente. Era demasiado joven para esfumarme, pero demasiado

mayor para empezar de nuevo. Podía salir de ahí y unirme a otra banda, claro, pero siempre se me conocería como «el de Nirvana», y en el fondo sabía que nada podría compararse jamás con lo que Nirvana le había dado al mundo. Eso es algo que solo pasa una vez en la vida.

Después de pasarme meses y meses dando vueltas en sofocantes episodios de introspección, decidí que necesitaba salir de Seattle y aclararme las ideas, así que me fui a un rincón del mundo que siempre había adorado, un lugar tranquilo y de gran belleza natural en el que esperaba poder recuperarme de una vida rota en casa: el Anillo de Kerry. Sito al suroeste de Irlanda, en una zona maravillosa y remota, el Anillo de Kerry es como regresar a lo que la tierra debió de haber sido hace miles de años, antes de que el hombre la tallara con bloques de cemento y autopistas abarrotadas. Con un paisaje de kilómetros y kilómetros de campos verdes dominando los pueblos costeros, allí se respiraban la calma y tranquilidad que necesitaba para volver a empezar desde cero. Ya había estado allí una vez, cuando pasé una semana con mi madre y mi hermana en un viaje que nos llevó desde Dublín hasta Dingle por carretera, antes del Reading Festival de 1992 de Nirvana (nuestro último concierto en el Reino Unido), y me sentí más identificado con aquel paisaje que con ningún otro lugar del mundo. Tal vez fuera por los orígenes irlandeses de mi madre, o quizá por el ritmo de vida, que era parecido al de las zonas rurales de Virginia a las que iba a cazar de niño, pero, fuera lo que fuese, el hecho es que me sentía en casa en aquel lugar aislado y tranquilo. Desearía estar allí ahora.

Un día, mientras esquivaba los baches y profundos surcos de una remota carretera rural con mi coche de alquiler, vi en la distancia a un joven haciendo autostop. A juzgar por el pelo largo y grasiento y la parka ancha, me imaginé que sería un cantante de rock que, al estar a varios kilómetros del pueblo más cercano, necesitaría desesperadamente que alguien lo acercara adondequiera que fuese. Cuando me fui acercando decidí que lo llevaría, hasta que vi una cosa que de pronto me hizo cambiar de idea.

Llevaba una camiseta de Kurt Cobain.

Una oleada de ansiedad me asaltó como una sacudida en la silla eléctrica, y lo adelanté a toda velocidad con la cabeza gacha, esperando que no me reconociera. Me temblaban las manos y sentí que me estaba mareando, atrapado en las garras de un ataque de pánico que me dejó paralizado. Allí estaba yo, intentando desaparecer en la zona más remota que pude encontrar, tratando de poner orden a una vida que se había vuelto del revés tan solo unos meses antes; y allí

estaba la cara de Kurt, mirándome directamente a mí, como si quisiera recordarme que daba igual lo lejos que intentara huir, porque nunca podría escapar de mi pasado.

Aquel fue el momento que lo cambió todo.

Regresé a Estados Unidos y decidí que había llegado la hora de ponerme a trabajar. Sin una banda ni un plan concreto, me dediqué a lo que siempre había hecho que me sintiera más cómodo: grabar canciones yo solo. Aprendí a hacerlo cuando tenía doce años, utilizando dos radiocasetes, una vieja guitarra y unas cuantas ollas y sartenes. Mi método era muy sencillo: grababa una parte de guitarra en una cinta, la sacaba, la ponía en el segundo radiocasete, le daba a *play* y me grababa tocando la «batería» mientras sonaba la grabación de la guitarra en el primer radiocasete, y así hasta terminar la canción. Prácticamente, era una grabación multipista, aunque ni siquiera me daba cuenta. Escribía canciones ridículas sobre mi perro, el colegio y Ronald Reagan, pero me fascinaba el proceso, así que lo hacía bastante a menudo. ¿Lo mejor? Que nadie lo supo nunca, porque me daba un miedo terrible que alguien llegara a oír los chillidos de mi voz preadolescente.

Más adelante, cuando empecé a pasar tiempo y a grabar con mi amigo Barrett Jones en la grabadora de ocho pistas de su estudio subterráneo en Virginia, ya estaba acostumbrado a decidir yo solo el orden de los instrumentos, ordenando sistemáticamente las guitarras, la batería y la voz como hacía de niño, aunque habíamos sustituido el radiocasete RadioShack por el equipo profesional de bobina abierta de Barrett. Nunca quise imponerme (y no tenía dinero para pagarle por los servicios de ingeniería de sonido), así que esperaba a que terminara la sesión de algún músico y después le preguntaba tímidamente: «¿Queda un poco de cinta en la bobina? Me gustaría probar una cosa…». Como sabía que lo que le estaba pidiendo era mucho (y ya me había fumado gran parte de su hierba), pasaba de un instrumento a otro lo más rápido que podía, haciendo solo una toma de batería, una de guitarra y otra de bajo, para no hacerle perder mucho tiempo y no aprovecharme demasiado de su generosidad. Después me iba a mi casa y escuchaba mi pequeño experimento una y otra vez, imaginando lo que sería capaz de hacer si tuviera más de quince minutos para grabar una canción.

Cuando Barrett se mudó a Seattle y encontramos una casa juntos, su estudio estaba en MI sótano, de forma que aproveché la coyuntura y empecé a componer canciones que, aunque seguían siendo primitivas y todavía no estaban listas para que el mundo las pudiera oír, sí tenían un cierto grado de evolución. «Alone and Easy Target»,

«Floaty», «Weenie Beenie», «Exhausted» y «I'll Stick Around» solo eran algunas de las decenas de canciones que grabamos en nuestro pequeño sótano los días de lluvia, y así fui acumulando lo que mucho tiempo después llegaría a ser el repertorio de Foo Fighters. Nirvana estaba en pleno auge en aquella época, y, desde luego, no necesitábamos ninguna ayuda en el departamento de composición, así que me guardé las canciones para mí, recordando el viejo chiste del batería: «¿Qué fue lo último que dijo el batería antes de que lo echaran de la banda? ¡Eh, chicos, he compuesto una canción que creo que deberíamos tocar!».

Así pues, sin nada que perder y ningún otro lugar al que ir, volví de Irlanda y reservé seis días en un estudio de veinticuatro pistas que había en la calle de mi casa, en Richmond Beach, Robert Lang Studios, una instalación de vanguardia construida en la ladera de una enorme colina con vistas al Puget Sound. Ya había grabado otras veces allí, incluida la última sesión de Nirvana, cuando grabamos nuestra última canción, «You Know You're Right», aquel mismo año. El ecléctico y excéntrico propietario del estudio, Robert Lang, quiso construir un estudio de grabación debajo de su casa a principios de los setenta y se pasó quince años excavando cada vez a mayor profundidad en la colina, sacando miles de camiones de escombros para crear lo que solo puede describirse como un gigantesco búnker de hormigón con una enorme colección de micrófonos antiguos. Pero la mayor diferencia con los otros estudios radicaba en los materiales que utilizó para las salas de grabación: mármol y piedra. En lugar de la cálida absorción de la madera natural y amortiguadores de sonido artificiales, sus salas tenían la implacable reflexión de la piedra dura, lo que daba un sonido mucho más «vivo». En realidad, Nirvana se decidió a grabar allí por el mármol chino verde oscuro, porque en nuestra primera visita al estudio, Bob nos enseñó una losa en la que él veía una figura con forma de santo, un halo, una paloma y la imagen de la resurrección descendiendo. Y eso fue suficiente para que Krist Novoselic y yo dijéramos: «¡TENEMOS que grabar aquí! ¡Este tío… es una PASADA!»; además, estaba tan cerca de mi casa que podía ir montado en mi kart con motor de cortacésped.

Reservé del 17 al 22 de octubre de 1994 y empecé a prepararme. De las innumerables grabaciones que Barrett y yo habíamos hecho a lo largo de los años, escogí las quince canciones que me parecieron mejores, reuní el equipo y tracé un plan: cuatro canciones al día durante cuatro días; y los últimos dos días, para la voz y la mezcla. Si grababa al ritmo que había seguido siempre, pasando a toda velocidad de un instrumento a otro, haciendo solo una o dos tomas antes de

pasar al siguiente, podría conseguirlo. Me hice un programa, decidiendo qué canciones grabaría cada día, y me puse a ensayar como loco, sabiendo que no tendría tiempo que perder. Seis días en un estudio me parecían una eternidad, pero tenía que demostrar que era capaz de afrontar el reto que me había propuesto, y que era el único motivo para llevar a cabo este nuevo proyecto.

Barrett y yo montamos el equipo el lunes por la mañana, hicimos café, comprobamos el sonido, y para mediodía ya estábamos listos para grabar. La primera fue una canción nueva, «This Is a Call»: toqué la batería en una sola toma, inmediatamente cogí la guitarra, terminé enseguida y me fui directo al bajo. En cuarenta y cinco minutos, la parte instrumental estaba hecha. La siguiente era «I'll Stick Around». Lo mismo: batería, guitarra, bajo, y en cuarenta y cinco minutos, fuera. Después, «Big Me»; luego «Alone and Easy Target»… Al final del primer día habíamos alcanzado nuestra cuota de cuatro canciones con tiempo de sobra, y mi gran reto ya no parecía tan desafiante. De hecho, me sentí… bien.

Para mí, no era una simple sesión de grabación, sino algo profundamente terapéutico. La continuación de la vida. Era la desfibrilación que necesitaba para que el corazón volviera a su ritmo normal, un impulso eléctrico para restaurar mi amor y fe en la música. Más allá de coger un instrumento y sentirme productivo o prolífico, volvía a ver una vez más por el parabrisas, en lugar de mirar por el espejo retrovisor.

Al final de la semana, no solo logré mi objetivo de terminar las quince canciones (que además había grabado en el orden en que aparecerían en el álbum), sino que también accedí a tocar con Tom Petty en *Saturday Night Live*, lo que representaba un gran paso hacia mi vida anterior, pero ya sin ningún miedo. Ahora veía la luz al final del túnel. No consideraba ninguna de las dos cosas como algo definitivo, solo eran pequeños pasos hacia delante. No tenía una visión de lo que vendría después. Todavía no.

Llevé el máster de grabación de Barrett a un sitio en el que se hacían duplicados en el centro de Seattle y decidí hacer cien copias de mi nuevo proyecto, imaginando que podrían oírlas los amigos, la familia y todo el que estuviera interesado en lo que hubiera hecho «el de Nirvana» desde el final de la banda. Había mantenido mis canciones en secreto casi toda la vida, pero ahora estaba dispuesto a enseñárselas al mundo porque me sentía orgulloso de ellas, más que de cualquier otra cosa que hubiera grabado antes. No era solo por las impresionantes habilidades de Barrett con el sonido; se trataba más bien de una gratificación personal. Por fin había salido a la superficie

con la respiración exagerada del que lleva demasiado tiempo debajo del agua.

Aunque había tocado todos los instrumentos (menos una pista de guitarra que tocó mi amigo Greg Dulli de los Afghan Whigs, al que le pasé la guitarra un día que vino al estudio de visita), me horrorizaba la idea de un trabajo en solitario. No podía imaginar que «The Dave Grohl Experience» fuera un nombre que hiciera que la gente saliera corriendo a la tienda de discos y, sinceramente, sabía que la conexión con Nirvana condicionaría la objetividad de quienes lo oyeran. Por lo tanto, decidí seguir un camino más anónimo, inspirándome en Stewart Copeland, el batería de Police, y su «trabajo en solitario» de 1980, Klark Kent. En aquella época, Police era una banda emergente, así que, para no alterar la carrera del grupo, Stewart grabó bajo el pseudónimo Klark Kent, tocando él solo todos los instrumentos, como había hecho yo. Me encantaba el misterio que entrañaba. Y como siempre había sido un gran fan de los ovnis, saqué una frase sencilla de un libro que estaba leyendo en aquel momento, *Above Top Secret*, una colección de informes sobre avistamientos de ovnis por parte del ejército a principios de los años cuarenta. En un capítulo que trataba de naves no identificadas que se habían avistado sobre Europa y el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, encontré un término que solían usar en el ejército para referirse a unas inexplicables bolas de luz brillante y pensé que resultaría lo suficientemente misterioso para mí. Además de dar la idea de un grupo de gente, sonaba como el nombre de una banda callejera: Foo Fighters.

Diseñé todo el interior del casete, eligiendo el tipo de letra y el color del papel, y escribiendo los créditos y los nombres de las canciones, y cuando salí del sitio en el que harían las copias me sentí muy orgulloso, sabiendo que mi premio llegaría a finales de semana. Estaba contentísimo. La recompensa era muy sencilla: lo había hecho yo solo.

Mientras esperaba, me preparé para ir a Los Ángeles para el ensayo con Tom Petty. Me habían enviado las dos canciones que tocaríamos en el programa, «You Don't Know How It Feels» y «Honey Bee», y me puse a escucharlas una y otra vez, intentando memorizar los sublimes *licks* de batería de Steve Ferrone y dejarme empapar por su sensación perfecta. Mi estilo distaba mucho de su ritmo relajado, de manera que me concentré en encontrar algún tipo de «zen» que calmara mi método anárquico. Estaba a punto de tocar con el único e inimitable Tom Petty.

Cuando llegué a las afueras de Hollywood y entré en el enorme espacio dedicado a los ensayos del Valle de San Fernando, un templo

de cachemira e incienso con un gigantesco tótem en un extremo de la sala, la banda y el resto del equipo me recibieron con la más amable, real y sincera bienvenida. Los Heartbreakers eran lo mejor, con su apacible seguridad y tenues acentos sureños. Me hicieron sentir como en casa y valorado, haciendo todo lo posible por ayudarme a vencer los nervios que sin duda notaron que tenía. Al fin y al cabo, eran unas verdaderas estrellas del rock y estoy seguro de que tenían ese efecto en casi todo el mundo, pero con su amabilidad y empatía se esforzaron por hacerme sentir cómodo. Mientras hablábamos, fui colocando el elevador del bombo. En un momento dado, le di un fuerte ¡PUM! que estremeció toda la sala por el volumen, y ellos se miraron y se rieron como diciendo: «Joder, ¿en qué nos hemos metido?».

Y luego estaba Tom. Era exactamente como me lo imaginaba, la serenidad en persona, y cuando me saludó, la voz de miles de bailes de instituto salió de su boca como la miel. En cuestión de minutos, todos los nervios que me habían acompañado en mi día de excursión al campamento de rock and roll se desvanecieron, y empezamos a tocar. Apenas podía contener el entusiasmo, así que supongo que le estaba poniendo un poco más de músculo de lo que solía poner, porque la banda estaba prácticamente retorcida de dolor por el volumen de la batería. Nos pasamos la tarde improvisando, pasando el rato y conociéndonos mejor entre un ensayo y otro. Para cuando terminamos, habían conseguido que me sintiera un miembro honorario de los Heartbreakers. Me sentía como si fuéramos una banda, y era una sensación que no había tenido en mucho mucho tiempo.

Nos reunimos una semana después en los estudios de *Saturday Night Live* para la prueba de sonido, que solía ser los jueves. Ahí es cuando el equipo de *Saturday Night Live* establece los niveles de sonido correctos y ajusta la cámara. Primero, haces una prueba de sonido y ensayas, tocando dos o tres veces cada canción para sintonizar los monitores del escenario y que todo suene bien en la sala de control; luego haces un descanso para comer y, al cabo de una hora, vuelves para que ajusten la cámara, que es cuando el director comprueba los ángulos de la cámara y los movimientos para cuando se toque en vivo. No suele ser un proceso complicado, solo unas cuantas tomas, y ellos lo hacen con bastante soltura después de tantas décadas de experiencia.

Pero después de la primera toma para el ajuste de la cámara, el director de escena se acercó a mi enorme batería y dijo: «Eh…, Dave…, ¿se podría mover el pedestal del tom unos centímetros a la

izquierda? Nos cuesta verte la cara».

Yo estaba aterrorizado y avergonzado ante aquellos héroes, y no estaba seguro de cómo responder. No quería agitar las aguas, pues no era más que un humilde invitado a un viaje espectacular, así que ¿por qué carajo era tan importante que se me viera? ¡Era la actuación de Tom Petty! Miré a Tom para que me orientara, y me devolvió una mirada que decía: «No dejes que te digan lo que tienes que hacer, chico. Quédate en tu sitio», así que repliqué: «Eh…, no, tiene que ir ahí, es mejor no moverlo».

En cuestión de segundos apareció un hombre con un micrófono más pequeño para la batería, esperando que así la cámara me viera mejor. Tocamos la canción otra vez, pero el director de escena volvió a venir, y esta vez se acercó a Tom. «Perdone, señor Petty, ¿se podría mover unos centímetros a la derecha?»

Eso sí que era echarle valor. Hay que tener huevos. Hasta se podía oír un alfiler que cayera al suelo en aquel escenario, un escenario que Tom conocía muy bien, puesto que ya había estado allí cuatro veces. «No, amigo, nos hemos pasado todo el día trabajando para que suene bien y por fin lo hemos conseguido. Si mueves algo, se va todo a tomar por culo.»

El director siguió insistiendo y suplicándole hasta que Tom levantó las manos y cedió. «Está bien, pero te lo digo ya, se va a ir todo a tomar por culo.»

Movieron los monitores y el micrófono de Tom unos centímetros a la derecha e hicimos la siguiente toma. Cuando Tom se acercó al micrófono para cantar el primer verso, se produjo un chirrido tan penetrante que todos dejamos de tocar para taparnos las orejas. «Mierda… —pensé—, ahora verás.»

Tom estaba enfadado, pero de una forma en que solo él puede estarlo. Ni por un momento perdió la compostura. Se limitó a mirar al escenario y decirle al director: «Tú, ven aquí. —El pobre hombre se subió al escenario, sabiendo que aquel error podía marcar toda su carrera, y con su famoso acento sureño, Tom continuó—: Solo quiero que me digas lo que te acababa de decir». El director lo repitió palabra por palabra, y entonces Tom dijo: «Exacto. Y ahora, ponlo como estaba».

Para mí, aquello no fue una reprimenda ni una humillación. Más bien fue un hombre que había luchado toda su vida por aquello en lo que creía, enfrentándose a innumerables adversidades y a un sector desmoralizador, dejándole claro al mundo que no podía joderlo. Me sentí orgulloso de ser su batería en aquel momento: no el de Nirvana, sino el batería de Tom Petty.

El espectáculo fue genial. Tocamos las dos canciones con ritmo e intensidad, y en la corta semana y media que pasamos juntos estaba empezando a sentirme sorprendentemente cómodo con la dinámica relajada de la banda, que era algo que nunca había experimentado ni de lejos en los tres años y medio de Nirvana. Sin lugar a dudas, la incómoda disfunción de Nirvana causó mucho ruido, pero la sensación de familia y comunidad de los Heartbreakers parecía mucho más sana y menos caótica. Aquello era exactamente lo que necesitaba para aliviar mis traumas del pasado y recordar que la música es la celebración de la alegría y la vida. Era la ocasión perfecta para volver a ponerme de pie, pensé.

Entonces Tom me pidió que considerara la idea de volver a tocar con él.

Aquello lo cambiaba todo. Fue un giro inesperado del destino, que hizo que la experiencia fuera más gratificante, pero también más confusa. ¿Cómo iba a rechazar una oportunidad así? Jamás en la vida se me habría ocurrido pensar que fuese capaz o mereciera una propuesta como aquella, pero, joder, qué bien sentaba que me la hicieran. Mientras estábamos en el estrecho pasillo del camerino después de la actuación, me pidió que me lo pensara, y yo se lo agradecí inmensamente, todavía impresionado de estar hablando con el hombre que escribió el clásico «Runnin' Down a Dream», una canción que habla sobre seguir el tortuoso camino de la vida, con todas sus vueltas y revueltas, sin saber nunca adónde puede llevarte.

Cuando volví a casa, fui a recoger mis cien casetes, que me entregaron cuidadosamente empaquetados en una caja de cartón y yo metí en mi furgoneta como si se tratara de un bebé que sale del hospital por primera vez. ¿Había dejado mi corazón en Nueva York con Tom Petty o estaba en aquella caja de cartón llena de casetes recién nacidos?

TENÍA QUE ELEGIR.

La sensación que tuve con los Heartbreakers fue inmensamente gratificante, reconfortante y necesaria en aquel momento, pero en el fondo sabía que nunca llegaría a ser un verdadero Heartbreaker. Ellos habían compartido décadas de historia, y por muy encantadores y acogedores que fueran, yo seguiría siendo «el de Nirvana», un título del que me sentía muy orgulloso, pero que también implicaba un peso enorme.

Me encantaba la música de Tom, y habría sido genial tocar sus canciones noche tras noche, pero… no eran mías. Volvimos a hablar por teléfono y Tom me explicó que sus giras eran muy agradables: tendría mi propio autobús y los programas eran muy relajados, sin los

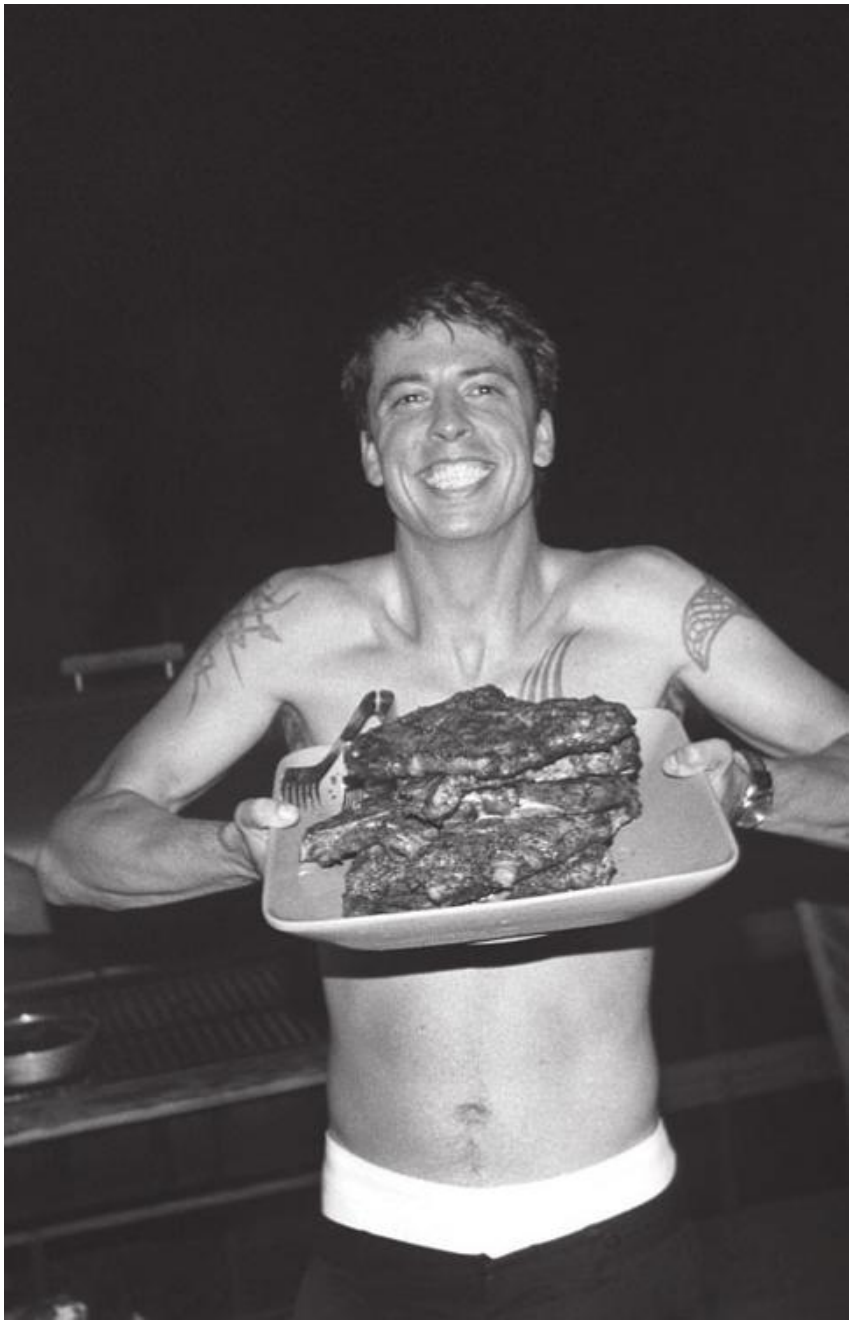
agotadores recorridos en furgoneta a los que estaba acostumbrado. Todo sonaba perfecto. Demasiado perfecto para mí, porque con veinticinco años seguía hambriento, y no estaba preparado para relajarme con «algo seguro». Seguía teniendo la inquieta energía de un adolescente, esa energía que te impulsa hacia lo desconocido, aunque a veces dé miedo.

Por lo tanto, decliné educadamente su oferta y decidí que aquella caja que tenía en el maletero iba a ser la llave hacia mi nueva vida. No era en absoluto segura, pero nunca lo es.

Yeah, I'm runnin' down a dream
That never would come to me
Workin' on a mystery
Goin' wherever it leads
Runnin' down a dream **[8]**

RIP Tom Petty, 1950-2017

SWEET VIRGINIA



—Voy a necesitar un poco de privacidad, así que… nada que esté por debajo de los cuatrocientos acres —dije con mucha seguridad.

—¡Guau! —contestó sorprendida Connie, mi agente inmobiliaria—. De acuerdo, bueno, pues deja que te lo mire y te preparo una lista de visitas lo antes posible.

No me esperaba ese tono de sorpresa, la verdad. A mí me parecía bastante razonable, teniendo en cuenta que estaba buscando una casa para mí, una casa de huéspedes para la banda y un granero que pudiera convertir en estudio de grabación para cumplir mi sueño de «cabalgar hacia el amanecer» siendo completamente independiente en una tranquila ciudad de Virginia.

Aunque no tenía ni idea de lo grande que era un acre.

Después de siete años en Seattle, la vida por fin seguía su curso. Llegué a Seattle totalmente solo, viví en un estado de aislamiento emocional y de desolación miserable, encontré mi ritmo con un nuevo grupo que se convirtió en la banda más grande del mundo, todo se hundió bajo mis pies y volví a empezar desde cero. Toda una vida en sí misma. Por más cariño que les tuviera a la ciudad y a los amigos que me fui haciendo a lo largo de los años, la verdad es que había dejado mi corazón en Virginia, mi eterno hogar. Cuando crecía entre las colinas y los altos robles de las afueras jamás pensé que viviría en otro lugar, por mucho que quisiera romper con su serena monotonía y previsibilidad. Siempre pensé que terminaría donde había empezado.

Cuando en el otoño de 1996 comenzamos a grabar el segundo álbum de Foo Fighters, *The Colour and the Shape* (el más famoso hasta ahora), en Bear Creek, un estudio de las afueras de Seattle, sentía que mi tiempo en el noroeste del Pacífico estaba tocando a su fin. No era solo la sensación de haberme sentido siempre como un visitante, como un injerto más en una ciudad que protege ferozmente sus valiosas raíces, sino que los estertores de mi primer matrimonio ya estaban en su último trance, proyectando una sombra sobre nuestras sesiones de grabación en las profundidades de los bosques al tiempo que se avecinaban los meses más oscuros del invierno (temas evidentes en las letras del álbum). El fuego que Seattle encendió en mi corazón se estaba extinguiendo, y pese a todos mis intentos por avivar las brasas, nunca podría volver a arder del mismo modo. «Tengo que irme a otro sitio —pensaba—. Esta ya no es mi ciudad.»

O como dijo una vez Pat Smear: «Demasiados fantasmas».

Pero antes de volver al este, al lugar que consideraba mi hogar,

decidí hacer una parada de doce meses en Los Ángeles (mi versión de *Días sin huella*), para hacerme una idea de mi reciente emancipación a solo unas manzanas del barco hundido lleno de luchadoras de barro del que una vez logré escapar. Como ya no sobrevivía a base de latas de alubias cocidas y donaciones de un dólar, podía darme el lujo de tener mi propia casa (y comida). Alquilé una casita agradable de dos habitaciones que estaba al final de la calle Sunset Strip y me lancé a disfrutar de ella con imprudente abandono, ahora que ya no estaba atado a nada ni a nadie. Los Foo Fighters habían dejado de ser un proyecto paralelo e improvisado y ya éramos una banda, aunque la grabación del segundo álbum nos lanzó a un terreno inestable (el batería original, William Goldsmith, nos dejó cuando yo regrabé sus pistas de batería, aunque por suerte pudo ser reemplazado por el cualificadísimo Taylor Hawkins, y Pat Smear se marchó temporalmente poco después). Tras superar los desafíos de aquella grabación, necesitaba desahogarme.

La sensación de liberación me impulsaba a disfrutar de todo lo que había estado negándome todos aquellos años, y no opuse resistencia. Después de años bebiendo jarras de Hefeweizen y las sofisticadas cervezas del noroeste del Pacífico, mi nuevo compinche, Taylor Hawkins, me introdujo en el mundo de una combinación mucho menos pretenciosa y más letal, Coors Light con tequila. Cualquier reparo que antes hubiera podido tener a la hora de soltarme el pelo desapareció, dejando un rastro de botellas de Patrón y rodajas de lima masticadas. En aquel momento, el antiguo vocalista de Scream, Pete Stahl, estaba trabajando en el Viper Room, un antro de vicio hedonista, convenientemente situado en mi calle, que terminó siendo mi guarida nocturna, en el que bebía hasta que salía el sol, y que normalmente terminaba hecho un cueva de despojos a la hora de cerrar. Fue un año divertido, por decirlo de algún modo. Pero después de doce meses de libertinaje me di cuenta de que aquel no era el amanecer hacia el que quería cabalgar, de forma que dirigí la mirada hacia otro horizonte mucho más sano: el paraíso rural de Virginia.

Volví al este para encontrarme con Connie y emprendimos la búsqueda de una casa en la pequeña y evocadora ciudad de Leesburg. A solo una hora del bullicio cosmopolita de Washington D. C., esta ciudad, que data de 1740, posee edificios históricos en cada esquina, muros de piedra y kilómetros de serpenteantes caminos de caballo. Era como volver a mi juventud, cuando me pasaba los veranos recorriendo estos campos en busca de proyectiles de la guerra civil y cazando palomas con un calor sofocante, y los inviernos poniendo señuelos para gansos en el barro helado y endurecido antes del

amanecer, esperando a que llegaran las bandadas desde algún pozo excavado en la tierra fría para poder llevarme la cena a casa. Esos recuerdos me embargaron de camino a la primera visita, pero cuando llegamos Connie me comentó:

—Esta parcela es un poco más pequeña de lo que estabas buscando, pero la casa es maravillosa, y tiene la casa de huéspedes y el granero que querías.

—¿Cuánto más pequeña? —le pregunté decepcionado.

—Tiene unos cien acres —contestó.

«¿Cien acres? ¡Eso no es nada!», pensé. ¿Cómo iba a poder desaparecer y tocar con mi banda hasta la madrugada en solo cien acres?

—Bueno —dije—, ya que estamos aquí, vamos a verla…

En el porche de aquella inmaculada mansión de doscientos años, que en su día fue una cabaña para la caza del zorro, me sentí muy pequeño entre las enormes columnas que se elevaban por encima de nosotros, y mientras contemplaba la extensión de los exuberantes campos verdes que descendían ante nosotros me di cuenta de por qué mi agente se quedó tan sorprendida cuando la llamé. Cien acres era una maldita granja. ¿Y cuatrocientos acres? Eso era un condado entero. Desde luego, no era agrimensor, y me sentía mortificado por mi ignorancia en temas agrícolas, pero también sobrecogido por la inspiradora belleza de la finca que se desplegaba ante mí, con el perímetro marcado por una barrera natural de árboles que se extendían hacia un riachuelo en la distancia. «¡Joooder! —pensé—. ¿En qué me he metido?»

Después de recorrer toda la casa principal (que era demasiado parecida a la Casa Blanca, un lugar en el que es seguro que no viviré), nos encaminamos hacia la casa de huéspedes, donde de pronto entendí que todo aquello era un error. Allí estaba, a punto de «desaparecer del mapa», literalmente, dispuesto a cabalgar hacia el amanecer y que nadie volviera a verme ni a saber de mí con treinta años, como si ya hubiera acabado mi vida de música y aventuras. Y eso por no decir que la dichosa casa de huéspedes era el doble de grande que la casita en la que me crie a solo una hora de allí, una casa en la que mi madre, mi hermana y yo habíamos vivido más que cómodos compartiendo toda la vida. Aunque el granero era tentador. Ya me imaginaba convirtiéndolo en un estudio de grabación de nivel mundial, con sus techos altos y todos aquellos metros cuadrados, capaces de albergar a una orquesta entera. Pero todavía no estaba listo para tanta comodidad. TODAVÍA ME QUEDABA MUCHO POR HACER.

Connie me llevó a visitar más fincas, todas entre doscientos cincuenta y cuatrocientos acres. («¿Quieres que demos una vuelta por el perímetro?», solía preguntarme. «Mmm…, no gracias.») Pero no sirvió de nada. Había tomado una decisión. Aquella quimera tendría que esperar. A lo mejor, cuando la vida desacelerara y tuviera una familia con la que compartirla, podría llegar a abrazar aquella especie de sueño americano. Pero todavía no.

Al final encontré una casa más razonable, de un acre y medio, en las afueras del histórico Old Town de Alexandria, a pocos kilómetros de mi antiguo barrio, y me embarqué en la construcción de lo que llegaría a ser el estudio de grabación subterráneo en el que los Foo Fighters trabajarían los años venideros. Acabábamos de liberarnos del contrato con Capital Records basándonos en una cláusula de persona clave según la cual, si el presidente de Capitol Records, Gary Gersh (un viejo amigo que también fue el que vinculó a Nirvana con Geffen años antes), se iba, nosotros también tendríamos la opción de irnos, un acuerdo que se puso por escrito gracias a la larga historia que habíamos compartido juntos. Su marcha fue un golpe de suerte sin precedentes, y decidimos seguir su ejemplo, con lo que nos hicimos completamente independientes, un lujo que muchas bandas nunca llegan a poder permitirse si están atadas por un contrato de varios álbumes.

Lo mejor de todo era que ya no estábamos «obligados» a ser una banda, así que, si seguíamos siéndolo, era porque queríamos, demostrando que nuestra intención era pura. Habíamos pasado unos años difíciles desde el primer álbum, con giras agotadoras, intentando mantenernos en pie, superando el bache del segundo año y perdiendo

a algunos miembros por el camino, pero siempre habíamos perseverado porque de verdad queríamos tocar juntos. La única vez que realmente pensé en rendirme fue cuando Nate nos dejó durante veinticuatro horas la primavera de 1998. Estaba en la casa de mi madre, en Virginia, cuando Nate me llamó para decirme que ya no se sentía identificado y que se sentía más a gusto con su antigua banda, Sunny Day Real Estate, que estaba planeando volver a unirse. Aquello me impactó. William nunca estuvo hecho realmente para la intensidad y el impulso de la banda; Pat simplemente estaba «superado» cuando se fue, y Franz era un buen amigo, aunque nunca encajó de verdad. Pero ¿Nate? ¿Con el que había montado todo esto desde el principio? Al final me cansé y le contesté enfadado: «Muy bien, pero estoy harto de enseñarle a la gente las jodidas canciones, así que, cuando encuentre a alguien, tendrás que enseñárselas TÚ».

Nos dijimos adiós, aunque en el fondo sabía que, sin Nate, los Foo Fighters estaban acabados. No podía soportar ni una renuncia más, y aquello empezaba a parecerse sospechosamente al proyecto en solitario que nunca quise que fuera.

Aquella noche salí a tomarme unas copas al Ribster, mi asador favorito, con mi mejor amigo, Jimmy. Me emborraché y estuve llorando en mi *whisky* con cola, derrotado por otro golpe a la mayor pasión de mi vida. Al volver a casa, me quedé dormido en el que había sido mi cuarto cuando era pequeño, con la cabeza dándome vueltas como un trompo, y a la mañana siguiente me despertó la voz de mi madre, que me decía suavemente desde el pasillo:

—¿David? Te llama Nate…

Desconcertado, cogí el teléfono inalámbrico gigante y saqué la antena.

—Hola… —gruñí.

Nate se disculpó, me dijo que por un momento se le había ido la cabeza y que quería volver a la banda. Decir que me sentí aliviado es quedarse muy corto. Prácticamente, volví a nacer. Lloramos los dos, nos dijimos que nos queríamos y colgamos, y volví a meterme en la cama, dándome cuenta de la cagada que había hecho la noche anterior.

Mientras se preparaba mi nueva casa, Taylor y yo planeamos un viaje en el que cruzaríamos todo el país, de Los Ángeles a Virginia: los dos metidos en un Chevy Tahoe negro escuchando rock clásico a todo volumen, acelerando por las largas carreteras en una locura de odisea de costa a costa. Taylor y yo nos hicimos inseparables desde que se unió a la banda un año antes, cuando nos convertimos en retorcidos cómplices desde el primer día. Durante su época como batería de

Alanis Morissette, mucho antes de hacerse un Foo Fighter, nos encontrábamos entre bastidores en los festivales de todo el mundo, y nuestra química era tan evidente que hasta Alanis le preguntó una vez: «¿Qué vas a hacer cuando Dave te pida que seas su batería?». Un poco como Beavis y Butthead, y un poco como *Dos tontos muy tontos*, éramos como una nube hiperactiva de Parliament Lights y brazos tocando una batería imaginaria adondequiera que íbamos, y no había nadie en el mundo con quien hubiera compartido este safari psicopático que no fuera Taylor. Planificamos el viaje con unas cuantas paradas por el camino para visitar a la abuela de Taylor y el club de *striptease* Pantera (este último era una prioridad), pero en su mayor parte era un recorrido de más de cuatro mil kilómetros directo a mi ciudad natal. (Al llegar, Taylor se lanzó a su mejor imitación de Bruce Springsteen, dándome una serenata con su «Serenade»; el único momento más divertido fue cuando tocó la canción de *Cheers* al piano en medio de un Costco lleno de gente.) Organicé una última fiesta en mi casita del cañón, empaqueté mis escasas pertenencias en una pila de cajas de U-Haul, lo metí todo en un camión de mudanzas y me despedí una vez más del exceso y la desesperación de la ciudad más glamurosa de Estados Unidos. Cuando Taylor y yo emprendimos el viaje, me sentía muy feliz de ver cómo Los Ángeles desaparecía en el espejo retrovisor, dejando otro capítulo atrás, un capítulo que sigue siendo un poco más borroso que el resto.

A principios de año habíamos conocido a los todopoderosos Pantera (los reyes indiscutibles del *metal*) en un festival Ozzfest del Reino Unido, donde nos pidieron que sustituyéramos a los Korn en el último minuto, una petición de lo más aterradora. No me malinterpretes, yo siempre había sido un fan acérrimo del *metal*, de los que llevan parches en la espalda, coleccionan casetes, se suscriben a revistas y trepan al escenario. Pero ¿Ozzfest? ¿Los Foo Fighters? Nuestro rock and roll era el equivalente de *La revancha de los novatos* comparado con el *metal* contundente de los demás grupos. Algunos hasta teníamos el pelo por encima del cuello en aquella época, así que no le encontraba mucho sentido. Puede que aquella fuera la mayor discordancia de la historia. El desastre a las puertas…

Para empeorar las cosas, nos pusieron después de los Pantera. La banda de *metal* más pesada, dura, fuerte y ruda de todos los tiempos. Los reyes del cromañón. Los malditos VAQUEROS DEL INFIERNO. «No quedará nada en pie cuando toquen el último acorde, créeme», le dije a mi mánager. Ni sistema de sonido ni escenario. Nada, aparte de un campo fangoso de tímpanos rotos y cerebros derretidos. Pero, como nunca le hacíamos ascos a una mala idea, aceptamos, y Milton Keynes

se convirtió en nuestro siguiente objetivo.

El National Bowl de Milton Keynes está acostumbrado al rock and roll. Desde Michael Jackson hasta Metallica, Queen, Green Day, Status Quo y Prodigy, el recinto ha albergado décadas de conciertos multitudinarios en su entorno natural (por lo visto, una antigua zona de extracción de arcilla para la fabricación de ladrillos). Con capacidad para sesenta y cinco mil personas, y solo a ochenta kilómetros al noroeste de Londres, era el enclave ideal para un glorioso y soleado sábado de destrucción. Y el programa era ridículamente fuerte. Sabbath, Slayer, Soulfly y…, ejem, nosotros. El día se proyectaba como una descomunal lucha de metales de proporciones épicas.

Al entrar en la zona posterior a los camerinos, miré por la ventana del autobús para ver si veía a algunos de mis héroes. ¡Tom Araya! ¡Scott Ian! ¡Tony Iommi! ¡Max Cavalera! Allí estaban, deambulando como nosotros, meros mortales. ¡Y a la luz del día, nada menos! Yo siempre había pensado que estas oscuras figuras solo salían por la noche después de haber estado colgadas cabeza abajo como murciélagos en sus mausoleos, criaturas nocturnas que rehúyen el sol, esperando a aterrorizarnos a todos con sus malvados himnos bajo la luna llena. Para mi consternación, me pareció ver a algunos de ellos en pantalones cortos con unos refrescos, pero en fin. El *metal* vive.

Me escondí en el camerino, no fuera a ser que me comieran vivo. Además, no me atrevía a ir al escenario y encontrarme ante la horripilante visión del destino que nos esperaba en aquel ondulante *mosh pit* de cueros y púas. Y allí me senté, nervioso, intentando hacer una lista de canciones que fueran un poco más Motörhead y un poco menos 10cc, rebuscando en nuestro repertorio cualquier cosa que no tuviera la palabra *«love»* ni un solo de guitarra con *slide* a lo George Harrison. Más que al público, quería impresionar a mis héroes del *hard* rock, esperando que reconocieran mi corazón metalero.

Al final, tras reunir el valor necesario para salir de mi sofocante cabina portátil, me acerqué a un lado del escenario y vi lo que solo puede describirse como la demostración de poder más asombrosa, vulgar y brutal conocida por el hombre, los Pantera. Como me había imaginado, estaban aniquilando el escenario: Vinnie Paul, el maestro, la leyenda, devastando a leñazos su atronadora montaña de tambores; Phil Anselmo, chillando como si estuviera poseído por los espíritus malignos de todas y cada una de las películas de exorcistas que se hayan hecho jamás; Rex Brown, asaltando el escenario con el bajo empuñado como un lanzallamas y apuntando a la multitud, y Dimebag Darrel…, el dios de la guitarra, haciéndose con el

espectáculo con tanta facilidad, tanta arrogancia, tanta genialidad, que tenía a todas las mandíbulas arrastrándose en el polvo del verano. Era el Valhalla del volumen. En un momento dado, miré detrás del batería y vi a un fan sin camiseta que estaba rompiendo botellas como loco y bailando el *mosh* él solo, cantando las letras sin saltarse una palabra, como si le fuera la vida en ello. Ese sí que era un fan de Pantera. Más o menos como los otros 64.999 de ahí fuera, ¿eh?, pero este tío se había vuelto literalmente loco justo detrás del batería. Luego se inclinó para arreglar un soporte de los platillos que se había salido con los despiadados porrazos de Vinnie Paul. «Qué raro», pensé. Resultó que aquel fan que bailaba desquiciado y sin camiseta era el técnico de Vinnie, Kat. Tengo que decir que nunca, jamás, en todos mis años de gira, había visto nada tan rudo. Aquello no era un equipo de giras. Era un grupo de matones. Y no era una banda. Era la puta fuerza de la naturaleza.

Por un momento hasta se me olvidó que estábamos en el programa. Estaba tan perdido en la música que no me acordaba de que muy pronto tendría que seguir a aquella actuación histórica con mi versión de rock posgrunge alternativo (trago saliva). Hay gente que medita, otros van a la iglesia y otros chupan ranas en el desierto para tener esa sensación. Yo lo único que necesitaba aquel día era a los Pantera. Sin embargo, la sensación de euforia se desvaneció en el preciso momento en que terminaron y la multitud rugió con ferocidad. Éramos hombres muertos.

No me acuerdo mucho de nuestro set (a veces los recuerdos traumáticos se reprimen y ocultan en las profundidades más oscuras de la psique y solo pueden salir tras años de dificultosa terapia), pero recuerdo a algunos tíos de las otras bandas que nos miraban mientras tocábamos. Por lo menos, eso me alivió la sensación de ser un pez fuera del agua. Me sentí validado al ver a aquellos héroes del heavy metal cantando nuestras canciones palabra por palabra. Al final, conseguimos pasar por el concierto sin que nos arrojaran botellas de meado a la cara, lo que para mí fue un rotundo éxito. La multitud rugiente ya no rugía tanto como antes, pero pudimos volver al camerino sin perder brazos ni piernas. Uff.

Más tarde tuvimos el honor de conocer y pasar un rato con los Pantera, y cualquiera que lo haya hecho sabe que no es apto para pusilánimes. En primer lugar, nunca ha existido una banda más acogedora, hospitalaria y con los pies más en la tierra que los Pantera. Daba igual quién fueras, qué hicieras o de dónde vinieras, que ellos te daban la bienvenida, te plantaban una cerveza en la mano y un chupito, y te hacían reír más de lo que te habías reído en la vida.

Congeniamos de inmediato y, mientras nos despedíamos borrachos, Vinnie me dio una tarjeta de visita. «Tío, la próxima vez que vayas a Dallas, tienes que venir al Clubhouse.» Miré la tarjeta y, para mi asombro (que no sorpresa), vi que tenían SU PROPIO CLUB DE *STRIPTEASE*. Algunas estrellas del rock tienen coches caros. Otros tienen castillos. Algunos hasta tienen animales exóticos. Pero ¿un club de *striptease*? Eso se lleva la palma. Es como si yo tuviera un Starbucks. Peligro.

Unos meses después, cuando Taylor y yo estábamos mirando nuestro viejo y arrugado mapa de carreteras para preparar el viaje a Virginia, nos dimos cuenta de que aquella era nuestra gran oportunidad para ver el mundo salvaje de los Pantera de primera mano, así que planeamos todo el viaje en función del Clubhouse. Era el momento perfecto. El primer día del viaje nos paramos en una gasolinera de Barstow para vaciar la vejiga y llenar el depósito. Ventanillas abiertas, altavoces distorsionados por la explosión del rock clásico a más de ciento cuarenta kilómetros por hora…, dos amigos baterías a todo trapo sin la más mínima preocupación en el mundo. Todo gafas de sol y pelo, cigarrillos colgando de enormes sonrisas, arriesgando la vida con nuestras baterías imaginarias mientras adelantábamos camiones de dieciocho ruedas navegando a toda vela con el viento del desierto. Llamé a nuestros amigos de Texas y les dejé mensajes cargados de entusiasmo con mi móvil del tamaño de Flavor Flav: «Preparaos, vamos de camino».

Mientras me acercaba a la recepción de un motel de carretera en Phoenix, me palmeé el bolsillo trasero como solía hacer antes de sacar mi cartera verde de velcro (a la que llamábamos Fort Knox). Pero esta vez el bolsillo no hizo el ruido de siempre. La cartera no estaba. Estaría en el maletero. Miré en el posavasos. En el salpicadero. Debajo de los asientos. En la guantera. Nada. *Missing*. La única parada del día había sido en la gasolinera de Barstow… MIERDA. ¿En qué otro sitio podría haberla dejado? ¡Y eso estaba a seiscientos kilómetros en la dirección contraria! Todo lo que tenía estaba en esa cartera vieja: el carnet de conducir, las tarjetas de crédito, el dinero suelto, la púa de la guitarra de Dimebag Darrell… Qué putada.

Taylor se encargó de pagar la habitación mientras yo llamaba a mi asesor de Seattle y nos organizamos para que me enviara algunas tarjetas de recambio al siguiente motel en el que nos íbamos a parar. Y seguimos adelante. Nada, o sea, NADA iba a impedir que llegáramos al Clubhouse…

Cualquiera que esté familiarizado con la geografía estadounidense sabe que Dallas no está necesariamente «de camino» a Virginia desde

Los Ángeles. No. Es un desvío de más de trescientos kilómetros si tienes pensado cruzar por la Interestatal 40. Pero el corazón manda, ¿y qué son trescientos y pico kilómetros comparados con las historias que iba a poder contarles a los viejos amigos de Springfield? Historias que le pondrían la piel de gallina a David Lee Roth…, gamberradas que harían que hasta Keith Richards se tapara los oídos asqueado… Joder, hasta le arrancarían una sonrisa a Lemmy…

Después de cenar con unos parientes de Taylor en un auténtico asador de carretera de Texas, nos dieron permiso para despegar. Nos metimos en el Tahoe y recorrimos lo poco que nos quedaba para llegar al Clubhouse. Puede que llegáramos deslizándonos sobre un arcoíris de algodón de azúcar con brillo de unicornio, pero a lo mejor eso es mi revisionismo romántico en acción (a veces me pasa). Sea como fuera, después de meses y meses despertándome día tras día contando los minutos que faltaban para adentrarme en las luces de neón del palacio de los Pantera, verme envuelto en el aroma de Coors Light mezclado con gel de melocotón, con el *DJ* pinchando a unos Scorpions de la vieja escuela a todo volumen, y encontrarme a los Pantera esperándonos para recibirnos chocando los cinco a lo Pearl Jam, por fin estaba pasando. Lo tenía todo grabado a fuego en la mente. Era la escena de *Uno de los nuestros* con ácido. Y estaba a punto de hacerlo.

—Identificación, por favor.

El portero estaba con su sello fluorescente en la mano, esperando a que hiciera el viejo gesto en el bolsillo trasero para sacar mi infalible Fort Knox. Miré a Taylor con los ojos abiertos de par en par. Él me devolvió una mirada de pánico. Se me subió toda la sangre a la cabeza, los ojos se me llenaron de lágrimas y empecé a temblar.

—B-b-b-barstow —fue lo único que logré farfullar—. He perdido la cartera en Barstow.

Se hizo el silencio; y enseguida las palabras que más temía, aún más que al ángel de la muerte, salieron de la mueca ceñuda del portero:

—Lo siento, amigo. No te puedo dejar entrar sin identificación.

Taylor saltó rogándole:

—Pero, pero, pero… ¡somos amigos de los Pantera!

El hombre nos miró con sus ojos fríos e indiferentes y gruñó:

—Todo el mundo es amigo de los Pantera. Lo siento.

Y… ya está. Tres días, más de dos mil doscientos kilómetros y un sueño aplastados como un viejo Parliament Light en el aparcamiento de un complejo industrial de las afueras de Dallas. No hay manera de suavizarlo; aquello me machacó el alma. Unas cuantas llamadas sin respuesta desde mi teléfono Flavor Flav, unos cuantos cigarrillos en el

aparcamiento y lentamente volvimos al Tahoe, con la cabeza gacha y el corazón roto, totalmente abatidos. Nada de echar el rato con nuestros amigos Pantera. Sabía que Taylor no me dejaría tirado.

CON LO CUAL VOLVÍA A ESTAR DE CAMINO A CASA.

Diez años después, estaba en una tienda de surf del puerto de Oxnard (California) con mi hija Violet, y cuando nos acercamos para pagar, una chica muy agradable nos saludó en la caja y empezó a pasar los artículos que habíamos comprado. De pronto, levantó la mirada, se paró un momento, entrecerró los ojos y preguntó:

—¿Eres Dave Grohl?

—Sí —le contesté con una sonrisa.

Y todavía con los ojos entrecerrados, dijo:

—¿Se te perdió la cartera en 1998?

No me lo podía creer…

—¡SÍ! —contesté asombrado.

—Esa era la gasolinera de mis padres —se rio—. Todavía tienen la cartera.

Hacía mucho tiempo que había dejado de intentar entender el destino, pero las coincidencias parecían ser mi especialidad. Por increíble que sea, recuperé la cartera poco después, completamente intacta y, como una cápsula del tiempo, seguía conteniendo todos los recuerdos de aquel glorioso periodo de mi vida, cuando era joven, libre y estaba dispuesto a volver a empezar desde el principio.

Y sí, allí estaba el carnet de conducir.

Cuando llegamos a Virginia al cabo de una semana, con zumbidos en los oídos de tanto rock y con la imperiosa necesidad de una ducha, entré en mi nueva casa e inmediatamente me sentí en mi hogar, a tan solo unas manzanas del antiguo piso de mi padre, al que solía ir todos los martes y jueves después del colegio católico, y a poca distancia de la casa de mi madre. Aquel regreso me hizo ser quien soy y, no como en Seattle o Los Ángeles, sentí que era allí adonde pertenecía. Ya no era un vagabundo durmiendo en el sofá de otra persona o un visitante temporal, había vuelto a casa para siempre. Fue como si nunca me hubiera ido, y aún más porque compartía la casa con mi amigo de siempre, Jimmy Swanson.

Jimmy y yo habíamos sido inseparables desde sexto. Como gemelos siameses, caminábamos por la vida el uno al lado del otro. Todas nuestras experiencias se reflejaban en la trayectoria paralela del otro. Como hermanos, lo descubrimos todo juntos, y no pasábamos ni un solo día sin vernos. Jimmy era un año mayor que yo, alto y de constitución escandinava, con los ojos azules ocultos tras el pelo rubio sucio perfectamente cortado a capas que mantenía permanentemente

bajo control con un peine de plástico que llevaba en el bolsillo. Un roquero total. Un rebelde de toda la vida. Un verdadero *Heavy Metal Parking Lot*, pero sin una pizca de ironía. Él era auténtico. Adonde Jimmy fuera, yo lo seguía, porque en el fondo quería ser como él. Nunca fuimos los primeros del baile, así que nos creamos nuestro propio mundo como excluidos. Acurrucados delante del equipo de música de su habitación, descubriendo el *metal*, el punk rock y la hierba juntos, nos hicimos dos amigos tan cercanos que apenas necesitábamos palabras para comunicarnos, para eso nos bastaba el pensamiento. Y eso era muy importante, porque Jimmy tartamudeaba mucho, lo que le afectó socialmente toda la vida e hizo que se limitara a un círculo de amigos muy estrecho. Siempre muy amable y educado, era un caballero en vaqueros desgastados. Él era el hogar en el que crecí. Por eso, como lo habíamos compartido todo durante toda la vida, era lógico que compartiera la nueva casa con él. Aunque nunca perdimos el contacto (a lo largo de los años Jimmy se había venido de gira con Nirvana y los Foo Fighters), hacía siglos que no podíamos decir: «Oye, tío, estoy ahí en cinco minutos…» y pasarnos el día juntos en nuestro pequeño mundo, así que volver a él fue como volver a mí mismo, un reencuentro importante.

Como no tenía ninguna experiencia en la construcción de un estudio de grabación, empecé a informarme sobre equipos, diseño y materiales, y les pedí consejo a algunos de mis maravillosos ingenieros y amigos productores para convertir mi cutre y pequeño sótano en el próximo Abbey Road. Uno de ellos era Adam Kasper, un gran productor y amigo de Seattle con el que ya había trabajado antes, sobre todo en la última sesión de Nirvana en enero de 1994. Además de tener un retorcido sentido del humor, Adam tenía un estilo de grabación analógico y manejable, por lo que me pareció la persona perfecta no solo para ayudarme a montar un estudio sencillo en el sótano, sino también para producir nuestro siguiente álbum. La producción de *The Colour and the Shape*, que corrió a cargo de Gil Norton, el responsable de los éxitos clásicos de los Pixies, fue un camino largo, arduo e hipertécnico que le pasó factura a la banda durante aquellos difíciles meses en los bosques de las afueras de Seattle. Gil era un supervisor notorio, y su meticulosa atención a los detalles dio sus frutos, pero no antes de dejarnos con el espíritu derrotado después de treinta o cuarenta tomas de cada canción. Juramos que no volveríamos a someternos a un sufrimiento como ese, por lo que la idea de mudarnos a Virginia y montar un pequeño estudio con Adam Kasper en casa sonaba mucho más alentador. Una máquina de veinticuatro pistas, una mesa de mezclas *vintage* y unos

cuantos micrófonos y compresores era todo lo que necesitábamos, de manera que comenzamos a buscar el equipo mientras convertíamos el sótano en una cámara insonorizada de rock.

Mi madre solía venir a visitarnos y ver los progresos, y yo la llevaba a dar una vuelta por todas las habitaciones, intentando explicarle lo mejor que podía toda la ciencia que se escondía tras el preciso diseño acústico que se requería para montar un estudio (algo de lo que yo no sabía absolutamente nada, pero como era un experto en decir chorradas, mordió el anzuelo y se lo tragó). En realidad, después de tantos años fuera, creo que mi madre simplemente disfrutaba de poder venir a verme cuando quisiera.

En una de las inspecciones semanales oímos la voz de un gatito que salía de entre los montones de escombros que había esparcidos por toda la habitación, suaves maullidos suplicando el rescate. Desconcertados, empezamos a buscar frenéticamente por todos los rincones del estudio, pero parecía que el gatito se movía. «¡Está ahí!», dije, y mi madre vino corriendo hacia donde yo estaba. Tras un silencio, mi madre exclamó: «¡No, es por allí!», y salió corriendo para el otro lado. De nuevo, silencio. Nos pasamos un buen rato yendo de acá para allá, perplejos por la habilidad que tenía el gatito para aullar por todas partes. Nos quedamos los dos quietos, intentando no asustarlo.

«A lo mejor está dentro de una pared», le susurré a mi madre, me arrodillé y empecé a gatear muy lentamente por la suciedad del suelo, poniendo la oreja en la pared recién pintada para intentar ubicar al pobre animal. Mi madre se acercó despacio y oí un débil aullido. «Shhh», dije. Ella dio un paso hacia mí. «Miau.» Estaba más cerca, pensé. Cuando mi madre ya estaba a mi lado, se inclinó para escuchar y… «Miau.» Miré las sandalias de mi madre y le dije: «Eh…, mamá…, ¿podrías echar el peso en el otro pie un momento?».

«Miau.»

El gatito que habíamos estado persiguiendo durante cuarenta minutos por todo el estudio era la sandalia del pie derecho de mi madre, que «maullaba» cada vez que daba un paso. Los dos nos tiramos al suelo muertos de risa, casi sin poder respirar, pensando que menos mal que nadie nos había visto hacer el ridículo de aquella manera, y seguimos riéndonos hasta ahora.

En cuanto terminamos el estudio llegó la primavera, mi estación favorita en Virginia. Después de meses de frío, hojas caídas y árboles pelados, llegó el sol y la naturaleza floreció enseguida, renaciendo en un momento en que, de un modo un tanto poético, coincidía con nuestra nueva independencia como banda, de forma que abrimos

todas las ventanas para dar la bienvenida a este nuevo capítulo. Lo que una vez imaginé que sería una instalación de grabación de última generación resultó ser un arreglo bastante básico, con espuma de embalaje, cojines y sacos de dormir clavados al azar en las paredes para el tratamiento del sonido. Aquella fue la definición de bricolaje para mí, un espíritu que aprendí y siempre había tratado de mantener desde mis días en la escena del punk rock en Washington D. C., cuando todos lo hacíamos todo solos, desde reservar las salas de conciertos hasta montar nuestros propios sellos y lanzar nuestros sencillos en vinilo. Me parecía que la recompensa era mucho más dulce cuando uno lo hacía todo por sí mismo. Y allí estábamos, años después, descubriendo cómo hacer las cosas sobre la marcha, paso a paso, de la manera más sencilla y felizmente ingenua, pero, sobre todo, ocultos para las expectativas de la industria, abandonados a nuestros instrumentos para descubrir quiénes éramos realmente como banda.

Nuestra rutina diaria era sencilla. Como la banda se vino a casa con Jimmy y conmigo, mi día empezaba siempre con un poco de limpieza: vaciar ceniceros desbordados, deshacerme de latas calientes y medio vacías de Coors Light y fregar el suelo de madera como una demacrada doncella del infierno con pantalones de chándal sucios. El resto del equipo iba apareciendo a cuentagotas, y uno a uno se quedaban mirando la cafetera como adictos al *crack* esperando la pipa mientras el café salía despacio. Taylor se quejaba de los «patos» de la ventana (cuervos) y poco a poco nos íbamos despertando, planeando el día en la mesa de la cocina. A veces echábamos unas cuantas canastas en la entrada antes de comer, y luego nos bajábamos al sótano para revisar las grabaciones de la noche anterior. Trabajábamos todo el día, terminábamos con unas cervezas y una barbacoa en la parte de atrás, mientras las luciérnagas bailaban alrededor de la parrilla, y al final acabábamos en el salón viendo la tele con Jimmy, que daba calada tras calada a su *bong* en su sillón preferido. Esta era nuestra rutina, día tras día, y fue precisamente ese ambiente relajado lo que hizo que aquellas fueran las canciones con el sonido más natural de todo nuestro catálogo. Y esto, junto con las restricciones que impuso la capacidad técnica del estudio, dio como resultado unas grabaciones sencillas, crudas y sinceras. Además, en aquel momento estaba obsesionado con la música de AM Gold (éxitos de *soft* rock de los setenta), tal vez porque volver a esa época mágica me recordaba a cuando crecía escuchando la radio mientras recorría las mismas calles a las que había regresado. Andrew Gold, Gerry Rafferty, Peter Frampton, Helen Reddy, Phoebe Snow…, todas esas

melodías intensas y melancólicas se fueron abriendo camino en nuestras nuevas canciones. El pop rock de la época se estaba orientando a un nuevo género, el *nu metal*, que yo apreciaba, pero del que quería ser la antítesis, por lo que intencionalmente me moví en la dirección opuesta. En la mayor parte del *nu metal* había una clara ausencia de melodía, mientras que mi amor por la melodía (inspirado en los Beatles desde muy pequeño) era lo que me había llevado a componer desde un punto de vista mucho más suave. Eso, junto con la abrumadora sensación de la vuelta a la vida que inducía aquella primavera de Virginia, dio lugar a canciones como «Ain't It the Life», «Learn to Fly», «Aurora» y «Generator», todas ellas grandes ejemplos de un hombre que por fin se siente a gusto en su entorno, que ha dejado de vagar y ha encontrado el lugar al que pertenece. Al final de nuestras sesiones, en junio, habíamos hecho el que considero nuestro mejor álbum, que lleva el acertado título de *There Is Nothing Left to Lose*.

Y nuestro nuevo estudio, que nos serviría durante años, ya tenía un nombre: Studio 606.

Mientras estaba en el podio de los Grammy para recibir el premio al mejor álbum de rock un año y medio después, miraba a la audiencia, formada por músicos y demás componentes del sector, todos rebosantes de diamantes y vestidos a la última moda, y sentía una enorme sensación de orgullo por que hubiéramos sido capaces de crear todo esto nosotros solos, lejos de la pomposidad y las luces de Hollywood, lo que hacía que nuestro primer Grammy fuera aún más gratificante. Si alguna vez hubo un momento en el que sentí que de verdad nos habíamos ganado un trofeo, fue aquel. En el pequeño estudio destartalado de un sótano enclavado entre los árboles por los que trepaba de niño, no solo habíamos capturado el sonido del renacimiento y la renovación que nos trajo la majestuosa primavera de Virginia, sino que de verdad habíamos vuelto a ser lo que un día fuimos. Tras años de lucha, adversidad tras adversidad, muerte, divorcio y constantes cambios en los miembros de la banda, había perseverado hasta salir más fuerte, sin estar aún dispuesto a desaparecer del mapa. Todavía quedaba mucho trabajo por hacer. Y con este nuevo premio que representaba el renacimiento de nuestro espíritu, una cosa estaba clara:

NO TENÍAMOS QUE SEGUIR HACIÉNDOLO. QUERÍAMOS HACERLO PARA SIEMPRE.

ESO ES
LO QUE YO QUERÍA

—Mamá, vamos a tener una niña.

A mi madre se le quebró la voz de la emoción.

—Oh, David… —susurró—. Oh, Dios mío…

Se hizo un largo silencio mientras ella colgaba al tiempo que se enjugaba las lágrimas de orgullo, y yo me quedé allí, intentando procesar las palabras que acababan de salir de mi boca, hasta que de pronto calaron en mí. Iba a tener una hija. Mi madre estaba emocionada. Yo, conmocionado.

Siempre había pensado que algún día tendría hijos, pero en mi mente aquello sería cuando terminara la vida de las giras y los viajes. Mi padre me había dicho años antes: «Sabes que esto no va a durar, ¿verdad?». Igual que él, yo me imaginaba que la música acabaría algún día, y que entonces comenzaría una vida doméstica en el anonimato. Había visto a otros formar una familia en la carretera (como predica Steve Perry), pero debido a mi educación tradicional, era una situación que me parecía demasiado inestable. La idea de tener un parque junto a una mesa llena de cerveza y Jägermeister me daba escalofríos.

Me di cuenta de que los dos mundos podían coexistir cuando a los Foo Fighters nos invitaron a tocar en el Bridge School Benefit de Neil Young en 2000. El Bridge School Benefit era un concierto anual que duraba un fin de semana; lo organizaban Neil y Pegi Young a fin de recaudar fondos para el Bridge School, una organización sin ánimo de lucro que había creado Pegi con la idea de encontrar un lugar para su hijo Ben, que tenía parálisis cerebral, y otros niños con graves discapacidades físicas y trastornos del habla y el lenguaje, y ayudarlos con sus necesidades de comunicación. El concierto se llevaba a cabo todos los años en el Shoreline Amphitheatre, en las afueras de San Francisco, con repartos impresionantes, que incluían a Springsteen, Dylan, McCartney, Petty, Beach Boys, Pearl Jam y Metallica (por

nombrar a algunos), todos tocando sets acústicos con los estudiantes sentados detrás de ellos en el escenario. En esos conciertos se recaudaban millones de dólares, y los sentimientos de amor y alegría que desataban era algo que iba mucho más allá de cualquier otra cosa que hubiera sentido. Todos los presentes estaban allí para los niños, y estoy convencido de que la energía comunitaria de tanta positividad junta tenía su propio poder curativo.

El fin de semana siempre comenzaba con una barbacoa en la casa de Neil, en Broken Arrow Ranch —un paraíso rústico de ciento cuarenta acres que compró en 1970 en Redwood City—, a la que invitaba a todos los artistas participantes la noche antes del concierto. Mientras íbamos de camino por las sinuosas carreteras de montaña rodeadas de secuoyas, me imaginaba un evento formal con *catering* y las mesas alineadas, con la realeza del rock and roll haciendo tintinar la cubertería reluciente con las servilletas de lino en el regazo, inmersos en el legendario folclore de antaño. Nada más lejos de la realidad. Cuando llegamos a la cancela, vimos un letrero pintado a mano que decía «DON'T SPOOK THE HORSE»[9] colgado de una valla en ruinas, y al entrar en la propiedad aún nos quedaban otros diez minutos conduciendo por colinas sinuosas antes de ver la casita, iluminada como un árbol de Navidad en la distancia. A medio camino entre *Harry Potter* y *La familia Robinson*, parecía obra de un superviviente loco aficionado a las casas en los árboles, rematado con un sonido estridente y un tipi alto en el patio. No había aparcacoches ni nadie que atendiera a los que llegaran…; sencillamente, entrabas.

Cuando entré tímidamente en la cocina, me recibió el cálido

abrazo de Pegi, que había estado cortando verduras en el fregadero. Me dio un abrigo que cogió del vestíbulo por si hiciera frío fuera, aunque me dijo que revisara los bolsillos primero. David Crosby estaba sentado junto al fuego; Brian Wilson estaba dando vueltas, buscando a su mujer; la banda de Tom Petty estaba en el porche, y los niños de Neil también estaban pasando el tiempo con todos nosotros. Aquello no era un evento formal de rock and roll. Aquello era un hogar. Una familia.

ESO ERA LO QUE YO QUERÍA, Y AHORA VEÍA QUE ERA POSIBLE.

Cuando mi madre recuperó un poco la compostura después de haberle dado la noticia de que iba a tener una nieta, le expliqué que, aunque siempre había pensado que tendría hijos algún día, nunca, ni por un segundo, imaginé que fuera a tener una niña. No soy ningún tío de esos que se ponen a ver la Nascar los domingos por la tarde tirados en el sofá mientras mastican tabaco y lanzan opiniones de pacotilla sobre cosas de las que no tienen ni idea, pero ¿qué podía enseñarle yo a una niña, cómo afinar un bombo y a catalogar sus discos pirata de los Slayer? Me sentía perdido. Y entonces, como siempre había hecho, mi madre me ofreció una pequeña parte de la sabiduría que se había ganado a pulso a lo largo de la vida y que resultó ser una de las verdades más indiscutibles que existen: «La relación de un padre y una hija puede ser una de las más especiales en la vida de cualquier niña». Lo sabía por la relación que ella había tenido con su padre, un militar inteligente y encantador al que todos le tenían mucho cariño, que murió joven, antes de que ella cumpliera treinta años. Yo no llegué a conocerlo, pero, por lo que he oído, era un buen hombre y tenía esa conexión especial con mi madre. Aunque seguía aterrorizado, me tranquilicé un poco. A lo mejor, hacer un catálogo de los Slayer podía ser divertido.

Los meses fueron pasando, y Jordyn y yo empezamos a prepararnos para la llegada del bebé, arreglando su habitación, comprando todo lo que necesitábamos y pensando qué nombre le íbamos a poner: Violet (por la madre de mi madre, Violet Hanlon). Me dieron un montón de libros para leer, sobre temas que iban desde el entrenamiento del sueño del bebé (que es mentira, porque al final son ellos los que te entrenan a ti, que no volverás a despertarte después de las seis de la mañana el resto de tu vida) hasta cómo envolverlos con una muselina (si ya soy malo liando porros, ¿cómo voy a envolver a un bebé?) o cómo cambiar un pañal (puede que tenga el récord de velocidad en esto). Aquello era un curso intensivo sobre paternidad, o por lo menos de la parte logística.

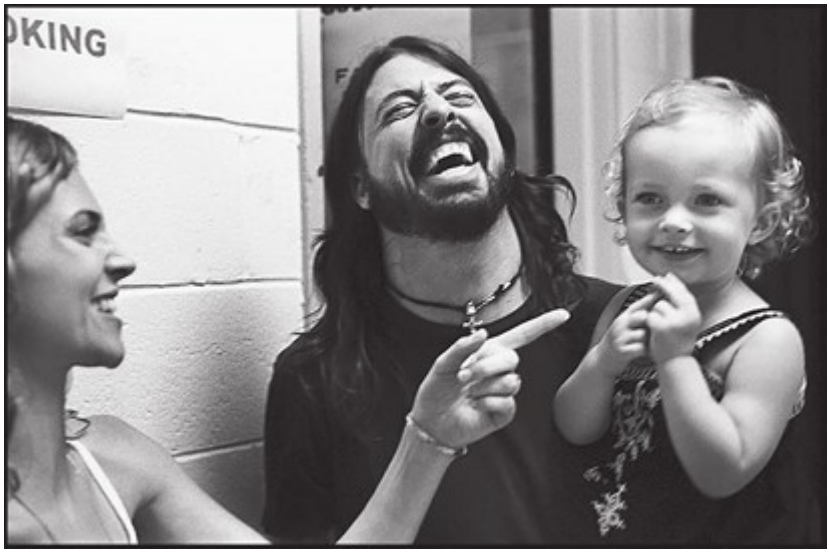
Un día, hacia el final del embarazo de Jordyn, mi mánager me llamó:

—Oye, ¿quieres componer algunas canciones con John Fogerty?

—¡Claro! —contesté emocionado, como habría hecho cualquier amante del rock and roll que se hubiera criado en los setenta.

Quedamos en que tenía que ir a la casa de John, en las colinas, para una sesión de composición al cabo de unos días. Cuando me abrió la puerta del estudio, me encontré cara a cara con la leyenda en sí misma, exactamente como te la habrías imaginado: camisa de franela, vaqueros y botas de montaña. Estuvimos hablando un rato, contándonos cosas graciosas e historias de terror de nuestro pasado roquero, y cuando por fin cogimos las guitarras, empezó a cantar inventándose letras basadas en la conversación que acabábamos de tener. Tenía su voz, tan característica, ruda y conmovedora, justo delante de la cara, pero sonaba con tanta fuerza que parecía que

estaba saliendo de un sistema de sonido. Fue un momento precioso, en el que entendí por qué se le consideraba un verdadero tesoro americano: porque era real.



Tras un rato de improvisación, nos fuimos a la cocina y sacamos unos tazones de *minestrone* y SunChips (si no hubiera sido porque John Fogerty estaba allí, habría jurado que estaba en mi casa enfermo saltándome el cole), pero miré el reloj porque sabía que solo tenía hasta las cuatro y media.

—Bueno, ¿quieres seguir tocando un rato? —me preguntó después de comer.

Le dije que me habría gustado, pero que no podía porque me estaba esperando mi mujer, que estaba embarazada, para una cita a la que teníamos que ir juntos.

—¿Adónde vais? —me preguntó.

—A clases de lactancia —dije un poco avergonzado.

—¿Puedo ir? —bromeó con una sonrisa.

Noche tras noche, le hablaba a Violet a través de la barriga (aunque ya sé que puede parecer raro) porque estaba deseando que llegara el día en que pudiera cogerla en brazos (sin tener que hablarle al pijama de mi mujer como si fuera un puto lunático). Cuando por fin llegó el día, estaba metiendo las cosas en el coche para ir al hospital y de pronto vi un arcoíris en el cielo, algo que quizá suceda cada mil años en Los Ángeles. Enseguida me tranquilicé. Ya sé que suena nauseabundamente romántico, pero es verdad, y me lo tomé como una señal.

Tras un parto largo y difícil, Violet nació con la música de los Beatles de fondo, y llegó chillando con una intensidad que hacía que

los Foo Fighters parecieran los Carpenters. Una vez que la limpiaron y la pusieron bajo una lámpara de calor, acerqué mi cara a la suya, miré sus gigantescos ojos azules y le dije: «Hola, Violet, soy papá».

Inmediatamente dejó de gritar y me miró. Reconoció mi voz. Nos quedamos mirándonos en silencio, así nos presentamos, y le sonreí y le hablé como si la conociera de toda la vida. Me alegra decir que, aún hoy, cuando nos miramos a los ojos, el sentimiento es el mismo.

Era un tipo de amor que no había experimentado nunca. El ser un músico famoso hace que tengas una inevitable inseguridad que te lleva a cuestionar el amor. ¿Me quieren a mí o a mi música? Estás constantemente bañado por una adoración y un amor superficial que es como el subidón que te puede dar el azúcar, pero el corazón se te cae al suelo en cuanto pasa la avalancha. ¿Alguien es capaz de ver al músico sin que el instrumento forme parte de su identidad? ¿O el instrumento es parte de la identidad que les gusta a los demás? Sea como fuere, cuestionar el amor es entrar en un terreno peligroso y resbaladizo, pero una cosa es segura: no hay nada más puro que el amor incondicional de un padre y un hijo.

Cuando salimos de la sala de partos y nos llevaron a la habitación del hospital en la que pasaríamos la noche, Jordyn tenía mucha hambre, así que bajé a la cafetería para comprarle algo de comer. Busqué algo que pudiera digerir, pero al final volví a la habitación con las manos vacías, pensando que a lo mejor podría pedir algo en el Jerry's Deli que había al otro lado de la calle. Así pues, crucé el pasillo y me dirigí hacia el mostrador de enfermería, donde había una enfermera de turno, una mujer corpulenta, con la complexión de Hulk Hogan, que me ladró con un fuerte acento de Europa del Este:

—¿EN QUÉ PUEDO AYUDARLE?

—Sí…, eh…, le quería preguntar una cosa sobre Jerry's Deli…

La mujer me traspasó con la mirada y gruñó:

—NO ME ESTÁ PERMITIDO DAR INFORMACIÓN SOBRE NADIE.

Sonreí, dándome cuenta de que no me había entendido:

—No, no…, quería saber si Jerry's Deli puede entrar aquí…

Como si fuera a saltar por encima del ordenador para estrangularme con sus gigantescas manos de luchadora profesional, levantó la voz y repitió:

—¡YA SE LO HE DICHO! ¡NO ME ESTÁ PERMITIDO DAR INFORMACIÓN SOBRE NADIE!

Salí corriendo de allí asustado, crucé la calle, pedí un sándwich para Jordyn y esperé a que me lo sirvieran al lado de Jennifer López.

Una noche más en Los Ángeles.

Mi madre tenía razón, ser padre de una hija era realmente la

relación más especial de mi vida. Muy pronto me convertí en un experto en la pedicura sin chorreones y fui capaz de hacer coletas perfectas e identificar a todas las princesas Disney solo por el color del vestido. Esto era fácil, pensé.

LUEGO LLEGÓ LO DIFÍCIL: EQUILIBRAR LA NUEVA VIDA CON LA DE ANTES.

Me acuerdo de la primera vez que tuve que alejarme de Violet por una gira. Me quedé un rato mirándola mientras dormía en su cuna y se me saltaron las lágrimas. ¿Cómo podía alejarme de aquel milagro? Pero tuve que irme, y así comenzó una vida en la que me dejaba la mitad del corazón en casa. Para entonces, todos los miembros de la banda estaban procreando como conejos, y ahora los itinerarios nos los marcaban personas que ni siquiera comían sólido todavía, así que lo que habían sido giras de seis semanas se redujeron a dos semanas como máximo. Por mucho que salir de gira con una banda de rock sea el mejor trabajo del mundo, también puede ser agotador, y luego, en cuanto metes el pie en casa después de unas semanas fuera, te ponen en brazos a un bebé que no para de gritar y te toca encargarte de él las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Esto, por supuesto, es en parte para aliviar a tu mujer, que ha estado agobiada por las tareas maternas de la mañana a la noche mientras tú estabas por ahí, tomándote unas cervezas con tus mejores amigos (intuyo un ligero resentimiento), pero, sobre todo, porque sientes que tienes que recompensarla por tu ausencia. Además, te persigue el temor de que el tiempo que pasas alejado de tu hija le puede dejar unas secuelas psicológicas para toda la vida, así que, cuando estás en casa, estás en casa. Gira, casa, gira, casa, gira, casa…, y a los pocos años empiezas a encontrar el equilibrio y te das cuenta de que los dos mundos PUEDEN coexistir. Entonces, ¿por qué no hacerlo otra vez?

«Esta vez será un niño», pensé.

Puesto que ya dominaba el papel del «papá que se sabe todas las palabras de todas las canciones de *La sirenita*», estaba listo para afrontar la llegada de un niño. Y ya tenía el nombre: Harper Bonebreak Grohl, por el tío de mi padre, Harper Bonebreak (aunque lo llamábamos tío Buzz).

El árbol genealógico de la familia Bonebrake se remonta a Johann Christian Beinbrech, que fue bautizado en Suiza el 9 de febrero de 1642 y con el tiempo emigró a Alemania y tuvo once hijos. Su nieto Daniel Beinbrech fue el que intrépidamente viajó a Estados Unidos en barco y se estableció en el remoto Pigeon Hills, en los alrededores de York (Pensilvania), en septiembre de 1762.

Siguieron numerosos descendientes y variadas ortografías

(Pinebreck, Bonbright), hasta que el asombroso nombre de «Bonebrake» fue a caerle al hijo de Daniel, Peter, que era un revolucionario estadounidense que tuvo nueve hijos. En 1768, el nombre adquirió su carácter definitivo, y fue pasando de generación en generación hasta mi tío Buzz y mi abuela Ruth Viola Bonebreak en 1909, de mano de sus padres, Harper y Emma. A su vez, mi padre tomó el nombre de James Harper Grohl, así que, para seguir la tradición, decidí llamar a mi hijo Harper también. (Tenemos el orgullo de contar en la familia con el ganador de una Medalla de Honor del Congreso de la guerra civil, Henry G. Bonebrake, y el batería de los X, una de las leyendas del punk de Los Ángeles, D. J. Bonebrake.)

«Mamá…, vamos a tener otra niña.»

Para ser claros, yo nunca tuve ninguna preferencia de género, pero de verdad que quería transmitir el nombre de Harper Bonebrake Grohl, así que la llamamos Harper (lo de Bonebrake nunca coló). Nació dos días después del tercer cumpleaños de Violet. El sentimiento de abrumador amor paterno se renovó, y ya tenía a dos hijas a las que adular: Violet, con una capacidad de andar y hablar que iba mucho más allá de lo que le correspondía por su edad, y Harper (mi viva imagen), arrullada en mi regazo con su eterna sonrisa. Eso era un hogar. Eso era una familia. Eso era lo que yo quería.

Mientras observaba cada paso de su desarrollo, era difícil no pensar en mis padres haciendo lo mismo. Tengo muy pocos recuerdos de esos años, la mayoría con mi madre, que me colmó de amor incondicional, y no tanto con mi padre. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía seis años, de forma que me crio mi madre, y ahora que yo era padre, me costaba mucho entender esa separación. ¿Cómo es posible que no quisiera pasar todos los minutos del día haciéndome rebotar en sus rodillas, empujándome en el columpio o leyéndome cuentos todas las noches cuando me acostara? ¿Era que no quería o que no sabía hacerlo? Quizá esa fuera la clave de mi temor a ser un padre ausente, el motivo por el que trataba de recompensarlas de forma excesiva cada vez que volvía a casa. Por muy afortunado que fuera por que me hubiese criado una madre increíble, estaba viendo que la relación rota con mi padre y su ausencia durante mi niñez tenía unas repercusiones psicológicas para toda la vida, y estaba desesperado por no creárselas a mis hijas.

Comenzamos a viajar por todo el mundo con nuestras hijas. Ya no me sentía raro por estar entre bastidores con un montón de niños (aunque estaban en su camerino, para que no jugaran al lado de las cervezas y el Jägermeister), porque daba igual en qué lugar del planeta nos encontráramos: si estábamos juntos, estábamos en casa. La

vida que mi padre me dijo que no duraría se había convertido en lo que vi aquella noche en la casa de Neil Young: música y familia unidas. Era posible, después de todo.

Entonces, ¿por qué no hacerlo otra vez?

Esta vez no dudé ni por un momento de que iba a ser una niña. Cuando supe que mi mujer estaba embarazada, ya me sabía toda la canción de *Frozen* y había asumido el papel de conserje, guardaespaldas, terapeuta, cocinero de línea y estilista personal. ¿Cómo iba a tener un niño? No sabría ni por dónde empezar. Sin embargo, la tercera fue distinta. Jordyn y yo nos sentíamos oficialmente superados. La cosa se ponía difícil.

Ophelia nació al final del pasillo del que una vez salí huyendo de una Hulk Hogan eslovaca en bata azul y zuecos. A los pocos días de tenerla en casa, invitamos a Paul McCartney y su esposa, Nancy, para que la conocieran. Aquella fue una ocasión monumental por más de un millón de razones, pero hay una cosa que se me quedó grabada para siempre. Evidentemente, Violet y Harper sabían que Paul era un músico de una banda que se llamaba los Beatles, pero a su tierna edad no tenían ni idea de lo que eso significaba en el panteón de la historia de la música. Para ellas, Paul no era más que nuestro amigo músico Paul, y así pude ver cómo, sin esas míticas ideas preconcebidas, hay una pureza de espíritu, un amor incondicional. Yo, por supuesto, antes de que llegaran, me pasé una hora entera quitando de en medio las montañas de cosas de los Beatles que tenía en casa (no te das cuenta de cuántas cosas de los Beatles tienes hasta que un Beatle viene a tu casa), pero las niñas no tenían ninguna idea exagerada de quién era en realidad.

Cuando ya se iban y nos estábamos despidiendo, Paul vio el piano al final del pasillo y no se pudo resistir. Se sentó y comenzó a tocar

«Lady Madonna» mientras yo lo miraba atónito, escuchando cómo una voz que el mundo entero adoraba retumbaba por toda mi casa, con toda mi familia allí. Harper desapareció un momento y volvió con una taza que había llenado de monedas y la puso encima del piano, como una propina para sir Paul. Nos echamos todos a reír, y él le pidió que se sentara a su lado para darle una clase de piano, su primera clase. Le enseñó las teclas, y qué nota iba en cada una, y empezaron a tocar juntos mientras Paul cantaba: «Estamos tocando una canción… Estamos tocando una canción…».

A la mañana siguiente, mientras preparaba el desayuno en la cocina, oí de nuevo el piano. Era la misma melodía que Paul y Harper habían tocado la noche anterior. Me asomé y vi a Harper sentada en la banqueta, tocando con sus pequeñas manos esos mismos acordes con un tempo perfecto, y supe exactamente cómo se estaba sintiendo: inspirada por Paul. Porque hubo un tiempo en el que yo sentí lo mismo. La única diferencia era que yo había oído el sonido de su voz saliendo de un pequeño tocadiscos que ponía en el suelo de mi cuarto, y no a mi lado, sentado en una banqueta mientras tocaba con él.

SE HABÍA COMPLETADO EL CÍRCULO.

Eso era un hogar. Eso era una familia. Eso era lo que yo quería.

Unos días más tarde, mi padre falleció. Habíamos perdido el contacto durante el último año, pero cuando me enteré de que estaba enfermo, un mes antes de que naciera Ophelia, fui a visitarlo, sabiendo que podía ser la última vez que lo viera. En el mismo hospital de Warren (Ohio) en el que nací, estuvimos los dos hablando, contándonos lo último que habíamos estado haciendo, y lo felicité por la barba y el pelo, que se había dejado crecer casi más que yo. Le dije que iba a tener otra hija y él me felicitó y me deseó lo mejor. Cuando llegó el momento de irme, le di un beso en la mano y dije:

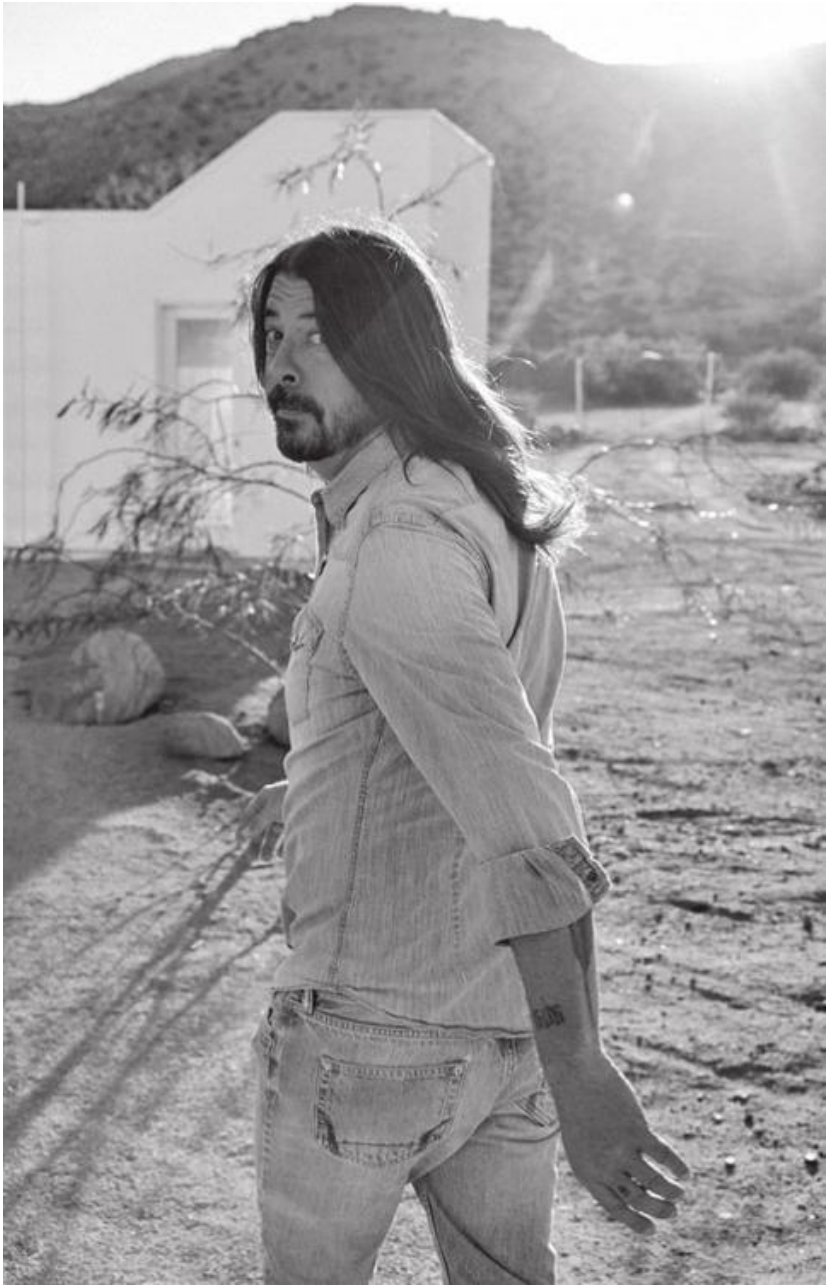
—Bueno, papá. Ya nos veremos. Te quiero.

Él sonrió y dijo:

—Yo también te quiero, David.

CUARTA PARTE

A VELOCIDAD DE CRUCERO



EL PUENTE DE WASHINGTON

«Luego nos vemos, tronco.»

Me quedé atónito. Con la espalda contra la pared de un largo pasillo de la Casa Blanca, no podía creer lo que acababa de oír.

El presidente de Estados Unidos de América, George W. Bush, me había llamado «tronco».

Me despedí con la mano, estupefacto, mientras él se alejaba rápidamente con los agentes del Servicio Secreto, y seguí con mi misión de encontrar el guardarropa para coger el abrigo de mi mujer, que estaba con el embarazo muy avanzado, y dirigirme hacia el Kennedy Center Honors, donde tocaría el clásico «Who Are You» en un tributo a los Who repleto de estrellas, al que asistiría el presidente Bush desde su asiento central en el palco.

¿CÓMO COÑO HABÍA LLEGADO HASTA ALLÍ?

Desde 1978, el Kennedy Center Honors se ha considerado la ceremonia de premios de artes escénicas más prestigiosa de Estados Unidos. Es un honor que se otorga a personas del mundo de la música, la danza, el teatro, la ópera, el cine y la televisión por su permanente contribución a la cultura estadounidense. El ser incluido en cualquiera de estas categorías ya es un honor en sí mismo. El evento, un encuentro con todas las caras más conocidas de Washington D. C., es en realidad un fin de semana repleto de reuniones, desde la cena en el Departamento de Estado la noche anterior hasta la entrega de premios en la Sala Este de la Casa Blanca la tarde del concierto, pero las fiestas siempre comenzaban con el almuerzo presidencial en un hotel. Es algo relativamente informal, como si fuera el bufet de la boda de tu prima, solo que en vez de pasarle las pinzas de la ensalada al loco de tu tío, se las pasas como un testigo a la exsecretaria de Estado Madeleine Albright. La absurdidad de una situación tan surrealista era difícil de ignorar, y tuve que esforzarme por mantener la seriedad mientras me veía rodeado de las personas que tomaban las decisiones más importantes para el planeta manoseando el salmón ahumado que se les salía del bagel. En casi todas las ceremonias de premios a las que he asistido me he sentido como si me hubiese colado por la cara y estuviera a tan solo un trago de que lleguen los de seguridad para escoltarme al aparcamiento. Pero nunca me ha costado mantener una conversación con las personas más inverosímiles, por muy fuera de mi elemento que me encontrara.

Por motivos de seguridad, para ir y volver del Kennedy Center se traslada a todos los artistas en uno de esos autobuses grandes que suelen llenarse de turistas para visitar los lugares más famosos de Washington, aunque en vez de llevar a grupos de señores canosos del Medio Oeste, el autobús se llena con los artistas más famosos de

Estados Unidos, que normalmente se lanzan a una versión estrepitosa de «99 Bottles of Beer on the Wall» (créeme, la canción adquiere vida propia cuando la cantan Steven Tyler, Herbie Hancock y los Jonas Brothers). Nunca es un recorrido muy largo, pero sí lo suficiente como para ver caras conocidas, entablar rápidas amistades contándose anécdotas de carreras legendarias y recibir consejos sobre auriculares de los mejores de ellos (gracias, Herbie).

Los ensayos se hacen en una de las muchas salas que hay al lado del escenario principal, y que sin duda han contribuido a la historia a lo largo de los años. Al haber crecido al otro lado del puente, en Virginia, yo ya conocía el Kennedy Center porque había ido a ver muchas actuaciones allí y también nos habían llevado varias veces de excursión con el colegio para admirar el maravilloso despliegue de arquitectura moderna con vistas al río Potomac, pero no había estado nunca detrás del telón. Mientras recorría los pasillos, traté de imaginar todas las voces que habían llenado aquellas salas sagradas desde su inauguración en 1971, preguntándome una vez más «cómo coño había llegado hasta allí». Aquel edificio estaba reservado para los artistas más prestigiosos de Estados Unidos, no para antiguos matones del punk rock del D. C.

Por mucho que se considere un evento apolítico, una de las pocas ocasiones en las que personas de cualquier ideología pueden dejar de lado sus diferencias y tomarse una copa en nombre de la cultura y las artes, se percibe una tensión inevitable que lo impregna todo, como si los asistentes fueran niños pequeños a los que se les ha dicho que tienen que portarse bien en el patio del colegio. Desde luego, yo no estaba de acuerdo con ciertas políticas y principios sobre los que algunas de aquellas personas se pasaban el día discutiendo, de modo que seguí el consejo de mi madre y evité los tres temas que siempre nos decía que no debíamos sacar a la mesa: el dinero, la política y la religión. Era un fin de semana en el que todos podíamos reconocernos como algo más que demócratas o republicanos: por encima de todo éramos seres humanos, y nada podía unir más a los seres humanos que la música y el arte.

Por alguna insensata razón, me pidieron que me encargara de hacer un brindis por los Who en la cena superformal del Departamento de Estado la noche antes del concierto. Aquello no era como estar de palique en la barra del bar, sino que tendría que dar un discurso formal en el que se elogiaba al galardonado por sus logros. Y ante una sala llena de oradores, nada menos. No era para tomárselo a la ligera. Se me asignó a una redactora que tuvo la amabilidad de reunirse conmigo entre bastidores y allí estuvimos hablando sobre un

posible material para el discurso. Tras la breve conversación, me dio las gracias y me dijo que tendría el discurso terminado para antes de la cena. Habría preferido escribirlo yo, pero, para no meter pata, lo dejé en manos de profesionales.

Más tarde, cuando me estaba embutiendo en mi traje de pingüino en el hotel, llegó mi discurso, y me quedé horrorizado al ver que estaba escrito con una forma primitiva de jerga, a lo «qué pasa, tronco», para que pareciera que lo había escrito yo (supongo). «¡No puedo leer esto!», pensé. Como hijo de un antiguo redactor de discursos del Capitolio y periodista, mancharía para siempre el legado de mi padre como hombre inteligente, ingenioso y con encanto de Washington. Pero también me sentía obligado a seguir con el programa y soltarle a la gente aquellas palabras como un desinteresado gesto de alivio cómico. «JODER -PENSÉ-, MADELEINE ALBRIGHT VA A PENSAR QUE SOY IDIOTA.»

En la fila de recepción ya estaba temiendo mi momento en el podio, cuando le estrechara la mano a la secretaria de Estado, Condoleezza Rice, otra de las cosas que jamás me había imaginado que llegaría a hacer. En aquella sala llena de eruditos y grandes intelectuales, mi arraigada inseguridad infantil, de cuando creía que todo el mundo pensaba que era tonto, me asaltó de nuevo y empecé a dudar de mí mismo. Desde luego, toda la pompa y ostentación que se exhibían en el salón resultaban entretenidas de ver, y nunca he sido de los que rehúyen la oportunidad de avergonzarse por una risa abochornada, pero aquello era lanzarse a los leones. Menudo cóctel.

Mientras esperaba sentado a la mesa con varios senadores y miembros del gabinete, sostenía el temido discurso entre las manos como las cuentas de un rosario, contando los minutos que faltaban para mi exhibición pública más espantosa. Me senté y escuché cómo los oradores, uno por uno, fueron ofreciendo unas largas y elocuentes disquisiciones dignas de un discurso inaugural del estado de la Unión…, y yo sabía que muy pronto sería el único idiota de la sala que usaría la palabra «tronco».

Mientras Bob Schieffer, uno de los periodistas de televisión y moderadores de debates más apreciado de Estados Unidos, brindaba por el legendario artista *country* George Jones, yo lo escuchaba delante de mi plato sin comer, asombrado por la capacidad que tenía para ser increíblemente divertido, emocional, informativo y poético, todo a la vez y con un tono espontáneo, relajado y confiado con el que dominaba la sala sin tener delante ningún discurso preparado. «A tomar por culo», pensé. De ninguna manera iba a leer el discurso que me habían preparado, ¡no después de Bob Schieffer!

Tenía que pensar en algo, y rápido.

Solo tenía unos minutos, y se me ocurrió una cosa: lo que distingue a los Who de las demás bandas es la singular inversión de roles musicales. La lírica de la batería de Keith Moon hacía que pareciera un vocalista; el ritmo sólido de la guitarra de Pete Townshend hacía que pareciera un batería; los originales solos del bajo de John Entwistle hacían que pareciera un primer guitarrista, y la voz potente de Roger Daltrey lo unía todo como el director de una orquesta de fuego. «Eso podría funcionar», pensé. De todas formas, no tenía nada que perder, ya que eso estaba muy por encima del discurso arrugado que estaba agarrando con la mano sudorosa. Toda mi carrera la había construido siguiendo una regla muy sencilla: convéncete y convencerás. Dijeron mi nombre, me levanté, dejé el discurso arrugado al lado de mi pollo al vino sin tocar y me dirigí hacia el escenario.

Tengo que decir que no fui ningún Bob Schieffer, pero me las arreglé para salir airoso, sin que me tiraran tomates y sin un solo «tronco». Hasta puede que le arrancara una sonrisa a Madeleine Albright.

Al día siguiente por la tarde, en la recepción de la Casa Blanca, nos acomodamos todos en la Sala Este mientras el presidente Bush les entregaba las coloridas medallas a los homenajeados. Yo solo había estado en la Casa Blanca como turista, así que aquel también fue un momento importante para mí. Pero deja que te diga una cosa: teniendo en cuenta los cientos de años de historia que se han ido forjando entre aquellas paredes…, la verdad es que tampoco es para tanto. Apretujados como todos los que cogen el tren para ir a trabajar por la mañana, nos sentamos en nuestras pequeñas sillas plegables y vimos cómo el presidente les iba colgando al cuello las medallas con cintas de arcoíris a los galardonados de aquel año: Morgan Freeman, George Jones, Barbra Streisand, Twyla Tharp y los Who. ERA COMO ESTAR SIENDO TESTIGO DE LA HISTORIA, LO QUE HIZO QUE ME PREGUNTARA UNA VEZ MÁS: «¿CÓMO COÑO HE LLEGADO HASTA AQUÍ?».

Ya lo único que quedaba por hacer antes de dirigirnos por fin al concierto era hacernos una foto con el presidente y la primera dama delante del árbol de Navidad de la Casa Blanca. Me llevó un buen rato tomar una decisión. Por decirlo suavemente, mis ideas políticas no se alineaban con las de la Administración del momento, así que no tenía tan claro si quería unirme al presidente en una foto. Aunque se suponía que aquel fin de semana no debía estar marcado por ninguna división política, puesto que era un momento para celebrar las artes

juntos, no era fácil dejar de lado la política, aunque solo fuera para hacerse una foto delante de un árbol de Navidad deslumbrante. Y volvió a asaltarme la duda: «¿Qué hago yo aquí?».

Pensé en mi padre. ¿Qué habría hecho él? Siendo un republicano acérrimo, se había pasado décadas entablando relaciones duraderas con personas de ideologías opuestas y era capaz de tomarse un generoso cóctel con cualquiera. Cuando pasábamos los fines de semana juntos, solía llevarme a un bar de Georgetown, el Nathan's, al que un montón de gente iba a beber, reír y hablar…, pero, sobre todo, a convivir. Yo me sentaba con mi refresco y escuchaba las estruendosas voces de los nuevos incondicionales del Beltway, que estaban de acuerdo en que podían no estar de acuerdo con los problemas actuales y dejar los debates reales para la sesión del lunes por la mañana en la Casa Blanca. Aquel era el Washington D. C. en el que me crie, un lugar en el que personas con ideas opuestas podían entablar una conversación civilizada sin que se convirtiera en una pelea de bar. Un lugar que, lamentablemente, ya no existe.

Jordyn y yo decidimos ponernos en la cola para la foto. Rodeados de marines ataviados con sus uniformes de gala, esperamos a que por fin nos llamaran para entrar en la sala en la que el presidente y la primera dama estaban colocados como figuras de cartón delante de un árbol de Navidad altísimo. Los saludamos con una sonrisa y firmes apretones de manos. ¿La primera impresión? El presidente era más alto de lo que me esperaba y la primera dama tenía unos ojos azules preciosos.

—¿De dónde eres? —me espetó el presidente en la cara con el fervor de un instructor militar.

—Eh…, eh…, del otro lado del puente de allí —contesté aturdido señalando hacia los jardines de la Explanada Sur.

Le dije que había ido para tocar una canción de los Who en el Kennedy Center, sonrió, nos echaron la foto y nos acompañaron a la puerta más rápido de lo que te da tiempo a decir: «No se volverán a quedar conmigo».

Imagino que aquella noche me reconoció en el pasillo de la planta baja porque era el único que llevaba el pelo largo, pero tuve que reírme cuando me soltó orgullosamente la misma palabra que tanto me había costado evitar la noche anterior. «Si el Nathan's siguiera abierto —pensé—, apuesto a que podríamos pasar una buena tarde allí.»

En 2010, el presidente Obama le otorgó a Paul McCartney el premio Gershwin de la Biblioteca del Congreso, un galardón que solo se le concede a una persona al año por su contribución a la música

popular. Prácticamente, en Estados Unidos es el equivalente a ser nombrado caballero, y puede que sea el mayor galardón para un músico. Tenían prevista una actuación en la Sala Este de la Casa Blanca (supongo que me estaba convirtiendo en un habitual) y, al ser amigo de Paul, me invitaron a tocar «Band on the Run» con él en un diminuto escenario de una pequeña sala llena de gente. Por supuesto, yo aprovechaba cualquier oportunidad que se presentara para tocar con Paul, pero no solamente porque él fue la razón por la que me hice músico, sino también porque es muy divertido tocar con él.

Cuando llegué para los ensayos al Lisner Auditorium (enfrente del Tower Records, donde una vez trabajé a tiempo parcial), su maravilloso equipo me recibió en el escenario y, después de ponerme un poco al día, el director musical se acercó para presentarse. Me sentía más o menos preparado, pero pensaba que Paul y su banda se encargarían del trabajo pesado, y que si a mí se me olvidaba la letra o algún acorde, probablemente ni siquiera se me oiría por el sistema de sonido.

—Muy bien, Dave, pues ese es tu micrófono —me dijo señalando al centro del escenario.

«Qué raro», pensé.

—Mmm…, ¿y dónde se va a poner Paul? —le pregunté.

Él se rio y contestó:

—Paul se sentará justo enfrente de ti con el presidente. ¡Vas a cantar tú solo!

Me inundó un pánico disfrazado de fingido entusiasmo.

Y OTRA VEZ: CONVÉNCETE Y CONVENCERÁS.

Estuvimos ensayando hasta que nos salió «lo suficientemente bien para el *grunge*» (un término ridículo que ha revoloteado sobre los Foo Fighters durante años), y luego me volví al hotel para seguir practicando la misma canción hasta que me sintiera lo bastante cómodo con ella como para tocarla ante las dos personas más destacadas de la Tierra, que iban a estar sentadas a menos de dos metros de mí. Era un evento importante, que contaría con la participación de un grupo de artistas de primera línea. Stevie Wonder, Elvis Costello, Jack White, Emmylou Harris y Faith Hill iban a interpretar los clásicos de Paul, y yo me sentí muy pequeño ante el nivel de talento del programa. Nunca había estado tan nervioso, y con razón.

Cuando llegó la hora de la prueba de sonido por la tarde, todos los artistas estaban dando vueltas por la Casa Blanca, animándose unos a otros y maravillándose por el tamaño del minúsculo escenario, de unos sesenta centímetros de altura, en el que apenas había sitio para toda la banda de Paul. Cuando terminamos, pude vagar un poco por los pasillos, admirar retratos históricos y hojear los libros de la pequeña biblioteca de la planta baja. ¿Mi hallazgo favorito? Una antología completa de las canciones de Bob Dylan. No sé cuánto tiempo pasaría fuera de la estantería, pero el saber que estaba allí me dio un poco de esperanza en el futuro. En un momento dado, le pregunté a un empleado con pinta de oficial si había algún *catering* o bufet para los músicos, porque estaba muerto de hambre. Me dijo que iba a mirar y me preguntó si tenía alguna preferencia, pero como soy lo menos quisquilloso que existe para la comida (pregúntaselo a cualquiera que me conozca), solo le dije: «¡Lo que sea!».

Al cabo de unos minutos volvió con unos SunChips y un sándwich en una bandeja que le habían preparado en la cocina. Le di las gracias y pensé: «Qué majo».

Más tarde me enteré de que era el almirante de la Guardia Costera.

La noche del concierto, todos los músicos estaban en la sala de al lado esperando su turno como una fila de paracaidistas esperando a saltar del avión. Uno a uno, los iban presentando y cruzaban la abarrotada sala hasta el pequeño escenario en el que saludarían a Paul y al presidente antes de su canción. «No puedo ser el único que esté nervioso», pensé. Sin el muro de sonido de los Foo Fighters me sentía prácticamente desnudo. Desnudo delante de Paul McCartney y el presidente Obama. Se me aceleró el pulso, se me revolvió el estómago y empecé a imaginar lo peor que podía pasar: un ataque de ansiedad paralizante que no solo necesitara atención médica, sino toda una vida para superarlo.

Y entonces, algo se apoderó de mí…

DECIDÍ QUE NO IBA A DESPERDICIAR EL MOMENTO. Decidí dejar de preguntarme: «¿Qué hago yo aquí?». Ya estaba allí, y me dije a mí mismo que no iba a malgastar ni un segundo atenazado por el miedo o deseando estar en cualquier otro sitio. El largo camino que me había llevado desde mi infancia en Springfield (Virginia) y la experiencia acumulada en la escena musical de Washington D. C. hasta actuar en la Casa Blanca delante de un Beatle y el presidente suponía un círculo completo en mi vida, así que, en lugar de perderme en complicadas introspecciones, me limité a sonreír.

Una oleada de calma me embargó, y en ese momento me llamaron. Me dirigí hacia el escenario con la cabeza alta y me presenté ante Paul y el presidente con orgullo, sintiéndome la persona más afortunada del mundo por haber llegado hasta ese momento, trazando un puente entre el pasado y el presente, la derecha y la izquierda, con la música.

ARRESTADO

«*Asseyez-vous, s'il vous plaît…*»

Confundido, me volví hacia mi novia, que al ser francófona podría ayudarme a entender lo que me estaba diciendo. «Quiere que te sientes», me dijo. Asentí y me senté en una silla delante de la señora mayor, sonriéndole nervioso mientras ella observaba atentamente todos mis movimientos. No sabía lo que pensar, y tenía mis motivos: era la primera vez que iba a una vidente.

Era enero de 2000, y los Foo Fighters habíamos ido a Australia para participar en la mayor gira anual del país, el Big Day Out, un espectáculo que comenzó en 1992 con un único concierto en Sídney, en el que Nirvana tocó con Violent Femmes, y con el tiempo acabó convirtiéndose en un gran festival de tres semanas en el que seis ciudades acogían hasta cien grupos cada año. Bajo el calor abrasador del glorioso verano australiano, aquel era el punto álgido del itinerario de cualquier banda, puesto que el ritmo fácil de seis conciertos en tres semanas lo convertía en una especie de vacaciones al sol, sin el ritmo agotador al que todos estábamos acostumbrados. Lo llamábamos «The Big Day Off» [el gran día libre], y aprovechábamos al máximo todo el tiempo del que pudiéramos disponer fuera del escenario.

A mi novia, que había venido de Estados Unidos para hacernos una visita rápida, le hacía mucha ilusión ir a ver a una famosa vidente francesa que vivía en un bloque de pisos en las afueras de Sídney. Por lo visto, ya la conocía, porque unos años antes fue a visitarla cuando estuvo en Australia con su banda, y según muchas personas que estaban familiarizadas con estos temas, aquella señora era auténtica. A lo largo de los años, nuestro viejo amigo y promotor Stephen Pavlovic había llevado a muchos músicos místicos a verla, y todos volvían a casa elogiando sus magníficos poderes intuitivos.

Yo nunca había ido a una vidente de verdad, más que nada porque no me interesaba. Aparte de una vez en la que nos echaron las cartas en una tienda de recuerdos de Nueva Orleans cuando Nirvana estaba en la cumbre de su éxito y una mujer con un hueso en la nariz me dijo: «No te rindas, algún día triunfarás», me las había arreglado para mantenerme al margen de todo tipo de introspección psíquica artificiosa. No es que no creyera que hubiese gente capaz de leer la mente y ver el futuro, sino que simplemente no tenía ningún interés en saber lo que veían. Yo prefería que el futuro siguiera siendo un misterio, porque así no podría alterarlo siguiendo algún tipo de

predicción errónea. Creía que la vida debía seguir su curso natural, como un viaje sin un mapa de carreteras al que recurrir.

El método de aquella mujer era sencillo: te pedía que le llevaras una fotografía tuya, una cualquiera, y ella examinaba tu figura en silencio, pasando los dedos por encima mientras recibía algún tipo de información sobrenatural a través del tacto antes de revelarte su opinión psíquica. Hay que recordar que yo no había concertado aquella cita para mí, sino para mi novia, que se había preparado para la visita llevándole su propio álbum de fotografías, en el que también había una foto mía. Steve y yo solo hacíamos de acompañantes y chóferes, de manera que fuimos a tomarnos un café mientras ellas contactaban con el otro lado.

Cuando volvimos, mi novia parecía un poco cansada, y la vidente se centró rápidamente en mí, ya que por lo visto había sido un punto difícil de la conversación mientras estábamos fuera. El hecho de que la señora apenas hablara inglés creó una situación complicada entre mi novia (que era de Montreal) y yo, puesto que no le quedaba más remedio que traducirme las revelaciones más íntimas de la vidente, por muy incómodo que le resultara oírlas.

Después de estudiar mi fotografía durante unos minutos, la vidente me cogió las manos y las sostuvo con suavidad mientras observaba las líneas y los callos que se me habían creado tras años de maltrato.

—*Tu as beaucoup d'énergie…* —dijo.

Miré a mi novia para que tradujera.

—Dice que tienes mucha energía.

«¡Bueno, empieza bien!», pensé.

—Sí, soy un poco hiperactivo —contesté en inglés esperando que me entendiera, y así fue, con un poco de ayuda de mi novia.

—*Non, tu as beaucoup d'énergie psychique…*

Para eso no necesité traducción. Me estaba diciendo que tenía energía psíquica. Me iluminé por la sorpresa. Aquello se estaba poniendo interesante.

—*Tes mains brillent…, elles ont une aura…, c'est bleue…, très puissante…*

Según mi nueva amiga vidente, las manos me brillaban con una poderosa aura azul. La creyera o no, aquello me alegró, y hasta podría decir que me halagó. «¿Cómo es que no lo sabía? —pensé—. ¡Podría haber utilizado mi poderosa aura azul todo el tiempo!» Y entonces me miró y me preguntó si veía fantasmas.

Vale, esa era una pregunta difícil. ¿Había recibido alguna vez la visita de la típica aparición voladora que venía del otro mundo para reclamar su territorio? No. ¿Tenía experiencia con una serie de

acontecimientos inexplicables en los que sentía que estaba en presencia de algo que no estaba ni vivo ni muerto? Sí.

En la época de mayor éxito de Nirvana, yo seguía viviendo en una habitación diminuta en la que solo tenía una cómoda, una mesita de noche y un futón en el suelo, ya que la banda estaba creciendo tanto y tan rápido que no me dio tiempo a asimilar la nueva vida del estrellato rock. En realidad, no tenía ningunas ganas de aprovechar mi nueva cuenta bancaria porque me sentía bien tal y como estaba. Nunca había tenido mucho, así que nunca había necesitado mucho, y aquel arreglo me parecía de lo más normal. Pero, sobre todo, era divertido. El poder sentarme a ver la MTV comiendo Totino's Party Pizza con mis amigos las tardes lluviosas era mi idea de «triunfar» y, entonces, ¿para qué cambiarlo?

Fue mi padre (mi asesor financiero por defecto) el que al cabo de un tiempo me dijo que había llegado la hora de invertir en una casa de mi propiedad en Seattle por el bien de mi patrimonio (y para que no me dejara todo el dinero en Slim Jims y tabaco), de modo que cogió un avión y empezamos a buscar una casa juntos. Un agente inmobiliario de la ciudad confeccionó una lista de visitas y nos pasamos unos cuantos días yendo a ver casas, buscando la que pudiera encajar mejor. Casi todas eran demasiado viejas, demasiado raras o estaban demasiado lejos de todos los servicios, pero había una que destacaba sobre las demás, una casa recién construida en un vecindario del norte de Seattle llamado Richmond Beach. Muy cerca del precioso estrecho de Puget, la casa se hallaba enclavada entre altos pinos al final de una calle sin salida, y era una propiedad bastante modesta y discreta a primera vista. Sin embargo, nada más entrar te encontrabas ante una obra maestra de la arquitectura, con múltiples rellanos y habitaciones enmarcadas por una madera magnífica, y todo ello inundado de luz natural gracias a unas claraboyas integradas en los techos altos y unos enormes ventanales que daban a la espesura del bosque. Como estaba en lo alto de una colina, desde la carretera parecía tener una única planta, pero la estupenda construcción escalonada de la parte posterior tenía toda una serie de balcones y terrazas que daban a los gigantescos árboles de hoja perenne que se alzaban detrás. Me resultaba difícil imaginarme viviendo solo en un espacio tan amplio, pero me sentía atraído por su calidez y diseño, por lo que muy pronto la compré y allí me llevé mi cómoda, mi mesita y mi futón.

La primera noche estaba lloviendo muchísimo y me sentía un poco tenso por estar solo en una casa tan grande, así que me metí en mi cuarto y me puse a ver la televisión (¡era nueva, todo un exceso del

rock and roll!). Y allí estaba, sentado en mi viejo futón con la espalda apoyada contra la pared, cuando de repente la casa se estremeció con un tremendo ¡BANG! No fue un rayo ni un trueno, ni tampoco hubo ninguna explosión fuera. Sonó como si un camión de dieciocho ruedas se hubiera estrellado contra la pared en la que estaba apoyado, y me empujó hacia delante como si algo hubiera chocado por detrás. Cogí el mando inmediatamente, silencié la tele y me quedé quieto, absolutamente aterrorizado. Me armé de valor para salir del dormitorio y mirar desde el pequeño rellano al salón de abajo, que estaba vacío, escudriñando en la oscuridad en busca de alguna sombra o señal que indicara la presencia de algún intruso. El miedo me ponía la piel de gallina mientras iba de puntillas de una habitación a otra, imaginando que encontraría alguna señal de que habían entrado a robar, pero no encontré absolutamente nada. Cuando volví a mi cuarto, dejé el televisor en silencio y dormí con un ojo abierto el resto de la noche.

Cuando ya llevaba unos meses en la casa, empecé a darme cuenta de que la parte de abajo era donde las cosas parecían un poco… raras. Cada vez que pasaba por los serpenteantes pasillos que llevaban a las plantas más bajas, me daba la sensación de que había alguien detrás de mí, como si me estuvieran siguiendo de cerca. Notaba como si la piel del cuello y la espalda se me calentara por la proximidad de una fuerza invisible, se me erizaba el vello y salía disparado lo más rápido que podía hacia los pisos de arriba para buscar refugio en la seguridad de la cocina. Nunca me había pasado algo así y estaba convencido de que todo era por culpa de mi imaginación… hasta que descubrí que yo no era el único que solía tener esa sensación tan inquietante y aterradora.

Poco a poco fui instalándome y dotando la casa de un modesto mobiliario, lo suficiente como para invitar a unos cuantos amigos a cenar la noche de Halloween en mi nueva mesa del salón. Después de cenar, nos pusimos a contar historias de fantasmas mientras nos tomábamos una copa; algunas eran de primera mano y otras no, aunque yo me guardé mis sospechas sobre la casa nueva. De pronto, uno de mis amigos dijo: «Pues…, ¿sabes…?, es muy raro…, cada vez que estoy en la parte de abajo de tu casa, tengo la sensación de que hay alguien detrás de mí, siguiéndome de habitación en habitación… Es una sensación tan fuerte que hasta tengo que ir diciendo por dónde voy para que lo que sea sepa que estoy llegando…».

Estuve a punto de atragantarme. Por mucho que me aliviara saber que no era el único que tenía esa sensación, y que al final resultaba que no estaba loco, me lo tomé como una confirmación de que la

estupenda casa nueva que me había comprado estaba encantada. No tenía intención de mudarme pronto, y aunque no me había importado compartir casa con mi viejo amigo Barrett, compartirla con un fantasma no era lo que había firmado.

La sensación se fue haciendo cada vez más fuerte con el paso del tiempo, hasta el punto de que empecé a evitar la parte de abajo a toda costa. Pero poco después la sensación se fue extendiendo sigilosamente hacia arriba. Por la noche, dormía con la cara en el borde de la cama (siempre lo he hecho, porque no me gusta la sensación claustrofóbica de notar mi propio aliento) y percibía el rostro de alguien a escasos centímetros del mío, mirándome fijamente con ojos fulminantes mientras yo tenía los párpados cerrados con fuerza, aterrado por lo que pudiera ver si los abría. Se convirtió en una visita recurrente, que se repetía noche tras noche y me dejaba paralizado por el miedo, incapaz de dormir.

Y entonces empezaron los sueños.

Siempre era la misma mujer, con una falda de lana azul oscuro y un jersey gris, viejo y andrajoso. Con el pelo castaño, áspero, revuelto y lleno de nudos, permanecía allí, descalza y en silencio, clavándome una mirada penetrante con expresión de profunda tristeza. En el primer sueño, salí de mi cuarto al rellano de la escalera y miré hacia el salón, donde estaba inmóvil, mirándome desde la distancia. Me desperté con un sudor frío. Los siguientes sueños fueron igual de espeluznantes, pero en otras zonas de la casa, lo que me hizo pensar que tal vez la casa no era mía, sino de ella.

Unas semanas más tarde, alguien sacó una *ouija* la noche de Acción de Gracias, que también fue cuando conocí a Nathan Gregory Mendel, futuro bajista de los Foo Fighters, que había venido a cenar con un amigo común. Creas o no en ese tipo de cosas, yo lo único que puedo decir es que llegué a la conclusión de que la casa de mis sueños se parecía a *La morada del miedo*. Con todo, seguí viviendo allí varios años y poco a poco me fui acostumbrando al sonido de pasos en el parquet de la cocina, a los detectores de movimiento que se activaban sin motivo y a las puertas que se abrían solas de vez en cuando. Mis amigos me mandaron un montón de salvia para ahuyentar a los espíritus, pero ni siquiera la toqué, porque no estaba dispuesto a caer en ese tipo de cosas y, francamente, porque encima huele a pipí de gato.

Total, que le dije a la vidente que no «veía» fantasmas.

Entonces me preguntó si veía ovnis. Eso ya me gustaba más. Al fin y al cabo, le había puesto el nombre de Foo Fighters a la banda por el término que se usaba en la Segunda Guerra Mundial para designar los

objetos voladores no identificados; nuestro sello discográfico se llamaba Roswell Records por el ovni que cayó en 1947 en Roswell (Nuevo México), y mi editorial musical llevaba el nombre de MJ Twelve Music por el supuesto comité de científicos, líderes militares y funcionarios del Gobierno que reunió Harry S. Truman para recuperar y analizar naves alienígenas, o sea que estaba bastante familiarizado con el mundo de la conspiración ovni, aunque lamentablemente nunca había visto ninguno.

«No —le dije—, pero sueño con ellos a menudo.» La vidente me miró a los ojos. *«Ce ne sont pas des rêves»*, me dijo con una cálida sonrisa.

MIRÉ A MI NOVIA PARA QUE ME TRADUJERA Y DIJO: «NO SON SUEÑOS».

Inmediatamente me acordé de los innumerables sueños que había tenido desde niño en los que me visitaban extraterrestres. Todavía los recuerdo con claridad. Desde muy pequeño, soñaba que sobrevolaba el barrio viendo las hileras de casas diminutas desde la ventana de una nave pequeña que flotaba silenciosamente y cruzaba el aire con gran facilidad a velocidades inimaginables e indetectable para el ojo humano. En uno de aquellos sueños, yo estaba tumbado en el césped húmedo del jardín, mirando al cielo nocturno plagado de estrellas e intentando desesperadamente contactar con un ovni que me llevara a otro mundo, y, mientras miraba al espacio, de repente me daba cuenta de que en realidad me estaba viendo en el césped, reflejado por el metal liso de la parte de abajo de una nave con forma de platillo que flotaba a unos metros de mi cabeza. Y entonces me desperté.

Pero hay un sueño que nunca olvidaré, un sueño tan vívido e intenso que me dejó una sensación de la que todavía no puedo desprenderme.

Estaba en una ciudad costera del sur de Europa y el cielo tenía un tono perfecto de azul cerúleo a la hora del crepúsculo. Iba caminando tranquilamente por una loma empinada y llena de hierba, respirando el cálido aire veraniego mientras miraba al puerto, que estaba lleno de cafeterías y gente vestida de blanco que paseaba de la mano por el paseo marítimo. Las estrellas, que apenas se distinguían, se estaban haciendo cada vez más brillantes a medida que el sol se ocultaba tras el océano, hasta que de repente el cielo colapsó con un destello cegador que me tiró al suelo. Al mirar hacia arriba vi que, en lugar de estrellas, lo que había eran miles de ovnis de diferentes tamaños, formas y colores surcando el cielo. Y allí me quedé, sentado y atónito, tratando de asimilar este increíble acontecimiento mientras veía las caras incrédulas de miles de personas que estaban haciendo

exactamente lo mismo. El tiempo se detuvo.

De pronto, una voz atronadora se introdujo en mi cabeza por alguna forma de telepatía. «¡LA EVOLUCIÓN DEL HOMBRE!», resonó la voz, al tiempo que se proyectaban en el cielo unos diagramas animados que explicaban cómo nuestra especie recibió la ayuda de unos seres desde un remoto lugar del universo.

El hombre de Vitruvio de Leonardo da Vinci apareció a la izquierda en el cielo y, a la derecha, un mapa del mundo con todas nuestras fronteras y territorios modificados mientras la voz declaraba que lo que estaba ocurriendo era «EL AMANECER DE UNA NUEVA ER A».

Me desperté sabiendo que aquello había sido algo más que otro sueño cualquiera, pero seguí adelante con mi vida, sin dejarme arrastrar hacia el desafortunado agujero en el que caen muchos conspiradores de ovnis y del que no llegan a salir nunca, pasando el resto de sus días a la espera de una «revelación completa». Me sentía claramente conmocionado, pero la única influencia que tuvo aquel sueño en mi vida fue la de servirme de inspiración para dirigir el videoclip de la canción «The Sky Is a Neighborhood» de los Foo Fighters, en el que aparecen mis hijas Violet y Harper. Había sido un sueño maravilloso, pero solo un sueño, pensé. Hasta entonces, cuando, según la vidente, aquello no había sido producto de mi imaginación, sino algo real.

Tras otras revelaciones favorables, incluida la dimensión de la que provengo, la vidente comenzó a decir cosas que nadie en este mundo habría podido saber de mí. Aquello no era ninguna broma. Me dijo cosas tan detalladas e íntimas sobre mi vida que me convenció por completo. Me hice creyente. No sabía si se trataba de poscognición (la capacidad de percibir los acontecimientos pasados de un modo sobrenatural) o de una forma avanzada de intuición, pero estaba totalmente seguro de que aquella mujer era auténtica.

Una vez que terminó la sesión, nos despedimos, salimos de su pequeño piso y emprendimos el largo viaje de vuelta a Sídney. Animado por aquellas revelaciones, me quedé pensando en si aquel poder sería algo con lo que había nacido, y también en todos los momentos en los que habría podido recurrir a mis capacidades psíquicas para salir de algún que otro atolladero.

Como, por ejemplo, la semana anterior en Gold Coast.

Gold Coast, una ciudad costera de Queensland que se encuentra a tan solo cuarenta y cinco minutos al sur de Brisbane, es el equivalente australiano de Fort Lauderdale (Florida), con las cafeterías de playa rebosantes de bebidas fluorescentes, surfistas rubios con sus trajes de neopreno a medio poner en cada esquina y, sí, un parque temático

SeaWorld para las vacaciones en familia. Una visita a este paraíso turístico siempre es una aventura, de manera que exprimimos todos los segundos que teníamos en ese bronceado país de las maravillas para aprovechar hasta la última gota de diversión que pudiéramos encontrar y, como estábamos en el Big Day Off, teníamos mucho tiempo libre. Al llegar, Taylor y yo decidimos alquilar unas motillos para poder dar vueltas por la ciudad, saltando de playa en playa, durante los tres días que teníamos antes del multitudinario concierto en el Gold Coast Parklands, un hipódromo dedicado a carreras de galgos que quedaba a pocos kilómetros de la ciudad. Nuestro hotel, el Sheraton Grand Mirage, se había convertido en uno de nuestros favoritos a lo largo de los años, con su decoración totalmente ochentera y tan blanca como la cocaína y sus generosos bufets para cenas que daban a unas piscinas con cloro llenas de cisnes. Si Tony Montana, de *Scarface*, se tomara alguna vez unas vacaciones, sin duda sería allí. Era como pasear por un cuadro de Nagel en chanclas.

Por suerte, el hotel se hallaba a pocos kilómetros del concierto, en línea recta por la Smith Street, así que, en vez de coger la abarrotada lanzadera que llevaba al concierto junto a las otras bandas, Taylor y yo pensamos que podríamos ir con nuestras ridículas motos y disfrutar a lo *Easy Rider* antes de devolverlas y marcharnos al día siguiente. Sin casco (ni carnet), emprendimos el viaje, riéndonos de lo absurdo que era que dos músicos que estaban a punto de tocar ante cincuenta mil personas estuvieran recorriendo la carretera con dos pequeños ciclomotores maltrechos. Como casi todo en aquella época, era pura diversión.

Llegamos a la entrada y los guardias de seguridad nos miraron como si fuéramos dos turistas que habían conseguido robar un pase para entrar en los camerinos de los Foo Fighters. Tras muchas explicaciones y conversaciones ininteligibles por *walkie-talkie*, por fin vino a rescatarnos nuestro mánager, Gus, y cruzamos a toda velocidad el recinto, sorteando las mesas de pícnic llenas de bandas que nos señalaban y se reían de nosotros al pasar. Junto con los Blink-182, éramos sin duda la banda más *nerd*, bobalicona y molesta del programa; es decir, había verdaderos pesos pesados —como Red Hot Chili Peppers, Nine Inch Nails y Primal Scream, por nombrar algunos —, y puedo asegurar que ninguno de aquellos tipos se habría dejado ver haciendo el ganso de esa manera a plena luz del día.

Cuando nos estábamos preparando para el concierto, se me ocurrió otra idea ridícula: montar en el *scooter* por el escenario y dar acelerones como siempre había hecho Rob Halford de Judas Priest (aunque con una enorme Harley-Davidson), para rendir homenaje al

mismísimo dios del heavy metal. Mientras estaba haciendo la lista de canciones delante de unas cervezas, encontré el momento perfecto para subir al escenario como Evel Knievel, acelerar el insignificante motor de cincuenta centímetros cúbicos hasta formar una nube de humo y seguir tocando mientras el público se doblaba en dos. «Cualquier cosa por unas risas», pensé, y mi plan se puso en marcha. Todo salió bien.

Después del concierto, me fui al camerino y miré el programa que tenía pegado a la pared. Vi que una de mis bandas preferidas, los Hellacopters de Suecia, estaban tocando en otro escenario que estaba un poco alejado, así que me llevé a Bobby Gillespie de Primal Scream de paquete en mi ya famoso *scooter*, y nos adentramos en la oscuridad para verlos tocar. Los conciertos de los Hellacopters, un aluvión de pelo y *riffs* clásicos, siempre eran magníficos, y yo ya había podido ver más de uno porque había hecho muchas giras con ellos a lo largo de los años.

Cuando estaba sentado en un lateral del escenario, meneando la cabeza y tomándome unas cervezas, me di cuenta de que había empezado a llover. No era una tormenta tropical, pero llovía lo suficiente como para pensar que sería mejor volver al hotel antes de que apretara. Aquellos ciclomotores no estaban hechos para la carretera, y hasta una llovizna ligera podía hacer que la calzada se convirtiera en un desastroso tobogán para ellos, pero como solo estaba a unos pocos kilómetros del hotel, tampoco le di mucha importancia. Fui a por Taylor para volver a nuestro castillo de la playa a lo DeLorean, me puse la capucha de la sudadera y nos pusimos en marcha.

No habríamos recorrido ni dos kilómetros cuando vimos que el tráfico se había detenido por completo en la concurrida carretera de dos carriles. Era tarde, y prácticamente no había más que un camino para que las otras 49.999 personas que habían estado en el concierto pudieran volver a la ciudad, por lo que nuestro rápido viaje al hotel se convirtió en una especie de aparcamiento heavy metal. «Será un accidente», pensé, y seguí avanzando durante una eternidad a paso de tortuga. Y entonces vi lo que era.

Un control de alcoholemia.

Ahora tengo que pararme un momento a explicar por qué no me limité a saltar del jodido ciclomotor, dejarlo aparcado a un lado de la carretera y llamar a Gus para que viniera a recogerme bajo la lluvia. En primer lugar…, era un puto ciclomotor, un cacharro que tenía de vehículo motorizado lo que pueda tener un cortacésped. No me podía imaginar que un policía se lo pensara dos veces antes de hacerme

señas para que pasara, probablemente riéndose de lo ridículo que debía de estar intentando seguir el ritmo del tráfico con mi sudadera empapada y los pantalones cortos de camuflaje. Y, en segundo lugar, lo que había bebido las cinco horas antes no se me había subido a la cabeza en absoluto. No es por alardear, pero hace falta mucho más que unas cuantas cervezas y unos chupitos de *whisky* para eso. No me sentía borracho en absoluto, así que estaba limpio, ¿no?

Pues no.

«Sopla aquí», me dijo el policía cuando llegué al puesto de control. Sorprendido, obedecí alegremente mientras veía pasar a Taylor, libre como un pájaro (por lo visto, aquella noche, en lugar de beber, había preferido disfrutar de otros aspectos de la fiesta), y soplé lo más fuerte que pude en la diminuta pajita del pequeño dispositivo del policía, que miró su aparato y luego me miró a mí.

«Baja de la moto, estás por encima del límite —me dijo con un fuerte acento australiano al estilo de Cocodrilo Dundee. No me lo podía creer. Después de tantos años haciendo lo peor sin que me pillaran, ahora me arrestaban en Australia por conducir borracho un puto ciclomotor—. ¡Para y quita la marcha!»

Tuve que reírme. ¿La marcha? El trasto aquel no tenía marchas. Prácticamente tenías que mover los pies como Pedro Picapiedra para conseguir que se moviera. Lo puse sobre el caballete, y entonces el policía me pidió mi identificación. Bueno, eso sí que iba a ser un problema. Yo nunca nunca llevo el pasaporte encima cuando estoy de gira, porque lo perdería al instante (sí, soy de los que pierden las cosas hasta en los bolsillos). Por eso, siempre me lo guardaba Gus, y solo me lo dejaba para cruzar la frontera o facturar en el aeropuerto antes de volver a pedírmelo inmediatamente. Lo único que llevaba era la tarjeta del Big Day Out colgada del cuello, en la que aparecían mi nombre, mi foto y la banda a la que pertenecía. «El pasaporte lo tiene mi mánager, pero tengo esto, le dije, y se la di, con la esperanza de que, por una remota casualidad, fuera un gran fan y me dejara pasar.»

A LO MEJOR, POR UNA VEZ, ESE NOMBRE DE ESTRELLA DE ROCK PODRÍA VALER PARA ALGO. PERO NO.

—Músico, ¿eh? —dijo con un repentino tono fanfarrón.

Le expliqué que estábamos en la gira del Big Day Out y que llevábamos allí unos días, disfrutando de su maravillosa ciudad, de ahí el ridículo *scooter*.

—Ah… —dijo—. ¿Y cuándo es el próximo concierto?

—Mañana, en Sídney —contesté con un atisbo de esperanza.

—Pues lo siento, pero te lo vas a perder. Te vienes al talego.

Me entró el pánico. Le dije que casi se veía el hotel desde donde estábamos, que podía aparcar la mierda aquella allí e irme andando.

—Lo siento, amigo —fue lo único que me contestó.

Estaba jodido.

En ese momento, Taylor, que después de superar el control había vuelto para ver si estaba bien, se acercó y dijo: «Tío, ¿qué pasa?». Le dije que me iban a arrestar y que tenía que volver al hotel y pedirle a Gus que preparara la fianza, de modo que Taylor se marchó a toda velocidad (es un decir) y yo me quedé allí, viendo cómo pasaban filas y filas de coches con gente de la gira que sacaba la cabeza por la ventanilla y me gritaba: «¡Joder, Dave! ¡Qué buen concierto!». Yo solo podía sonreír y saludar con la mano. Menudo idiota.

No tardaron en esposarme y meterme en el asiento trasero del coche de policía. Me llevaron a una comisaría móvil que habían montado al otro lado de la calle, donde me interrogaron unos detectives, como si fuera el asesino en serie Ted Bundy. «¿Tu dirección? ¿La dirección de tu madre? ¿La dirección del trabajo de tu madre?» Se tiraron un siglo así, y si de verdad tenía algún grado de

más, se me pasó con el interrogatorio tan tedioso e irrelevante al que me estaban sometiendo. «A ver si me llevan ya a la maldita celda», pensé después de muchísimo tiempo. Y eso hicieron.

Al llegar a la cárcel, volvieron a vitorearme los demás detenidos del concierto mientras me cogían los datos y me metían en una celda con un gamberro que llevaba una camiseta de Primus. El tío roncaba tan fuerte que pensé que tendría que colgarme con los cordones de los zapatos. Me tumbé en el camastro de hormigón y traté de enrollarme la manta de lona rígida que me habían dado, porque estaba tiritando y muerto de frío con la ropa mojada por la lluvia. Al cerrar la puerta, que era de plexiglás, la celda se quedó completamente en silencio, como la cabina insonorizada de un estudio de grabación, así que allí me quedé, tumbado, escuchando el zumbido de los oídos después del concierto triunfal que había dado unas horas antes y preguntándome cómo había conseguido que mi fin de semana en el paraíso terminara de aquella manera.

Al cabo de unas horas llegó mi héroe y salvador, Gus, que miró a los prisioneros en los monitores de seguridad, señaló mi figura temblorosa en la pantalla y anunció a los agentes: «Ese es el mío».

Después de soltarme, el viaje de vuelta al hotel fue un coro de risas mientras yo relataba sobriamente todos los acontecimientos que me habían llevado a aquel destino increíblemente absurdo. Dormimos unas horas y a la mañana siguiente cogimos un avión para Sídney, listos para el próximo concierto.

Pero las consecuencias de mi vida delictiva no habían quedado atrás. La ley me obligaba a volver a Gold Coast para comparecer ante el tribunal una semana después. Si me condenaban, no solo tendría que pagar una multa, sino que posiblemente me enfrentaría a una pena de prisión, y eso por no mencionar que se esfumarían todas mis posibilidades de volver a entrar en ese hermoso país, lo que me parecía lo más desgarrador de todo, ya que Australia se había convertido en mi lugar preferido para las giras a lo largo de los años. Si perdía esa oportunidad por unas cervezas y un ciclomotor barato, nunca podría perdonármelo, ni la banda me lo perdonaría a mí. Empecé a tomarme todo aquello muy en serio, tan en serio que Gus y yo nos fuimos a un centro comercial y me gasté setecientos dólares en un traje para no parecer una completa basura cuando me enfrentara al tribunal. No hay nada más patético que dos hombres adultos paseando entre un montón de estantes de ropa de un centro comercial, tomando decisiones basadas en la objetividad de un juez estirado, diciendo cosas como: «¿Demasiado conservador? ¿Demasiado disco?». Decidimos comprar algo elegante, pero no demasiado llamativo, y nos

preparamos para el viaje de vuelta al norte. Al día siguiente, cuando estábamos saliendo del hotel de Melbourne para coger el avión que nos llevaría a Queensland, nos encontramos con el guitarrista de Primal Scream en el vestíbulo, que bromeó diciendo: «¿Cómo llamas a un Foo Fighter con traje? ¡CULPABLE!». Aquello no ayudó.

Nos reunimos con mi abogado (o *barrister*, como ellos lo llaman) en un Burger King que había al final de la calle del tribunal y estuvimos preparando mi defensa delante de unas hamburguesas grasientas con queso y unas patatas fritas rancias. En realidad, no había mucho que decir. Había superado el límite de alcoholemia conduciendo un vehículo de motor. Caso cerrado. No había tecnicismos dudosos a los que agarrarse para tratar de anular la acusación, por lo que la severidad del castigo dependía del juez (y de lo acertado del traje). Me arreglé la corbata barata y nos dirigimos a la horca para el día del juicio. Aquella mierda se estaba volviendo real.

Antes de meter un pie en el edificio, me asaltaron unos periodistas que me ponían el micrófono en la cara mientras yo repetía «sin comentarios» escondido tras mis nuevas gafas de sol. Tengo que decir que, si hubo algo bueno en aquella experiencia, es que ahora sé lo que se siente al ser Johnnie Cochran. Gracias a Dios, solo pasó una vez (y gracias a Dios, no soy Johnnie Cochran). «Por lo menos, me queda bien el traje», pensé antes de entrar cruzando los dedos y esperando un improbable veredicto de inocencia.

El juez me echó a los leones. Por suerte, me libré de la cárcel y de tener que hacer servicios comunitarios, pero técnicamente fue una condena, de modo que pagué la multa (¡menos que el traje!) y ahora se me considera un delincuente en Australia, lo que significa que, hasta el día de hoy, al entrar en el país tengo que marcar la casilla que dice: «¿HA SIDO USTED CONDENADO ALGUNA VEZ POR UN DELITO EN AUSTRALIA?». Y cada vez que le entrego el formulario a un agente de inmigración, este pulsa un pequeño interruptor que tiene debajo de la mesa y se enciende una luz roja para que venga el supervisor. Y cada vez que les explico mi delito a los supervisores, se ríen y dicen: «¡Ah, sí! ¡Me acuerdo de aquello!».

TODO SALIÓ BIEN, SUPONGO. ¿MI VERDADERA CONDENA? TODA UNA VIDA HACIENDO EL RIDÍCULO.

Si aquella noche lluviosa en la carretera hubiese utilizado mi capacidad psíquica mientras me acercaba tiritando con la sudadera empapada al control de alcoholemia, no tendría que pagar por este vergonzoso delito para siempre, por más que sea un precio muy bajo. Desde aquel día con la vidente de Sídney, a veces me miro para buscar la poderosa aura azul que aparentemente irradian mis manos callosas

y me pregunto si alguna vez me ayudará. De todas formas, a pesar de mis supuestos superpoderes, siempre decidiré dejar que la vida siga su curso natural, como un viaje sin un mapa de carreteras al que recurrir.

LA VIDA SE ESTABA ACELERANDO

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó el médico, que parecía un poco desconcertado.

—Cuarenta —le contesté nervioso.

—¿Y por qué has venido? —quiso saber.

—¡Porque tengo dolores en el pecho y creo que la voy a palmar! —exclamé presa del pánico.

Frente a los monitores del TAC en el hospital Cedars-Sinai de Los Ángeles, donde acababa de pasarme media hora completamente quieto dentro de un tubo claustrofóbico, el médico ojeó las borrosas imágenes digitales de la pantalla para ver si había alguna obstrucción o deterioro en las arterias y cavidades de mi tenso corazón. Yo estaba sentado a su lado, retorciéndome las manos sudorosas mientras esperaba angustiado un diagnóstico mortal, al tiempo que él examinaba detenidamente unas imágenes indistintas en blanco y negro durante un minuto o dos. Luego, se recostó en la silla.

—Mmm…, no veo nada aquí…, ¿estás sometido a algún tipo de estrés?

«Si tú supieras», pensé. Estuve a punto de echarme a reír, pero le contesté respetuosamente sin que pareciera tan evidente.

—Pues…, sí, un poco —le dije sonriendo.

—¿Duermes mucho?

—¿Unas tres o cuatro horas por noche? —respondí tímidamente, lo que, para ser justos, era una estimación bastante generosa para aquella época.

—¿Y bebes mucho café?

¡Bingo!

—Defina mucho… —dije, sabiendo que mi consumo de cafeína era suficiente para que Juan Valdez cogiera a su burro y saliera corriendo hacia las colinas de Colombia.

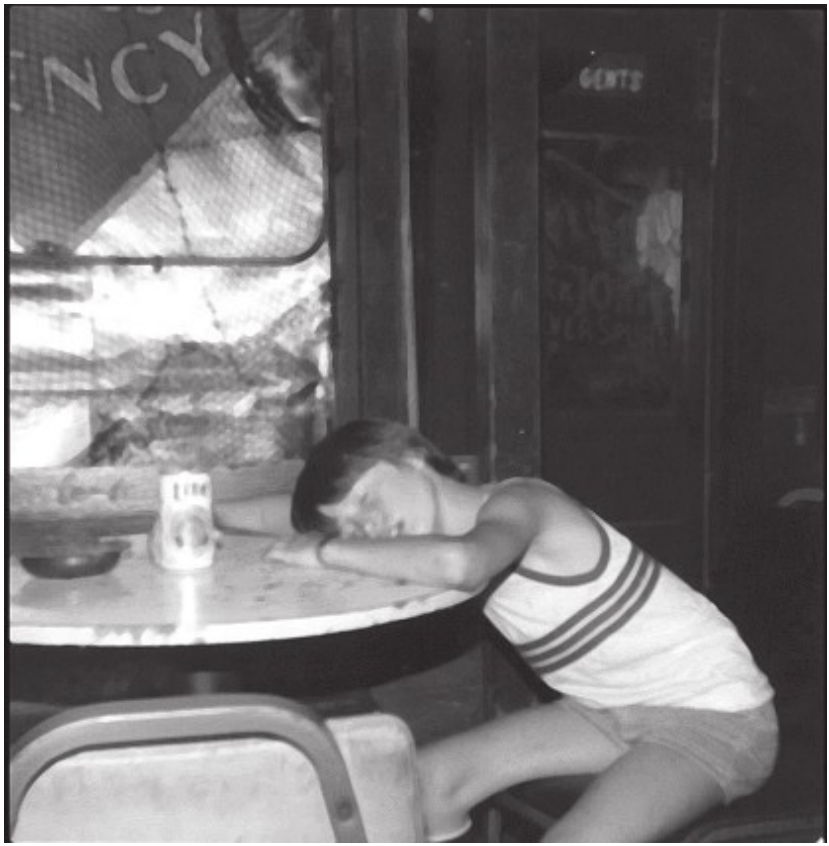
Casi me daba vergüenza admitir la cantidad de café que tomaba al

día, por temor a que me declarara sujeto a locura temporal y me mandara con una camisa de fuerza a la reunión de cafeinómanos anónimos más cercana. Hacía poco que había aceptado que tenía esa adicción, al darme cuenta de que unas cinco cafeteras al día podrían ser demasiadas, pero hasta aquel momento no había aceptado las graves consecuencias que eso pudiera tener. Por desgracia, yo soy ASÍ. Si me das uno, yo quiero diez. Hay una razón por la que nunca he probado la cocaína, y es que si consumiera coca igual que consumo café, estaría chupando pollas en la parada del autobús todas las mañanas por una bolsita.

Café. Solo de escribir la palabra ya me entran ganas de tomarme uno. Caliente, frío, *gourmet*, de gasolinera, recién hecho, del poso, instantáneo, de émbolo…, digamos que no soy ningún entendido, solo quiero mi dosis. Soy todo lo contrario a un esnob del café (un culto pretencioso que detesto), así que me bebo todo lo que esté a mi alcance. Desde el café de Dunkin' Donuts hasta el grano más caro del mundo, que se extrae del estiércol de las civetas del sudeste asiático, los he probado todos, y me los bebo por una única razón: quiero el subidón.

Pero el café no fue lo único que me mandó al hospital aquel día. La vida se estaba acelerando.

El año 2009 fue excepcional. Comenzó con mi fiesta de cumpleaños, que celebré en un bastión de elegancia, el restaurante temático Medieval Times de Anaheim (California), un gigantesco escenario ecuestre en el que ves a falsos caballeros con falso acento inglés haciendo un torneo mientras tú te comes una pata de pavo grasienta con las manos y bebes Coors Light en cálices. Inmortalizado en la gran película de Jim Carrey *Un loco a domicilio*, es la comida más absurda, hilarante y francamente embarazosa que se pueda tener. Según parece, tampoco es que sea un lugar en el que un adulto suela celebrar otro viaje más alrededor del Sol, aunque no me había dado cuenta hasta que la voz del falso rey sonó por megafonía: «¡Señoras y señores, esta noche tenemos unos cuantos cumpleaños! ¡Eddie cumple siete! ¡Tommy cumple diez! ¡Y Dave cumple… ¿cuarenta?!»



Como hago con casi todas las cosas de la vida, me deleito en lo absurdo que es todo y disfruto con todos los momentos extraños, así que… qué mejor lugar para reunir a ciento cincuenta de mis mejores amigos y sentarnos en la sección Blue Knight del recinto para animar borrachos a nuestro noble caballero con sanguinario abandono, exigiendo la muerte. Y qué mejor momento para empezar una banda, ya que aquella fue la noche en la que le presenté al bajista de Led Zeppelin, John Paul Jones, a mi viejo amigo Josh Homme para dar inicio a nuestro nuevo proyecto *top secret*, los Them Crooked Vultures.

Conocí a Josh a principios de los noventa, cuando tocaba la guitarra en uno de mis grupos favoritos, los Kyuss, y después recorrimos el mundo con su banda, los Queens of the Stone Age, a la que me uní durante un tiempo, cuando grabamos su álbum *Songs for the Deaf* y tocamos en algunos de los conciertos más incendiarios de mi vida. Josh tiene «ese algo», una habilidad inefable, tácita y mágica que solo se da una vez entre un millón, y cuando tocábamos juntos, el resultado era como la ola hipnótica del murmullo de los estorninos, con la música que fluye de una dirección a otra sin perder nunca su ajustado patrón. En el escenario improvisábamos como dos viejos

amigos, capaces de terminar uno las frases del otro, muchas veces riéndonos como histéricos a espaldas del público por las bromas musicales que nos hacíamos el uno al otro. Básicamente, éramos una pareja perfecta y aprovechábamos todas las oportunidades que tuviéramos para unir fuerzas.

De vez en cuando hablábamos sobre la posibilidad de realizar un proyecto paralelo, normalmente cuando estábamos agotados por las responsabilidades y obligaciones de nuestros trabajos cotidianos, y también cuando nuestras bandas se cruzaban en las giras. Nos poníamos a fantasear con algo ligero, distinto y divertido entre cajetillas de cigarrillos y litros de alcohol entre bastidores. Josh también era batería, así que podíamos intercambiarnos fácilmente los instrumentos mientras intentábamos alejarnos lo más posible del sonido de los Queens y los Foo. Pero mucho más allá de cualquier predicción musical, y después de un año y medio en la carretera tocando «Learn to Fly» todas las putas noches, la promesa de algo divertido era absolutamente necesaria para que no terminara dejando la música por completo para convertirme en el mediocre techador que estaba destinado a ser.

Por aquel entonces, también me pidieron que presentara un premio GQ por los logros de los miembros de Led Zeppelin (dejemos al margen la punzada dolorosamente obvia de esa subestimación colosal), de forma que llamé a Josh para saber si él creía que debía mencionarle la idea de nuestro proyecto secreto a John Paul Jones, el bajista más grande y con más ritmo de la historia del rock and roll. «¿Conoces a John Paul Jones?», dijo. Y resultaba que sí, porque una vez tocó conmigo para el álbum de Foo Fighters *In Your Honor* de 2004 y había dirigido la orquesta en una actuación de los Foo en los premios Grammy. Me parecía agradable y sensato, y todo un genio de la música. Además, había sido productor de artistas tan increíbles como los Butthole Surfers y Diamanda Galás. No era de los que se intimidaban a la hora de hacer algo diferente, por así decirlo, así que tenía la esperanza de que le gustara nuestro proyecto friki. Si a la magia que surgía entre Josh y yo se sumaba el todopoderoso John Paul Jones, sin duda podríamos formar un «supergrupo» (un término ridículo que rehuíamos). Josh y yo pensamos que valdría la pena intentarlo, con lo que al poco tiempo ya estaba delante de John, en la ceremonia de entrega de premios, planteándoselo tímidamente al oído. No me dijo ni que sí ni que no, pero decidimos mantener el contacto por correo electrónico y ver si podíamos llegar a algo. Me daba vueltas la cabeza solo de pensar que podría tocar con un hombre que había tocado con el batería que más me había inspirado.

Albergaba la esperanza de que aceptara, pero esperé sentado, porque, bueno, era John Paul Jones.

Y he aquí que John decidió venir a Los Ángeles para tantear el terreno y ver si de verdad teníamos la química que yo imaginaba que tendríamos, y su llegada coincidió con mi fantástica fiesta de cumpleaños, de modo que lo invité al festival medieval de grasientas delicias de comida rápida. El pobre hombre no sabía que estaba a punto de meterse en una nauseabunda versión americanizada de la Edad Media mientras su anfitrión y futuro compañero de banda bebía hasta quedarse bizco y se escondía en el baño de los hombres para fumar porros como un diablillo de instituto entre un torneo coreografiado y otro. Si lograba sobrevivir a aquella noche de teatro cutre y travesuras adolescentes sin salir corriendo para el aeropuerto, quería decir que de verdad tendríamos la oportunidad de hacer algo especial. Gracias al cielo, fue capaz de sufrir mi inmadurez con la paciencia de un glaciar, y al cabo de unos días nos reunimos en el estudio de Josh, Pink Duck, para nuestra primera sesión.

Me senté a la batería para hacer unos pequeños ajustes mientras John calentaba los dedos con el bajo, arrancándole los fraseos más extraños con toda naturalidad, y, luego, al unirme, todo encajó de un modo tan perfecto que pensé: «¡GUAU, la estoy clavando!», aunque enseguida me di cuenta de que no era que yo hiciera sonar bien la batería; era John. Su habilidad para adherirse a cada ritmo era increíble, haciendo que todo fluyera con mucha más suavidad y fuerza que con ningún otro bajista con el que hubiera tocado jamás. En ese momento supe que nuestro experimento iba a funcionar. Entonces Josh se unió, y en cuestión de segundos fuimos conscientes de que aquello estaba destinado a seguir adelante. No había vuelta atrás.

Nos pasamos varios días tocando, conociéndonos y pidiendo la comida a otro restaurante de temática medieval que había en la misma calle, el Kids Castle (o, como nosotros lo llamábamos en broma, el Kids Asshole), tanteando nuestra música y componiendo nuevos *riffs* hasta que dimos con un plan para la realización de nuestra nueva unión musical: nos reuniríamos en Los Ángeles durante dos semanas para componer y grabar, luego regresaría cada uno a su casa para un breve descanso y después nos volveríamos a reunir para seguir construyendo el arsenal de rock psicodélico que algún día lanzaríamos al mundo. Era oficial.

LA VIDA SE ESTABA ACELERANDO.

Mientras tanto, el trabajo diario apremiaba. Después de un largo y agotador año y medio de gira, los Foo Fighters íbamos a publicar una colección de grandes éxitos y nos pidieron que compusiéramos y

grabáramos una nueva canción que pudiéramos incluir para ayudar a promocionarla (también conocida como «la canción del álbum de grandes éxitos que no es grande ni es éxito»). Comenzaron las discusiones sobre cómo, cuándo y con quién la grabaríamos, y ahora que técnicamente estaba en dos grupos, la programación iba a necesitar un poco de ajuste logístico. No sabía cómo ni cuándo lo haríamos, pero sí sabía con quién quería hacerlo: con mi viejo amigo Butch Vig.

Butch y yo teníamos una historia fabulosa a nuestras espaldas y siempre habíamos mantenido el contacto, aunque no habíamos vuelto a trabajar juntos desde que grabamos *Nevermind* de Nirvana en 1991. Durante años no quise volver a trabajar con Butch por temor a que la larga sombra que Nirvana había proyectado sobre mí tras la muerte de Kurt anulara la validez de mi propia música. Todo lo que tocáramos juntos se compararía con lo que habíamos hecho en el pasado, que era una cruz con la que tuve que cargar desde el día en que nos conocimos. Por mucho que quisiera a Butch, y aunque fuera uno de los mejores productores y el batería de los héroes del rock alternativo Garbage, no quería que ese peso afectara a lo que no debía ser más que un bonito reencuentro. La técnica de Butch es sencilla: conseguir grandes sonidos, tocar grandes *riffs* y hacer una gran canción. Eso es todo. Y es un hombre tan relajado y tranquilo que a veces ni siquiera te das cuenta de que estás trabajando. Con su marcado acento de Wisconsin y lo amable que era en el estudio, también era fácil olvidar que había hecho algunos de los mejores álbumes de rock de la historia con Nirvana, Smashing Pumpkins y Green Day, por nombrar algunos. Por lo tanto, tras una profunda reflexión, decidí pasar por alto lo que los críticos pudieran decir y llamarlo. «La vida es demasiado corta como para dejar que la opinión de los demás sea lo que dirija el timón», pensé.

Por más que intentamos evitarlo, al hacer los horarios nos dimos cuenta de que las sesiones de los Foo tenían que coincidir obligatoriamente con las que ya habíamos programado para los Them Crooked Vultures. Pero pensamos que si grababa con los Foo de once de la mañana a seis de la tarde y luego salía corriendo al estudio de los Vultures para tocar desde las siete hasta medianoche, podríamos conseguirlo. «¡Qué más da! —pensé—. ¡Ya dormiré cuando me muera!» Después de todo, ¡no era nada que no pudieran resolver unos cuantos litros de café! Y así fue como muy pronto empecé a aumentar mi consumo de ese brebaje negro y turbio hasta niveles perjudiciales para la salud con tal de ser capaz de embarcarme en aquella locura.

Ah, y tenía otra hija.

Harper Willow Grohl llegó a este mundo el 17 de abril de 2009. Desde el primer día fue un paquetito de alegría chillona, perfecta y adorable. Mi concepto de amor se multiplicó por diez con su llegada, y de nuevo volví a ser un padre rebosante de orgullo. Siempre había apreciado mucho la vida, pero el nuevo bebé hizo que la amara aún más, y todas las mañanas me despertaba con entusiasmo para ver aquella cara tan bonita, sin importar lo poco que hubiera dormido. Como puede atestiguar cualquier padre, el milagro de un recién nacido se impone sobre cualquier otra faceta de tu vida, y te olvidas de tu propia supervivencia porque estás completamente centrado en la suya, un *ethos* que sin duda demostró mi madre durante los años de mi infancia. Estaba contentísimo de tener a mis dos hijas preciosas y no desperdiciaba ningún momento que pudiera pasar con ellas, día y noche, sin importar lo agotado que pudiera estar por el horario demencial que me hacía correr de un estudio a otro durante todo el día, bebiendo café, como si fueran unas olimpiadas.

LA VIDA SE ESTABA ACELERANDO.

Como si todo eso no fuera suficiente para mandarme a la tumba antes de tiempo (AQUÍ YACE DAVID ERIC GROHL. TENDRÍA QUE HABERSE PASADO AL DESCAFEINADO), los Foo Fighters recibimos una invitación para tocar en la Casa Blanca durante una barbacoa del 4 de Julio que el presidente Obama (recién elegido) estaba organizando para las familias de los militares. Tendría lugar en la cuidadísima Explanada Sur, con vistas a los monumentos del National Mall, y era una oportunidad a la que no podía resistirme por un sinfín de motivos personales. Después de todo, aquella era mi ciudad natal y había pasado innumerables fiestas del 4 de Julio al otro lado de la valla de la Casa Blanca, viendo los magníficos fuegos artificiales acomodado sobre una toalla puesta en el césped mientras los Beach Boys tocaban en la distancia, o acudiendo a conciertos de punk rock delante del Monumento a Lincoln cuando era un adolescente rabioso y ejercía el derecho a protestar el día en que quizá significaba más. Pero esto era distinto. Nos estaban invitando personalmente a que nos uniéramos a nuestro primer presidente afroamericano en su patio trasero para celebrar a los hombres y mujeres que defienden el derecho a tener la libertad de celebrar, de protestar o de elegir a nuestros líderes mediante un procedimiento democrático. Esto no era una mera barbacoa, era un honor.

Ah, y también estaba haciendo obras en casa.

Con una familia cada vez más numerosa, la que en su día fue una casa espaciosa ya no lo era tanto. Por eso planeamos convertir algunas habitaciones que antes no tenían una función importante en algo un

poco más adecuado para las niñas (y…, ejem…, hacer un estudio para mí, en el que más adelante grabaríamos el álbum *Wasting Light*). Como Violet tenía tres años y Harper, tres meses, necesitábamos reorganizar la casa para acomodarlas, lo que requería una gran reestructuración. Una reestructuración muy ruidosa. Con un camino de entrada que parecía el aparcamiento de una feria de camiones Dodge y decenas de trabajadores con herramientas eléctricas que elevaban los decibelios a niveles dignos de Motörhead, solo hay una forma de describir todo aquello: un puto caos.

LA VIDA SE ESTABA ACELERANDO.

Durante semanas, mi nueva rutina fue más o menos así: despertarme al amanecer con una bebé recién nacida y una niña de tres años que exigían una atención completa para cada una de ellas mientras se oían las sierras y los martillos neumáticos en la distancia; preparar una cafetera; beberme dicha cafetera y salir disparado para el estudio de los Foo Fighters; poner otra cafetera; empezar a trabajar; beberme toda la cafetera alternando las tazas con otras de té helado bien fuerte pensando que eso era hidratación; hacer otra cafetera para tener algo de beber de camino al estudio (un refresco para el viaje); llegar al estudio de los Vultures; poner otra cafetera para ir bebiéndomela a lo largo de las siguientes cuatro horas mientras tocaba la batería a toda leche, intentando impresionar por todos los medios a John Paul Jones; volver a casa temblando como una hoja por los cerca de cuatro mil miligramos de cafeína que me había tomado en un arco de dieciocho horas, y luego tratar infructuosamente de dormir unas cuatro horas antes de despertarme, y vuelta a empezar. Y así, una y otra vez, etcétera, etcétera, *ad nauseam*.

LA VIDA SE ESTABA ACELERANDO.

La mejor manera de entender este periodo poco halagüeño es viendo el famoso vídeo de YouTube *Fresh Pots*, un cortometraje de dos minutos que realizó mi viejo amigo Liam Lynch durante la grabación del disco de Vultures. Liam, que estaba allí para capturar el proceso creativo de nuestro proyecto secreto, fue testigo de mi colapso y recopiló mis momentos más psicóticos en un vídeo hilarante (y vergonzoso) con la intención de enseñárselo únicamente a la banda. Sin embargo, cuando se lanzó el primer sencillo de Vultures, no teníamos ningún vídeo para promocionar la canción, así que el mánager me preguntó si podíamos utilizar *Fresh Pots*. Pensé que, aunque fuera humillante, podría sacrificarme por el equipo y dejar que el mundo viera a un hombre en plena borrachera de cafeína comportándose como un loco. «Total, no lo va a ver nadie», pensé. Pero me equivocaba. Un día después de publicarlo, mientras estaba en la caja del supermercado, el chico que estaba metiéndome la compra en las bolsas me dijo: «Oye, tío, ¿quieres un café?». Mierda. Mientras escribo esto, el vídeo ya lleva más de siete millones de visitas.

Me acuerdo del primer pinchazo en el pecho. Fue el día antes de ir a la Casa Blanca. Estaba en el pasillo de mi casa, estresado por las ensordecedoras obras que la sacudían como si fuera un bombardeo, y fue como si me clavaran un cuchillo. Un dolor repentino e intenso. Me paré y me llevé la mano al pecho, aterrorizado por que me estuviera dando un infarto, pero esperando que fuera un tirón muscular después de haber tocado tanto con los Vultures. Aunque algo me decía que no era un tirón, porque ya había tenido tirones en todos los músculos del

cuerpo. Aquello venía de algún lugar más profundo. Respiré hondo para ver si se me pasaba, pero nada. Ahí seguía. Para no hacer saltar las alarmas y echar a correr por la casa gritando «¡ME MUERO!» como Fred Sanford, abrí tranquilamente el portátil y estúpidamente busqué: «Síntomas de un infarto» (ahora sé que no debo autodiagnosticarme con la ayuda de la página web del primer bloguero que encuentre). No tenía todos los síntomas, pero estaba claro que me pasaba algo grave, así que busqué consejos para prevenir un ataque al corazón y decidí mantenerlo en secreto. No estaba dispuesto a perderme la actuación en la Casa Blanca por nada del mundo. Ni siquiera un infarto iba a evitar que cogiera el avión a mi ciudad natal y fuera a tocar para el presidente.

Me metí dos aspirinas en el bolsillo y no dije una palabra a nadie.

LA VIDA SE ESTABA ACELERANDO.

Cuando llegué a la Casa Blanca, la dulce humedad del verano del D. C. casi logró calmarme el dolor en el pecho y, mientras nos preparábamos para la prueba de sonido en el jardín, miré por encima de la valla para contemplar los monumentos que en otra época había subestimado. El Monumento a Washington, que se elevaba en la distancia como un palo de mayo para que la ciudad pudiera bailar su complicada danza alrededor; el Monumento a Jefferson, adornado por hileras de cerezos en flor en el renacimiento anual de la primavera, y el Monumento a Lincoln, testigo de muchos de los conciertos del 4 de Julio a los que había ido cuando era un roquero punk. No eran los Beach Boys, eran protestas musicales. Lo llamábamos el concierto «Rock Against Reagan» [rock contra Reagan]. Se celebraba todos los años, el 4 de Julio, durante su Administración, y acudían punks de lo largo y ancho del planeta para cantar con sus bandas favoritas en una oposición unificada a las políticas ultraconservadoras del presidente. Yo no era ningún experto en ciencias políticas, ni mucho menos, pero me unía a ellos y prestaba mi voz para luchar por la libertad de expresarme como quisiera. Una vez que Reagan dejó la presidencia, el concierto pasó a llamarse «Rock Against Racism» [rock contra el racismo] y yo asistí a cada uno de ellos con el mismo fervor e intención. Este recuerdo en particular resonaba en mi interior aquel día, puesto que ya no era el único que estaba al otro lado de la valla aquel 4 de Julio, sino también el presidente Obama.

LA VIDA SE ESTABA ACELERANDO.

Nuestro equipo de giras hizo todo lo posible por darnos un aspecto formal, para lo que optamos por pantalones cortos negros en lugar de pantalones de chándal negros, y mientras se preparaba el escenario, todos nos hicimos amigos de los amables electricistas y encargados de

seguridad de la Casa Blanca. Un buen consejo que recuerdo: «Si tenéis que ir al baño, ahí hay uno y allí hay otro. Hagáis lo que hagáis, no vayáis a orinar en los arbustos. Hay gente en los arbustos». Entendido.

Tras un rápido repaso de las canciones, nos llevaron a la casa para conocer a Obama, y cuando entramos en el Salón Azul, con vistas a la barbacoa del jardín, el presidente y la primera dama nos dieron una cálida bienvenida, muy personal y natural. El carácter informal de la ceremonia del día disipó la tensión formal que suele rodear a la mayoría de los actos políticos, y estuvimos charlando y riéndonos relajadamente, casi olvidando que estábamos con el presidente y la primera dama, Michelle (que, para ser sinceros, parecía más presidencial que el presidente). Mientras hablábamos y nos hacíamos fotos, noté que Pat no parecía el mismo de siempre. Estaba muy callado, lo que no es normal en él. Cuando volvimos al jardín, me dijo por qué. Era la primera vez que iba a la Casa Blanca, donde una vez su bisabuelo, un antiguo esclavo, hizo cola para conocer y estrechar la mano de Abraham Lincoln.

Nuestro viaje a la Casa Blanca adquirió así un significado totalmente nuevo.

Por la noche, mientras veíamos los fuegos artificiales, levanté la mirada al balcón y, al ver a la primera familia, me embargó la emoción. Se estaba escribiendo la historia. Y cuando vi los rostros iluminados de mi mujer, mis hijas y mi madre mirando hacia el cielo, no solo me llené de nostalgia, sino que también me sentí orgulloso y honrado por poder compartir aquel momento histórico con ellas. Y sentí un enorme cariño por Pat, mi fiel amigo. Todos habíamos logrado cruzar la valla juntos.

LA VIDA SE ESTABA ACELERANDO.

Nada más regresar a Los Ángeles, llamé al médico.

—Mira, he estado teniendo dolores en el pecho —le dije.

—¿Los tienes ahora mismo? —me preguntó con un tono más preocupado de lo normal, que ya es decir.

—Eh…, un poco… —contesté.

Me dijo que me metiera en el coche inmediatamente y saliera disparado para allá, así que salí por la puerta a toda velocidad y abrí el tráfico como Moisés. Irrumpí en la consulta y al cabo de un momento ya estaba tumbado en la camilla, pinchado y conectado como un sintetizador antiguo. Mientras salía el papel del electrocardiograma, lo interpretó y dijo: «Mmm…, no veo nada aquí…, vamos a hacer una prueba de esfuerzo y luego te haremos una ecografía».

Me llevaron a otra planta, donde me volvieron a llenar de

electrodos pequeños y me pidieron que me pusiera a correr en una cinta como si fuera *El hombre de los seis millones de dólares*. Luego me subí a otra camilla en la que me pusieron gel y observaron los latidos del corazón con una especie de varita mágica de ultrasonido. «Mmm…, no veo nada aquí…, vamos a llevarte al Cedars para que te hagan un TAC.» Empezaba a sentirme como la niña de *El exorcista*, que termina sometida a una prueba tras otra, cuando en realidad estaba poseída. ¿Necesitaba a un cura?

Cuando por fin me senté con el médico en el Cedars, sin que hubiéramos encontrado ningún signo de peligro real, me dijo que tenía que tomarme las cosas con calma. Por muy indestructible que me sintiera, no era Superman, y tenía que cuidarme para poder cuidar de las personas a las que más quiero. Mi pasión por la vida podía ser un poco excesiva a veces y me exigía demasiado, pero si quería seguir por aquí más tiempo, tenía que ser un poco más consciente de mis límites como mortal. ¿Sus consejos? «Tocar la batería solo tres días por semana, tomar un vaso de vino antes de acostarme y dejar el café.»

DOS DE TRES NO ESTABAN MAL. EL DESCAFEINADO VUELA.

Y la vida se sigue acelerando.

SWING CON AC/DC

«¿Quieres que AC/DC vengan a cenar?»

Este mensaje de mi mujer, Jordyn, quedará para siempre como la pregunta más surrealista, ridícula y dolorosamente obvia que me han hecho en la vida. ¿Cenar con AC/DC? ¿La banda que prácticamente camina en la sombra sin dejarse ver en público para luego aparecer en escenarios gigantes equipados con enormes cañones explosivos y amplificadores colosales apilados hasta el techo? ¿La banda que ha personificado el primer baile de chicos malos que golpean los puños y los pies con una mueca de forajido y un guiño diabólico durante cuarenta ensordecedores años? ¿La banda que ha vendido más de doscientos millones de álbumes e inspirado a generaciones enteras de jóvenes roqueros a dedicar sus vidas a tres acordes y unos vaqueros rotos?

Yo lo sabía. Fui uno de ellos.

Estábamos en 1980 cuando AC/DC lanzó su magnífico documental *Let There Be Rock* en el desprevenido mundo de la música pop excesivamente glamurosa, y rápidamente pasó por todos los cines de moda del país que proyectaban películas de medianoche los fines de semana (un fenómeno de hace mucho tiempo que la mayoría de la gente de mi edad recuerda como el rito de iniciación a los porros; *The Rocky Horror Picture Show*, *The Wall* y *Heavy Metal* eran algunas de mis favoritas). La película —una actuación en directo que se grabó en París tan solo unos meses antes del fallecimiento de su vocalista original, Bon Scott— es un *tour de force* en el que la banda de *hard* rock «sin adornos ni tonterías» más cruda y con más ritmo del mundo nos sirve una megadosis de sudor, vaqueros y rock and roll de alto voltaje. Si eras un aspirante al rock, el documental era una clase magistral sobre cómo ir a por todas.

A los once años ya conocía a AC/DC, y sus álbumes *Dirty Deeds Done Dirt Cheap* y *Highway to Hell* eran dos de los discos más valiosos de mi creciente colección. Por lo tanto, tenía que ver el documental. El *Washington Post* publicó que el histórico Uptown Theater de

Washington D. C. echaría la película como parte de su serie de conciertos Wall of Sound, y el padre de Larry Hinkle, mi mejor amigo de entonces, nos llevó al centro en su Datsun 280ZX color burdeos, el Porsche de los pobres.

Cuando nos dejó en la taquilla, yo esperaba encontrarme un cine repleto de matones en vaqueros y cuero. Pero, cuando entramos, vimos que solo había unos pocos fans de AC/DC dispersos en pequeños grupos entre filas y filas de asientos vacíos, esperando a que empezara la película mientras intentaban esconder los mecheros de sus porros y pipas caseras. Como dos niños torpes en un comedor con un ambiente social asfixiante, tratamos de decidir dónde sentarnos, ya que aquello estaba prácticamente vacío y no queríamos que nos diera un subidón con el olor dulce de la hierba que flotaba por toda la sala. Como sabíamos que la película formaba parte de la serie Wall of Sound, estuvimos tentados de sentarnos cerca del sistema de sonido de las primeras filas, pero al final decidimos irnos para atrás y no tener que estirar el cuello para ver la pantalla gigante, y menos mal que lo hicimos, porque no sabíamos que detrás de las cortinas se escondía un sistema de megafonía tan grande como el de los conciertos y, en cuanto se apagaron las luces, quedó claro que aquello no era una proyección matinal de *Star Wars*.

El documental empezaba con un equipo de giras formado por gamberros melenudos y musculosos, que, como si fueran piratas modernos, estaban desmontando el escenario para cargarlo en unos camiones que lo llevarían a la siguiente ciudad para otra noche de masacre. Aquello era algo que nunca había visto, ni tampoco había pensado en ello hasta entonces. Una vez que se toca la última nota de un concierto y el público vuelve a la comodidad de su casa, estos valientes se ponen a trabajar enrollando kilómetros de cable y metiendo en viejas cajas de transporte toneladas de piezas de equipo de sonido mientras esquivan los vasos de cerveza y las colillas antes de acostarse en literas del tamaño de un ataúd, donde duermen lo justo para volver a montarlo todo a la mañana siguiente. Esta escena marcó perfectamente el tono de lo que Larry y yo íbamos a presenciar. Aquello no era el *glamour* que habíamos aprendido a asociar con las mayores estrellas de rock a juzgar por los pósteres que teníamos colgados en las paredes de nuestras habitaciones; aquello era la verdad, y de pronto todos los años que habíamos pasado imaginando el rock and roll como el teatro más colorido del mundo se desvaneció en un amasijo de camisetas rasgadas y nudillos ensangrentados.

Cuando los camiones tocaron el claxon mientras recorrían la autopista a toda velocidad, quedó claro que el sistema de megafonía

del teatro estaba en modo «aturdir». ¡Aquello te dejaba SORDO! Y no habíamos llegado a la música todavía. Eso era sin duda lo más fuerte que había oído en mis once años en el planeta. Como nunca había ido a un concierto de rock, no conocía el poder de ese nivel de volumen y no tenía ni idea de que el sonido pudiera hacerte vibrar el pecho con la intensidad de un terremoto. No hace falta decir que me encantó. Para cuando salieron al escenario con su primera canción, «Live Wire», ya me pitaban los oídos y estaba sentado en el borde del asiento.

QUERÍA DESTROZAR EL PUTO TEATRO.

La adrenalina que me recorría el cuerpo solo puede describirse como la transformación de Bruce Banner al convertirse en Hulk en la serie de televisión de finales de los setenta. Me sentía tan sobrecogido y poderoso a causa de la intensidad de la música que apenas podía contenerme. Si hubiera tenido la fuerza suficiente para arrancar el asiento con mis delgados bracitos, lo habría hecho, pero tuve que quedarme sentado, temblando mientras AC/DC hacía lo que siempre ha sabido hacer mejor: darle al público hasta el último gramo de sí mismo sin reservar nada.

A las pocas canciones se veía al batería cambiando la caja porque la había roto de tanto rock. ¡Guau! Al guitarrista Angus Young se le veía a un lado del escenario empapado en sudor y con una máscara de oxígeno entre una canción y otra porque acababa de correr tres maratones por lo menos de un lado a otro del escenario y su cuerpo apenas podía aguantar más rock. Joooder. «Esto es sobrehumano», pensé. Olvídate de esas bandas que se limitan a ponerse ahí arriba y juguetear con sus instrumentos como si fueran juglares; esos tíos los atacaban como si fuera su último día en la Tierra. Para cuando pasaron los créditos, yo era un tío distinto. «SI VOY A TOCAR EN UNA BANDA –PENSÉ–, VOY A HACERLO ASÍ.»

Contesté al mensaje de Jordyn con un gigantesco «SÍ» y me pellizqué para estar seguro de que no era un sueño: por fin iba a conocer a la banda que me incitó a ir a por todas. Si alguna vez has visto un concierto de Scream, Nirvana o los Foo Fighters, ya sabes de dónde sale la energía. Todo se lo debo a *Let There Be Rock* de AC/DC.

Dio la casualidad de que AC/DC había ido a la ciudad para tocar su nueva canción «Rock or Bust» en la quincuagésima séptima edición de los premios Grammy de 2015. Yo no tocaba aquella noche, solo presentaba un premio, pero al ser un fan de AC/DC desde siempre, estaba más emocionado por verlos a ellos que a los demás artistas relativamente tediosos y sus ridículas producciones al estilo de Las Vegas. Una fuerte inyección de auténtico rock and roll era

exactamente lo que necesitaba el concierto. Yo estaría allí, en una posición importante, sin duda sintiendo la misma oleada de adrenalina que hizo que quisiera destrozar el Uptown Theater treinta y cinco años antes (solo que ahora estaría al lado de Katy Perry y Tony Bennet, sintiéndome como si escondiera mi mechero parpadeante al final de una pipa casera).

Como iba a estar allí solo, sin mis fieles Foo Fighters, llamé a Taylor y a Pat para que se vinieran a cenar a un restaurante con sus parejas cuando terminara el concierto, en vez de tener que asistir a las fiestas que se suelen hacer después, que no suelen ser más que orgías de *selfies* y charlas del sector. Reservamos mesa en el Faith and Flower, que estaba a unas manzanas de allí, con la idea de cenar y tomarnos unas copas lejos del bullicio del concierto. Paul McCartney también estaba en la ciudad y nos preguntó qué pensábamos hacer después, así que los invitamos a él y a su mujer, Nancy, y añadimos dos sillas a la mesa. Cualquier noche con Paul es espectacular, créeme, de forma que aquella prometía. Al parecer, Paul se encontró con los chicos de AC/DC en el hotel y, cuando le preguntaron qué iba a hacer después, les dijo que se iba a venir a cenar con nosotros, lo que dio lugar al mensaje más surrealista de mi vida.

Pausa. Reflexión.

NO PASA UN DÍA SIN QUE ME PARE A DAR LAS GRACIAS AL UNIVERSO POR ESTOS SUCESOS SOBRENATURALES Y ME PROPONGA NO DAR NADA POR SENTADO. Nunca me parecerá «normal» que me incluyan en este tipo de sueños; para mí, son como sueños que tengo despierto, como si estuviera viendo la vida desde arriba, como si tuviera ante mí la fantasía de otra persona. Pero es la mía, e intento estar presente, recordándome a mí mismo que quizá sea la persona con más suerte de la Tierra por disfrutar de la oportunidad que me llevará a la próxima aventura.

Unos días antes del concierto recibí otro mensaje, de mi buen amigo Ben Jaffe, de la legendaria Preservation Hall Jazz Band de Nueva Orleans, en el que me decía que había venido a la ciudad para los Grammy y que estaba buscando una fiesta. Puedes creerme, nadie sale de fiesta como un orleanniano, y no hay nada más orleanniano que Preservation Hall Jazz Band. Fundada a principios de la década de 1960 por el padre de Ben, Allan, la banda encarnaba el sonido, el espíritu y la alegría de su gran ciudad al mantener vivo el jazz de Nueva Orleans dando tres conciertos por noche los trescientos sesenta y cinco días del año durante más de sesenta años. Por eso, cuando sueltan los instrumentos (rara vez lo hacen), siempre aparece la fiesta. Cuando estábamos rodando nuestra serie documental *Sonic Highways*

en 2014, los Foo Fighters tuvimos el honor de pasar una semana rodando en el Preservation Hall, una taberna que data de 1803. Nos hicimos amigos enseguida. A finales de semana, ya tenía claro que Nueva Orleans es un tesoro americano y que todos tenemos que preservar su rica cultura, que está impregnada de historia europea, caribeña y acadiana. No hay ningún lugar en la Tierra con la magia que ofrece Nueva Orleans. Es, sin duda, mi ciudad favorita.

—¡Tío…, vamos a cenar con Paul McCartney y AC/DC! —le dije a Ben—. ¿Te quieres venir?

Estaba seguro de que Ben apreciaría la enormidad de un encuentro casual tan increíble.

—¿Me puedo llevar a todos los chicos? —preguntó.

Me paré un momento a calcular. La Preservation Hall Jazz Band estaba formada por siete músicos, lo que, siendo realistas, significaba al menos diez personas más. Por supuesto que me habría gustado tenerlos a todos, pero a ese ritmo íbamos a pasar de una mesa de ocho a ocupar todo el puto restaurante, así que, temiendo que no nos dejaran poner diez sillas más, contesté con un tímido:

—Eh…, deja que lo pregunte.

Pero entonces Ben propuso:

—¿Y si vamos desfilando en segunda fila hasta el restaurante, llegamos hasta la mesa y tocamos para vosotros allí mismo?

Era imposible rechazar una proposición tan generosa. Para quien no esté familiarizado con la segunda fila diré que se considera la forma de arte de Nueva Orleans por excelencia. Es una tradición que se remonta al siglo XIX, por la que una banda marcha por la calle

tocando detrás de la procesión de un funeral para celebrar la vida del ser querido que nos ha dejado. Actualmente se pueden encontrar versiones más informales de estos desfiles por todas las calles de Nueva Orleans en cualquier momento; si oyes llegar el sonido de un *swing* con tonos funk sincopados, coge una copa y únete, pues nunca sabes adónde puede llevarte.

Le aseguré a Ben que lo haríamos, fuera como fuese, y le dije que teníamos que mantenerlo en secreto para sorprender a nuestros invitados de honor con una noche que jamás olvidarían (por no hablar de los demás clientes del restaurante, que, mientras susurraban delante de sus platos de alta cocina, se quedarían de piedra por el altísimo volumen de los platillos, trompetas y tubas atronadoras que tocaba la banda más querida de Nueva Orleans).

Pasaron nuestra pequeña y tranquila mesa a una sala privada trasera que era lo suficientemente grande como para acomodar a nuestra creciente lista de invitados en un espacio en el que pudiéramos coger a un compañero y bailar con él en una noche de alcohol y fiesta. Me moría de ganas de ver las caras de los demás cuando la banda entrara desfilando en la sala, esperando que les provocara la misma sensación que yo experimenté la primera vez que me uní a una segunda línea en Nueva Orleans, una sensación de comunidad y amor que compartía con personas de toda condición que se hallaban unidas por el ritmo y la alegría mientras todos seguíamos la música adondequiera que nos llevara. Recuerdo ir por la calle mi primer día en Nueva Orleans, codo con codo con desconocidos, sonriéndonos y bailando al ritmo de la música, cuando vi a lo lejos una cara que me resultó familiar, Ben Jaffe, que estaba de pie sobre un coche. Hacía poco que nos conocíamos, pero se bajó de un salto, me dio un cálido abrazo, se volvió hacia un hombre que vendía cervezas y botellitas de vino de un minibar portátil y nos compró unas bebidas para el viaje. El Sutter Home Rosé nunca me supo tan bien a las once de la mañana. Se convirtió al instante en mi hermano de por vida.

En cuanto terminaron los Grammy, Jordyn y yo nos fuimos corriendo al restaurante para adelantarnos a los demás antes de nuestra velada épica. Nuestro secreto estaba bien guardado, aunque de algún modo Paul lo sabía, porque, en fin, él es el omnisciente y omnipotente Paul McCartney. Lo cierto es que Paul tenía su propia historia con los Preservation Hall, que se remontaba a su época con los Wing, cuando iba a grabar al estudio del héroe local Allen Toussaint y salía con los Preservation Hall para pasar el rato. «Durante un tiempo, salía siempre con nosotros», me contó Ben.

Rebosante de emoción, no solté el teléfono ni un minuto para coordinar la entrada de la banda y asegurarme de que todo estaba listo para el gran momento.

Poco a poco, la sala empezó a llenarse de las personas que más quiero. Mi madre, mis amigos, Paul… Y, luego… AC/DC en carne y hueso.

Para ser sinceros, yo ya había visto una vez al cantante Brian Johnson, cuando nos lo encontramos en el bar de un hotel de Valencia en 1996 durante una gira de los Foo Fighters. Tras un largo viaje en un día de descanso, salimos del autobús y vimos delante del hotel a unos cuantos fans buscando autógrafos, todos con vaqueros y un montón de fotos y revistas para que se las firmaran. Eso es normal en cualquier gira, pero al acercarnos nos dimos cuenta de que estaban vestidos de pies a cabeza con ropa de AC/DC y que no tenían ni puta idea de quiénes éramos.

«Os gusta AC/DC, ¿eh?», bromeé al pasar, y con un fuerte acento español nos explicaron que AC/DC se alojaba en nuestro hotel porque iba a actuar en la plaza de toros de Las Ventas aquella noche, que por pura casualidad teníamos libre.

Subí corriendo a mi habitación emocionadísimo, pues podría ser la primera vez que viera un concierto de AC/DC, y llamé a nuestro mánager de giras para que nos buscara unas entradas. Tras unas cuantas llamadas, consiguió entradas para todos. Nos llamamos por los teléfonos de las habitaciones y quedamos en el bar para tomarnos unas copas antes de irnos.

Estábamos pimplándonos nuestras copas en el bar cuando de pronto entró en la elegante sala un hombre con vaqueros negros, camiseta negra y una boina, pidió una bebida y se sentó en la barra despreocupadamente. Nos quedamos atónitos y en silencio, pues era nada más y nada menos que Brian Johnson, el vocalista de «Have a Drink on Me», del álbum más apreciado de AC/DC, *Back in Black*. Cuando el camarero le sirvió su bebida, Brian se volvió hacia nosotros, y con un guiño y una sonrisa, levantó el vaso para hacer un brindis, diciendo simplemente: «¡Chicos!».

Todos levantamos las copas hacia él, conscientes de la poesía del momento. Estoy seguro de que creyó que éramos su equipo de giras, pero daba igual, yo estaba en el séptimo cielo.

Aquella noche por fin pude ver a los AC/DC, de los que me enamoré cuando era un niño raro que adoraba el rock and roll. La energía que desplegaron en el escenario era exactamente lo que me esperaba, con Angus Young corriendo a toda velocidad de un extremo al otro entre cañonazos y juegos de pirotecnia. El público, que llenaba la plaza por completo, añadió aún más valor al espectáculo al cantar a todo pulmón no solo las letras, sino también las partes de guitarra, mientras rebotaba como una ola humana al ritmo de cada canción. Fue algo transcendental.

El ver a todas aquellas caras tan influyentes en nuestra fiesta después de los Grammy habría sido suficiente para morir feliz, pero saber lo que se avecinaba lo hizo aún mejor. Era imposible recompensar a aquella sala llena de héroes por los años de inspiración que me habían brindado, pero si podía hacerlos sonreír, bailar y sentir la alegría de la música, como ellos habían hecho por mí toda la vida, les estaría pagando una pequeñísima parte de mi deuda.

Mientras aumentaba el volumen de nuestra sala trasera rebosante de celebraciones, miré el teléfono y vi un mensaje de Ben: «¡Estamos bajando la calle con la furgoneta, vestidos y listos para salir!».

Había llegado el momento.

«Vamos allá», contesté con manos temblorosas y me fui para la ventana a esperar que apareciera la banda con sus característicos trajes negros y corbatas bailando por la acera en dirección al restaurante.

Al poco tiempo oí a lo lejos el débil sonido del *swing* de Nueva Orleans y, cuando doblaron la esquina, se me erizó la piel de los brazos al verlos venir hacia la puerta principal al ritmo de la música. En cuestión de segundos, el estruendoso sonido del viento metal inundó el restaurante mientras pasaban entre las mesas de unos clientes atónitos. En nuestro pequeño grupo, las conversaciones cesaron un momento para tratar de entender qué estaba pasando en el salón, y entonces… aparecieron. Los Preservation Hall irrumpieron en la sala y se situaron en el centro, rodeados por las caras de desconcierto de nuestros invitados mientras tocaban sus trompetas con un fervor arrebatador, a solo unos metros de nuestros tímpanos temblorosos. Una vez superado el asombro inicial, la pequeña sala se convirtió en un salón de baile, en el que todos dejaron sus bebidas para sacar a sus parejas y lanzarse a un buen *swing* por la sala. Inmediatamente, toda la pretensión y realeza del rock and roll desaparecieron para dar paso a la más pura felicidad. En un momento dado, mientras bailábamos, Brian Johnson se volvió hacia mí y, con una enorme sonrisa, exclamó: «¡ESTOY DE PUTA MADRE!».

Mi trabajo había terminado.

La velada prosiguió con más música, más bebidas y más alegría. También fue una especie de reencuentro entre Paul y Ben, que estuvieron recordando la época que Paul pasó en Nueva Orleans años atrás y su amistad con el difunto padre de Ben, lo que sin duda significaba mucho para Ben. En determinado momento, Paul cogió una trompeta y empezó a tocar «When the Saints Go Marching In» y, por supuesto, la banda se unió y tocó con él. Entonces Paul se dirigió a Ben y dijo: «¡Mi primer instrumento fue la trompeta! Luego mi madre me compró una guitarra y, bueno, ya sabes cómo sigue la historia…».

Sí, desde luego, todos la conocemos.

La fiesta se prolongó hasta altas horas de la madrugada y, por mucho que deseáramos que no acabara nunca, las luces se apagaron y llegó el momento de volver a la realidad, un lugar que parecía muy lejano después de una noche tan mágica. YO ESTABA AGOTADO..., NO FÍSICAMENTE, PERO MI ALMA ACABABA DE HACER UN TRIATLÓN DE EMOCIÓN, NOSTALGIA Y AMOR ETERNO POR LA MÚSICA. Es difícil expresar con palabras mi fe en la música. Para mí, es Dios, un misterio divino en cuyo poder siempre tendré una fe incondicional. Y son momentos como este los que consolidan mi fe.

Así que, cuando oigas que llega ese desfile por la calle, repartiendo alegría y amor con cada nota, no te limites a escuchar y únete a él. Nunca se sabe adónde te puede llevar.

INSPIRADO, UNA VEZ MÁS

—Perdona, ¿eres Dave Grohl?

Estaba en la acera, fuera de la terminal de salidas del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, esperando para coger un vuelo a Seattle.

—Sí —asentí después de darle una larga calada al cigarrillo.

El joven sonrió y dijo:

—Leí en una entrevista que la única persona que realmente querías conocer era a Little Richard. ¿Es verdad?

—Desde luego —contesté—. Él es el creador.

—Bueno, es que es mi padre.

Me incorporé de un salto, tiré el cigarrillo al suelo y le di un apretón de manos fortísimo, honrado y asombrado por conocer al hijo del gran pionero del rock and roll.

—¿Quieres conocerlo? Está en el coche…

Me quedé sin palabras. Era el momento que siempre había estado esperando. De todas las personas que había conocido y me faltaban por conocer en esta verde tierra de Dios, no había habido nunca nadie tan importante para mí como Little Richard. Sin él, no existiría el rock and roll; y sin rock and roll, yo no existiría.

Caminamos unos pasos hasta la limusina que estaba aparcada en la acera. El joven dio unos golpecitos en la ventanilla oscura, esta bajó unos centímetros y se inclinó para susurrarle algo a la persona que estaba al otro lado del cristal. De pronto, la ventanilla empezó a bajar del todo… ¡Y allí estaba él, en todo su esplendor! El pelo, la sonrisa, el delineador de ojos… y la voz que exclamaba: «¡Que Dios te bendiga, David! Es un placer conocerte».

Se me hizo un nudo en la garganta, y allí me quedé como un idiota mientras él me preguntaba si era músico, cómo se llamaba mi banda, de dónde era, y todo ello mientras me firmaba una foto suya en blanco y negro del tamaño de una postal y escribía: «Para David, Dios provee». Nos dimos la mano, la ventana se cerró y mi vida se

completó.

Es imposible exagerar cuando hablo de lo importantes que son estos momentos para mí. Me paseo por esta vida loca de músico como un niño en un museo, rodeado de obras de arte que llevo toda la vida estudiando. Y cuando por fin me encuentro cara a cara con alguien que me ha inspirado por el camino, me siento agradecido. Profundamente agradecido. Y no doy nada por hecho. Creo firmemente en la humanidad compartida de la música, que es el aspecto más gratificante de lo que hago. Cuando la imagen bidimensional se vuelve tridimensional al convertirse en un ser humano que respira, toda tu alma se llena de felicidad al saber que tus mayores héroes son de carne y hueso. Yo creo que todos nos sentimos inspirados por los demás. Por eso necesito conectar con mis fans cuando se acercan a mí. Porque yo también soy un fan.

Cuando tenía siete años, mi primo mayor, que ya fumaba porros, me dio su disco de la obra magna de los Rush, *2112*, para que me lo llevara a Virginia después de las vacaciones de aquel año. En aquel momento, yo me limitaba bastante a mis álbumes de los Beatles y KISS, por lo que la maestría y musicalidad del rock progresivo de los Rush era todo un mundo nuevo para mis oídos vírgenes. Estaba intrigado. Pero lo que más me llamó la atención de ese disco fue la batería. Era la primera vez que la oía en primer plano en una canción, tan lírica y melódica como la voz o la guitarra. Aunque no era capaz de tocar lo que Neil Peart estaba tocando, sí lo SENTÍA.

Unas décadas más tarde, a Taylor Hawkins y a mí nos pidieron que tocáramos, para la inclusión de los Rush en el Salón de la Fama del Rock and Roll, el primer tema de *2112*, la canción instrumental «Overture» (lo que no era tarea fácil). A lo largo de los años, yo había conocido al bajista Geddy Lee y al guitarrista Alex Lifeson, ambos con los pies en la tierra y escandalosamente simpáticos, pero no al maestro, Neil Peart. Neil era un poco más esquivo, lo que era comprensible, puesto que era uno de los mayores baterías de todos los tiempos (no solo del rock). Cuando Taylor y yo nos presentamos al ensayo el día antes de la ceremonia, nos recibieron Geddy y Alex, pero a Neil no se le veía por ninguna parte. Hasta que de pronto apareció y se presentó con su voz de barítono:

—Hola, Dave, soy Neil.

Todo lo que pude pensar fue: «Ha dicho mi nombre. ¡Ha dicho mi nombre!».

Lo saludé nervioso, y él contestó:

—¿Te apetece un café?

—¡Sí! —exclamé, y nos acercamos a la mesa de *catering*, donde él,

Neil Peart, el batería de los Rush, el hombre que hizo que oyera la batería de un modo totalmente distinto cuando tenía siete años, el que me inspiró para querer ser batería, se puso a prepararme un café y me lo dio con una sonrisa.

ME SENTÍ INSPIRADO, UNA VEZ MÁS.

Una cosa es ver a tus ídolos en un entorno o contexto musical, y otra es verlos lejos de los focos, en su hábitat natural, como un animal en la naturaleza. Una vez, mientras llevaba a Violet en el cochecito por una calle comercial muy concurrida de Londres con mi mujer y nuestro buen amigo Dave Koz, Elton John salió de una tienda justo delante de nosotros y se metió en un coche que lo estaba esperando. Todos nos paramos en seco. «¡JODER! ¿LO HABÉIS VISTO?», nos preguntamos entre nosotros. ¡Era Elton John! ¡Te cagas! Y estaba sentado en un coche aparcado a unos metros de nosotros, que nos habíamos quedado parados en el sitio, impresionados.

—¡Ve a saludarlo! —me animó mi amigo dándome un codazo.

—¡No lo conozco! —me reí—. Y él no tendrá ni puta idea de quién soy yo.

El coche arrancó, comenzó a alejarse y a los veinte metros se paró. La puerta se abrió y salió Elton John, que echó a andar hacia nosotros, que seguíamos helados en el sitio. Se me acercó con una enorme sonrisa y dijo: «Hola, Dave, encantado de conocerte».

Mi sonrisa era tan grande que casi se me rompe la mandíbula. Le presenté a Jordyn y a Dave, y él se agachó para darle un beso a Violet antes de volver al coche y marcharse. «ASÍ es como se hace», pensé. (Y, sí, sus enormes pendientes de zafiro hacían juego con los zapatos.)

Años después, pude tocar la batería en una canción con Elton para el álbum de los Queens of the Stone Age… *Like Clockwork*. La canción, «Fairweather Friends», era un arreglo múltiple, original y muy poderoso que habíamos ensayado mucho antes de que él llegara, porque cuando los Queens grababan, siempre lo hacían con toda la banda en directo, lo que significaba que había que tener las cosas muy claras para hacerlo bien. Elton llegó directamente de una sesión con Engelbert Humperdinck (no es broma) y dijo:

—Muy bien, chicos, ¿qué? ¿Tenéis una balada para mí?

Todos nos reímos.

—No, mira… —le dijimos.

Entrar allí y aprenderse una canción tan complicada era una tarea inmensa para cualquiera, pero Elton se sentó al piano y estuvo TRABAJANDO en ella hasta que le salió bien, avanzando poco a poco, con su perfeccionismo de siempre, demostrando por qué es la puta reina del rock and roll.

ME SENTÍ INSPIRADO, UNA VEZ MÁS.

Los momentos en los que hay que saltar sin red son los que mantienen tu emoción en lo más alto y, si eres un aventurero como yo, esos momentos siempre se encuentran. Y casi siempre en los sitios más insospechados. Una noche en Osaka, Gus, nuestro mánager de giras, nos dijo que Huey Lewis iba a venir al concierto. «¡HUEY LEWIS!», exclamó Pat. Nunca lo había visto tan ilusionado. Una vez más, Pat puso mi mundo patas arriba al decirme que el álbum *Sports* de Huey Lewis and the News era uno de sus discos favoritos (junto con *Butterfly* de Mariah Carey), destruyendo por completo la imagen que tenía de él como el hijo de puta más punk del planeta. Taylor me contó que Huey había tocado la armónica en el álbum *Live and Dangerous* de los Thin Lizzy, que era algo que yo no sabía, pero que tenía un poco más de sentido.

Poco después de que Huey llegara, los camerinos se animaron con el ritual de cerveza y *whisky* que solíamos hacer antes de los conciertos. Lo digo de verdad, Huey es un compañero excelente. Estuvimos bebiendo, fumando y riéndonos, y hubo un momento en el que le pregunté por su relación con Phil Lynott y los Thin Lizzy (una banda increíble). Me habló de cuando hizo el solo de armónica en ese álbum y me dijo que a él también le encantaban los Thin Lizzy. Y entonces se me ocurrió una cosa: ¿y si Huey hacía un solo de armónica con nosotros? Se metió las manos en los bolsillos, pero no llevaba ninguna. De todas formas, dijo: «Si me encuentras una a tiempo, lo haré».

Miré el reloj. Empezábamos en veinte minutos, así que me volví a Gus, le pedí que hiciera todo lo que pudiera por encontrar una, me tomé otra copa con Huey y me fui para el escenario. A la séptima canción, miré y allí estaba Huey, sonriendo y levantando la armónica en el aire. Se puso a mi lado, con la armónica de plástico que habían comprado en una juguetería japonesa una noche de domingo, y se lanzó a hacer un solo capaz de hacer que Blues Traveler soltara sus cartucheras y saliera corriendo con su mamá. Me dejó alucinado. Este tipo es un genio al cien por cien, y nunca más cuestionaré la validez de *Sports*. Qué vergüenza. Por una noche, y solo una noche, fuimos «Huey Lewis and the Foos», y me encantó.

OTRO GIRO EN UN CAMINO YA SINUOSO.

Nunca sabes quién puede aparecer al otro lado del escenario, pero en esos momentos tienes que batir el hierro mientras esté caliente. Hace años, la BBC nos pidió que hiciéramos una versión, cosa que nos gusta hacer y hacemos con frecuencia, hasta haber acumulado un arsenal de canciones que nunca pensarías que los Foo Fighters

podríamos hacer (o intentar hacer). En aquel momento estábamos de gira, pero tendríamos que grabarla en cuanto volviéramos a casa, así que tuvimos que elegir una canción y tenerla lista en pocos días. En nuestra pequeña sala de calentamiento del festival Summer Sonic de Tokio, Taylor y yo nos pusimos a dar vueltas a algunas ideas, y entonces caí en la cuenta de que Rick Astley también estaba en el cartel del festival. «¡Tío, podríamos tocar "Never Gonna Give You Up" para la BBC!»

Empezamos a improvisar con ella, y enseguida me di cuenta de que la progresión de acordes y el arreglo tenían un asombroso parecido con «Smells Like Teen Spirit». Pat, Chris, Nate y Rami, nuestro teclista, se unieron a nosotros y al poco tiempo las dos canciones eran prácticamente indistinguibles, como un *mashup* del infierno. Fue tan increíblemente divertido y absurdo que la estuvimos tocando una y otra vez sin parar, hasta que llegó Gus y nos dijo que ya era la hora del concierto. Nos dirigimos hacia el enorme escenario del estadio y empezamos, pero después de unas cuantas canciones vi una cara familiar en la pantalla de la derecha. Era el mismísimo Rick Astley, que estaba roqueando con la banda, con su inconfundible cara de niño moviéndose arriba y abajo en la distancia. Mientras Rami tocaba uno de sus solos de teclado, me acerqué a él y le di la mano. Con el atronador volumen del concierto a mis espaldas, le dije:

—Nos hemos aprendido «Never Gonna Give You Up» hace media hora. ¿Quieres cantarla con nosotros?

Parecía sorprendido, pero sin dudar contestó:

—¡Joder, sí!

Y a los pocos segundos ya estaba subido al escenario con un puñado de desconocidos ante cincuenta mil fans japoneses desconcertados que bailaban a las buenas de Dios.

Que Dios te bendiga, Rick Astley. Hay que tener cojones para eso.

La otra cara de la moneda de conocer a un músico que te ha inspirado es conocer a un músico que no ha tenido ninguna relevancia personal en tu vida. Es una yuxtaposición interesante. Al igual que me he derretido al conocer a los más oscuros y desconocidos roqueros del *hardcore underground*, también me he sentido más fresco que una lechuga ante leyendas cuya música nunca había formado parte de mi lengua vernácula. No quiero decir que Neil Diamond no sea un dios entre los hombres, pero el caso es que «Sweet Caroline» no estaba entre mis discos de Venom y Dead Kennedys cuando era niño. Sin embargo, cuando nos conocimos en los premios MusiCares de 2009, donde se le rendía homenaje, me pareció un tipo encantador. Y conocía a una persona que de verdad se derretiría si llegara a

conocerlo, la madre de mi difunto amigo Jimmy Swanson. Ella era el motivo por el que estábamos allí.

Mary Jane siempre había adorado a Neil Diamond, y puede que su música fuera la única que se escuchaba en su casa, aparte del atronador *death metal* satánico que poníamos Jimmy y yo. La muerte de Jimmy le dejó el corazón totalmente destrozado, tras haber perdido a su único hijo tan joven. Ella siempre había sido parte de la familia para mí, como otra madre. Por eso, cuando me pidieron que tocara una canción de Neil Diamond en su homenaje, le dije a mi mánager: «Déjame hacer una llamada antes de decir que sí». Llamé a Mary Jane y le dije que solo tocaría si se cogía un avión a California, su primer viaje al oeste, para conocer a Neil. Ella aceptó entre lágrimas, de modo que llamé a mi mánager, le dije que sí y empecé a buscar una canción de Neil Diamond para aprendérmela. Fue mi primera incursión en un catálogo impresionante.

Aquel fin de semana tenía tarea doble, ya que también tocaría para Paul McCartney en los Grammy, donde hicimos una versión maravillosamente cruda de «I Saw Her Standing There», así que Mary Jane cogió el avión y se vino a los Grammy también, con lo que pasó de sentarse en el sofá del cuarto de la tele a hacerlo delante de un escenario con Kid Rock, U2 y Stevie Wonder. Aquella noche teníamos una fiesta en un restaurante con Paul y la banda después de los premios, y cuando Mary Jane entró en el salón, Paul levantó su copa de champán, le dio un beso en la mejilla y dijo: «Hola, cariño». Creí que se iba a desmayar. Pero lo que de verdad hace que aún hoy me emocione al recordarlo fue cuando Paul se levantó en el extremo de la mesa para hacer un brindis. Después de levantar la copa ante todos los presentes y brindar por la maravillosa noche de música que acabábamos de vivir, Paul se volvió hacia Mary Jane y dijo: «Y… por Jimmy».

A la noche siguiente, Mary Jane tendría la gran oportunidad de conocer a su querido Neil Diamond. Yo lo había conocido entre bastidores ese mismo día, y era la personificación de la frescura de los setenta, con su camisa de seda roja con diamantes bordados en el cuello (por la que todos lo felicitamos), su pelo perfecto y una voz tan suave que te hacía temblar las rodillas. Le expliqué la importancia emocional de la velada y, como es tan buena gente, accedió amablemente a venir a saludar a Mary Jane después del concierto.

Todavía me acuerdo de la cara que puso Mary Jane cuando lo vio entrar en nuestro camerino aquella noche. Debió de ser la misma cara que puse yo cuando conocí a Little Richard, a Paul o a cualquiera de los oscuros y desconocidos roqueros *underground* que tanto me

gustaban. El momento en que lo bidimensional se hace tridimensional te recuerda que esos sonidos que te han dado tanta felicidad, evasión y alivio en la vida empezaron con alguien de carne y hueso. Mientras Mary Jane lloraba de alegría, pensé que Jimmy también lo habría hecho.

Y al día siguiente, Mary Jane volvió a Virginia con aquella camisa de seda roja con diamantes bordados en el cuello cuidadosamente guardada en la maleta. Sí, Neil Diamond le había dado literalmente todo lo que le podía ofrecer.

¿Por qué estas personas significan tanto para mí? Porque todos nos sentimos inspirados por los demás, y a lo largo de los años estas personas han entrado a formar parte de mi ADN. De algún modo, todas y cada una de las notas que les he oído tocar me han ido dando forma. Sus voces son los marcos de mis recuerdos. Todavía me acuerdo perfectamente de cuando mi tío Tom me llevó a navegar con él cuando era pequeño y nos pasamos el día escuchando (lo has adivinado) «Sailing» de Christopher Cross. Si no hubiera sido un recuerdo con el que aprendí tanto, tal vez no habría abordado a un aterrorizado Christopher Cross delante de la cinta de recogida de equipajes del aeropuerto de Austin (Texas) solo para verlo en persona; como la vez que me acerqué a Ace Frehley de KISS, en la esquina de una calle de Hollywood por la noche, solo para darle un simple apretón de manos, o como cuando le confesé (muy nervioso) mi amor a Bonnie Raitt mientras estábamos sentados en el suelo de un camerino en el Salón de la Fama del Rock and Roll. PORQUE ME SIGO PASEANDO POR ESTA VIDA COMO UN NIÑO EN UN MUSEO, RODEADO DE OBRAS DE ARTE QUE LLEVO TODA LA VIDA ESTUDIANDO. Y CUANDO POR FIN ME ENCUENTRO CARA A CARA CON ALGUIEN QUE ME HA INSPIRADO POR EL CAMINO, ME SIENTO AGRADECIDO. PROFUNDAMENTE AGRADECIDO.

Pero una cosa es conocer a un héroe de pasada, y otra es que se haga amigo tuyo.

Una noche que estaba de borrachera con mi equipo en Los Ángeles, estaba yendo al servicio del bar de mala muerte que estábamos arrasando cuando vi que el mismísimo Lemmy estaba sentado en una esquina, bebiendo solo frente a una máquina tragaperras (no voy a decir su apellido ni el nombre de su banda, porque si todavía no lo sabes, voy a tener que romper contigo). No pude resistirme. Este hombre era la encarnación viviente del rock and roll y yo lo admiraba desde la primera vez que oí su voz ronca en los altavoces de mi cuarto. Me acerqué. «Perdona, ¿Lemmy? Solo quería darte las gracias por todos estos años de inspiración.» Él levantó la vista desde debajo

del sombrero negro de vaquero y, entre una espesa nube de humo de Marlboro, gruñó: «Salud». Estaba a punto de darme la vuelta para irme cuando añadió: «Siento lo de tu amigo Kurt».

Desde aquel momento, Lemmy dejó de ser únicamente el dios del rock and roll que el mundo entero adoraba para convertirse en un ser humano. Con los años, nos hicimos amigos, compartiendo historias de la vida en la carretera y un amor mutuo por Little Richard entre miles de cigarrillos y botellas de Jack Daniel's cada vez que nos encontrábamos. Admiraba su honradez, su sinceridad y su fuerza, pero también su vulnerabilidad. Tanto si estábamos en el Rainbow Bar and Grill de Sunset Strip (su segunda casa, hasta el punto de que una vez, mientras bebía con él, la camarera se le acercó para darle el correo) como en el piso totalmente desordenado que tenía en la misma calle, valoraba cada minuto en su presencia. Porque no solo lo admiraba como músico, sino también como amigo.

La noticia de su fallecimiento me pilló por sorpresa. Fue pocos días después de que cumpliera setenta años y solo hacía unas semanas de su último concierto. Yo creía que nos enterraría a todos. Casi nadie habría sido capaz de recorrer un camino tan arduo como el suyo, y aunque su forma de vivir le pasó factura más adelante en la vida, tenía la energía y el ánimo de un guerrero. Lemmy jamás deponía las armas, hasta que al final tuvo que rendirse y descansar.

Me fui directamente a una tienda de tatuajes y me marqué la muñeca izquierda con un as de picas y las palabras «SHAKE YOUR BLOOD»[10], que formaban parte de la letra de una canción que habíamos escrito juntos unos años antes. Era un verdadero amante del

rock and roll y vivía la vida al máximo, dos cosas que sin duda teníamos en común.

Al cabo de una semana o así, me pidieron que hablara en su funeral, y, conteniendo las lágrimas, conté algunas historias de nuestro tiempo juntos ante sus viejos amigos, que llenaban la pequeña iglesia. Fue una celebración de su vida con un sabor agridulce, porque a todos nos había aportado mucha alegría, pero nos estaba dejando para que siguiéramos la vida sin su insustituible amistad.

Me saqué del bolsillo de la chaqueta la foto en blanco y negro que Little Richard me había firmado años antes y leí la letra de una vieja canción góspel que Little Richard interpretó una vez, «Precious Lord, Take My Hand».

Precious Lord, take my hand
Lead me on, let me stand
I am tired, I am weak, I am worn
Through the storm, through the night
Lead me on to the light
Take my hand, precious Lord
Lead me home [11]

Me di la vuelta y dejé la foto en el altar de Lemmy para darle las gracias.

Eternamente agradecido por la inspiración.

QUINTA PARTE

LA VIDA

CUENTOS DE BUENAS NOCHES CON JOAN JETT

«Hola, Harper. Hola, Violet. ¿Qué hacéis?»

Mis hijas se quedaron en silencio al ver a la única e inimitable reina del rock and roll, Joan Jett, delante del sofá. Con su oscura

melena puntiaguda, unas Converse y una chaqueta vaquera ajustada, proyectaba una larga sombra sobre sus rostros angelicales como la estatua de una guerrera, al tiempo que su característica voz ronca bramaba sobre los dibujos animados. «¡Chicas, esta es JOAN JETT!», proclamé entusiasmado, esperando algún tipo de respuesta. Ya me imaginaba sus pequeñas mentes dando vueltas como un torbellino, intentando procesar desesperadamente un encuentro tan extraordinario, pero se habían quedado sin palabras. De camino a casa, ya le había dicho a Joan que esto podía pasar. Ellas, desde luego, sabían quién era…, pero nunca habían conocido a un superhéroe en la vida real.

Unos meses antes habíamos estado de gira por Europa. Un día de lluvia, llevé a las mocosas a los gigantescos Harrods de Londres para un poco de terapia de compras. Como hacía demasiado frío para ir al parque y demasiada humedad para dar un paseo, pensé que podría llevarlas a ver el legendario departamento de juguetes, que dejaba en pañales a la mayoría de las jugueterías de Estados Unidos, con la idea de salir del hotel y pasar un buen rato. Desde el punto de vista cultural, no es que fuera tan provechoso como los magníficos museos que posee la ciudad, pero a veces hay que decir: «Mira, a la mierda», y darle a la gente lo que quiere. Sobre todo cuando la gente mide menos de un metro. Por muy bonito que pueda ser viajar por el mundo con tu familia, al cabo de un tiempo, el evitar que las niñas se vuelvan locas al ir pasando de una habitación de hotel a otra se convierte en una especie de misión, y al final terminas buscando constantemente algo que hacer con varios días de antelación para no caer en un círculo vicioso de *chicken fingers* del servicio de habitaciones y dibujos animados subtitulados. Incluso después de una noche de paliza para el cuerpo, ahogado en un volumen atronador, siempre he intentado llenar esos momentos de aventura, haciendo que una gira agotadora se convierta en un intrépido viaje de rock and roll familiar. Con el paso de los años he tenido la suerte de poder enseñarles el mundo entero, desde los canales de Venecia y la Torre Eiffel hasta el puerto de Sídney y los glaciares de Islandia, con todo lo que hay en medio. A lo largo del camino, he visto con orgullo cómo mis hijas pasaban de ir sentadas en sus asientos para niños en coches y aviones, y dormir en cunas pegadas a nuestra cama en los hoteles, a pedirles un refresco a los asistentes de vuelo y helados al servicio de habitaciones ellas solas a medianoche. Ahora son viajeras experimentadas, y me encanta, porque eso significa que podemos estar juntos.

Al entrar en la enorme sección de juguetes, decidí establecer algunas normas como padre. «Muy bien… Tenéis una hora para

encontrar un juguete, y tiene que ser pequeño para que quepa en la maleta. ¿Preparadas…? ¿Listas…? ¡YA!»

Puse el cronómetro y las niñas salieron disparadas como dos rabiosos concursantes de *Supermarket*, lanzándose desesperadamente a un reto que consistía en la imposible misión de encontrar un juguete que cumpliera unos requisitos tan crueles e irracionales. ¿Una hora? Sí, claro. Y… define «maleta». ¿Te refieres a tu maleta, a la mía o a una maleta nueva en la que podamos llevarnos cómodamente a California una casa victoriana de juguete enterita? Misión imposible. De todas formas, fue genial verlas dando vueltas por todos lados, con sus zapatitos repiqueteando de un pasillo a otro y la cabeza echando humo por las infinitas posibilidades que se les presentaban. Con todo, tengo que admitir que muy pronto terminé atrapado en la sección de Lego, admirando la inmensa selección que ofrecían y tratando de decidir si debía unirme al reto o seguir como objetor de conciencia. Confieso que siempre he tenido debilidad por los Lego. Desde muy pequeño, siempre han sido mis juegos preferidos. Con sus intrincadas piezas y el gratificante chasquido de los bloques cuando encajan a la perfección, podía pasarme horas y horas construyendo castillos, coches y otras estructuras geométricas por el simple placer de haberlo hecho yo solo. En mi juventud estaba al borde de la obsesión, hasta el punto de que parte de mi «visión» de la música consiste en ver las partes individuales de las canciones como bloques de Lego, una forma lúdica de sinestesia que aún hoy me ayuda a memorizar arreglos y composiciones.

Cinco minutos antes de que terminara el tiempo, avisé a las niñas con mi mejor imitación de presentador de televisión. Como era de esperar, ninguna de las dos había encontrado nada todavía y seguían dando vueltas entre los expositores buscando el premio perfecto. ¿Cómo iban a elegir? Les eché «la miradita» (cabeza gacha levantando la ceja) y repetí: «Cinco minutos».

Para entonces, ya habían reducido la búsqueda a la sección de Barbie, que era más o menos del tamaño de un enorme hangar de aviones comerciales. Siguieron dando vueltas, observando a sus presas. No iba a ser fácil. Cientos de Barbies distintas esperaban en las estanterías, con diferentes estilos, sobre diferentes temas, algunas con accesorios, otras con vestuario adicional…, suficiente para que a cualquier niño le explotara la cabeza. Yo las miraba mientras seguían cogiendo una caja tras otra, examinando cuidadosamente cada una de ellas, sin duda tratando de sacarle el mayor partido a su dinero e intentando sobrepasar los límites del tamaño de la maleta. El tiempo seguía corriendo, la tensión se respiraba en el aire, hasta que…

—¡SE ACABÓ EL TIEMPO! —grité como el árbitro de una liga infantil (ojalá hubiera tenido un silbato).

— ¡Pero, PAPÁÁÁ! —gritaron las dos frustradas—. ¡No sabemos qué comprar!

—Venga —les dije riendo—, coged cualquiera, la que sea, y nos volvemos al hotel.

Miré a la mesa que tenía al lado, que estaba llena de Barbies, y levanté la primera que pillé.

—¡Mirad, tengo una! —dije mientras la movía en el aire.

—¡No es justo! ¡Tú no puedes coger una Barbie! —replicaron.

Y al mirar la caja me di cuenta de que la que había cogido era una Barbie oficial de Joan Jett, con sus Converse rojas, pantalones de cuero, una camiseta negra sin mangas y una guitarra Gibson Les Paul Junior blanca colgada del hombro. «¡Joder! —pensé—. ¡Esta me la llevo!»

A los pocos minutos ya estábamos en la caja, comparando nuestras Barbies (la Joan roquera y dos chicas superglamurosas con un montón de accesorios) y deseando volver al hotel para jugar.

Aquella noche, mientras estaba sentado en el escritorio del salón de nuestra *suite*, Violet y Harper se acercaron y me preguntaron si podían jugar con mi Barbie. «¡Claro!», les dije con una sonrisa y empecé a abrir la caja de colores, sacando quirúrgicamente la muñeca de un embalaje ridículamente complicado (¿desde cuándo hay que ser ingeniero para sacar los juguetes de sus putas cajas?).

Mientras las niñas observaban con paciencia cómo luchaba con las diminutas bridas del envoltorio, me di cuenta de que no sabían que Joan Jett era una persona de verdad. Ellas creían que era una muñeca, solo una más de las cientos de figuras de plástico que se vendían en la que acababa de convertirse en su tienda de juguetes preferida. Dejé lo que estaba haciendo, solté la muñeca y les expliqué que Joan no solo era una persona de verdad, sino además una muy importante. UNA FEMINISTA QUE LE HA DEMOSTRADO AL MUNDO QUE LAS MUJERES PUEDEN ROCKEAR AÚN MÁS QUE LOS HOMBRES. Una innovadora, una arquitecta, una pionera del punk rock tan poderosa que ha inspirado a generaciones enteras de mujeres para que cojan sus guitarras y hagan lo mismo. Parecían un poco confusas, así que abrí el portátil, subí el volumen al máximo y les puse el vídeo de «I Love Rock ‘n Roll». Se quedaron impresionadas, asombradas por la soltura y el desdén de Joan, y terminaron cantando el final del estribillo palabra por palabra. Cerré el portátil y les dije: «¿Lo veis? ¡Es real!». Cogieron rápidamente la muñeca y se metieron en su habitación tarareando la canción por el camino, y me di cuenta de que habían descubierto a su nueva

superheroína.

Más adelante, nos dirigimos a la ciudad de Nueva York para dar un concierto en el Madison Square Garden, uno de los recintos que más me gustan. La entrada al estadio siempre me recuerda a aquella escena de la película del concierto en directo de Led Zeppelin *The Song Remains the Same*, una película que prácticamente estudié cuando era adolescente, intentando desesperadamente diseccionar la batería sobrehumana de John Bonham. De camino a la ciudad, nuestro mánager de giras, Gus, nos preguntó si queríamos tener a algún invitado especial que tocara con nosotros en el concierto. Después de todo, era el Madison Square Garden, y teníamos que conseguir que fuera una ocasión especial. Dijimos muchos nombres en la furgoneta, casi todos amigos con los que habíamos tocado otras veces, y luego alguien mencionó a Joan Jett, que vivía en la ciudad desde finales de los setenta. Como no la conocía, pregunté si sabíamos cómo contactar con ella. «¡Pat la conoce!», exclamó Gus.

Pat Smear, nuestro guitarrista fundador y autoridad reinante del buen rollo, conocía a Joan de sus días en los legendarios Germs. Nacido y criado en Los Ángeles, Pat era un niño punk a mediados de los setenta y un gran fan de la primera banda de Joan, las Runaways, un grupo formado únicamente por chicas que adoraban el sonido de Bowie y T-Rex. Había visto todos sus conciertos, y acabó haciéndose amigo de Joan y formando parte de un grupo de punks de Hollywood que cambiaría el curso de la música para siempre.

Más o menos de la misma edad que Joan, Pat se sintió inspirado por las Runaways, ya que todos eran adolescentes en aquella época, hasta el punto de que su mejor amigo, Darby Crash, y él decidieron formar una banda también, y cuando llegó el momento de grabar su primer álbum de estudio, *GI*, en 1979, le pidieron a Joan Jett que fuera su productora. Así que allí había una gran historia, no solo para los anales del rock and roll, sino también a nivel personal.

Hicimos unas cuantas llamadas y nos dijeron que Joan estaría encantada, así que nos pusimos de acuerdo para que viniera a ensayar con nosotros su famosa «Bad Reputation» antes del concierto. Era la elección perfecta para nuestro público, ya que Joan fue una de las voces más célebres de nuestra generación y, sin duda, remataría aquella noche tan especial con una explosión. Cuando entramos en el recinto con nuestra fila de vehículos, tal y como había hecho Led Zeppelin treinta y ocho años antes, se me puso la piel de gallina, sin poder creer que una vez más estaba a punto de conocer a un genio, una mujer impresionante que creaba sus propias reglas.

Cuando Joan entró en el camerino, me levanté emocionado y me

apresuré a saludarla. Estaba ante la verdadera Joan Jett. Aquel pelo negro y puntiagudo, las Converse desgastadas y la chaqueta ajustada dejaron de ser una imagen de la televisión, al tiempo que la voz grave dejaba de ser el sonido de un viejo altavoz. Seguía siendo una presencia imponente, tan genial y punk como lo había sido siempre. Y…, madre mía, lo bien que olía.

Ensayamos la canción unas cuantas veces en el camerino y la pusimos al final de la lista de canciones, porque estábamos seguros de que sería el punto culminante del concierto. Era un placer estar con Joan, cuya sonrisa asesina quedó reemplazada por una sonrisa capaz de iluminar el Madison Square Garden por sí sola, y me emocionó ver a Joan y Pat juntos otra vez después de tantos años. Sin ellos dos, quién sabe dónde estaríamos nosotros. Me sentí como un extra en un documental que pagaría por ver.

No se puede subestimar el poder de la presencia de Joan. Antes del concierto, estaba en un pasillo lleno de gente, poniéndome al día con unos amigos mientras nos tomábamos unas copas, cuando Joan salió del camerino. Conforme iba recorriendo lentamente el pasillo ella sola como un James Dean postapocalíptico, vi como todos se iban echando a un lado, tanto hombres como mujeres, positivamente impresionados por su presencia. Provocando un embelesamiento colectivo a la altura del que producía Elvis, cruzó entre la multitud paso a paso. Aquello era puro rock and roll. Joan era una auténtica superheroína.

Y cuando la presenté en el escenario aquella noche, vi que le producía el mismo efecto prácticamente a todo el mundo. El rugido del público cuando la enfocaron fue como un trueno de bienvenida, de los que solo reciben las grandes leyendas, y nuestra actuación fue justa, rápida y certera. Después lo celebramos con una botella de champán, y Joan y yo estuvimos hablando sobre la posibilidad de colaborar algún día. «¡Deberíamos escribir algunas canciones juntos!», dijo con su fuerte acento de Nueva York.

Acepté entusiasmado, nos pusimos a mirar nuestras agendas allí mismo y encontramos un momento en el que ninguno de los dos iba a estar de gira, por lo que podríamos quedar para grabar. Fijamos la fecha y nos dimos un abrazo, agradecidos por aquel encuentro y deseando que llegara el siguiente.

Estaba deseando decirles a mis hijas que su superheroína favorita no solo iba a venir a Los Ángeles para componer conmigo, ¡sino que iba a quedarse en casa el fin de semana! ¡Se pondrían como locas!

Que un niño logre entender plenamente lo que es romper la cuarta pared en la vida, cuando los juguetes de fantasía y los vídeos de YouTube se hacen realidad, es mucho pedir. Al fin y al cabo, Violet

solo tenía cinco años y Harper, dos. Con todo y con eso, hice todo lo posible por prepararlas para la llegada de Joan, esperando que no cayeran en una crisis existencial. Porque, bueno, si Bob Esponja apareciera en la puerta de tu casa, estoy seguro de que tú también te quedarías patidifuso.

A juzgar por su reacción en el sofá, nuestra pequeña charla de preparación no había surtido mucho efecto. «A ver, chicas, ¿os acordáis de la Barbie que compramos en Londres? Bueno, pues va a venir a pasar el fin de semana con nosotros.»

Silencio.

«Así que, cuando llegue…, no os asustéis…, es real.»

Más silencio.

Después de instalarse, Joan y yo nos fuimos al estudio de los Foo Fighters, donde empezamos a trabajar en una idea para una canción a la que ella llevaba dándole vueltas un tiempo. Era «Any Weather», un tema de ritmo rápido con una de sus melodías más características. Se la reconocía enseguida como una canción de Joan Jett, rebosante de corazón y determinación. Al verla trabajar, me imaginaba la vida tan increíble que había debido de tener, al tiempo que percibía su eterno amor por el rock and roll, que era tan contagioso como inspirador, y eso es quedarme corto. Después de tantos años, seguía cantando con el corazón.

We can stay together
Through any weather
We can stay together
Through anything
If we love **[12]**

Al volver a casa tras un día maravillosamente productivo, dio inicio el ritual de todas las noches: preparar a mis hijas para meterlas en la cama, mientras Joan se retiraba al cuarto de invitados para ponerse el pijama (cuando pensaba que ya no podía ser más adorable, resultó que sí y apareció en pijama). Bañé a Harper, la cambié, le leí varios cuentos, la metí en la cuna y se durmió sin rechistar. Una menos. Ahora le tocaba a Violet. Baño, pijama…, pero antes de meterla en la cama, bajé con ella al salón para que le diera las buenas noches a Joan.

Cuando nos acercamos al sofá, donde Joan estaba sentada cómodamente en pijama, dije:

—Joan, Violet quiere darte las buenas noches.

—¡Guau! —sonrió Joan—. Buenas noches, Violet. ¡Hasta mañana!

Violet se volvió hacia mí y me susurró al oído:

—Papá, ¿le puedes preguntar a Joan si quiere leerme los cuentos esta noche?

Casi se me para el corazón al ver los ojos de Violet.

—Eh…, mmm…, le gustaría que le leyeras tú esta noche…

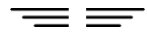
Noté cómo Violet me apretaba más fuerte la mano por la expectación. Joan sonrió.

—¡Pues claro, Violet! ¡Vamos!

Mientras las veía subir de la mano, rogué que a Violet no se le olvidara nunca ese momento, que algún día mirara atrás y recordara que algunos superhéroes son reales. Que llegara tal vez un día a convertirse en su propio tipo de innovadora, una arquitecta, una pionera, inspirando a generaciones de chicas jóvenes a coger la guitarra, o que hiciera lo que ella eligiera hacer para dejar su huella.

PORQUE, EN UN MUNDO LLENO DE BARBIES, TODAS LAS NIÑAS NECESITAN A UNA JOAN JETT.

EL BAILE DEL COLEGIO



«Ah, por cierto, el baile de la niña es el 6 de marzo este año. Apúntatelo en la agenda.»

Se me heló el corazón cuando la voz de mi mujer resonó con el exagerado retraso de una conferencia desde Los Ángeles hasta la habitación de mi hotel en Ciudad del Cabo (Sudáfrica). «¿El 6 de marzo? —pensé—. Por favor, que sea un día libre…»

Supe inmediatamente que aquello iba a ser un problema, pero, haciendo todo lo posible por disimular la angustia, le dije a Jordyn que me lo apuntaría, colgué el teléfono y empecé a sudar frío, cruzando los dedos para que esa fecha tan importante (un acontecimiento que siempre había prometido que jamás me perdería) cayera en una de las breves pausas de nuestra interminable gira mundial de aquel año. Temiendo lo peor, crucé la habitación de un salto, saqué el portátil, abrí el calendario y avancé hasta el 6 de marzo.

Tenía un concierto, vale…, en Perth…, Australia.

Llevar a tu hija al baile era una tradición del colegio de Violet que era prácticamente obligatoria para cualquier padre que estuviera intentando criar a una niña en el *silicon valley* (no, no me refiero al de la informática) de Los Ángeles. Era una forma de estrechar el vínculo familiar, pasar un tiempo importante con ella y demostrarle que, pasara lo que pasase, una niña siempre podía contar con su padre. Era un desfile anual de hombres de mediana edad que, desde que sus hijas estaban en Infantil y hasta sexto, hacían todo lo posible por socializar educadamente con sus almidonados trajes de chaqueta mientras las niñas, luciendo vestidos de baile en miniatura y ramilletes en el vestido, comían caramelos a manos llenas de unas mesas tan largas que harían sonrojarse hasta a Willy Wonka. Todo ello con la banda sonora de los mejores éxitos de Kidz Bop que pinchaba un profesor de baile que parecía sacado de Nickelodeon y gritaba las instrucciones

del chachachá a un volumen que te hacía estallar los oídos. Solía celebrarse en una de las deslucidas salas de banquetes del Sportmen's Lodge de Sherman Oaks (donde se celebraban miles de Benei Mitzvá), y para las niñas era el punto culminante del año. Y para algunos padres también.

Violet y yo lo celebrábamos por todo lo alto. A pesar de mi eterna

aversión por los trajes elegantes (porque parezco un porrero que va a comisaría a pagar una multa por tenencia de marihuana), hacía todo lo posible por arreglarme y estar a la altura. Por supuesto, Violet también lucía sus mejores galas Disney, normalmente con un vestido de princesa y taconcitos diminutos, rebosante de emoción y nervios ante la aterradora perspectiva de un experimento social tan complicado. En el fondo, estaba convencido de que estas actividades formativas pondrían las bases para los muchos bailes de instituto que quedaban por llegar, por lo que era fundamental que mi niña las llevara bien si no quería que se enfrentara a una adolescencia de bailes que recordaran al cubo de sangre de Carrie.

Además, aquella vez era especial. Harper, que tenía tres años menos que Violet, se había quedado los últimos años llorando en la puerta mientras Violet y yo nos íbamos al baile, suplicando que la dejáramos participar, cuando ella ni siquiera estaba en el colegio todavía. Se me rompía el corazón al verla despedirse con la mano, intentando contener las lágrimas con su chupete, incapaz de entender por qué ella no podía venir. «¡Dentro de nada iremos todos juntos!», le decía intentando consolarla. Pero el verla de pie en la puerta con las lágrimas chorreándole por las mejillas mientras se agarraba a su manta favorita era como una puñalada donde más duele. Y ahora que por fin tenía la edad suficiente para que pudiera cumplir mi promesa de llevarlas a las dos al baile, algo que Harper llevaba esperando casi la mitad de su vida, yo tenía un puto concierto la misma noche… a dieciséis mil kilómetros de distancia.

Enseguida llamé al que era mi mánager desde hacía treinta años, John Silva.

—John, tenemos un problema, y muy gordo —le dije.

Le expliqué cuál era la situación con el tono más comedido posible, al tiempo que le dejaba bien claro que no iba a perderme aquel baile por nada del mundo.

—Lo siento, David —contestó—, pero ya hemos vendido todas las entradas.

El DEFCON 1 se activó al instante, imaginando el horror de mis dos niñas si las dejaba plantadas en el baile ¡SU PROPIO PADRE!, e inmediatamente pasé de cero a sesenta, gritando:

—¡Cancélalo! ¡Cambia las fechas! ¡Aplázalo! ¡Haz todo lo que tengas que hacer, pero no me voy a perder ese puto baile!

Al darnos cuenta de la posible magnitud del desastre, nos pusimos a pensar y empezamos a barajar fechas. Que digo yo que si pudieron llevar al hombre a la Luna, también podrían llevarme con mis Levi's y mis Clark sucias al Sportsmen's Lodge a tiempo, ¿no? La gira, que iba

a comenzar en Christchurch (Nueva Zelanda), constaba de ocho conciertos relativamente cortos, todos ellos en estadios y con un calor sofocante. Iba a ser nuestro mayor viaje por Australia y Nueva Zelanda, y las entradas se agotaron rápidamente. Siempre habíamos tenido una calurosa historia de amor con nuestros amigos de Nueva Zelanda y Australia, por lo que, al menos una vez con cada álbum, nos embarcábamos en un vuelo de quince horas para hacerles una visita. Y siempre era genial. Desde las playas de arena oscura de Piha (Nueva Zelanda), poco después de salir de la maravillosa zona cosmopolita de Auckland, hasta las bodegas que rodeaban las colinas de Adelaida (Australia), nos habíamos pasado una década explorando ese territorio paradisíaco, haciendo amigos para toda la vida y disfrutando del rock en todas las instalaciones en las que habíamos puesto el pie. Por eso me dolía tanto la idea de posponer un concierto, y no digamos cancelarlo. Además, defraudar a los fans no forma parte de mi ADN. Pero, por mucho que me gustara una cerveza Victoria Bitter y una empanada de carne a medianoche, tengo mis prioridades. Tras devanarnos los sesos y hacer unas cuantas llamadas, trazamos un plan: el concierto de Perth, para el que ya habíamos vendido todas las entradas, podría pasar del día 6 al 8, y así me daría el tiempo justo para salir corriendo del escenario del Adelaida, coger un avión en Sídney, cambiar rápidamente a un vuelo de Qantas con destino a Los Ángeles, aterrizar en el aeropuerto internacional, dormir unas horas y llevar a las niñas al baile, y luego salir directamente del Sportsmen's Lodge al aeropuerto y volver a Perth justo a tiempo para subirme al escenario y reventarles la cabeza.

¿UNA LOCURA? TAL VEZ. ¿FACTIBLE? A DURAS PENAS. ¿NECESARIO? ABSOLUTAMENTE.

Pusimos el plan en marcha, y los habitantes de Perth fueron tan amables de reorganizar sus agendas para que nos pudiéramos reunir el 8 de marzo. Crisis superada. Ya podía descansar tranquilo sabiendo que estaría allí para mis niñas, con mis mejores Levi's y Clarks, para recordarles que siempre podrían contar con su padre, aunque implicara cuarenta horas de viaje en dos días cruzando dieciséis husos horarios. Por suerte, todos los años que pasé embutido en furgonetas malolientes, durmiendo en el suelo y comiendo salchichas empanadas me habían preparado para ese momento. Porque hay que hacer todo lo que haya que hacer. Siempre.

Para cuando llegamos a Adelaida, ya habíamos planificado nuestra operación intercontinental con una precisión militar. Sin dejar margen al más mínimo error o retraso, mi mánager de gira, Gus, y yo estábamos preparados para saltar del escenario como los soldados de

un helicóptero Black Hawk y salir disparados a una pista cercana en la que nos estaría esperando un avión privado con el que volaríamos a Sídney, donde cogeríamos el arduo vuelo de quince horas que nos llevaría a casa. Era abrumador, como poco, pero también un reto ridículo que ambos esperábamos con cierta ilusión, riéndonos por lo absurdo que era todo. El concierto de aquella noche fue estupendo, un bombardeo de veinticuatro canciones que hizo enloquecer al estadio mientras yo no paraba de mirar el reloj que estaba a un lado del escenario para estar seguro de que le iba a dar al público hasta el último segundo que tuviera libre antes de salir pitando. Mientras las últimas notas de «Everlong» aún flotaban en el aire, Gus y yo nos metimos en el coche y nos dirigimos a toda velocidad al aeropuerto regional, dispuestos a darle la vuelta al planeta los dos juntos.

Al subir al primer avión, me recibió el olor que emanaba de un cubo caliente de KFC por toda la cabina. No era casualidad, que conste. Los Foo Fighters tenemos un capricho que nos concedemos de vez en cuando, en ocasiones especiales (y hay muchas): KFC y champán, una combinación increíble que descubrimos por casualidad durante una gira por Australia unos años antes. Una noche, mientras nos dirigíamos en coche a unas pruebas de sonido, vi un KFC con el rabillo del ojo y le dije a Gus: «Oye, Goose, ¿podrías conseguirnos unos cubos de pollo para después del concierto?».

Hacía años que no comía Kentucky Fried Chicken y de pronto sentí la necesidad de volver a disfrutar de esa mezcla secreta de hierbas y especias. Cumplió mi deseo y se las ingenió para que nos estuviera esperando en el camerino suficiente comida como para un ejército. Nunca se me olvidará el momento en el que salí del escenario aquella noche chorreando de sudor, con una toalla por encima, y olí el aroma del pollo frito que se extendía por todo el pasillo desde nuestro camerino, que estaba unos cincuenta metros más allá. Me dejé caer en la silla y me lancé al cubo como un mapache a un contenedor de basura, devorando un trozo tras otro, voraz por las cientos de calorías que había quemado en el escenario. Después de unos cuantos trozos, estaba muerto de sed, y el único líquido que tenía a mi alcance era una botella de champán que estaba metida en un cubo de hielo. La descorché y di un sorbo, cogí otro trozo de pollo y di otro sorbo, cogí otro trozo de pollo y grité: «¡JODER, TÍOS, TENÉIS QUE PROBAR ESTO!».

Al poco tiempo, todos los miembros de la banda estaban con una copa de champán en una mano y un trozo de pollo en la otra, impresionados por el descubrimiento, convencidos de que éramos los primeros en haber dado con un maridaje tan perfecto. Y desde aquel

día se convirtió en una tradición obstruyearterias que seguimos manteniendo hasta hoy. Ríete todo lo que quieras. Podría dar una detallada conferencia culinaria sobre la yuxtaposición de sabores y la sensación que producen en la boca el KFC y las burbujas, pero, créeme, está que te cagas.

El vuelo de dos horas a Sídney fue pan comido y nos dejó unas horas de escala antes del largo viaje, lo suficiente para llamar a casa y decirles a las niñas que iba para allá. Notaba su emoción al teléfono, y ya solo era cuestión de horas el poder verlas de nuevo.

El vuelo se me hizo interminable por la expectación y la adrenalina, pero me sentía totalmente orgulloso al imaginarme entrar en el Sportsmen's Lodge con mis dos hijas, cada una de una mano.

Cuando llegué a Los Ángeles, parecía que me había atropellado un camión de la basura, pero, en cuanto salí por la puerta, vinieron a recibirme dos niñas chillando, una sensación que supera hasta el desfase horario más feroz. Como sabía que solo iba a tener unas horas para estar con ellas, superé el agotamiento físico y me puse en «modo padre». Revelación: soy lo que muchos llamarían un padre tonto (terrible, lo sé); a veces me parezco a esos presentadores de programas infantiles que hacen que te entren ganas de cortarte las venas. No me importa ponerme a hacer el tonto con tal de arrancarles una sonrisa a las niñas desde que se despiertan hasta que les leo por la noche. Por ejemplo, siempre he sabido que ponerme a bailar como un idiota al ritmo de Earth, Wind and Fire mientras sirvo las tortitas por la mañana no solo provoca la primera sonrisa del día, sino que las hace salir por la puerta de un salto, aunque solo sea por escapar de mi locura.

El resto del día lo pasé bebiendo un océano de café e intentando que no se me cerraran los párpados mientras me encargaba de los preparativos. ¿Limusina? Hecho. ¿Champán para niños? Hecho. ¿Intento fallido de parecer elegante después de un viaje de dieciséis mil kilómetros? Hecho. Aquella era su gran noche, así que la pompa y preparación eran dignas de un Óscar, y hay que decir que el equipo encargado del *glamour* superaba con creces al de un box de la Nascar.

Para entonces, Violet era una veterana del baile, pero en los ojos de Harper veía claramente que se trataba de una ocasión muy especial, un momento que llevaba muchísimo tiempo esperando. Y eso le daba sentido a cada uno de los kilómetros que había recorrido.

Nunca me gustaron los bailes del colegio. Para mí, eran momentos incómodos que solo servían para reforzar mis inseguridades de bicho raro y recordarme que, SOY INCAPAZ DE BAILAR. El aterrador ritual que consistía en formar un círculo con los amigos tratando de invocar al funk mientras «Super Freak» de Rick James atronaba por los altavoces me dejó un trauma irreparable, por lo que me siento mortalmente asustado por cualquier baile fuera de la intimidad de mi cocina. Y eso por no hablar del baile en el que me dejaron tirado en mitad del río Potomac sin chaleco salvavidas. Así que me convertí en el feo del baile, lo que no deja de ser irónico dado que he dedicado mi vida al ritmo. También es cierto que he visto bailar a muchos baterías y no son ninguna maravilla.

Al poco tiempo, ya estábamos haciendo cola en el Sportsmen's Lodge con todos los demás padres e hijas, y el cansancio empezó a hacer acto de presencia. Los envites del agotamiento hacían que se me doblaran las rodillas. Estaba cayendo en picado. «¡Reacciona! —me dije—. Las niñas van a recordar esta noche para siempre y tú solo tienes dos horas para disfrutarla con ellas antes de salir corriendo para el aeropuerto para otro vuelo de dieciséis mil kilómetros.» Solo tuve que ver sus maravillosas expresiones para recuperar las fuerzas. VOLVÍ A SENTIRME ORGULLOSO DE SABER QUE, PASARA LO QUE PASASE, SIEMPRE PODRÍAN CONTAR CONMIGO. PUEDO CON ESTO.

Al entrar en el salón, nos encontramos lo de siempre. Los globos, las mesas perfectamente montadas con platos estupendos, un gran bufet de pasta y *nuggets* de pollo, y una pista de baile llena de niños gritando. Se nos iluminaron los ojos como a Dorothy al entrar en el maravilloso mundo de Oz y nos abrazamos los tres mientras observábamos la escena. ¿Qué podíamos hacer primero? ¿Comer? ¿Bailar? ¿Asaltar la máquina del algodón de azúcar? Suponiendo que Violet y Harper estarían un poco nerviosas, propuse: «¿Por qué no buscamos una mesa y dejamos nuestras cosas?».

Me di la vuelta para buscar un sitio libre y… ya se habían ido. Habían salido corriendo hacia sus amigas para bailar dando gritos de alegría. Sonreí al verlas compartir su felicidad con las otras niñas. Había cumplido mi misión, y ya lo único que tenía que hacer era socializar con toda una sala llena de padres abandonados que se entretenían con conversaciones sobre deportes, un tema del que no sé absolutamente nada. El ser padre me ha enseñado que no sabría

distinguir a un atleta famoso en una rueda de identificación ni aunque me fuera la vida en ello, aunque, para ser sincero, disfruto siendo el único tío de la fiesta que está más interesado en el espectáculo del descanso de la Super Bowl que en el partido.

Siempre me he sentido como una especie de extraterrestre, lo que obviamente he aprendido a aceptar con el tiempo. Cuando me diagnosticaron escoliosis con siete años, tuve que empezar a llevar un alza en el zapato izquierdo para corregir poco a poco la desviación de la columna. Recuerdo que al principio me sentía avergonzado, porque no podía ponerme unas zapatillas tan chulas como las de los otros niños, pero llegó un momento en el que la vergüenza desapareció y me sentí fortalecido. Yo era distinto, aunque solo fuera por los zapatos que llevaba, y me gustaba. No quería ser como los otros niños. Por encorvado que estuviera, me gustaba la sensación de ser distinto. Aún me gusta. Así que allí estaba otra vez, haciendo todo lo que podía por encajar, siendo de nuevo aquel niño de las zapatillas raras.

No perdí de vista el reloj, consciente de que había poco margen de error en mi diabólico itinerario. Contando los minutos que faltaban para volver a despedirme (el eterno terror), decidí acercarme al bufet y servirme un poco de ensalada César, porque la comida del avión me gustaría más. Pensé que iría a la sala vip del aeropuerto, comería, me tomaría unas copas y luego me desplomaría en el asiento y dormiría todo el viaje. Después de todo, me sentía como si llevara varios días sin dormir, así que sucumbiría al cansancio e hibernaría hasta que aterrizáramos en Sídney.

Llegó la hora. Recorrí la sala con la mirada en busca de mis pequeñas y contuve las lágrimas al verlas disfrutar de su gran noche, saltando y gritando con sus compañeras, haciendo todo lo posible por seguir el chachachá. Me aparté con ellas a un lado y, con mi mejor tono de *Buscando novia a papá*, les expliqué que había llegado el momento de irme, esperando una explosión de lágrimas y abrazos asfixiantes. En cambio, sin dudarlo un instante exclamaron: «¡Vale! ¡Adiós, papá! ¡Buen viaje!», y salieron otra vez disparadas para la pista de baile, dejándome boquiabierto en la silla delante de mi ensalada César a medio comer.

Y sonreí. AHORA SENTÍA EL ORGULLO DE UN PADRE QUE VE CÓMO SUS HIJAS DESCUBREN LA INDEPENDENCIA Y, EN LUGAR DE AFERRARSE A UN PADRE CARIÑOSO, ENCUENTRAN SU PROPIO CAMINO EN EL MUNDO, FUERA DEL QUE HABÍAMOS CREADO JUNTOS. La ansiedad por separación solo la tenía yo. Cogí mi chaqueta, me fui para el aeropuerto y las dejé con su madre para que terminaran aquella noche tan importante con ella.

Sentado en la sala de espera, con una botella de Syrah, volví a pensar en las últimas veinticuatro horas, deteniéndome en los momentos que, sin duda, permanecerán conmigo para siempre. La entrada en casa, la meticulosa preparación, las manos sudorosas, los imperdibles de los diminutos ramilletes en sus vestidos elegantes, sus caras bajo las luces de la pista de baile, las montañas de pasta con brócoli… Ya solo tenía que cruzar la puerta de embarque y aquella misión imposible no sería más que un recuerdo. Un recuerdo que esperaba que Violet y Harper no olvidaran jamás.

En cuanto Gus y yo nos metimos en el avión, me desmoroné en el amplio asiento y me dejé llevar por una perfecta neblina de vino tinto aun antes de despegar. Misión totalmente cumplida.

Turbulencias. Pero no como las que parecen un sillón de masaje de un centro comercial, no. Más bien como las de un terremoto de nueve grados que te lanza como una pluma en el viento («Like a feather in the wind»; gracias, Robert Plant), al tiempo que te traquetean los órganos y te cagas de miedo. «Ya pasará —intenté tranquilizarme—. Puedo con esto.» A los veinte minutos, sentí un dolor agudo en el estómago, como si alguien hubiera cogido un cuchillo y me estuviera tallando los intestinos como hacen los amantes en los bancos de los parques o los troncos de los robles. No era normal. No era un mareo. Era una intoxicación alimentaria. Mientras el avión seguía con sus violentas sacudidas, me di cuenta de que estaba atrapado en un tubo de aluminio con trece horas por delante, y cada movimiento repentino hacía que me entraran ganas de…, bueno, explotar. Empecé a sudar frío, sin dejar de mirar la señal luminosa del cinturón de seguridad, deseando con todas mis fuerzas que se apagara para poder ir al baño y deshacerme de las toxinas, pero las turbulencias siguieron durante una eternidad.

Una intoxicación alimentaria es la peor pesadilla de cualquier músico que esté de gira. Si te resfrías, te tomas un té caliente. Si tienes gripe, te tomas algún medicamento. Pero si tienes una intoxicación alimentaria, estás jodido al cien por cien, porque no hay forma de evitar que tu cuerpo haga aquello para lo que está genéticamente diseñado: vomitar y expulsar el veneno. Solo que yo tenía un pequeño problema: soy físicamente incapaz de vomitar. Solo he vomitado tres veces desde los doce años: una vez con catorce, mientras escuchaba «Space Oddity» de David Bowie en una fiesta cervecera (no hay nada peor que vomitar Meister Bräu aún fría); otra vez fue en 1997, después de tomarme un trozo de pizza de un puesto callejero en Hollywood (me pareció una buena idea en aquel momento), y otra después de ver a los Soundgarden en el Forum de Los Ángeles en 2011

(no fue la música, te lo aseguro). Con lo cual, cualquier episodio de náuseas se convierte en un largo proceso de intentar convencerme a mí mismo de que puedo con ello. Básicamente, es un infierno.

La señal luminosa se apagó por fin y llegué al baño en cuestión de segundos. Cerré la puerta con llave y me incliné sobre el lavabo mientras intentaba relajarme y dejar que la naturaleza siguiera su curso. A medida que pasaban los minutos me iba dando cuenta de que todos mis esfuerzos por expulsar los demonios no solo eran inútiles, sino que además estarían levantando las sospechas de todos los pasajeros y auxiliares de vuelo por abusar de la «hospitalidad» de aquel cuarto de baño diminuto. Tras un último intento, volví a mi asiento y empezaron los escalofríos. Miré el reloj…, quedaban doce horas.

El resto del vuelo fue una pesadilla: una sucesión de paseos al baño, intentos fallidos y vuelta a mi asiento para otra ronda de escalofríos y fiebre. Ni hablar de dormir. Ni hablar de descansar. Tan solo una prolongación interminable del peor de los casos, y en el peor momento, ya que, nada más aterrizar en Perth, tendría que subirme directamente al escenario para las pruebas de sonido. «Aquello era una prueba», pensé. Se estaba poniendo a prueba mi fuerza de voluntad, mi dedicación y el viejo proverbio que dice que «hay que hacer todo lo que haya que hacer» por el concierto.

En aquella época, el ébola estaba acaparando los titulares. La terrible enfermedad estaba provocando oleadas de terror por todo el mundo y en los viajes internacionales se estaban tomando medidas de precaución que requerían que todos los pasajeros se sometieran a algún tipo de examen. Al acercarnos a Sídney, me entregaron los habituales formularios de aduanas e inmigración para que los rellenara, pero ahora también había un cuestionario sobre el ébola que todos teníamos que firmar. Era una lista de síntomas en la que tenías que ir poniendo sí o no. Leí la lista horrorizado. Náuseas, diarrea, fiebre, escalofríos… Los tenía todos. Ya me imaginaba confinado en una sala del aeropuerto llena de gente que de verdad tenía el ébola, con lo que acabaría contrayendo la enfermedad y muriendo solo en Australia. Me enderecé en el asiento, puse mi mejor cara de determinación y traté de imponerme a la enfermedad.

Totalmente agotado, me levanté cuando aterrizamos y le susurré a Gus: «Tío, tengo una intoxicación alimentaria».

Abrió los ojos de par en par y nos quedamos mirándonos el uno al otro mientras se abría la puerta del avión. Todavía nos quedaban otras cinco horas hasta Perth. Aquello no había terminado; acabábamos de empezar. Sacó el teléfono y, como siempre había hecho, comenzó a

buscar la manera de superar una situación desastrosa, al tiempo que nos dirigíamos hacia la zona de recogida de equipajes. Nuestro plan maestro se había desbaratado y, ahora que podía pasar cualquier cosa, se había convertido en la versión roquera de *El gran reto*. Lo que empezó como una aventura ridícula, se estaba transformando en algo que amenazaba las bases de la supervivencia.

Cuando nos subimos al siguiente avión, Gus ya había conseguido que un médico viniera a verme al hotel de Perth. Afortunadamente, parecía que lo peor había pasado, y ya solo era cuestión de que consiguiera tomar un poco de té y una tostada con la esperanza de que me dieran el mínimo de energía que iba a necesitar para aguantar dos horas y media de rock atronador. Me parecía imposible, pero no había vuelta atrás. El escenario estaba montado, el equipo estaba listo y miles de fans de los Foo se estaban preparando para su gran noche.

El médico llegó a la habitación, miró el reloj y me dijo exactamente lo que tenía que hacer en el poco tiempo que quedaba antes de que se encendieran los focos. «Tómate esta pastilla ahora, te daré un litro de líquido y quiero que te acuestes durante una hora.» Me tomé el antidiarreico, vi como la bolsa de suero se vaciaba a través de la vía intravenosa (¿adónde va el líquido?) y dejé caer la cabeza en la almohada como una tonelada de ladrillos. «Puedo con esto», pensé una vez más.

Mis compañeros de banda me recibieron entre bastidores con expresión de asombro. Les habían advertido de que podría estar un poco indispuesto, por lo que se estuvo hablando de la posibilidad de cambiar la lista de canciones para incluir un plan de emergencia por si hacía un GG Allin y ponía el escenario hecho un asco. La rutina que precede a los conciertos, que consiste en ponerme a pegar saltos mientras todos nos reímos tomándonos unas copas, se redujo a sentarme en el sofá con un plátano a medio comer mientras intentaba reunir fuerzas para soportar veinticinco canciones con el calor del verano. «Esto no me va a servir para nada», pensé. Miré en la nevera portátil y vi que había una Guinness detrás de un Gatorade y agua de coco. «Está bien, pues…, hola…», dije mientras abría la cerveza.

Me la bebí y salí al escenario corriendo. Oye, que si era buena para las madres lactantes de Irlanda…

Lo que pudo haber sido un descarrilamiento de proporciones épicas que definiera el resto de mi carrera se convirtió en una noche triunfal de canciones ensordecedoras y una alegre celebración de fin de gira. Las últimas treinta y seis horas me habían fortalecido el cuerpo y el alma al recordarme todas las cosas por las que estoy agradecido en la vida. La familia, los amigos y la música. Lo que me

curó fue la vida, y en lugar de llegar al hotel destrozado, volví más fuerte, con otra increíble gira australiana en mi haber.

A la mañana siguiente, me desperté, comí y volví al aeropuerto para otro viaje de veintidós horas. Misión cumplida. Había podido con ello.

Mientras volvía a recorrer el mundo de punta a punta, pensé en el salvaje gesto de amor que había hecho por mis hijas y en la relación que yo había tenido con mi padre, preguntándome si él habría hecho lo mismo por mí. ¿Habría movido cielo y tierra para estar conmigo en un día tan importante? No lo tenía tan claro. Pensé que a lo mejor mi amor de padre era tan intenso porque el mío no pudo dar un amor así.

Creo firmemente que nuestra «versión» del amor o la forma en que lo entendemos se aprende con el ejemplo desde el primer día y, para bien o para mal, se convierte en nuestra vara de zahorí en la vida, una base sobre la que se asientan todas las relaciones significativas. Sin duda, yo le debo la mía a mi madre. QUIERO A MIS HIJAS COMO ME QUISIERON A MÍ DE NIÑO, Y ESPERO QUE ELLAS HAGAN LO MISMO CUANDO LLEGUE EL MOMENTO. HAY CICLOS QUE DEBEN ROMPERSE. Y HAY CICLOS QUE DEBEN REFORZARSE.

Unos años más tarde, Harper me preguntó:

—Papá, ¿cuál es el vuelo más largo que has hecho?

—Bueno —sonreí—, ¿te acuerdas de aquella vez que vine a casa solo una noche para llevarte a tu primer baile del colegio?

Harper asintió.

—Eso fueron veinte horas en el aire —le dije.

Me miró como si estuviera loco.

—¡¿Veinte horas?! —exclamó—. ¡No hacía falta que vinieras!

Nos miramos y, después de un largo silencio, se volvió hacia mí y dijo:

—Bueno…, sí.

LA LECCIÓN DE VIOLET

—¿Estás sentado?

La voz de John Silva, totalmente ronca después de haberse pasado décadas gritando órdenes en su abarrotada oficina de Hollywood, no podría haber sido más clara. Al fin y al cabo, esas son dos palabras que nadie quiere oír cuando alguien le llama por teléfono, sobre todo si el que llama es el que dirige su carrera.

—Sí, ¿por qué? ¿Qué pasa? —contesté enseguida, imaginando algún tipo de noticia devastadora al tiempo que el terror y la ansiedad me corrían por las venas.

—Han llamado de la Academia, quieren que interpretes «Blackbird» tú solo para los premios de este año.

Me quedé pasmado e inmediatamente se me fue la cabeza al momento en el que todas las miradas y cámaras se volverían hacia mí, que estaría solo con una guitarra acústica en un programa en directo ante treinta y cuatro millones de personas. Aunque estaba en chándal en el salón de mi casa, el miedo escénico me invadió de inmediato. No podía imaginarme nada más aterrador.

—¡Joder! —fue lo único que conseguí farfullar.

Conocía la canción, evidentemente. Me la sabía desde que era pequeño y, con el tiempo, había aprendido la intrincada técnica de *fingerpicking* de Paul McCartney mientras cantaba su eterna melodía. Pero una cosa es tocar una canción tan difícil en el sofá de tu casa y otra muy distinta es hacerlo mientras TODO EL PUTO PLANETA TE ESTÁ MIRANDO (por no hablar de Jennifer Lawrence y Sylvester Stallone).

—Espera…, pero ¿por qué? —le contesté mientras el teléfono ya se me resbalaba de la mano sudorosa. No le veía mucho sentido.

La banda estaba en un momento de pausa y, desde luego, a mí no me habían nominado a un Óscar. Pero, entonces, ¿por qué me llamaban?

—Quieren que hagas el acompañamiento del «In Memoriam» —dijo Silva.

«No es que sea el momento más alegre», pensé, pero como no soy de los que se echan atrás tan fácilmente ante un reto, contesté:

—Bueno, deja que lo consulte con la almohada y mañana te llamo.

Colgué y me puse a pensar en todos los motivos por los que debería aceptar esta oportunidad sin precedentes y en todos los que podrían llevarme a rechazarla educadamente. La idea de que me invitaran a homenajear a todas las celebridades que el séptimo arte había perdido aquel año era un honor, pero… también pensaba en si de verdad sería capaz de hacerlo. En el fondo, estaba asustado. «Blackbird» no es ningún paseo y tocar en los Óscar tampoco es como estar en un estadio lleno de fans de los Foo Fighters.

Por suerte, ya había tocado esa canción antes, aunque el público era muy distinto.

Fue el año anterior, en la fiesta de tercero de Violet.

La fiesta del Día del Estudiante —a la que han dejado de referirse como un concurso de talentos por temor al impacto psicológico que cualquier tipo de competición pueda causar para el resto de la vida en los niños de la próxima generación (un pelín exagerado)— solía ser un desfile de niños que tocan el piano o cantan canciones de Katy Perry en *playback* con una coreografía complicadísima ante un gimnasio lleno de padres sobreprotectores vestidos con ropa de Lululemon.

Cuando anunciaron la fiesta aquel año, Violet llegó a casa corriendo y preguntó entusiasmada si podía cantar «Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band» con sus amigas. A ella le parecía tan normal, porque desde que era muy pequeña me había empeñado en lavarle el cerebro con todo el catálogo de los Beatles con la esperanza de crearle algún tipo de base musical significativa antes de que se pasara a Cardi B e Iggy Azalea. Por lo emocionada que estaba, me di cuenta de que pensaba que por fin había llegado el momento de mostrar su innegable talento ante los demás, lo que yo también había estado esperando desde la primera vez que la oí cantar con una voz maravillosa las canciones de Amy Winehouse en la sillita del coche mientras cruzábamos el Valle de San Fernando. Hicimos algunas llamadas para tantear el terreno, pero nos desanimamos al ver que la respuesta de casi todas sus amigas era «¿*Sgt.* qué?».

Violet se puso muy triste al saber que sus amigas no cantarían con ella. Mientras estábamos los dos sentados en el sofá y veía cómo le rodaban las lágrimas por las mejillas, el padre protector que hay en mí se puso en marcha. «Oye, ¿y si cantamos "Blackbird" tú y yo? ¡Yo toco la guitarra y tú cantas!» Levantó la vista, se secó las lágrimas y se le iluminó la cara con una sonrisa de alivio. Fui a coger la guitarra, me senté delante de ella y empecé a tocar la canción. Sin haberla ensayado ni una sola vez y sin tener la letra delante, comenzó a cantar en el momento exacto y con el tono perfecto. Salió estupendamente, y a la primera. Podría decir que me sorprendió, pero no. Yo sabía que lo iba a hacer bien. Pero… ¿y yo? Chocamos los cinco y trazamos un plan: ensayaríamos todas las mañanas antes del cole y todas las noches antes de acostarnos hasta el día de la fiesta para estar seguros de que estaríamos más que preparados cuando nos subiéramos al escenario.

Saturday Night Live, el estadio de Wembley, la Casa Blanca…, todas estas actuaciones habían marcado un hito en mi carrera, pero la ansiedad que había sentido en todas ellas se quedaba en nada en

comparación con lo nervioso que estaba con la fiesta. El que fuera a tener lugar en un gimnasio lleno de padres tomándose un café con leche descremada mientras toqueteaban el móvil sin parar no marcaba ninguna diferencia. Iba a estar allí por Violet, y era crucial que aquella actuación saliera bien. Por lo tanto, todos los minutos libres que encontré a partir de aquel día los dediqué a prepararme para poder darle un impecable acompañamiento musical, tratando de perfeccionar ese precioso arreglo musical hasta que me salieron ampollas en los dedos. «ESTE ES EL CONCIERTO MÁS IMPORTANTE DE MI VIDA», PENSÉ.

La mañana del concierto llegamos a las pruebas de sonido bien vestidos y con la canción bien ensayada. Yo pedí un taburete para sentarme con la guitarra y Violet pidió un atril para poner el folio con la letra de la canción y poder mirarla en el improbable caso de que lo necesitara. Comprobamos el volumen del micrófono y la guitarra y, hechos un manojo de nervios, esperamos a que la sala se llenara. Como llevaba en el colegio desde Infantil, Violet conocía a casi todo el mundo y casi todo el mundo la conocía a ella, pero la increíble voz que tenía para cantar había sido un secreto muy bien guardado, y estaba a punto de desvelarlo ante un público al que pillaría totalmente desprevenido.

Tras unas cuantas actuaciones adorables, se oyeron nuestros nombres, subimos al escenario mientras nos aplaudían para darnos ánimos y nos pusimos cada uno en su sitio. «¿Lista, cariño?», dije mirando a Violet en un momento de horrible silencio. Petrificada por los nervios, asintió con la cabeza y comencé la delicada introducción de guitarra recordando que aquella era, sin lugar a dudas, la actuación más importante de mi vida, y la de ella también. Como siempre, comenzó a cantar en el momento exacto y con el tono perfecto, y miré al público, que se estaba quedando boquiabierto. Su voz inocente y cristalina llenaba los altavoces y la sala estaba atónita. Sonreí pensando que por fin estaban conociendo a la Violet que yo conocía tan bien. Cuando sonó el último acorde, toda la sala se puso de pie para darnos un aplauso fortísimo. Hicimos una reverencia, chocamos los cinco y bajamos del escenario para que pudiera subir el siguiente. «¡Lo has clavado, cariño!», le dije dándole un abrazo.

Estaba orgulloso, no solo por la habilidad musical de Violet, sino también por su valentía.

La valentía es un factor determinante en la vida de cualquier artista; la valentía de mostrar tus sentimientos más íntimos, revelar tu verdadera voz, ponerte delante del público y exponerte ante el mundo. La vulnerabilidad emocional que suele requerir una gran canción

también puede volverse contra ti al interpretarla para que el mundo la oiga. Este es el conflicto que paraliza a todo artista sensible, una sensación que he tenido cuando he cantado para cualquiera que no sea yo. «¿Les gustará? ¿Lo haré bien?» La valentía de ser uno mismo es lo que tiende un puente entre esas dos emociones opuestas y, cuando lo hace, aparece la magia.

Todavía indeciso sobre los premios de la Academia, esperé a que Violet llegara a casa para contarle la noticia. Le había dado muchas vueltas y al final había decidido rechazar, convenciéndome a mí mismo de que no «necesitaba» tocar en los Óscar y de que de todas formas no lo haría bien, pero aun así quería contarle a mi hija lo absurdo que había sido que me lo pidieran.

—¡Adivina qué me han pedido que haga! —exclamé cuando entró por la puerta con la mochila llena de libros.

—¿Qué? —me preguntó.

—¡Que toque «Blackbird» en la ceremonia de los Óscar!

—¿Y qué? —dijo mirándome fijamente a los ojos—. Vas a hacerlo, ¿no? ¡Ya lo hiciste en la fiesta del cole!

Me acababa de arrojar el guante, e inmediatamente supe que tenía que tocar en los Óscar. Como padre, tenía que demostrarle que yo también tenía la misma valentía que ella había demostrado tener aquel día en el gimnasio, sin importar lo asustada que estuviera. AHORA TENÍA QUE DEMOSTRARLE QUE PODÍA HACERLO, PERO EN EL FONDO TAMBIÉN TENÍA QUE DEMOSTRÁRMELO A MÍ MISMO.

Llamé a John Silva, le dije que sí y empecé a prepararme para la mayor actuación de mi vida.

Se decidió que tocaría la canción con el acompañamiento de una orquesta al tiempo que irían pasando unas fotografías en una pantalla que estaba situada por encima de mí. Pero hubo cambios: la canción se había adaptado con un importante arreglo musical para que encajara con la secuencia de fotos, y la orquesta tocaría desde un estudio de la misma calle, con lo que me dejarían solo en el escenario, sin un director de orquesta al que pudiera acudir en caso de necesitar ayuda para seguir un tempo tan variable. Por lo tanto, tenía que tocar con una «pista de clic» mediante un sistema de monitorización *in-ear* que haría las veces de metrónomo. Fácil, ¿no? Bueno, la cosa es que yo nunca toco ni había tocado con monitores de oído (una especie de auriculares con los que te oyes a ti mismo y que con el tiempo han llegado a convertirse en un estándar de la industria). Yo sigo prefiriendo los monitores de suelo, los que parecen unos sucios altavoces viejos y te echan el pelo hacia atrás con cada golpe de bombo. De modo que aquello suponía un problema. Sin un director de

orquesta al que mirar ni una pista de clic que seguir, ¿cómo iba a hacerlo?

Al final cedí y, a mi pesar, acepté utilizar un monitor de oído por primera vez en mi vida, y ante la atenta mirada de treinta y cuatro millones de personas. «¿En qué me he metido?», pensé. Decidí que, en caso de emergencia, buscaría a Jennifer Lawrence en la primera fila y le daría una serenata lo mejor que pudiera; o a Sylvester Stallone, si no había más remedio.

De todas las ceremonias de premios, los de la Academia están a otro nivel. Prácticamente tienes que conseguir la autorización del Pentágono para conectar tu instrumento, y el proceso de «vestirse» parece sacado de *Cenicienta*. Digamos que no es mi estilo. Yo estoy acostumbrado a llegar tranquilamente a un evento después de tomarme unas copas, y con una chaqueta que lo mismo vale para un funeral que para la comparecencia ante un tribunal. Pero aquello era distinto. Me dieron una cita en una tienda de Beverly Hills para que buscara el traje adecuado. Me sentía como un pez fuera del agua, por decirlo de algún modo.

Delante de las perchas de ropa, no tenía ni idea de por dónde empezar. Cualquiera que me conozca sabe que no sigo la moda en absoluto y todavía me visto como lo hacía en el instituto (Vans, vaqueros y camiseta), así que me asignaron a una estilista que me ayudara a encontrar y ajustar el traje perfecto. Enseguida conocí a una joven estilista rubia con unos enormes ojos azules llamada Kelsey. «En realidad, ya nos conocemos» dijo. La miré y, aunque me resultaba familiar, no conseguía ubicarla en la memoria. «Yo era la niña del videoclip de "Heart-Shaped Box" de Nirvana.» No supe qué decir, y de pronto la reconocí en aquellos enormes ojos azules. Era ella.

Alucinante. EL UNIVERSO EN ACCIÓN.

Aquel vídeo, que se grabó veintitrés años antes y dirigió el famoso fotógrafo Anton Corbijn, era una mezcla surrealista de nacimiento, muerte, anatomía y caos, todo ello ambientado en un mundo de fantasía con un anciano colgado de una cruz con la pose de Jesucristo, y entre todo eso aparecía una niña con una túnica y una capucha blancas, y unos ojos enormes cargados de tristeza, que bien podrían representar la inocencia perdida de Nirvana con su traumatizante ascenso a la fama. Y allí estábamos los dos, en un probador, cogiendo los bajos del pantalón que me iba a poner para tocar una canción de los Beatles ante una sala llena de estrellas de cine. ¿Mucha coincidencia?

A medida que se acercaba el día, me iba poniendo más nervioso. Una semana antes cené con Paul McCartney y le dije que iba a tocar

en los premios.

—¿Qué vas a tocar? —preguntó.

—«Blackbird» —contesté nervioso.

—Atrevido —dijo sonriendo mientras me apuntaba con el dedo.

Aunque me hizo gracia, también aumentó la presión. Ya tenía otra razón más para no meter la pata.

Pensaba constantemente en el momento en que Violet se subió al escenario, demostrándose a sí misma que tenía la valentía de mostrar sus sentimientos más íntimos, revelar su verdadera voz, ponerse delante del público y exponerse ante el mundo. Al inspirarme en su valentía, encontré la mía y, en lo más hondo de mi corazón, le dediqué aquella actuación.

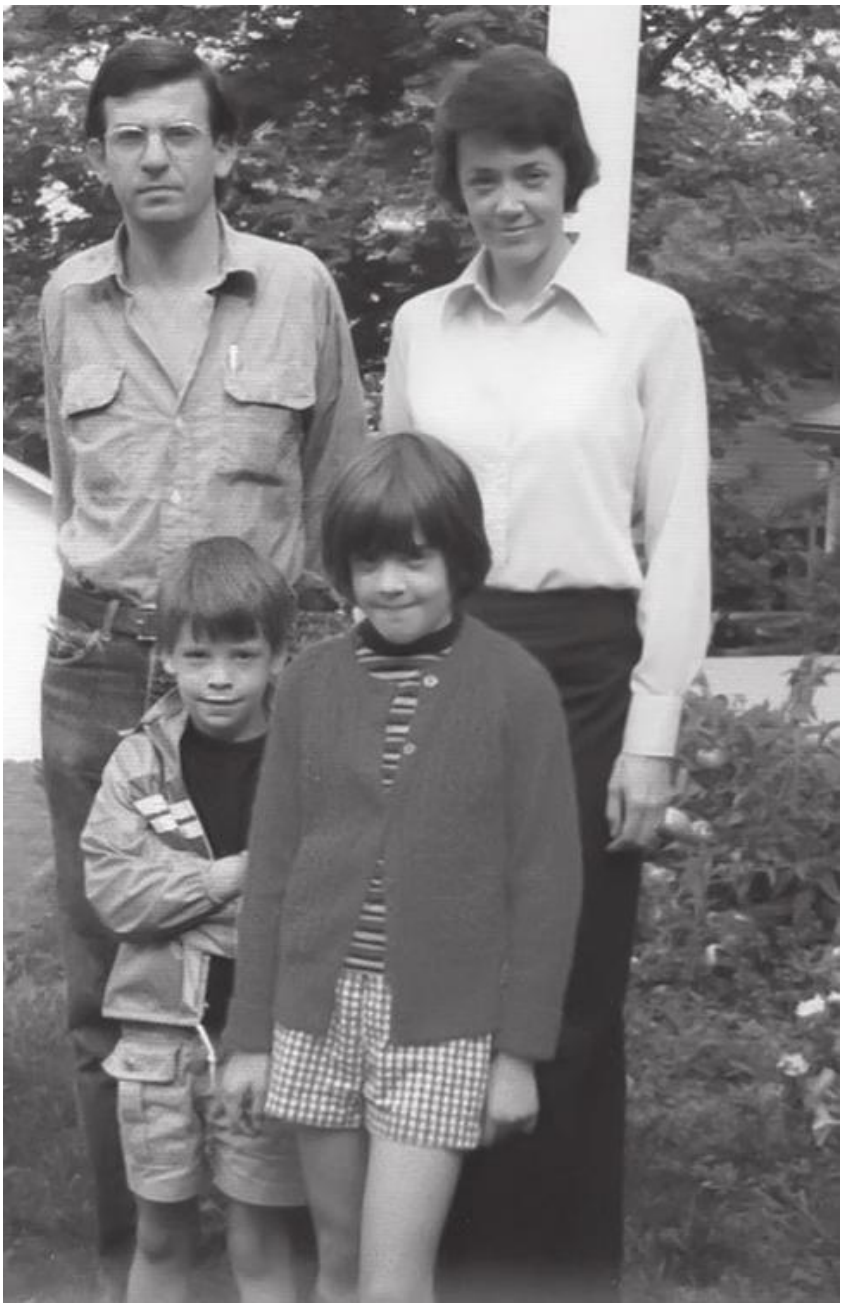
Si quieres ver los Óscar, créeme, es mucho más agradable hacerlo desde el salón de tu casa con una salsa de espinacas y unas Coors Light frías. Aplaudo a todo el que dedique su vida a las artes, pero, vamos, que aquello se parecía a la misa más larga que te puedas imaginar, solo que sin el pan y el vino. Y mi actuación era hacia el final, con lo que la ansiedad iba creciendo cada vez más. Pasaron las horas, los días y las semanas y, después de lo que me pareció una eternidad, por fin me llamaron para la preparación entre bastidores.

Cuando me dirigía hacia la silla que me esperaba en el centro del escenario durante una pausa de publicidad, miré a la primera fila, donde Jennifer Lawrence y Sylvester Stallone habían estado sentados toda la noche, buscando sus rostros para que me rescataran en caso de que la emoción me dejara mudo y la actuación descarrilara hacia un desastre seguro. Pero no estaban por ninguna parte, y sus asientos estaban ocupados por personas que me miraban con expresiones confusas, esperándose claramente a Lady Gaga. «¡Un minuto!», gritó un director por megafonía. Me puse el pequeño auricular, ajusté el micrófono, respiré profundamente y cerré los ojos.

Vi a Violet. Vi sus primeros pasos de bebé. La vi en su primer día de colegio, despidiéndose de mí con la mano en la distancia. La vi pedalear por primera vez en su bicicleta, alejándose sin la ayuda de su padre cariñoso. Y la vi en el escenario, cantando «Blackbird» en el gimnasio del colegio. PERCIBÍ SU VALENTÍA Y ENCONTRÉ LA MÍA.

Qué pena que Jennifer y Sly se lo perdieran.

CONCLUSIÓN



«¿Estás bien?»

Desplomado en la silla, le hice un gesto con la cabeza a Chris para tranquilizarlo, hundí la cara en la toalla sucia del camerino y lloré. Los hipidos ahogados se oían en el incómodo silencio de la habitación mientras los chicos abrían sus maletas y se cambiaban detrás de mí, todavía sudando por el concierto de tres horas que acabábamos de dar. Después de veinte años como banda, era la primera vez que Pat, Nate, Taylor, Chris y Rami veían a su intrépido líder derrumbarse delante de ellos. Pero no podía aguantarlo más. Tenía que soltarlo. Fue como si, en un momento de catarsis, todas las emociones que había reprimido los últimos cuarenta años salieran a la superficie rompiendo un dique en mi interior y se derramaran sobre el suelo de cemento que había debajo.

No era porque no pudiese caminar y aun así hubiera continuado una gira agotadora de sesenta y cinco conciertos en los que me tenían que subir a una silla todas las noches para tocar y luego bajarme como el *atrezzo* roto de un teatro. No era porque todavía sintiera el dolor punzante de los afilados tornillos de titanio que me habían perforado los huesos y que seguirían allí para siempre como un humillante recordatorio de mi vulnerabilidad y fragilidad. Y no era porque echase de menos a mi familia con la devastadora intensidad que me rompe el corazón cada vez que pasamos tantas semanas separados, presa del miedo a la ausencia y la ansiedad por separación que me dejó mi padre.

No, aquello era algo más.

Era que el concierto con entradas agotadas que acababa de dar en el Wrigley Field de Chicago ante cuarenta mil personas fue justo enfrente del Cubby Bear, aquel bareto en el que vi mi primer concierto con trece años y me animó a dedicar mi vida al rock and roll.

Para entonces, ya había tocado en estadios el doble de grandes en los que había dirigido una marea de fans de un estribillo al otro, uniéndonos todos en una armonía exaltada durante horas. Pero no fue el tamaño del recinto lo que me hizo llorar aquella noche, sino el hecho de que el Wrigley Field estuviera a un paso de peatones de distancia de aquel bar oscuro de la esquina que un día vi lleno de cuerpos que se retorcían y bailaban al ritmo de una batería y una música ensordecedora que me inspiraron e hicieron despuntar mi vida. Aquella noche de 1982 en la que mi prima Tracey me llevó a ver Naked Raygun fue mi bautizo en la gloria distorsionada de la música.

Desde aquel día cambié, me sentí fortalecido por la revelación que sentí cuando me aplastaron el pecho de niño contra el diminuto escenario y me di de bruces con el poder crudo del rock and roll. Por fin encontré mi nicho, mi tribu, mi vocación. Pero, sobre todo, me encontré a mí mismo.

Aquel fue mi gran despertar, y los sueños dejaron de ser sueños para convertirse en mi vara de zahorí. Era un inadaptado idealista, fortalecido por la audacia de la fe y la temeraria determinación de vivir a mi manera. El punk rock se convirtió en mi profesor, en una escuela sin reglas que solo enseñaba la lección de que no se necesitan lecciones y que cada persona tiene una voz que ha de ser escuchada, independientemente del sonido. He construido toda una vida basada en esta noción, que he seguido con una convicción eterna.

Aquella noche puse el pie en el paso de peatones, y no había vuelta atrás.

Mientras la banda salía silenciosamente del camerino, me quedé solo sentado en la silla para reflexionar y recomponer lentamente las piezas del rompecabezas de mi vida. Pensé en los largos viajes que mi madre y yo hacíamos en el viejo Ford Maverick de 1976 cantando con la emisora de radio AM, que fue cuando escuché por primera vez el sonido de dos voces en armonía formando un acorde. Esa fue la chispa que encendió mi fascinación por la música. Pensé en la gloriosa furia instrumental de «Frankenstein» de Edgar Winter, mi primer disco, que ponía en el tocadiscos que mi madre trajo del colegio hasta que la vieja aguja se desgastó. Pensé en la guitarra Silvertone con el amplificador incorporado en la caja que tocaba todos los días después del colegio, rasgueando con mi cancionero de los Beatles, aprendiendo la belleza de la composición y los arreglos. Y pensé en los viejos cojines que usaba como batería en el suelo de mi cuarto para tocar mis discos favoritos de punk rock hasta que me sangraban las manos.

Cada lágrima es un recuerdo. Cada recuerdo, un paso adelante en el paso de peatones.

Después de todo, puede que mi sesión mística hubiera funcionado. Habían pasado treinta años desde que invoqué al universo arrodillado ante la luz parpadeante de las velas del altar que había montado en el garaje. Puede que solo fuese cuestión de manifestar un deseo, de creer que todo es posible si te dedicas a ello por completo. Puede que fuera la audacia de creer en uno mismo. Puede que hubiera vendido mi alma. Puede que todas estas cosas fueran ciertas, pero sabía que si no hubiera sido por la revelación de aquella noche en el Cubby Bear, jamás me habría atrevido a intentarlo.

No me habría atrevido a llamar para pedir una audición con mi

grupo favorito, los Scream, que desencadenó toda una serie de acontecimientos que cambiarían mi vida para siempre. Si no hubiera visto aquel anuncio en el tablón de la tienda de música de mi barrio, no hay duda de que habría seguido un camino totalmente distinto. Pero vi una puerta abierta ante mí y, en lugar de quedarme en la comodidad de mi cuarto, decidí lanzarme y dejar atrás una vida de estabilidad y seguridad. Aunque seguía atado a mi juventud, estaba listo para ser libre. Estaba dispuesto a apostarlo todo por la pasión que ardía en mi interior, y me comprometí con ella. A los diecisiete años, la música se había convertido en mi consejera cuando necesitaba orientación, mi amiga cuando me sentía solo, mi padre cuando necesitaba amor, mi predicador cuando necesitaba esperanza y mi compañera cuando necesitaba un sentido de pertenencia. Aquella noche, cuando vi el baile desordenado, estrafalario e hiperactivo de los B-52's en *Saturday Night Live*, conecté con algo y supe que nunca viviría una vida de convencionalismos. No estaba destinado a desvanecerme en las soñolientas calles de Springfield (Virginia) como una gabardina más en la parada del autobús. Había nacido para dejar ondear mi bandera friki y celebrar las hermosas excentricidades de la vida. Tenía que romper con la norma.

Otro recuerdo, otro paso adelante.

Gracias a mi madre, pude ser libre. Con su ilimitada empatía y comprensión, supo entenderme y me dejó marchar sin importar lo lejos que me fuera. La vida se convirtió enseguida en una lección de supervivencia, y el duro suelo, en mi hogar, pero estaba VIVIENDO, y la música era mi alimento cuando no tenía qué comer. Con los pies en el salpicadero, veía pasar el mundo a través de un parabrisas sucio y aprendí a rendirme a la imprevisibilidad de una vida sin un designio, a confiar en un mapa de carreteras sin destino, dejando que me llevara adonde quisiera, sin saber nunca lo que me encontraría a la vuelta de la esquina, pero confiando plenamente en la música para mantenerme vivo en caso de que todo se hundiera y tuviera que volver a empezar.

Y tuve que volver a empezar.

Parecía que no había avanzado el tiempo desde que me pasaba aquellas largas noches en el sucio sofá de Olympia (Washington), metido en mi saco de dormir a miles de kilómetros de casa, esperando que se cumpliera mi siguiente sueño. Volvía a ser un desconocido en casa de un desconocido, pero el zumbido que me dejaba en los oídos el sonido que creábamos juntos en el pequeño almacén de las afueras de la ciudad me arrullaba cada noche y mantenía el fuego encendido. Mi fiel vara de zahorí me había llevado a otro pozo, uno tan profundo que acabó desbordándose y ahogándonos a todos. Estaba perdido, sin

un bote salvavidas.

Podría haberme hundido. Podría haberme rendido. Podría haber vuelto a casa. Pero la rendición nunca había formado parte de mi ADN.

Cuando oí que la sala contigua empezaba a llenarse con el habitual desfile de invitados de después del concierto, me recompuse y me preparé para unirme a ellos. Oía sus voces y las reconocía todas. Eran las voces de las personas que me habían acompañado a lo largo de los años. Una familia lejana que se había convertido en mi nueva tribu.

Entré en la sala y vi a Gus Brandt repartiendo bebidas y pases, haciendo siempre todo lo posible para que todos se sintieran bienvenidos en nuestro caótico mundo. Durante décadas, Gus se había ocupado de mí, ya se me rompiera una guitarra o una pierna, haciendo las veces de médico, hermano mayor y guardaespaldas. Se había convertido en mi faro cuando me sentía perdido en un mar de desconocidos, en mi refugio cuando necesitaba protección, y siempre podía confiarle mis pensamientos más íntimos. Aunque no era músico, su amor por la música era igual, si no más intenso, que el mío, y sin poder descansar en su hombro, nunca habría podido avanzar hacia la siguiente canción, la siguiente ciudad, el siguiente escenario. Él siempre está ahí, y le estoy muy agradecido por su protección.

Vi a Rami Jaffee, mi fiel confidente, vagando por la sala con la gracia y naturalidad de un *maître*, difundiendo ánimo como un verdadero embajador de los «buenos tiempos» de los Foo Fighters. Aunque estaba medio escondido en un rincón del escenario todas las noches, su contribución a la banda a lo largo de los años era inestimable, introduciendo un elemento de musicalidad que nos había ido llevando a otro nivel de álbum en álbum. Pero, más allá de su talento como músico, su amistad había sido una alegría diaria, un verdadero descanso en el día de la marmota, eternamente *Atrapado en el tiempo*, de la vida en la carretera. Y cada noche, cuando se cerraba el telón y el público volvía a casa, Rami y yo nos subíamos al autobús de gira y bebíamos, fumábamos y bailábamos mientras recorríamos la autopista hacia un nuevo destino. Por más que se hubiera unido a la banda diez años después de su creación, en el fondo había sido siempre uno de los nuestros. Y le agradezco su alegría.

Allí estaba Chris Shiflett, el hombre que salvó la banda en el momento más desesperado, cuando nos quedamos sin guitarrista y necesitábamos un rescate musical urgente. Aunque nuestros caminos se cruzaron por casualidad en un concierto de los Scream en Santa Bárbara diez años antes de su profética audición (la única vez que intentamos algo así), habíamos vivido vidas paralelas hasta entonces,

tocando en bandas de punk rock con amigos y viviendo en furgonetas con poquísimo dinero, considerando la música y la aventura como nuestras únicas recompensas reales. Antes de que le diera tiempo a tocar ni una sola nota, supe que encajaría perfectamente porque sabía que apreciaría cada momento que pasara en la banda. Y le agradezco su agradecimiento.

Vi a un hombre cruzando la sala como un tornado de alegría hiperactiva de máxima intensidad: era Taylor Hawkins, mi hermano de otra madre, mi mejor amigo, por el que daría la vida. Nada más conocernos, nació un vínculo entre nosotros que fue creciendo día a día, con cada canción y cada nota que tocábamos juntos. Me atrevería a decir que fue amor a primera vista, como una especie de flechazo que encendió una «llama gemela» musical que no se apaga. Tanto en el escenario como fuera de él, nos habíamos convertido en un dúo imparable, siempre a la caza y captura de nuevas aventuras. Estamos hechos el uno para el otro, y me siento agradecido por que hayamos podido encontrarnos en esta vida.

Allí estaba también Nate Mendel, la voz de la razón, mi barómetro, el hombre al que siempre podía acudir cuando necesitaba una base en la que apoyarme. Si no hubiera sido por aquel encuentro fortuito en la cena de Acción de Gracias de 1994, reunidos ante una *ouija* para contactar con los espíritus de mi casa encantada de Seattle, el mundo nunca habría conocido a los Foo Fighters de hoy. Los habíamos construido juntos desde los cimientos, sorteando innumerables obstáculos, y de alguna manera habíamos conseguido que permanecieran relativamente intactos. Aunque rara vez lo digo, su papel en mi vida es indispensable y no sé lo que habría hecho sin él. Le estoy agradecido por su dedicación y lealtad.

Y luego estaba Pat Smear, el que en su día fue mi héroe del punk rock y había llegado a ser mi compañero de banda dos veces, además de un ancla en mi vida. Desde el momento en que entró en la sala de ensayos de Nirvana en 1993 y le dio a la banda otro año de vida, Pat siempre había estado ahí para afrontar los peligros conmigo, sin importar los altibajos. Él había estado siempre presente en los mayores desafíos de mi vida y, con su sabiduría e ingenio, me había dado la seguridad que necesitaba para saber que podía —que entre los dos podíamos— afrontar cualquier cosa. Desde el día en que nos conocimos esperé que estuviéramos siempre codo con codo, y desde entonces había estado felizmente a su sombra. Cada noche en el escenario, cuando miraba a mi izquierda y veía las gruesas columnas de humo que salían de su sonrisa, me sentía seguro, eternamente agradecido por su espíritu cariñoso y sagaz.

Como banda, cada uno de nosotros se había convertido en una pieza del engranaje de un reloj estruendoso, que solo funcionaba cuando los dientes de las ruedas de uno se encontraban las de los otros produciendo un movimiento sincronizado. Sin esto, el péndulo se pararía. La puerta giratoria de los primeros años se había cerrado con llave y nos habíamos convertido en algo duradero. Una vez que estabas dentro, lo estabas para siempre. La estabilidad y la seguridad que tanto habíamos anhelado como hijos de divorciados y la posterior rebelión adolescente ahora las encontrábamos en un aluvión de guitarras distorsionadas y láseres de escenario. Nos habíamos convertido en una familia.

En el rincón más alejado de la sala, sosteniendo con sus delicadas manos una copa de champán, estaba mi preciosa esposa, Jordyn, la madre de mis hijas, la reina de mi mundo, el peso que inclina la balanza. Nuestros caminos se cruzaron cuando creía que estaba condenado a vivir para siempre en el pasado, y ella, con su fuerza y claridad, me mostró un futuro. Juntos creamos el mayor logro de mi vida, mi familia. Y, conforme crecía la familia, también lo hacía mi amor por la vida. Con el nacimiento de cada una de mis hijas, yo volvía a nacer, y con cada paso que ellas daban, yo volvía a dar los míos. Violet, Harper y Ophelia me dieron vida, y no hay palabras para expresarles mi gratitud. El ser padre eclipsó todos los demás sueños, todos los deseos, todas las canciones que había escrito jamás, y con el paso de los años descubrí el verdadero significado del amor. Ya no vivía para mí, vivía para ellas.

Pero tal vez las voces que no se podían oír eran las que retumbaban con más fuerza en aquella sala.

Jimmy tendría que haber estado allí, pensaba. Él fue el primero al que le puse mi disco de Naked Raygun en 1982 al volver del viaje a Chicago, y en el instante en que la aguja se posó en aquel trozo de vinilo, los dos nos embarcamos en un nuevo viaje musical como aliados en el heterodoxo mundo del punk rock. En medio de un mar de conformidad, nosotros éramos dos inadaptados que crearon su propio mundo, su lenguaje y su universo guiados por la obsesión por la música. Independientemente de lo lejos que estuviera, él siempre me entendió y aceptó mis rarezas, como yo lo entendía a él y aceptaba las suyas. Yo lo admiraba como al hermano mayor que nunca había tenido, y gran parte de lo que soy proviene de lo que era él. Éramos inseparables, lo compartíamos todo en la vida, y me rompía el corazón el no poder compartir aquel momento con él. Sabía que apreciaría aquel triunfo, porque era de los dos.

«Esto no durará», me dijo mi padre una vez, y es muy posible que

fuera precisamente eso lo que me empujó a asegurarme de que durara. Nos habíamos pasado toda la vida luchando para conseguir conectar, pero, aun en su ausencia, él me daba forma, para bien o para mal. Hacía mucho tiempo que había dejado atrás todo tipo de resentimiento y le había perdonado sus defectos como padre, lo que aligeró la carga de nuestra relación y permitió que llegáramos a ser buenos amigos. Como hijo suyo, había heredado de él algo más que los atributos físicos: además de tener las mismas manos, las mismas rodillas y los mismos brazos, pienso que mi capacidad para descifrar el sonido y tocar música de oído procedía de su código genético, por lo que tenía que agradecerle este inmenso don. Algo que sin duda reconoció cuando me hice mayor.

Sé que se habría sentido orgulloso, y deseé que hubiera estado allí para cerrar aquel ciclo conmigo.

Y Kurt.

Si hubiera podido ver la alegría que su música le daba al mundo, tal vez habría podido encontrar la suya. Kurt me había cambiado la vida para siempre, que era algo que nunca había tenido la oportunidad de decirle mientras seguía con nosotros, y el no haberle dado las gracias por eso es un remordimiento con el que tendré que vivir hasta que de algún modo volvamos a encontrarnos. No pasa ni un solo día en el que no piense en nuestro tiempo juntos, y cuando nos vemos en sueños siempre hay una sensación de felicidad y calma, como si solo hubiera estado escondido, esperando para volver.

Aunque ya no estén con nosotros, todavía llevo a estas personas en mi corazón dondequiera que vaya, como ellas me habían llevado a mí, y son sus caras las que veo cuando cada noche se apagan las luces y me llega el estruendo de los aplausos. Esos aplausos también son suyos. Si hubieran aguantado un poco más, pensé, a lo mejor podrían haberse unido a la celebración, como otra reunión de amigos de toda la vida unidos por años de vínculos profundos.

Pero en mitad de todo aquello estaba la indiscutible matriarca de esta gran familia, a la que los cuarenta mil fans le habían cantado «cumpleaños feliz» aquella noche: mi madre. Cuando estaba a mi lado en el escenario, mientras todo el estadio le cantaba como un coro estruendoso, me emocioné al pensar que esta mujer, que había trabajado incansablemente para criar a dos hijos sola (luchando para llegar a fin de mes, compaginando varios trabajos y viviendo al día) y había dedicado toda su vida a los demás como profesora de un colegio público, por fin estaba recibiendo el reconocimiento que merecía. Desde luego, ninguno de nosotros habría estado allí de no ser por ella. Ella me había dado la vida no una, sino dos veces, al haberme dado la

libertad que necesitaba para convertirme en la persona que quería ser, dejándome avanzar hacia mi propio destino. Con su fe en mí, me había dado la seguridad y el valor de creer en mí mismo. Con su pasión y convicción, me había enseñado a vivir con pasión y con mis propias convicciones. Con su amor incondicional, me había enseñado a amar a otros de forma incondicional. Podría haberse rendido. Podría haber vuelto a su casa. Pero la rendición nunca había formado parte de su ADN.

Ella había sido siempre mi héroe y mi mayor inspiración. Todo se lo debía a ella.

Había tardado una vida en cruzar aquel paso de peatones, pero me sentía agradecido por cada paso, y seguía siendo el mismo niño con una guitarra y un sueño.

Porque se me sigue olvidando que soy mayor. El corazón y la mente me siguen gastando una mala pasada, engañándome con la falsa ilusión de la juventud al saludar al mundo todos los días con los ojos idealistas y traviesos de un niño rebelde que busca constantemente la aventura y la magia. Sigo encontrando la felicidad en las cosas más básicas y sencillas. Y mientras voy haciéndome con más arrugas y cicatrices, las sigo luciendo con cierto orgullo, porque son como un rastro de migas de pan que voy esparciendo por el camino y sé que algún día las voy a necesitar para volver al punto de partida.

Cuando se me secaron las lágrimas, entré con cuidado en la sala con mis dos maltrechas muletas y me recibió un gigantesco abrazo comunitario. El círculo se había completado y habíamos cruzado juntos el paso de peatones, todos agradecidos por la vida, la música y las personas que amamos.

Y POR LA SUPERVIVENCIA.

AGRADECIMIENTOS

Cuando el mundo cerró sus puertas en marzo de 2020, me enfrenté al mayor temor de mi vida:

No tener nada que hacer.

Con un espíritu inquieto y creativo, la idea de sentarme en un sofá a ver telenovelas malas mientras esperaba la reapertura de los estadios me hizo entrar en una barrena existencial. ¿Quién era sin mi música? ¿Cuál era mi objetivo en la vida sin un instrumento en las manos? ¿Tenía la vida algún significado más profundo, aparte de preparar espaguetis y albóndigas dos veces por semana para las críticas gastronómicas más caprichosas del mundo, mis hijas? Tenía que pensar en algo que hacer, y no solo para pasar el tiempo, sino para aprovechar este descanso en mi interminable y agotadora agenda.

Y decidí escribir un libro.

Como nunca había tenido el tiempo (ni el valor) de intentar semejante hazaña, me adentré en el proceso con la actitud que he adoptado con casi todo en la vida: «convéncete y convencerás». Al fin y al cabo, soy hijo de dos grandes escritores. ¿Tan difícil es? «¡Puedes hacerlo solo!», pensé.

Qué equivocado estaba.

Sin las maravillosas personas de Dey Street/HarperCollins, esta bestia de casi cuatrocientas páginas nunca habría llegado a tus manos. ¿Quién iba a fiarse de alguien que abandonó los estudios para hacerse batería de punk rock y ahora se ponía a escribir un libro sobre salchichas empanadas y Motörhead? Pues te voy a decir quién: el editor Liate Stehlik, que me concedió el honor de contarle al mundo mi historia (o al menos una décima parte de ella; algún día tendré que contaros el resto). Gracias. Y gracias a Jeanne Reina por diseñar la portada y hacer que mi resaca parezca tan regia (la próxima vez, búscame antes de la fiesta), y a Ben Steinberg, Heidi Richter, Kendra Newton, Christine Edwards, Renata De Oliveira, Angela Boutin, Rachel Meyers y Pam Barricklow por vuestro apoyo. La gramática perfecta es cortesía de Peter Kispert.

Si hay una persona que ha hecho que esta experiencia sea una alegría, esa es la increíble Carrie Thornton. En cuanto nos conocimos, supe que ella sería la que me guiara a lo largo de todo el proceso, y eso hizo a cada paso del camino. El amor que compartimos por la música, Virginia y la ridícula cultura gótica de los ochenta fue una combinación perfecta. No podría haber encontrado a una acompañante mejor para recorrer los mejores y los peores días de mi

vida. Solo podía hacer esto contigo, Carrie, y contigo estaré en deuda para siempre. Formamos un gran equipo, pero también nos hicimos buenos amigos y, una vez que esto ocurre, el trabajo deja de ser trabajo y se convierte en un placer. Gracias, Carrie, por tu paciencia, sabiduría y cuidados. Ahora estás unida a mí. (Insertar aquí un inmenso aplauso.)

Porque una vez que estás dentro, estás dentro. Mi mánager, John Silva, puede dar fe de ello. Después de treinta y un años juntos, no puedo imaginarme la vida sin sus destrozadas cuerdas vocales gritando por el teléfono cada mañana. Y no quiero que sea de otra manera. John Cutcliffe (a quien nunca he oído gritar) también ha estado ahí desde el primer día, y me siento agradecido por haber compartido las últimas tres décadas de aventura con su inmensa genialidad. Y sin el genio malvado de Kristen Welsh, la cariñosa introspección de Gaby Skolnek y la eterna devoción de Michael Meisel, no estaría aquí hoy. Todo el equipo SAM debería ser nombrado caballero. Ve a decírselo a la reina.

Hay que agradecerle a Steve Martin (no el cómico) sus veintiséis años de servicio en el departamento de publicidad de nuestra Estrella de la Muerte, y no hay nadie más cualificado en esta galaxia. Mira en el bolsillo delantero de tu asiento del avión. Si hay un reportaje sobre una banda en la revista, lo más seguro es que sea obra suya.

Eve Atterman de WME, gracias por guiarme en este territorio nuevo. Estoy muy contento con el resultado.

Siempre atribuyo el éxito de nuestra banda a la creación de nuestro propio sello, Roswell Records, hace veintiséis años, y a hacerlo todo a nuestra manera. Pero si hay alguien que tiene el mérito de esa decisión salvavidas es Jill Barliner, mi abogada desde hace veintisiete años. Ella levantó esta ciudad sobre el rock and roll.

Sin todos los músicos y grupos con los que he tenido el placer de tocar a lo largo de los años nunca habría llegado a ser el músico que soy hoy. Desde mis primeras bandas de punk rock, Freak Baby, Mission Impossible y Dain Bramage, hasta que descubrí el mundo con mis hermanos de Scream para luego poner el mundo de la música patas arriba con Nirvana, todas y cada una de estas personas moldearon mi forma de tocar y me afinaron el oído. Sin ellos, no habría tenido los medios para tocar con titanes de la música como Queens of the Stone Age y Them Crooked Vultures, dos bandas que me devolvieron el amor por la música, por lo que siempre les estaré agradecido. A todas las bandas que he amado…, gracias.

Pero si no fuera por mis fieles Foo Fighters, nada de esto importaría. Habéis hecho de la música algo más que música, la habéis

convertido en mi vida. ¡Y qué vida hemos creado juntos! Gracias, amigos.

Y gracias a los intrépidos que capturaron todo esto en una cinta, Barrett Jones, Butch Vig, Gil Norton, Nick Raskulinecz, Adam Kasper y Greg Kurstin. No habría una banda sonora que acompañara este libro sin vosotros. Nos habéis hecho un regalo a todos con vuestro ingenio, ánimo y creatividad cuando he necesitado un empujón para saltar el muro. ¡Gracias por el impulso!

A lo largo de los años he encontrado la inspiración en los lugares más extraños, pero al haber tenido la suerte de llegar a tener tantos amigos geniales, lo único que tengo que hacer es recurrir a ellos para avivar el fuego que hay en mí. Gracias a Preston Hall por construir mi estudio en el sótano de Virginia; a Jim Rota y John Ramsay por ser mis socios en el mundo del cine y la televisión; a todo el equipo de Studio 606, y a nuestros incansables técnicos de giras, que dedican su vida a asegurarse de que el rock roquee. Gracias a Russell Warby, Anton Brooks, Jeff Goldberg, Virginia Rand, Bryan Brown, Paola Kudacki, los Varlay, Katherine Dore, Joe Zymblosky, Magda Wozinska, Ian Mackaye, Judy McGrath, Larry Hinkle, a todos los de Sony/RCA y a mi familia lejana, repartida desde el D. C. hasta el Valle de San Fernando… La lista es tan larga que podríamos estar aquí otras cuatrocientas páginas.

Para Jimmy. Te echo de menos, tío.

Sin mi preciosa familia no habría superado los malos momentos. Jordyn, Violet, Harper y Ophelia, vosotras me recordáis cada día que no soy una «estrella del rock», sino un padre para esta familia tan increíble, y no hay nada en la tierra que ame más. Vosotras sois mi inspiración.

Y, sí, hay un yin para mi yang musical, y se llama Lisa Grohl. Si no fuera por la colección de discos de mi hermana (Neil Young, Bowie, Tears for Fears, Squeeze, etcétera), puede que hubiera seguido una vida hecha únicamente de *death metal* y *corpse paint*. Hay que agradecerle que os haya salvado a todos de eso.

Ah, y… hola, mamá.

Gracias. Por todo.

Notas

[1] Automóvil clásico estadounidense reconstruido originalmente con el objetivo de competir en carreras de velocidad o mejorar su rendimiento. *(N. del E.)*. < <

[2] «Te arrancarán la piel / Te despellejarán vivo / Intentas seguir respirando / En este viaje de tu vida / Tengo las herramientas / Tengo las herramientas / Tengo las herramientas / Y sé usarlas». < <

[3] «¡Eh, tú! / Mírame / ¿Se te ha olvidado lo que es real o lo que nos hizo empezar? / Te diré a lo que me refiero / ¿Estoy gritando / para algo? / ¿Todos los amigos / me han dado la espalda? / Aquí estoy, caminando solo / Aquí estoy, hablando solo…». < <

[4] «Me importa un carajo». < <

[5] «*Fear of missing out*» o «miedo a perderse algo». < <

[6] «Estoy en una sombra, odiando el mundo / Mantengo una pared a mi alrededor, bloqueando la manada / Es un lugar terrible, te mata muy rápido / Tienes que raspar el cemento de tu pene…». < <

[7] «Cerdo». < <

[8] «Sí, estoy recorriendo un sueño / Que nunca vendrá a mí / Trabajando en un misterio / Yendo adondequiera que lleve / Recorriendo un sueño.». < <

[9] «No espanten al caballo». < <

[10] «Agita tu sangre». < <

[11] † «Señor, cógeme la mano / Llévame, no me dejes / Estoy cansado, estoy débil, estoy agotado / A través de la tormenta, a través de la noche / Llévame hacia la luz / Cógeme la mano, Señor / Llévame a casa». < <

[12] «Podemos seguir juntos / A pesar del tiempo / Podemos seguir juntos / A pesar de todo / Si nos queremos». < <